

Coral Aguirre / José Roberto Mendirichaga
Lucía Mendirichaga Pérez Maldonado / Antonio Colinas
Adolfo Castañón / Braulio Hornedo Rocha
Alberto Enríquez Perea / José María Espinasa
Gabriel Trujillo Muñoz / José Javier Villarreal
Ludivina Cantú Ortiz / Mónica Torres Torija González
César Benedicto Callejas / Beatriz Saavedra Gastélum
Arcelia Lara Covarrubias / Víctor Barrera Enderle
Juan Carlos Abril / Paola Velasco
Carolina Moreno Echeverry / Sebastián Pineda Buitrago
Marcos Daniel Aguilar / José Enrique Pérez Téllez
Javier Garcíadiego



Alfonso Reyes / *Oración del 9 de febrero* Una lectura crítica



Alfonso Reyes

Oración del 9 de febrero

Una lectura crítica

Oración del 9 de febrero

La presente edición está dedicada a la memoria de la poeta Minerva Margarita Villarreal, quien fuera directora de la Capilla Alfonsina Biblioteca Universitaria de 2005 a 2019.

Los editores
Ciudad Universitaria, mayo de 2021

Alfonso Reyes

Oración del 9 de febrero

Una lectura crítica



ANIVERSARIOS



UANL.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



CULTURA
UANL



FFyL

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS



Primera edición, 2021

Oración del 9 de febrero : una lectura crítica / editores y autores Ludivina Cantú Ortiz, José Javier Villarreal Álvarez-Tostado. — 1a ed. — México : Secretaría de Producción Editorial, FFYL, UANL, 2021. — 462 p. ; 12 x 21 cm. -- (Serie editorial : Aniversarios).

ISBN: 978-607-27-1465-6

1. Ensayo -- México -- Siglo XX. 2. Literatura mexicana -- Crítica e interpretación. I. Cantú Ortiz, Ludivina. II. Álvarez-Tostado, José Javier Villarreal. III. Título.

LCC: Z297.R386 O63

DEW: 860

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

ROGELIO G. GARZA RIVERA
RECTOR

SANTOS GUZMÁN LÓPEZ
SECRETARIO GENERAL

CELSO JOSÉ GARZA ACUÑA
SECRETARIO DE EXTENSIÓN Y CULTURA

LUDIVINA CANTÚ ORTIZ
DIRECTORA DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

JOSÉ JAVIER VILLARREAL
DIRECTOR DE LA CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Editores: Ludivina Cantú Ortiz, José Javier Villarreal

Diseño: Melissa Díaz Reyna

Coral Aguirre, José Roberto Mendirichaga, Lucía Mendirichaga Pérez Maldonado, Antonio Colinas, Adolfo Castañón, Braulio Hornedo Rocha, Alberto Enríquez Perea, José María Espinosa, Gabriel Trujillo Muñoz, José Javier Villarreal, Ludivina Cantú Ortiz, Mónica Torres Torija G., César Benedito Callejas, Beatriz Saavedra Gastelum, Arellano Lara Covarrubias, Víctor Barrera Endede, Juan Carlos Abril, Paola Velasco, Carolina Moteno Echeverry, Sebastián Pineda Buitrago, Marcos Daniel Aguilar, Enrique Pérez Téllez, Javier Garcíadiego.

Oración del 9 de febrero, texto incluido en *Obras completas*, XIV, de Alfonso Reyes, pp. 23-52
D.R. © 1990 Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho Ajusco 227, 14378 Ciudad de México
Esta edición consta de 1000 ejemplares impresos.

Bruna 2020 D.R. © María Sada / Óleo sobre tela / 100 x 200 cm.

D.R. © Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Autónoma de Nuevo León
Ave. Universidad s/n, Ciudad Universitaria, San Nicolás de los Garza, N. L.
C.P. 66455 San Nicolás de los Garza, N. L. México
Tels.: 818376-0620 / 818376-0780 / 818352-4259 / 811340-4380 / 818352-5690
editorialffyluanl@gmail.com www.filosofia.uanl.mx

El logotipo de la serie incluye el *Rinoceronte de Durrer* (1515)
Grabado xilográfico 21,4x29,8 cm / The British Museum

ISBN: 978-607-27-1465-6

Prohibidas la reproducción y la transmisión total o parcial de esta obra en cualquier forma, ya sea electrónica o mecánica, incluso fotocopia o sistema para recuperar información, sin permiso de la institución responsable de la edición.

Impreso en México / Printed in Mexico

Oración del 9 de febrero [1930]

I

Hace 17 años murió mi pobre padre. Su presencia real no es lo que más echo de menos: a fuerza de vivir lejos de Monterrey, estudiando en México, yo me había ya acostumbrado a verlo muy poco y a imaginármelo fácilmente, a lo cual me ayudaba también su modo de ser tan definido, y hasta su aspecto físico tan preciso y bien dibujado —su manera de belleza—. Por otra parte, como era hombre tan ocupado, pocas veces esperaba yo de él otra cosa que no fuera una carta de saludo casi convencional, concebida en el estilo de su secretaría. Y a propósito de esto me acuerdo que la señora de Lancaster Jones —doña Lola Mora— su amiga de la infancia, quejándose de aquellas respuestas impersonales que redactaba el secretario Zúñiga, un día le escribió a mi padre una carta que comenzaba con este tratamiento: “Mi querido Zúñiga: Recibí tu grata de tal fecha, etcétera”...

Hacía varios años que sólo veía yo a mi padre de vacaciones o en cortas temporadas. Bien es cierto que esos pocos días me compensaban de largas ausencias porque era la suya una de esas naturalezas cuya vecindad lo penetra y lo invade y lo sacia todo. Junto a él no se deseaba más que estar a su lado. Lejos de él, casi bastaba recordar para sentir el calor de su

presencia. Y como su espíritu estaba en actividad constante, todo el día agitaba las cuestiones más amenas y más apasionadoras; y todas sus ideas salían candentes, nuevas y recién forjadas, al rojo vivo de una sensibilidad como no la he vuelto a encontrar en mi ya accidentada experiencia de los hombres. Por cierto que hasta mi curiosidad literaria encontraba pasto en la compañía de mi padre. Él vivía en Monterrey, ciudad de provincia. Yo vivía en México, la capital. Él me llevaba más de cuarenta años, y se había formado en el romanticismo tardío de nuestra América. Él era soldado y gobernante. Yo iba para literato. Nada de eso obstaba. Mientras en México mis hermanos mayores, universitarios criados en una atmósfera intelectual, sentían venir con recelo las novedades de la poesía, yo, de vacaciones, en Monterrey, me encontraba a mi padre leyendo con entusiasmo los *Cantos de vida y esperanza*, de Rubén Darío, que acababan de aparecer.

Con todo, yo me había hecho ya a la ausencia de mi padre, y hasta había aprendido a recorrerlo de lejos como se hojea con la mente un libro que se conoce de memoria. Me bastaba saber que en alguna parte de la tierra latía aquel corazón en que mi pobreza moral —mejor dicho, mi melancolía— se respaldaba y se confortaba. Siempre el evocarlo había sido para mí un alivio. A la hora de las mayores desesperaciones, en lo más combatido y arduo de las primeras pasiones, que me han tocado, mi instinto acudía de tiempo en tiempo al recuerdo de mi padre, y aquel recuerdo tenía la virtud de vivificarme y consolarme. Después —desde que mi padre murió—, me he dado cuenta cabal de esta economía inconsciente de mi alma. En vida de mi padre no sé si llegué a percatarme nunca...

Pero ahora se me ocurre que sí, en cierto modo al menos. Una vez fui, como de costumbre, a pasar mis vacaciones a Monterrey. Llegué de noche. Me acosté y dormí. Al despertar a la mañana siguiente —muchas veces me sucedía esto

en la adolescencia— ya tenía en el alma un vago resabio de tristeza, como si me costara un esfuerzo volver a empezar la vida en el nuevo día. Entonces el mecanismo ya montado funcionó solo, en busca de mi equilibrio. Antes de que mi razón la sujetara, mi imaginación ya estaba hablando: "Consuélate —me dijo—. Acuérdate que, después de todo, allá en Monterrey, te queda algo sólido y definitivo: Tu casa, tu familia, tu padre." Casi al mismo tiempo me di cuenta de que en aquel preciso instante yo me encontraba ya pisando mi suelo definitivo, que estaba yo en mi casa, entre los míos, y bajo el techo de mis padres. Y la idea de que ya había yo dispuesto de todos mis recursos, de que ya había agotado la última apelación ante el último y más alto tribunal, me produjo tal desconcierto, tan paradójica emoción de desamparo que tuve que contenerme para no llorar. Este accidente de mi corazón me hizo comprender la ventaja de no abusar de mi tesoro, y la conveniencia —dados los hábitos ya adquiridos por mí— de tener a mi padre lejos, como un supremo recurso, como esa arma vigilante que el hombre de campo cuelga a su cabecera aunque prefiera no usarla nunca. No sé si me pierdo un poco en estos análisis. Es difícil bajar a la zona más temblorosa de nuestros pudores y respetos.

De repente sobrevino la tremenda sacudida nerviosa, tanto mayor cuanto que la muerte de mi padre, fue un accidente, un choque contra un obstáculo físico, una violenta intromisión de la metralla en la vida y no el término previsible y paulatinamente aceptado de un acabamiento biológico. Esto dio a su muerte no sé qué aire de grosería cosmogónica, de afrenta material contra las intenciones de la creación. Mi natural dolor se hizo todavía más horrible por haber sobrevenido aquella muerte en medio de circunstancias singularmente patéticas y sangrientas, que no sólo interesaban a una familia, sino a todo un pueblo. Su muerte era la culminación del cuadro de horror que ofrecía entonces toda la ciudad.

Con la desaparición de mi padre, muchos, entre amigos y adversarios, sintieron que desaparecía una de las pocas voluntades capaces, en aquel instante, de conjurar los destinos. Por las heridas de su cuerpo, parece que empezó a desangrarse para muchos años, toda la patria. Después me fui rehaciendo como pude, como se rehacen para andar y correr esos pobres perros de la calle a los que un vehículo destroza una pata; como aprenden a trincar con una sola mano los mancos; como aprenden los monjes a vivir sin el mundo, a comer sin sal los enfermos. Y entonces, de mi mutilación saqué fuerzas. Mis hábitos de imaginación vinieron en mi auxilio. Discurrí que estaba ausente mi padre —situación ya tan familiar para mí— y, de lejos, me puse a hojearlo como solía. Más aún: con más claridad y con más éxito que nunca. Logré traerlo junto a mí a modo de atmósfera, de aura. Aprendí a preguntarle y a recibir sus respuestas. A consultarle todo. Poco a poco, tímidamente, lo enseñé a aceptar mis objeciones —aquellas que nunca han salido de mis labios pero que algunos de mis amigos han descubierto por el conocimiento que tienen de mí mismo—. Entre mi padre y yo, ciertas diferencias nunca formuladas, pero adivinadas por ambos como una temerosa y tierna inquietud, fueron derivando hacia el acuerdo más liso y llano. El proceso duró varios años, y me acompañó por viajes y climas extranjeros. Al fin llegamos los dos a una compenetración suficiente. Yo no me arriesgo a creer que esta compenetración sea ya perfecta porque sé que tanto gozo me mataría, y presiento que de esta comunión absoluta sólo he de alcanzar el sabor a la hora de mi muerte. Pero el proceso ha llegado ya a tal estación de madurez, que estando en París hace poco más de dos años, me atreví a escribir a un amigo estas palabras más o menos: “Los salvajes creían ganar las virtudes de los enemigos que mataban. Con más razón imagino que ganamos las virtudes de los muertos que sabemos amar.” Yo siento que, desde el día de su partida, mi

padre ha empezado a entrar en mi alma y a hospedarse en ella a sus anchas. Ahora creo haber logrado ya la absorción completa y —si la palabra no fuera tan odiosa— la digestión completa. Y véase aquí por dónde, sin tener en cuenta el camino hecho de las religiones, mi experiencia personal me conduce a la noción de la supervivencia del alma y aun a la noción del sufragio de las almas —puente único por donde se puede ir y venir entre los vivos y los muertos, sin más aduana ni peaje que el adoptar esa actitud del ánimo que, para abreviar, llamamos plegaria.

Como él siempre vivió en peligros, y como yo poseo el arte de persuadirme (o acaso también por plástica, por adaptación inconsciente) yo, desde muy niño, sabía enfrentarme con la idea de perderlo. Pero el golpe contra la realidad brutal de haberlo perdido fue algo tan intenso que puedo asegurar que persiste; no sólo porque persistan en mí los efectos de esa inmensa herida, sino porque el golpe está aquí —íntegro, vivo— en algún repliegue de mi alma, y sé que lo puedo resucitar y repetir cada vez que quiera. El suceso viaja por el tiempo, parece alejarse y ser pasado, pero hay algún sitio del ánimo donde sigue siendo presente. No de otro modo el que, desde cierta estrella, contemplara nuestro mundo con un antejo poderoso, vería, a estas horas —porque el hecho anda todavía vivo, revoloteando como fantasma de la luz entre las distancias siderales— a Hernán Cortés y a sus soldados asomándose por primera vez al valle de Anáhuac.

El desgarramiento me ha destrozado tanto, que yo, que ya era padre para entonces, saqué de mi sufrimiento una enseñanza: me he esforzado haciendo violencia a los desbordes naturales de mi ternura, por no educar a mi hijo entre demasiadas caricias para no hacerle, físicamente mucha falta, el día que yo tenga que faltarle. Autoritario y duro, yo no podría serlo nunca: nada me repugna más que eso. Pero he procurado ser neutro y algo sordo —sólo yo sé con cuánto esfuerzo— y

así creo haber formado un varón mejor apercibido que yo, mejor dotado que yo para soportar el arrancamiento. Cuando me enfrenté con las atroces angustias de aquella muerte, escogí con toda certeza, y me confesé a mí mismo que preferiría no serle demasiado indispensable a mi hijo, y hasta no ser muy amado por él puesto que tiene que perderme. Que él me haga falta es condición irremediable: mi conciencia se ha apoyado en él mil veces, a la hora de vacilar. Pero es mejor que a él mismo yo no le haga falta —me dije— aunque esto me prive de algunos mimos y dulzuras. También supe y quise cerrar los ojos ante la forma yacente de mi padre, para sólo conservar de él la mejor imagen. También supe y quise elegir el camino de mi libertad, descuajando de mi corazón cualquier impulso de rencor o venganza, por legítimo que pareciera, antes de consentir en esclavizarme a la baja *vendetta*. Lo ignoré todo, huí de los que se decían testigos presenciales, e impuse silencio a los que querían pronunciar delante de mí el nombre del que hizo fuego. De paso, sé que me he cercenado voluntariamente una parte de mí mismo; sé que he perdido para siempre los resortes de la agresión y de la ambición. Pero hice como el que, picado de víbora, se corta el dedo de un machetazo. Los que sepan de estos dolores me entenderán muy bien.

No: no es su presencia real lo que más me falta, con ser tan cálida, tan magnética, tan dulce y tan tierna para mí, tan rica en estímulos para mi admiración y mi fantasía, tan satisfactoria para mi sentido de los estilos humanos, tan halagadora para mi orgullo de hijo, tan provechosa para mi sincero afán de aprendiz de hombre y de aprendiz de mexicano (¡porque he conocido tan pocos hombres y entre éstos, tan pocos mexicanos!). No lloro por la falta de su compañía terrestre, porque yo me la he sustituido con un sortilegio o si preferís, con un milagro. Lloro por la injusticia con que se anuló a sí propia aquella noble vida; sufro porque presiento

al considerar la historia de mi padre, una oscura equivocación en la relojería moral de nuestro mundo; me desespera, ante el hecho consumado que es toda tumba, el pensar que el saldo generoso de una existencia rica y plena no basta a compensar y a llenar el vacío de un solo segundo. Mis lágrimas son para la torre de hombre que se vino abajo; para la preciosa arquitectura —lograda con la acumulación y el labrado de materiales exquisitos, a lo largo de muchos siglos de herencia severa y escrupulosa— que una sola sacudida del azar pudo deshacer; para el vino de siete cónsules que tanto tiempo concentró sus azúcares y sus espíritus, y que una mano aventurera llegó de repente a volcar.

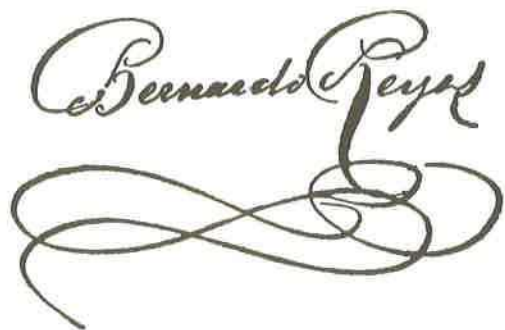
Y ya que el vino había de volcarse, sea un sacrificio acepto: sea una libación eficaz para la tierra que lo ha recibido.

II

De todas sus heridas, la única aparente era la de su mano derecha, que quedó siempre algo torpe, y solía doler en el invierno. La izquierda tuvo que aprender de ella a escribir y trincar y también a tirar el arma, con todos los secretos del viejo maestro Ignacio Guardado. Lentamente la derecha pudo recobrar el don de escribir. Hombre que cumplidos los cincuenta años, era capaz de comenzar el aprendizaje metódico de otra lengua extranjera no iba a detenerse por tan poco.

Hojeando en su biblioteca, he encontrado las cuatro sucesivas etapas de su firma: La primera, la preciosa firma llena de turgencias y redondeces, aparece en un tomo de *Obras poéticas* de Espronceda, París, Baudry, 1867, y en una *Cartilla moral militar* del Conde de la Cortina, edición de Durango, Francisco Vera, año de 1869. La segunda, la encuentro en un ejemplar de las poesías de Heredia, y lleva la fecha de Mazatlán, 1876. Aquí el nombre de pila se ha reducido a una inicial y el rasgo es más nervioso y ligero aunque todavía se conserva la misma rúbrica del adolescente, enredada en curvas y corazones. La tercera fase la encuentro en cartas privadas dirigidas al poeta Manuel José Othón por el año de 1889. Aunque después de la herida, todavía resulta muy ambiciosa. La cuarta fase es la

que conoce la fama, la que consta en todos los documentos oficiales de su gobierno, y es ya la firma del funcionario, escueta, despojada y mecánica.



III

Pero hemos entrado en su biblioteca y esto significa que el caballo ha sido desensillado. En aquella biblioteca donde había de todo, abundaban los volúmenes de poesía y los clásicos literarios. Entre los poetas privaban los románticos: era la época mental en que el espíritu del héroe se había formado. El hallazgo de aquella firma juvenil en un ejemplar de Espronceda tiene un sentido singular.

Después de pacificar el Norte y poner coto a los contrabandos de la frontera —groseros jefes improvisados por las guerras civiles alternaban allí con los aprovechadores que nunca faltan, y se las arreglaban para engordar la hacienda con ilícitos medros— vinieron los años de gobernar en paz. Y como al principio el General se quedara unos meses sin más trabajo que la monótona vida de cuartel, aprovechó aquellos ocios nada menos que para reunir de un rasgo los incontables volúmenes de la *Historia de la Humanidad* de César Cantú. Toda empresa había de ser titánica para contentarlo y entretenerlo. Aunque fuera titánicamente metódica como lo fue su gobierno mismo. Otros hablarán de esa obra y de lo que hizo de aquella ciudad y de aquel Estado. Aquí el romántico descansa o, mejor dicho, frena sus energías y administra el rayo, conforme a la general consigna de la paz porfiriana. Aquella cascada se repartirá en graciosos riachuelos y éstos,

poco a poco fueron haciendo del erial un rico jardín. La popularidad del héroe cundía. Desde la capital llegaban mensajeros celosos. Al fin el dueño de la política vino en persona a presenciar el milagro: "Así se gobierna", fue su dictamen. Y poco después, el gobernador se encargaba del Ministerio de la Guerra, donde todavía tuvo ocasión de llevar a cabo otros milagros: el instaurar un servicio militar voluntario, el arrancar al pueblo a los vicios domingueros para volcarlo, por espontáneo entusiasmo, en los campos de maniobras; el preparar una disciplina colectiva que hubiera sido el camino natural de la democracia; el conciliar al ejército con las más altas aspiraciones sociales de aquel tiempo; el sembrar confianza en el país cuando era la moda el escepticismo; el abrir las puertas a la esperanza de una era mejor. Al calor de este amor se fue templando el nuevo espíritu. Todos lo saben, y los que lo niegan saben que engañan. Aquel amor llenaba un pueblo como si todo un campo se cubriera con una lujuriosa cosecha de claveles rojos.

Otro hubiera aprovechado la ocasión tan propicia. ¡Oh, qué mal astuto, oh qué gran romántico! Le daban la revolución ya hecha, casi sin sangre, ¡y no la quiso! Abajo, pueblos y ejércitos a la espera, y todo el país anhelante, aguardando para obedecerlo, el más leve flaqueo del héroe. Arriba, en Galeana, en el aire estoico de las cumbres, un hombre solo. Y fue necesario, para arrebatarlo a aquel éxtasis, que el río se saliera de madre y arrastrara media ciudad. Entonces requirió otra vez el caballo y burlando sierras bajó a socorrer a los vecinos. Y poco después salió al destierro. No cabían dos centros en un círculo. O tenía que acontecer lo que acontece en la célula viva cuando empiezan a formarse los núcleos, ¿poner al país en el trance de recomenzar su historia? Era mejor cortar amarras.

Ya no se columbra la raya indecisa de la tierra. Ya todo se fue.

IV

Porfirio Díaz entregó la situación a la gente nueva y dijo una de aquellas cosas tan suyas:

—Ya soltaron la yeguada. ¡A ver ahora quién la encierra!

De buenas intenciones está empedrado el infierno. Y cuando, a pesar de la mejor intención que en México se ha visto, el país quiso venirse abajo ¿cómo evitar que el gran romántico se juzgara el hombre de los destinos? Durante unas maniobras que presencié en Francia, como sentía un picor en el ojo izquierdo, se plantó un parche y siguió estudiando las evoluciones de la tropa. Al volver del campo —y hasta su muerte lo disimuló a todo el mundo— había perdido la mitad de la vista. Así regresó al país, cuando el declive natural había comenzado. Mal repuesto todavía de aquella borrachera de popularidad y del sobrehumano esfuerzo con que se la había sacudido, perturbada ya su visión de la realidad por un cambio tan brusco de nuestra atmósfera que, para los hombres de su época, equivalía a la amputación del criterio, vino, sin quererlo ni desearlo, a convertirse en la última esperanza de los que ya no marchaban a compás con la vida. ¡Ay, nunca segundas partes fueron buenas! Ya no lo querían: lo dejaron solo. Iba camino de la desesperación, de agravio en agravio. Algo se le había roto adentro. No quiso colgar el escudo en la atarazana. ¡Cuánto mejor no hubiera sido! ¿Dónde se vio al

emérito volver a mezclarse entre las legiones? Los años y los dolores habían hecho ya su labor.

Y se encontró envuelto en una maraña de fatalidades, cada vez más prieta y más densa. Mil obstáculos y los amigos de ambos bandos impidieron que él y el futuro presidente pudieran arreglarse. Y todo fue de mal en peor. Y volvió a salir del país. Y al fin lo hallamos cruzando simbólicamente el río Bravo, acompañado de media docena de amigos e internándose por las haciendas del norte donde le habían ofrecido hombres y ayuda y sólo encontraba traición y delaciones.

Los días pasaban sin que se cumplieran las promesas. Al acercarse al río Conchos unos cuantos guardias rurales empezaron a tirotear al escaso cortejo. Unos a diestra y otros a siniestra, todos se fueron dispersando. Lo dejaron sólo acompañado del guía.

Era víspera de Navidad. El campo estaba frío y desolado. Ante todo, picar espuelas y ponerse en seguro para poder meditar un poco. Y por entre abrojos y espinares, desgarrada toda la ropa y lleno de rasguños el cuerpo, el guía lo condujo a un sitio solitario, propicio a las meditaciones. Allí toda melancolía tiene su asiento. No se mira más vegetación que aquellos inhospitalarios breñales. El jinete echó pie a tierra, juntó ánimos, y otra vez en su corazón, se encendió la luz del sacrificio.

—¿Dónde está el cuartel más cercano?

—En Linares.

—Vamos a Linares.

—Nos matarán.

—Cuando estemos a vista de la ciudad, podrás escapar y dejarme solo.

Es ya de noche, es Nochebuena. El embozado se acerca al cabo de guardia.

—Quiero hablar con el jefe.

Pasa un instante, sale el jefe a la puerta. El embozado se

descubre, y he aquí que el jefe casi cae de rodillas.

—¡Huya, huya, mi general! ¿No ve que mi deber es prenderlo?

—¿Eres tú, mi buen amigo, mi antiguo picador de caballos? Pues no te queda más recurso que darme tus fuerzas o aceptarme como prisionero.

—¡Señor, somos muy pocos!

—Entonces voy a levantar la voz para que todos lo oigan: Aquí vengo a entregarme preso, y que me fusilen en el cuartel.

Entre los vecinos lo han vestido, ¡tan desgarrado viene! Nadie disimula su piedad, su respeto. Todos han adivinado que con ese hombre se rinde toda una época del sentir humano. Ofrece su vida otra vez más. ¿Qué mejor cosa puede hacer el romántico con su vida? ¡Tírala por la borda, echarla por la ventana! “¡Pelillos a la mar!”, dice el romántico. Y arroja a las olas su corazón.

V

Más tarde, trasladado a México, se consumirá en la lenta prisión, donde una patética incertidumbre lo mantiene largos meses recluso. La mesa de pino, el melancólico quinqué, la frente en la mano, y en torno la confusa rumia de meditaciones y recuerdos, y todo el fragor del *Diablo Mundo*: es, línea por línea, el cuadro de Espronceda ¡aquel Espronceda que fue tan suyo y que él mismo me enseñó a recitar!

En el patio cantan los presos, se estiran al sol y echan baraja. Aquello es como una llaga por donde se pudre el organismo militar. Un día de la semana, las soldaderas tienen acceso al patio, donde montan tiendas de lona para esconder su simulacro de amor. Después que el dueño se sacia, se pone a la puerta de la tienda y cobra la entrada a los demás a tantos centavos. Tortura propiamente diabólica presenciar estas vergüenzas el mismo que fue como ninguno, organizador de ejércitos lucidos y dignificador de la clase guerrera a los ojos de la nación.

La melancolía, los quebrantos, resucitaron en él cierto paludismo contraído en campaña. Todas las tardes, a la misma hora, llamaba a la puerta el fantasma de la fiebre. Los nervios se iban desgastando. Vivía como en una pesadilla intermitente. ¿Cuál era el delirio?, ¿cuál el juicio? El preso tenía consideraciones especiales, y aquel hombre bueno que se vio

en el trance de aprisionarlo ¡qué más hubiera deseado que devolverle su libertad! Dos grandes almas se enfrentaban, y acaso se atraían a través de no sé qué estelares distancias. Una todo fuego y bravura y otra toda sencillez y candor. Cada cual cumplía su triste gravitación, y quién sabe con qué dolor secreto sentían que se iban alejando. Algún día tendremos revelaciones. Algún día sabremos de ofertas que tal vez llegaron a destiempo.

Bajo ciertas condiciones, pues, el preso podía ser visitado. Entre los amigos y amigas que, en la desgracia, se acercaron a él, abundaban naturalmente los afectos viejos, los que llegan hasta nosotros como ráfagas de la vida pasada, envueltos en memorias de la infancia y de los tiempos felices. Tales visitas, por confortantes que parezcan, escarban muy adentro en la sensibilidad de un hombre exaltado y, en los entre actos de la fiebre, cuando la clara visión de aquel ambiente abyecto de cárcel volvía como un mal sabor a la conciencia, aparecían aquellos hombres y aquellas mujeres cargados de recuerdos, llenos de palabras sobresaturadas de sentido, demasiado expresivos para convenir al régimen de un hombre en crisis. Todo debió haber sido neutro, gris. Y todo era clamoroso y rojo.

Y todavía para enloquecerlo más, y por si no bastara la trágica viudez de una hija cuyo marido fue asesinado unos meses antes, llegaron a la prisión las nuevas de las trastadas que andaba haciendo el caudillo Urbina, aquel que murió tragado por el fango. Urbina había secuestrado al marido de su hija menor, y ésta había tenido que rescatarlo a precio de oro, empeñando para toda la vida la tranquilidad económica de su hogar. Imaginad la cólera del Campeador ante las afrentas sufridas por sus hijas.

No era todavía un anciano, todavía no se dejaba rendir, pero ya comenzaba a abrirse paso difícilmente entre las telarañas de la fiebre, la exasperación, la melancolía y el recuerdo.

También Pancho Villa estaba, por aquellos meses, preso en la cárcel militar de Santiago. Pancho Villa escaparía pronto con anuencia de sus guardianes, y por diligencia de aquel abogado Bonales Sandoval a quien más tarde hizo apuñalar, partir en pedazos, meterlo en un saco, y enviarlo a lomo de mula a Félix Díaz, para castigarlo así de haber pretendido crear una inteligencia entre ambos. El caballero y el cabecilla alguna vez pudieron cruzarse por los corredores de la prisión. Don Quijote y Roque Guinart se contemplaban. El cabecilla lo consideraría de lejos, con aquella su peculiar sonrisa y aquel su párpado caído. El caballero se alisaría la "piocha", al modo de su juventud, y recordaría sus campañas contra el Tigre de Álica, el otro estratega natural que ha producido nuestro suelo, mezcla también de hazañero y facineroso.

La visión se borra y viene otra: ahora son las multitudes que aclaman, encendidas por palabras candentes que caen, rodando como globos de fuego, desde las alturas de un balcón, se estremece aquel ser multánime y ofrece millares de manos y millares de pechos. Pero esta visión es embriagadora y engañosa, y pronto desaparece, desairada —tentación que se recoge en el manto— para dar lugar a otros recuerdos.

VI

Aquel roer diario fue desarrollando su sensibilidad, fue dejándole los nervios desnudos. Un día me pidió que le recitara unos versos de Navidad. Aquella fue su última Navidad y el aniversario de la noche triste de Linares. Al llegar a la frase: *Que a golpes de dolor te has hecho malo*, me tapó la boca con las manos y me gritó:

—¡Calla blasfemo! ¡Eso, nunca! ¡Los que no han vivido las palabras no saben lo que las palabras traen adentro!

Entonces entendí que él había vivido las palabras, que había ejercido su poesía con la vida, que era todo él como un poema en movimiento, un poema romántico de que hubiera sido a la vez autor y actor. Nunca vi otro caso de mayor frecuentación, de mayor penetración entre la poesía y la vida. Naturalmente, él se tenía por hombre de acción, porque aquello de sólo dedicarse a soñar se le figuraba una forma abominable del egoísmo. Hubiera maldecido a Julien Benda y su teoría de los clérigos. Pero no veía diferencia entre la imaginación y el acto: tan plástico era para el sueño. De otro modo no se entiende que él tan respetuoso de los clásicos, arrojara un día su Quevedo, exclamando con aquella su preciosa vehemencia: “¡Miente! ¡Miente!”, porque tropezó con el siguiente pasaje en *La hora de todos y la fortuna con seso*:

“Quien llamó hermanas las letras y las armas poco sabía de sus abaloños, pues no hay más diferentes linajes que hacer y decir.” ¡Miente, miente! Y el poeta a caballo entraba por la humanidad repartiendo actos que no eran más que otros tantos sueños. Y aún tienen del sueño y del acto puro, el haber sido desinteresados: actos ofrecidos a los demás, actos propiciatorios, actos para el bien de todos, en que se quemaba el combustible de aquella vitalidad desbordada.

¿Dónde hemos hallado el airón de esa barba rubia, los ojos zarcos y el ceño poderoso? Las cejas pobladas de hidalgo viejo, la mirada de certero aguilucho que cobra sus piezas en el aire, la risa de conciencia sin tacha y la carcajada sin miedo. La bota fuerte con el cascabel del acicate, y el repiqueteo del sable en la cadena. Aire entre apolíneo y jupiterino, según que la expresión se derrame por la serenidad de la paz o se anude toda en el temido entrecejo. Allí, entre los dos ojos; allí, donde botó la lanza enemiga; allí se encuentran la poesía y la acción en dosis explosivas. Desde allí dispara sus flechas una voluntad que tiene sustancia de canción. Todo eso lo hemos hallado seguramente en la idea: en la Idea del héroe, del Guerrero, del Romántico, del Caballero Andante, del Poeta de Caballería. Porque todo en su aspecto y en sus maneras, parecía la encarnación de un dechado.

Tronaron otra vez los cañones. Y resucitado el instinto de la soldadesca, la guardia misma rompió la prisión. ¿Qué haría el Romántico? ¿Qué haría, oh, cielos, pase lo que pase y caiga quien caiga (¡y qué mexicano verdadero dejaría de entenderlo!) sino saltar sobre el caballo otra vez y ponerse al frente de la aventura, único sitio del Poeta? Aquí morí yo y volví a nacer, y el que quiera saber quién soy que lo pregunte a los hados de Febrero. Todo lo que salga de mí, en bien o en mal, será imputable a ese amargo día.

Cuando la ametralladora acabó de vaciar su entraña, entre el montón de hombres y de caballos, a media plaza y frente

a la puerta de Palacio, en una mañana de domingo, el mayor romántico mexicano había muerto.

Una ancha, generosa sonrisa se le había quedado viva en el rostro: la última yerba que no pisó el caballo de Atila; la espiga solitaria, oh Heine que se le olvidó al segador.

Buenos Aires, 9 de febrero de 1930.

20 de agosto de 1930, el día en que había de cumplir sus ochenta años.

Una lectura crítica

A corazón abierto

Coral Aguirre

¡Oh muerte, río alto del alma!

Ricardo Molinari

Acaso llegar al fondo de los huesos para rebuscarse eso que no existe pero que hemos nombrado alma necesite no sólo de tiempo de memoria y tiempo de existencia, sino de tiempo de afecto, estima, admiración que los otros nos brinden para reconciliarnos con nuestros actos y nuestros propios sentimientos culpables.

Alfonso Reyes a sus casi cuarenta años ya había recibido en Francia y España tales muestras. A pesar de sus magros comienzos hubo de hacer una ruta donde su labor: sus escritos, sus investigaciones literarias, sus cuadros de costumbres, sus ficciones, y, a través de ello, la propuesta de un estilo: el suyo —que no es español no obstante ejercido en lengua castellana, ni tampoco latinoamericano tal cual se había venido ejerciendo hasta entonces— deslumbran a europeos y americanos. Sin embargo, su condición todavía es la del explorador en nombre de su herencia y de hijo de unos y de otros, como bien lo dice en sus "Notas sobre la inteligencia americana".

Lo que quizás todavía no vislumbra son los diez años en el viejo continente, cuya cauda lo ha madurado de tal modo que sin saberlo regresa cargado de primicias. En principio, lo

vivido: el frío, el abandono, la extranjería y la lucha por su sobrevivencia sin ningún padre, se llame Estado o Familia que lo proteja. Luego, la práctica de la palabra: el verbo periodístico, el verbo del retablo, el verbo del ensayo y del discurso literario, de la investigación y de la crónica; primero para sobrevivir, pero ante todo porque es lo único que sabe hacer, vocación que lo ha signado desde temprano. Y finalmente la autodeterminación de volverse un igual, un semejante, aun con el subrayado de la diferencia. Con este bagaje suntuoso y nuevo es como Alfonso Reyes llega a Buenos Aires en 1927.

Argentina, ese país —del que tenía muchas referencias— al que de un modo oculto admiraba por su inclusión en la cultura europea, ese país de gente alebrestada autoafirmando sin el menor complejo, agresivo, soberbio y todo aquello que lleve marca de soberano, lo estaba esperando. En el *Vauban*, mientras lentamente se acercaba al puerto de Buenos Aires, sus reflexiones a propósito de qué le depararía su nuevo estado de embajador y de hombre de Letras eran muchas y contradictorias. La sorpresa, pues, fue mayúscula.

Desde el primer instante, tanto en el recibimiento en los muelles del puerto como después en el trato, demostrado en cenas, homenajes, banquetes, reuniones literarias y sociales y agasajos de toda laya, hubo de comprobar que el Sur lo recibía como a un príncipe de la cultura y las letras.

Sin embargo, pareciera que aquello que más conmovió su corazón fue “la muchachada”, como la llamaría luego con afecto, de tantas promesas de la pluma que lo recibían como a un padre, un benefactor, un guía, un Maestro, así con mayúscula. Sólo en el desfile de sus nombres podemos advertir el alcance de su presencia: Ricardo Molinari, Jorge Luis Borges, Enrique Anderson Imbert, Baldomero Fernández Moreno, Enrique Banchs, Alberto Gerchunoff, Ulyses Petit de Murat, Leopoldo Marechal; sin olvidar a los que formaban ya parte de la alta cultura porteña, como Battistessa y

Giusti, los jóvenes Enrique Larreta, Eduardo Mallea, Victoria Ocampo; los no tan jóvenes cuyo prestigio no se ponía en duda, Arturo Capdevila, Manuel Gálvez; todos ellos en medio de muchos más que se nos escapan, además de sus mayores, como Leopoldo Lugones y Güiraldes. Amén de sus célebres domingos en la embajada, donde reunía a los que se llamaron sus discípulos, los más necesitados de comprensión, consejos, opiniones y afectos y que pronto se volverían la vanguardia literaria de su país. “En pocas y sencillas palabras, se ha encontrado el medio de halagar en mí al poeta y al padre [...] ¡Qué ráfaga de aire saludable me traen esas palabras juveniles!”¹

No voy a abundar en el encuentro amoroso con Nieves Gonnet de Rinaldini y su tertulia de los viernes, espacio donde confluyó toda la intelectualidad mexicana que pasó por Buenos Aires. No obstante, quiero subrayar, teniendo en cuenta el epistolario que los mantuvo en contacto hasta la muerte de Reyes y los testimonios de dicha relación en sus diarios, incluyendo los diarios íntimos e inéditos de Nieves, que sus vínculos pasaron por el descubrimiento por parte del escritor del erotismo más acendrado. El organismo suyo vivificado y sensible es su resultado.

Tampoco ignoro los días amargos en que los *Cuadernos del Plata*, entre otras de sus empresas, se interrumpen por las mezquindades de “los muchachos” y sus diferencias. La lucha para hacer de México y Argentina un polo de encuentros, un puente de fraternidad literaria, lo llevó al límite de sus fuerzas. Es en *el segundo aliento*, cuando creemos que nuestras fuerzas se han agotado, donde aparece lo más hondo de nuestras pulsiones y la oportunidad de un salto cualitativo en nuestras vidas.

Por otra parte, el 14 de marzo de 1930 llega a casa de Nieves con una fuerte carga emocional traducida en el sobre que

¹ Serge I. Zaitzeff, comp., *20 epistolarios rioplatenses de Alfonso Reyes* (México: El Colegio Nacional, 2008), 100.

traía consigo, que contenía la gorra cazadora que su padre llevaba puesta el día que murió. Iba en busca de su destino puesto que allí esperaba la médium Irma Maggi, a la sazón muy famosa y requerida por la sociedad porteña. Según parece, al solo contacto con cada objeto, esta vidente podía reconocer la historia de su dueño.

La escena se nos antoja ridícula en nuestros días, así también pareciera que lo veía Reyes, que había convenido con su mujer aceptar cualquier fábula que Irma relatara para no ponerla en entredicho. A la hora convenida, y con los acordes musicales en el piano del poeta Pedro Miguel Obligado junto a unos versos de D'Annunzio que ella misma leyó, por fin, abstrayéndose de su entorno y al contacto con la prenda, la médium señala derramamiento de sangre, intrigas o complot, otra época a causa de la vestimenta de los personajes, el mismo Reyes otro Reyes, y entre otras cosas, una dinastía que cae.

En palabras del escritor: "al salir precipitadamente de la prisión se cubrió con una gorra de cazador que había traído de Europa, y con ella murió."²

Qué tiene todo esto que ver con la *Oración del 9 de febrero*. Mi hipótesis es que, autoafirmado en su arte y creación, renovadas las condiciones de su psiquis y su organismo, Alfonso Reyes era propicio a desandar el pasado y llegar hasta los aciagos días de los cuales se culpabilizaba. Más aún, cuando él llega a la casa de Nieves con el sobre y la gorra es marzo. La fecha trágica había pasado, por lo tanto su *Oración* estaba en proceso.

En sus diarios II y III no hay la menor mención de ello. No obstante, rubrica su homenaje a Bernardo Reyes entre el 9 de febrero y el 30 de agosto de 1930, lo cual significaría que lo comenzó en Buenos Aires y lo concluyó en Río de Janeiro.

² Alfonso Reyes, *Diario (1927-1930)*, ed. Adolfo Castañón (México: Fondo de Cultura Económica, 2010), tomo II, 213.

Cuando da cuenta de este período, nuestro autor se muestra muy frívolo, paseos con Paul Morand, al que atiende por unos días, y luego sólo las jornadas de trabajo y la vida social. No obstante, señala que son *días aciagos* que no lo tienen tranquilo. Ninguna otra cosa.

Antes y en España, en 1924, había escrito esa obra inigualable en la dramaturgia latinoamericana, *Ifigenia cruel*, donde da vuelta al mito griego. A la manera de Flaubert, Reyes hubiera podido decir: *Ifigenia soy yo*. El coraje de su heroína y la apasionada argumentación para no regresar a la patria tal como se lo pide su hermano Orestes son de una fuerza deslumbrante. La *Oración* sería su contraparte en el sentido que esa pasión ha sido reemplazada por la ternura y la admiración mayúsculas. Pero sobre todo por una autocritica minuciosa, como si quisiera hacer retroceder los 17 años de silencio. Su acuciosidad lo impulsa a observar cada uno y todos sus actos.

Lo cierto es que su padre es una presencia lejana, los recuerdos de sus momentos con él son suntuosos pero muy pocos. Luego inventará coincidencias, paseos, viajes, conversaciones, y digo inventará, puesto que lo que predomina es, paradójicamente, su ausencia. Y por contraste, su presencia se proyecta en los "Días aciagos", como sostén y hogar. Como paradigma. Padre es Patria y Libro. Cuando muere Bernardo Reyes, aquel al que nombrara el patriarca, aquel que, en cualquier parte, le procuraba en vida, con él se muere la patria/pater: ya no hay cobijo, tiene que partir, irse de su suelo de forma definitiva. Tiene que huir. Ahora, él, Alfonso, se vuelve un extranjero, un trashumante, con el progenitor oculto pero cargado sobre sus espaldas, que *hojea* a escondidas. Entiendo que las revelaciones de esta dimensión no se dan de un día para otro. Ya en París, dos años antes, comienza a acuciarlo una especie de regreso interior, y el camino será largo.

La madurez alcanzada y la nueva condición como representante de México, el hombre de Letras que su figura

encarna en Argentina frente a sus pares y los nuevos discípulos, incluso la transgresión erótica, que supone traspasar los límites para ir tras su deseo, acaso le permitan alcanzar sus bordes, los de su padre y él, la más sensible y honda corriente entre ambos: "Es difícil bajar a la zona más temblorosa de nuestros pudores y respetos."³ No obstante, lo hace; se lastima, debate, tiembla, pero lo hace.

Su confesión va más lejos, no sólo se lo come y lo digiere, con cierta censura en la misma expresión de *digerir*, sino que lo sueña montado a caballo como un jinete de la poesía, un héroe poeta. Aunque el poeta sea él, sin agresiones ni ambición, según agrega, semejante al Padre. No es cierto, la ambición la comparten con el mismo ímpetu y la misma obstinación. Cualquiera de las cuatro firmas de Reyes padre denota autoafirmación casi obscena de tan pronunciada y asimismo la proyección al futuro de su ser en el mundo. Su *Oración* es también conjetura: no sólo idealiza al Padre en su propio Yo, sino que además decide el mito del hombre solo contra la adversidad cuya crueldad es inconmensurable. Y no contento con ello, lo subraya con ejemplos que quién sabe si conoce bien o con exactitud; hay una enumeración de la magnitud del amor del poeta a caballo, a través de edictos y leyes, que supuestamente corroboran sus acciones democráticas. "Aquel amor llenaba un pueblo como si todo un campo se cubriera con una lujuriosa cosecha de claveles rojos."⁴

El tamaño de sus hipérboles sólo reside en su corazón. Ese corazón mudo durante tantos años, que no quiso saber ni siquiera el nombre del asesino para poder tomar el camino de su propia libertad.

Y entonces se yergue ante nosotros el otro poeta, el que lo es de verdad. El que por fin se redime haciendo de las vicisi-

³ Alfonso Reyes, *Oración del 9 de febrero*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1990), tomo XXIV, 27.

⁴ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 33.

tudes de su Padre un poema, una suerte de soliloquio o, en todo caso, un monólogo. Y por supuesto, hay un narrador, una trama, diálogos y escenas inventadas, una progresión dramática: desde la inquietud, por un instante la esperanza, luego la zozobra, e incluso la bendición popular, para alcanzar el clímax al mejor estilo trágico, con la muerte a traición y la *hybris* del Héroe. En absoluto necesaria, pues sin *hybris* no hay la soberbia confrontación del héroe con su destino.

Su *Oración* por momentos se vuelve una pieza teatral. El escritor Alfonso Reyes, como antes en *Ifigenia*, en la plenitud de sus recursos retóricos, vuelve a poetizar su ausencia de la tierra natal. No es gratuito advertir que aquello que se dice con el corazón y la cabeza, pluma y ánimo, técnica y sentimientos, *techné* para los griegos, *ars* para los latinos, suelen ser las mejores obras literarias.

Entonces entendí que él había vivido las palabras, que había ejercido su poesía con la vida, que era todo él como un poema en movimiento, un poema romántico del que hubiera sido a la vez autor y actor.⁵

Porque el único sitio del poeta es, armado con su lanza, vale decir la palabra, volverse caballero andante, poeta de caballería, y donde hubieron molinos de viento, atacarlos como si fueran gigantes. Así, la *Oración del 9 de febrero* revela la grandeza del Padre pero sobre todo la excelencia del poeta. También aquí puede concluirse que *Bernardo Reyes soy yo*. O al menos en quien Alfonso encarna por única vez para decir de sí.

Finalmente, ciertas transitorias o momentáneas conclusiones:

En primer lugar, se trata de un texto cuyo discurso literario es eficaz en la medida que logra transmitir la zona más temblorosa de su creador.

⁵ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 38.

Es hiperbólico por el número de imágenes heroicas que procura fuera de toda medida racional para un hombre de a caballo, de guerra y de la política.

Es confesional puesto que alude a temas y cuestiones que no había tratado antes en relación con los vínculos y sentimientos para con su progenitor.

Pero por sobre todo ello, es ficcional, se trata de una narrativa nueva que logra reunir con excelencia la evolución de su paradigma personal, Padre-Patria-Libro, y convertirlo en una tragedia a la mejor manera clásica, tradición de la que siempre fue devoto.

Alfonso Reyes, en el apogeo de su fama y de su ciudadanía mexicana, tutor de nuevos discípulos, amado y amante recién estrenado en los más oscuros pliegues del erotismo, se confiesa poeta de su culpa y de su liberación, del abandono de Padre y Patria, redimiéndose a sí mismo a través de la rendición de sus lazos con el patriarca. Se perdona y perdona. Ahora puede hacerlo.

Imagen del padre en Alfonso Reyes

José Roberto Mendirichaga Dalzell
Lucía Mendirichaga Pérez Maldonado

La persona es una unidad algo movediza, y como el mismo "metro-patrón", necesita rectificarse periódicamente comparándose consigo misma.

Alfonso Reyes, *Parentalia*

La *Oración del 9 de febrero*, de Alfonso Reyes, es un texto breve; sin embargo es considerado un libro. ¡Y vaya si lo es! Pero es un libro que el autor evitó siempre publicar, porque era tal el dolor de recordar ese suceso —la violenta muerte de su padre— que no quiso sacarlo del cajón de su escritorio. Nunca lo asimiló ni aceptó. En la edición del Fondo de Cultura Económica, tomo xxiv de las *Obras completas*, está incluido el libro en cuestión y los textos "Días aciagos" y "1912-1914".

Oración del 9 de febrero es un libro íntimo. Y es pertinente ver de qué manera evoluciona la imagen del padre, el general Bernardo Reyes, en la mente del hijo, el escritor Alfonso Reyes. El ensayo intenta una búsqueda alejada de las teorías freudianas; se escribe simplemente desde la razón y la emoción. Intenta rescatar aquellas ideas alusivas a la relación padre-hijo/hijo-padre que tuvieron Bernardo y Alfonso Reyes,

y que se extienden a la paternidad ejercida después por éste hacia su hijo Alfonso Reyes Mota.

Así, proponemos un rastreo de algunos textos escritos por el Regiomontano Universal a lo largo de su vida que se refieren particularmente al padre, indagando en sus recuerdos de la infancia, los años de adolescencia, su primera juventud en Monterrey y en la Ciudad de México, su matrimonio con Manuela Mota y su paternidad, más su autoexilio a Europa y su desempeño diplomático por varios países, compensado con un regreso a la querida patria que, al paso de los años y del intenso trabajo intelectual y anímico, habría de reflejarse en el deterioro de la salud y marcaría el fin de su vida, luego de muchas satisfacciones y justos reconocimientos.

La "Introducción" al tomo xxiv de las *Obras completas*, escrita por José Luis Martínez, arroja bastante luz hacia este enfoque de paternidad-filiación, cuando nos dice que:

sus escritos de esta índole se dedicaron durante muchos años a temas especiales; a desahogarse del gran dolor que le causó la muerte de su padre (*Oración del 9 de febrero*), a analizar su propio temperamento, enfermedades y achaques [...]. Y sólo en sus últimos años inició por dos cabos el relato ordenado de sus recuerdos. En el primero, comenzó a relatar la historia de sus libros, en la trama de su evolución intelectual, de su vida literaria en México y en Madrid y de sus peripecias personales, en que sólo llegó hasta 1925 (*Historia documental de mis libros*); y en el último, el relato general de su vida, de la que sólo alcanzó a contarnos los orígenes de su familia y las proezas de su abuelo paterno y de su padre (*Parentalia*), y la vida en Monterrey, cuando Alfonso Reyes era niño y el general Bernardo Reyes jefe militar y luego gobernador del estado (*Albores*).¹

Continúa José Luis Martínez:

Los escritos de memorias que tenemos de Alfonso Reyes son, pues, aspectos y fragmentos de su vida, pero, como suyos, tienen

¹ José Luis Martínez, "Introducción", en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1990), tomo xxiv, 7.

vivacidad y encanto. Reyes sabía ver el mundo exterior, apresar paisajes, ambientes y situaciones; recrear personajes que vuelven a ser vivientes gracias a dos o tres rasgos maestros y, sobre todo, comunicarnos el fervor que sintió por su padre, con un ardor que enciende y no ciega a su pluma.²

Es decir, ya está aquí, en fase larvaria, la relación padre-hijo e hijo-padre que a primera vista pudiera parecer fría y distante, por aquello que Reyes escribiera en la *Oración*: "Él era soldado y gobernante. Yo iba para literato". Pero enseguida viene la respuesta: "Nada de eso obstaba".³ Nos va a admirar el trato que entrambos había, particularmente en la infancia y en la adolescencia, potenciado lo anterior por los períodos de vacaciones en los que el joven Alfonso, estudiante de preparatoria y luego de carrera, regresara a su Monterrey querido.

En cuanto al libro *Oración del 9 de febrero*, el mismo José Luis Martínez señala:

La veneración por el recuerdo de su padre y el dolor por su trágica muerte fueron constantes en el corazón de Alfonso Reyes. En *Parentalia* hará la crónica y exaltará los hechos guerreros del soldado, y en *Albores* fijará las imágenes de la infancia del futuro escritor, a la sombra famosa y providente del padre gobernante.

[...]

La *Oración del 9 de febrero*, compuesta en Buenos Aires en 1930, "el día en que habría de cumplir sus ochenta años", y diecisiete años después de los acontecimientos de 1913, nunca será publicada por Alfonso Reyes. Se dará a conocer, póstuma, en México, 1963, por Ediciones Era, con reproducción del manuscrito en facsimil y prólogo de Gastón García Cantú. Acaso don Alfonso la guardaba como si fuera una invocación y un lamento privados. En

² Martínez, "Introducción", 7 y 8. Cabe mencionar que al momento de publicarse este tomo (1990), FCE no había recibido las *Memorias* de Reyes, que luego entregaría a la editorial su nieta Alicia Reyes y que están en el tomo iv y son una verdadera revelación.

³ Alfonso Reyes, *Oración del 9 de febrero*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1990), tomo xxiv, 25.

ella no volverá a narrar la fama del soldado y gobernante y nunca quiso detenerse en las circunstancias de la muerte de su padre; su único tema es la persistencia del desgarramiento y los recursos que ha encontrado su autor para sobrellevar la pérdida y mantenerlo presente en su ánimo [...].⁴

Infancia o los días felices

Hay en la *Oración* pasajes que se refieran a la adolescencia, a la juventud y a la madurez, mas poco, o nada, a la infancia. ¿Dónde encontrarlos? En otros libros de Reyes. Por ejemplo, en el mismo tomo donde se incluye la *Oración*, en *Parentalia*, donde escribió: “Yo nunca vi llorar a mi padre. Privaba en su tiempo el dogma de que los varones no lloran. Su llanto me hubiera aniquilado. Acaso escondiera alguna lágrima. ¡Sufrió tanto!”.⁵ Va ligada a lo anterior una imagen de la madre, doña Aurelia, esposa del general Bernardo: “Desarmaba nuestras timideces pueriles con uno que otro grito que yo llamaría de madre espartana, a no ser porque lo sazónaba siempre el genio del chiste y del buen humor”.⁶

¿Qué es lo que se advierte en la obra toda de Alfonso Reyes referida a sus primeros años en su Monterrey natal? La tranquilidad que le brindaba su propio hogar, el amor de la familia, su ingreso al colegio para aprender las primeras letras, sus amigos, los paseos a la casa del Mirador, la plaza de Bolívar, los tranvías de mulitas... En todas estas vivencias relatadas aparece, a veces más lejos y en otras más cerca, la imagen del padre fuerte, del padre-estructura, del “Atlas”.

⁴ Martínez, “Introducción”, 8 y 9. Agrega José Luis Martínez: “Después de la *Oración* del 9 de febrero se recogen dos breves apuntes autobiográficos [...]—‘Días aciagos’ y ‘1912-1914’— que narran lo que hizo Reyes posteriormente, su salida de México, su viaje a París, y con un salto de algo más de un año, sus primeras experiencias en Madrid, que volverá a narrar en la *Historia documental de mis libros*”.

⁵ Alfonso Reyes, *Parentalia*, en *Obras completas de Alfonso Reyes*, (México: Fondo de Cultura Económica, 1990), tomo XXIV, 367.

⁶ Reyes, *Parentalia*, tomo XXIV, 368.

En *Parentalia* inicia Reyes su intento por comenzar las memorias de sus primeros años:

los solares y apolíneos influjos del hombre que me engendró, rubio y zarco, dan interferencias al colar los rayos lunares, algo tristes, de la mujer morena que me ha concebido. Pero, además, cada ráfaga trajo su tributo desde otra región del horizonte. Después, la cultura se encargó del resto [...].⁷

El autor, en la misma obra, retrata al padre como soldado y como hombre aficionado a la buena lectura —las armas y las letras—. En “Charlas de la siesta” se refleja mucho de lo anterior:

Solía mi padre, a la siesta, tumbarse un rato a descansar sin dormir. Entonces, en orden disperso, me contaba lances de su juventud militar. A veces, yo mismo lo provocaba. [...] Él me aseguraba que, de mozo, comía como un tigre, peleando con los alimentos. Pero yo ya solamente lo vi sustentarse con té y naranjas, maicenas y otros insípidos engrudos. [...] Su extraordinario vigor físico, sus constantes deportes de armas y caballos, sus hercúleos ejercicios matinales, parecían realmente incompatibles con aquella alimentación ascética. [...] yo había descubierto por mi cuenta que el hacerlo charlar y recordar sus pasadas campañas era un tratamiento infalible. [...] Por desgracia, nunca llevé cuenta y razón escritas de estas conversaciones. [...] No siempre se hablaba de guerra. Los temas de las charlas eran variadísimos. Tratábamos de poesía y de historia, que eran las lecturas predilectas de mi padre.⁸

Vale la pena referir algunas de estas lecturas del padre, varias de ellas grabadas en la memoria del soldado, cuyos fragmentos poéticos recitaba en voz alta al hijo: *Cantos de vida y esperanza* (Darío), *El estudiante de Salamanca* y *El diablo mundo* (Espronceda), lecturas combinadas con *Conversaciones militares*,

⁷ Reyes, *Parentalia*, tomo XXIV, 358.

⁸ Reyes, *Parentalia*, tomo XXIV, 399-401.

Academias de táctica de caballería, Historia de la humanidad e Historia universal (Cantú).

Escribe Reyes:

Para mi padre, yo era como el paje del violín (su violín de Ingres!), y él reservaba para mí el tesoro de su vida literaria secreta. Abandonó, casi niño, el Liceo de Varones de Guadalajara para ingresar a las filas liberales y pelear contra la invasión extranjera. Cuando yo le preguntaba cómo y a qué hora había adquirido su cultura nada común, —Sobre la cabeza de la silla —me contestaba—. Entre dos galopes. Entre uno y otro combate.⁹

Y en *Albores*, el mismo Reyes evoca la casa de Bolívar y su tradicional plaza. Recuerda a su nana, a sus hermanos, a los colaboradores de sus padres. Igualmente, vienen a su memoria el circo Orrin, los pasatiempos, los paseos y diversiones. Se impone, nuevamente, otra cita:

Ciertamente, las influencias bajo las cuales se desarrolló mi infancia eran para entusiasmar a vivir. Mi padre, primer director de mi conciencia, creía en todas las mayúsculas de entonces —el Progreso, la Civilización, la Perfectibilidad Moral del Hombre— a la manera heroica de los liberales de su tiempo, sin darse a partido ante ninguno de los fracasos del bien. Creía en la eficacia mística, inmediata, de las buenas intenciones, así como creía también —y lo pagó con su vida— que las balas no podían matar a los valientes. [...]

Y yo, desde niño, aprendí a ver en aquella cara luminosa y radiante, en aquellos ojos de incomparable atracción; aprendí a descubrir en aquella voz clara y alegre, en aquella mezcla del Zeus olímpico y del caballero romántico, la imagen misma de la Naturaleza: una divinidad henchida de poder y bondad que no podía nunca equivocarse.¹⁰

⁹ Reyes, *Parentalia*, tomo XXIV, 402 y 403.

¹⁰ Alfonso Reyes, *Crónica de Monterrey I. Albores*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1990), tomo XXIV, 544.

Adolescencia o perplejidad

Por propia experiencia, sabemos lo que significa este período de la vida. Por una parte, el de la curiosidad sexual, el de las dudas existenciales, el de nuestro acomodo al tejido social; pero también el de los grandes sueños, el de los primeros amores y el de la experimentación en todos los órdenes. ¿Nos podríamos brincar esta etapa vital? De ninguna manera. Ella cierra el capítulo de la niñez y nos introduce en el principio de otra etapa no menos fundamental de la existencia.

Para Alfonso Reyes, esta etapa inicia en su natal Monterrey, con su matrícula en el Colegio Civil, esos cinco años equivalentes a la actual secundaria y preparatoria, y pudiéramos decir que se prolonga en los primeros años de la carrera universitaria, iniciada y concluida en la Universidad Nacional. En esta etapa el padre, el general don Bernardo Reyes, habrá de jugar un papel insoslayable en su vida adolescente. Leamos algunos párrafos de la *Oración*:

A la hora de las mayores desesperaciones, en lo más combatido y arduo de las primeras pasiones, que me han tocado, mi instinto acudía de tiempo en tiempo al recuerdo de mi padre, y aquel recuerdo tenía la virtud de vivificarme y consolarme. Después —desde que mi padre murió—, me he dado cuenta cabal de esta economía inconsciente de mi alma. En vida de mi padre no sé si llegué a pecatarme nunca...

Pero ahora se me ocurre que sí, en cierto modo al menos. Una vez fui, como de costumbre, a pasar mis vacaciones a Monterrey. Llegué de noche. Me acosté y dormí. Al despertar a la mañana siguiente —muchas veces me sucedía esto en la adolescencia— ya tenía en el alma un vago resabio de tristeza, como si me costara un esfuerzo volver a empezar la vida en el nuevo día. Entonces el mecanismo ya montado funcionó solo, en busca de mi equilibrio. Antes de que mi razón la sujetara, mi imaginación ya estaba hablando: "Consuélate —me dijo—. Acuérdate que, después de todo, allá en Monterrey, te queda algo muy sólido y definitivo: Tu casa, tu familia, tu padre". Casi al mismo tiempo me di cuenta de que en aquel preciso instante yo me encontraba ya pisando mi suelo definitivo, que estaba yo en mi casa, entre los míos, y bajo

el techo de mis padres. Y la idea de que ya había yo dispuesto de todos mis recursos, de que ya había agotado la última apelación ante el último y más alto tribunal, me produjo tal desconcierto, tan paradójica emoción de desamparo que tuve que contenerme para no llorar.¹¹

No habría de ser así por mucho tiempo. Las clases, los maestros, las lecturas, los amigos y la propia realidad habrían de modificar la manera de pensar y de sentir de Alfonso Reyes, en el paso de la adolescencia a la juventud. La imagen del padre en el hijo, por tanto, habría de modificarse. Analicemos algunos de sus textos que se refieren a esta etapa de la vida y veamos alguna opinión que discrepa un tanto, o bastante, de la imagen del padre que Reyes da en sus textos de madurez.

Juventud, divino tesoro

Podría pensarse que en la etapa más turbulenta de la vida —la adolescencia— hubiese tenido lugar una relación más tensa del hijo con el padre, pero, a juzgar por algunos textos de Alfonso Reyes, más la opinión de Anthony Stanton, podemos encontrar que fue en la juventud, posiblemente bajo el influjo del Ateneo, donde esta relación filio-parental sufrió más conmoción.

Al igual que de la etapa de la infancia hay pocos textos que aludan a este tema, en este período, que es mucho más extenso y que linda con el de la primera etapa de la madurez, hay también escasez documental acerca de su sentir hacia el padre. El mismo Stanton parece apuntarlo aludiendo a un texto de Reyes de 1940 titulado “La biografía oculta”, que está en las *Obras completas*. Dice así don Alfonso:

En el campo de la investigación literaria, nada requiere un pulso más delicado y una experiencia mayor del método crítico que el averiguar la dosis de autobiografía que llega hasta las obras de un

escritor [...] Los recuerdos de la propia vida, el transfundirse en la creación poética, se transfiguran en forma que es difícil rastrearles la huella. En ocasiones, los testimonios más directos se esconden detrás de un párrafo que sólo contiene, en apariencia, ideas y conceptos abstractos.¹²

Ya sobre el tema, Stanton asevera que hay pocas referencias de Alfonso Reyes hacia su padre antes de la muerte de éste en 1913. “Sin embargo, estos textos cobran importancia porque ofrecen una imagen muy distinta de la que nos dan los escritos posteriores”.¹³

Stanton elige una carta del 14 de enero de 1908 que Reyes dirige a Pedro Henríquez Ureña, “(que ya desde entonces parece desempeñar el papel de padre sustituto, tal vez tan autoritario en cuestiones intelectuales y artísticas como lo es el padre biológico en lo que atañe a la ética de la conducta)”, en la que manifiesta al líder del Ateneo de la Juventud lo siguiente:

El señor general don Bernardo Reyes resuelve todo con mandatos militares y el otro día, discutiendo sobre asuntos literarios, le hice ver que ha adquirido el vicio de maltratar autores que no ha leído. Él se disculpa arguyendo que su trabajo de gobernador no le da tiempo para eso.¹⁴

El mismo Stanton agrega una segunda carta que Reyes escribe a su amigo dominicano Henríquez Ureña, la que está fechada días después, el 29 de enero del mismo año, donde

¹² Alfonso Reyes, “La biografía oculta”, en *La experiencia literaria*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1997), tomo XIV, 120. Citado en Anthony Stanton, “Poesía y autobiografía en un momento de la vida de Alfonso Reyes”, *Nueva Revista de Filología Hispánica* 61, núm. 2 (2013): 523.

¹³ Stanton, “Poesía y autobiografía en un momento de la vida de Alfonso Reyes”, 524.

¹⁴ Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia 1907-1914*, ed. José Luis Martínez (México: Fondo de Cultura Económica, 1986), 50.

¹¹ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 26.

igualmente Reyes se queja de la dificultad de dialogar con su padre como él quisiera. Dos párrafos de esta carta parecen lo bastante claros como para entender el asunto:

Mi papá, por la edad y el trabajo, se va agotando y, consecuentemente, lo invaden ciertas debilidades seniles. Desde que estoy aquí no he visto que *una sola vez* acepte una opinión que se le manifieste, así se trate de asuntos intelectuales como de detalles triviales.

Me da tristeza ver que ya no puedo conversar con él. Su favorito, en poesía, es Santos Chocano y en filosofía (?) Roosevelt. Está por llamarlos *ideólogos* a los pensadores. Para él sólo vale la acción; para él el Arte es "un instrumento". El otro día me acusó de estrechez de criterio porque no soporté que hablara de Juan de Dios Peza. En fin, lo que yo me temía: ya no estoy dentro de casa [...].¹⁵

¿Qué opinar sobre lo anterior? Que Anthony Stanton parece acertar en lo planteado. Insiste en que son escasas las páginas del *Diario* que registran sucesos ocurridos entre 1912 y 1914 y que, posiblemente, haya que hacer caso a una cita del propio Reyes que puede aplicarse al caso, cuando, luego de haber escrito sobre la Decena Trágica, señala: "Hay cosas que no me gusta explicar. Harto hago con levantar un poco el velo".¹⁶

Un detalle que podría contribuir a entender las diferencias entre padre e hijo es lo que el mismo Reyes apunta en *Historia documental de mis libros*, donde comenta que su padre hizo una aclaración fundamental luego de que don Ramón Treviño le publicó sus primeros versos en el diario *El Espectador* de Monterrey en noviembre de 1905, cuando se encontraba de vacaciones en su tierra, versos que luego publicó en *La Patria* don Ireneo Paz, abuelo de Octavio. Va la cita:

¹⁵ Reyes y Henríquez Ureña, *Correspondencia 1907-1914*, 66 y 67.

¹⁶ Stanton, "Poesía y autobiografía en un momento de la vida de Alfonso Reyes", 528. Lo que refiere en "1912-1914", en *Oración del 9 de febrero*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1990), tomo XXIV, 45.

—¿Qué dice el poeta? —me saludó cierto amigo de la familia.

—¡No! —le atajó mi padre—. Entre nosotros no se es poeta de profesión.

Pues sí, por una parte, aplaudía y estimulaba mis aficiones, por otra temía que ellas me desviasen de las "actividades prácticas" a que se está obligado en las sociedades poco evolucionadas. Y, en verdad, como más tarde he dicho, aplicando la palabra de Larra, en México escribir es llorar.¹⁷

Habría que incluir en este apartado algo relativo a la Decena Trágica, acontecimiento que va a ser determinante para el escritor regiomontano. La *Oración del 9 de febrero* nos ayudará mucho a entender su nueva imagen del padre y hacia el padre. Leamos o releamos:

Con la desaparición de mi padre, muchos, entre amigos y adversarios, sintieron que desaparecía una de las pocas voluntades capaces, en aquel instante, de conjurar los destinos. Por las heridas de su cuerpo, parece que empezó a desangrarse para muchos años, toda la patria. Después me fui rehaciendo como pude, como se rehacen para andar y correr esos pobres perros de la calle a los que un vehículo destroza una pata; como aprenden a trincar con una sola mano los mancos; como aprenden los monjes a vivir sin el mundo, a comer sin sal los enfermos. Y entonces, de mi mutilación saqué fuerzas. Mis hábitos de imaginación vinieron en mi auxilio. Discutí que estaba ausente mi padre —situación ya tan familiar para mí— y, de lejos, me puse a hojearlo como solía. Más aún: con más claridad y con más éxito que nunca. Logré traerlo junto a mí a modo de atmósfera, de aura. Aprendí a preguntarle y a recibir respuestas. A consultarle todo. Poco a poco, tímidamente, lo enseñé a aceptar mis objeciones —aquellas que nunca han salido de mis labios pero que algunos de mis amigos han descubierto por el conocimiento que tienen de mí mismo. Entre mi padre y yo, ciertas diferencias nunca formuladas, pero adivinadas por ambos como una temerosa y tierna inquietud, fueron derivando hacia el acuerdo más liso y llano. El proceso duró varios años, y me acompañó por viajes y climas extrajeros. Al fin llegamos los

¹⁷ Alfonso Reyes, *Historia documental de mis libros*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1990), tomo XXIV, 151.

dos a una compenetración suficiente. Yo no me arriesgo a creer que ésta compenetración sea ya perfecta porque sé que tanto gozo me mataría, y presiento que de esta comunión absoluta sólo he de alcanzar el sabor a la hora de mi muerte.¹⁸

Minerva Margarita Villarreal, poeta y ensayista, dentro de un redondo artículo que sintetiza una serie de aspectos de la vida del humanista regiomontano, señala con relación a este traumático acontecimiento y sus consecuencias en el hijo por la muerte del padre, lo siguiente:

Un gran sismo se produjo en su vida siendo muy joven.

La llamada Decena Trágica en la que Bernardo Reyes participó para derrocar a Madero, y el propio asesinato del general Reyes, marcaron el inicio de su camino de manera dramática. No acepta los cargos ofrecidos por Victoriano Huerta para trabajar directamente en su administración; en cambio, será segundo secretario en la Legación mexicana en Francia hasta que inicia Venustiano Carranza su gestión constitucionalista y decide eliminar esa representación en el extranjero cortando los salarios.¹⁹

Madurez o aplomo

Son muchos los textos y frases que en esta etapa de la vida de Alfonso Reyes aluden al tema del padre en la *Oración del 9 de febrero*: “Yo siento que, desde el día de su partida, mi padre ha empezado a entrar en mi alma y a hospedarse en ella a sus anchas. [...] Pero el golpe contra la realidad brutal de haberlo perdido fue algo tan intenso que puedo asegurar que persiste”; “Lo ignoré todo, huí de los que se decían testigos presenciales, e impuse silencio a los que querían pronunciar delante de mí el nombre del que hizo fuego”; “No lloro por la falta de su compañía terrestre, porque yo me la he sustituido con un sortilegio o si preferís, con un milagro. Lloro por la injusticia con que se anuló a sí propia aquella noble

¹⁸ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 27 y 28.

¹⁹ Minerva Margarita Villarreal, “Legado de Alfonso Reyes”, *Anthropos* 221 (2008): 33.

vida; [...] Mis lágrimas son para la torre de hombre que se vino abajo”; “No cabían dos centros en un círculo. [...] Ya no se columbra la raya indecisa de la tierra. Ya todo se fue”; “Y se encontró envuelto en una maraña de fatalidades, cada vez más prieta y más densa. Mil obstáculos y los amigos de ambos bandos impidieron que él y el futuro presidente pudieran arreglarse”; “Lo demás no puedo contar, aunque queda en el recuerdo de todos. Cuando vi caer a aquel Atlas, creí que se derrumbaría el mundo. Hay, desde entonces, una ruina en mi corazón”.²⁰

Alfonso Reyes inició su relación afectiva con Manuela Mota siendo aún muy joven y fue padre a los 23 años, en 1912; el único hijo del matrimonio fue Alfonso Reyes Mota. Pero muy pronto sucedería la Decena Trágica, en la que murió su padre, el general Bernardo Reyes, el 9 de febrero de 1913. Este compromiso marital hizo que Alfonso Reyes madurara tempranamente, lo que supo cumplir de manera ejemplar.

Seguramente por ello escribió Isidro Fabela, muchos años después, lo siguiente:

Para Alfonso la vida óptima es la interior; la externa le es casi superflua. Casi, porque su luminaria intelectual es demasiada atractiva y solicitada al exterior; y a las veces tiene que sucumbir [...]. Pero él vive para adentro. ¿Solo? No. Con sus excelsos quereres, conyugal y filial; dones celestes que le otorgan la divina euforia que da cobijo y aliento a su inspiración.²¹

En la *Oración del 9 de febrero* Reyes borda sobre la relación no ya con el padre sino con el hijo. Y explica de qué manera

²⁰ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 28-30, 33 y 34. Reyes, “1912-1914”, tomo XXIV, 45.

²¹ Isidro Fabela, “Alfonso Reyes”, en *Antología del pensamiento universal* (Atlacomulco: 1957), 119 y 120.

educó a éste en la escuela estoica, guiándolo sin imposiciones y permitiendo que eligiera por sí mismo vocación profesional y estado civil. Veamos:

El desgarramiento me ha destrozado tanto, que yo, que ya era padre para entonces, saqué de mi sufrimiento una enseñanza: me he esforzado haciendo violencia a los desbordes naturales de mi ternura, por no educar a mi hijo entre las demasiadas caricias para no hacerle, físicamente mucha falta, el día que yo tenga que faltarle. Autoritario y duro, yo no podría serlo nunca: nada me repugna más que eso. Pero he procurado ser neutro y algo sordo —sólo yo sé con cuánto esfuerzo— y así creo haber formado un varón mejor apercibido que yo, mejor dotado que yo para soportar el arrancamiento. Cuando me enfrenté con las atroces angustias de aquella muerte, escogí con toda certeza, y me confesé a mí mismo que prefería no serle demasiado indispensable a mi hijo, y hasta no ser muy amado por él puesto que tiene que perderme. Que él me haga falta es condición irremediable: mi conciencia se ha apoyado en él mil veces, a la hora de vacilar. Pero es mejor que a él mismo yo no le haga falta —me dije— aunque esto me prive de algunos mimos y dulzuras.²²

Otros textos sobre el hijo los encontramos también en *Calendario*, particularmente en los capítulos “El problema” y “Los senderos de la inteligencia”, donde Reyes da respuesta a las preguntas e inquietudes del hijo, a propósito de las nubes negras y blancas en el gobierno divino, en el primero, en tanto que en el segundo el autor se plantea la mejor manera de enseñar, ligada con el deber.²³

Vida difícil la de Alfonso Reyes. Vida de equilibrios, de retos y de dudas, pero que él supo superar gracias a su inteligencia y sensibilidad, al igual que merced al apoyo de su compañera, doña Manuelita, y al cariño de su hijo Alfonso. Podríamos seguir refiriendo otros aspectos de la *Oración del 9 de febrero*, mas es tiempo de concluir.

²² Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 29.

²³ Alfonso Reyes, *Calendario. Una lectura crítica* (Monterrey: Facultad de Filosofía y Letras de la UANL, Capilla Alfonsina Biblioteca Universitaria, 2020), 104-106.

¿De qué manera? Al señalar que creemos que el análisis ha permitido entender un poco más el tipo de relación que se dio entre el padre-militar y el hijo-escritor —las armas y las letras— desde la infancia y la adolescencia del segundo, al igual que en su juventud; y luego, ya como recuerdo, todavía en la juventud, en la madurez y en la temprana ancianidad. Un recuerdo épico y, a la vez, lírico-dramático.

Oración del 9 de febrero no es un libro con *happy end*. Es un libro estrujantemente conmovedor, donde historia y literatura se entrelazan en un género nuevo que apenas ahora, ya entrado el siglo XXI, se está debidamente valorando.

Cerramos con el soneto que Alfonso Reyes compuso en Río de Janeiro, el 24 de diciembre de 1932:

† 9 DE FEBRERO DE 1913

¿En qué rincón del tiempo nos aguardas,
desde qué pliegue de la luz nos miras?
¿Adónde estás, varón de siete llagas,
sangre manando en la mitad del día?

Febrero de Caín y de metralla:
humean los cadáveres en pila.
Los estribos y riendas olvidabas
y, Cristo militar, te nos morías...

Desde entonces mi noche tiene voces,
huésped mi soledad, gusto mi llanto.
Y si seguí viviendo desde entonces

es porque en mí te llevo, en mí te salvo,
y me hago adelantar como a empujones,
en el afán de poseerte tanto.²⁴

²⁴ Alfonso Reyes, *Repaso poético*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1981), tomo X, 146 y 147.

Bibliografía

- Fabela, Isidro. "Alfonso Reyes". En *Antología del pensamiento universal*. Atlacomulco, 1957.
- Martínez, José Luis. "Introducción". Tomo xxiv, *Obras completas de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1990.
- Reyes, Alfonso. *Crónica de Monterrey I. Albores*. Tomo xxiv, *Obras completas de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1990.
- Reyes, Alfonso. *Calendario. Una lectura crítica*, edición de José Javier Villarreal y Ludivina Cantú Ortiz. Monterrey: Facultad de Filosofía y Letras de la UANL, Capilla Alfonsina Biblioteca Universitaria, 2020.
- Reyes, Alfonso. *Repaso poético*. Tomo x, *Obras completas de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1981.
- Reyes, Alfonso. *Historia documental de mis libros*. Tomo xxiv, *Obras completas de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1990.
- Reyes, Alfonso. *Oración del 9 de febrero*. Tomo xxiv, *Obras completas de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1990.
- Reyes, Alfonso. *Parentalia*. Tomo xxiv, *Obras completas de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1990.
- Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña. *Correspondencia 1907-1914*, edición de José Luis Martínez. México: Fondo de Cultura Económica, 1986.
- Stanton, Anthony. "Poesía y autobiografía en un momento de la vida de Alfonso Reyes, 1908-1916". *Nueva Revista de Fi-*
- lología Hispánica* 61, núm. 2 (2013): 521-556. <https://doi.org/10.24201/nrfh.v61i2.1105>.
- Villarreal, Minerva Margarita. 2008. "Legado de Alfonso Reyes". *Anthropos* 221 (2008): 33-38.

Administrar el rayo

Antonio Colinas

¿Cuáles son las razones de fondo de la *Oración del 9 de febrero*, de Alfonso Reyes, de este texto emblemático, más allá de la llaneza y claridad de su estilo? Ésta es la primera pregunta que se nos ocurre al plantearnos su comentario; aunque quizás, en puridad, debiéramos hacernos antes otra pregunta: ¿Por qué es una *oración* y no otra cosa lo que Alfonso Reyes nos subraya ya desde el mismo título?

Para responder a esta segunda pregunta tendríamos que decirnos a su vez qué *no es* este texto al que el autor ha aplicado, por el contrario, un nombre tan radical, tan sometido, a veces, a interpretaciones tan ligeras como equívocas.

Yo creo por ello que este ¿ensayo? memorable no es un canto fúnebre, ni una conmemoración de raíz histórica; no es tampoco una semblanza, aunque así nos lo parezca en uno de los fragmentos finales, en los que el escritor nos describe físicamente la cabeza del padre. Tampoco es este texto un elogio, a la manera de como Giacomo Leopardi tituló algunas de sus semblanzas de personalidades de la Antigüedad.

Desde luego que este texto tampoco me parece un panegírico o una loa, géneros tan líricos como sentimentales, pues hay en él una contención, una reserva que Reyes nos recuerda

precisamente en el momento de pensar cómo él mismo debe educar a su propio hijo: con una moderación y una “distancia” que no favorece la mala crianza.

Nos iríamos aproximando más a su sentido verdadero, a la definición correcta de estas páginas si pensáramos en su resonancia profundamente estoica, y, por ello, vienen a nuestra mente aquellas páginas del Primer Libro de las *Máximas* de Marco Aurelio, en las que el autor latino utiliza el ejemplo de sus antepasados para llegar a hacer el perfil de sí mismo.

Sin embargo, hay en este texto algunas palabras que nos llevan mucho mejor a justificar ese sentido de *oración* al que él alude en el título: piedad, compasión, plegaria. Coloco estos tres términos en un orden que es el de la marcha esencial del contenido del mismo: desde el hallazgo (y solución) de los términos *piedad* y *compasión* hasta el término *plegaria*, que no es sino un sinónimo muy claro de oración.

Llegado a este punto de mi reflexión, mi mente vuela hacia una autora, a la que por cierto Alfonso Reyes conoció en sus días de México: María Zambrano. Y en concreto no sólo me refiero a que en esta pensadora española la piedad puede ser el sentido último de su obra y de su actitud frente a su propia vida y frente a la turbulenta Historia que le tocó vivir y padecer. Ella acaba deshaciendo el “nudo del trágico existir” por esa vía de la piedad que deshace todas las posibles contradicciones entre creación pura y política, entre Historia e Intrahistoria.

Algo parecido sucede en Alfonso Reyes ante la fecha que acompaña a la segunda parte del título de su texto: la oración alude a un “9 de febrero”, a una fecha que atañe al cruce de la muerte de su padre no ya con las perturbaciones de carácter social o político del país, sino con la muerte, con la muerte del padre. Él, a lo largo de su texto, se esfuerza en cada fragmento en solapar cuanto sucedió (y a él le sucedió) con la muerte de su padre, para centrarse en lo que éste fue y es esencialmente para él.

Reyes opta por dar a su ensayo no sólo un profundo sentido ético y moral (“lo moral” según la segunda acepción del diccionario de la RAE): como algo no que alude a la “moralina” o comportamientos ortodoxos, sino aquello que atañe a la *conciencia*; es decir, a un profundo sentido metafísico.

Pero volviendo a María Zambrano, he pensado también, al ver el título del texto, en una frase que ella me dijo en la entrevista que los dos grabamos poco antes de que muriera, recogida después en mi libro *El sentido primero de la palabra poética* (2a edición, Siruela, 2008). En ella hay un momento en el que la pensadora, rehuyendo el tema que nos habíamos propuesto tratar en dicha entrevista —el de la *iniciación*—, remonta cualquier concepción sistemática del razonar para decirnos: “La plegaria puede llegar hasta las mismas estrellas”.

He aquí pues cómo me explico yo ese sentido de oración que Reyes le da a su texto, rehuyendo o superando todo cuanto en él nos va a decir de su vida, de su padre y de las circunstancias sociopolíticas que motivaron una muerte. La oración es simplemente un remedio que va más allá del sentir y del pensar al uso. Alfonso Reyes hace de su texto una oración o plegaria porque le faltan palabras para explicar el dolor que sintió ante la pérdida.

Luego, adentrándonos ya en las páginas, no es raro que el autor se remonte al origen. Raramente hay escritor valioso sin orígenes, sin *raíces*, y éstas se hallan en los primeros años de la vida, en la infancia y en la adolescencia, en los veranos de ese tiempo, en lo que supone la ansiedad de tener un padre que va y viene, en los libros que el joven entrevé en la biblioteca de éste, en lo telúrico.

Son estas etapas de la vida de una gran plenitud, pero que a la vez en Reyes se ven traspassadas por una honda melancolía o un “resabio de tristeza”, dice él, al despertarse ya en otra cama, la de la casa de las vacaciones.

La casa familiar no es por tanto, en ese tiempo concreto, el lugar del refugio cómodo y del olvidar sino "la casa de los míos", es decir, la de los de su sangre. Hay para él "lloro" en ese tiempo, pero también el hallazgo de un "tesoro" sobre el que él no nos da muchas explicaciones, pero que convierte en un poderoso refugio, en un "arma vigilante" que le defenderá por siempre de cualquier acechanza o pesar.

Para el hijo, la muerte del padre no supone sólo un sentir y un pensar en los límites, sino que él ve muy bien las causas físicas, realísimas de la misma, cuando alude a su "tremenda sacudida nerviosa". Y ahora tenemos que pensar en los Maestros de Extremo Oriente para reparar, como ellos nos dijeron, que ante cualquier gravedad física, el ser humano debe buscar los caminos, aparentemente contrarios, de la psicología profunda, de la sabia superación. Y en uno de estos caminos es en donde se encuentra la plegaria, lo que según Jung, desde el ánimo, el espíritu o el alma (como prefieran) puede alcanzar la salud por la vía de una reflexión, como es la de este texto. Una meditación en los límites.

El autor llega por eso a sugerirnos que la muerte de su padre puede sugerirnos también que, por una de esas vías *interiores* de superación, se puede valorar la muerte de cualquier hombre. Y nos deja entrever también que los seres queridos, ejemplares, no se van para siempre, sino que nos sobrevuelan mientras pasa el tiempo del luto y ellos regresan no sólo para conservar de ellos "la mejor imagen", sino para guiarnos. Aquí, por otro o por parecido camino, es donde aparece el símbolo poderoso del *ángel*.

Ni que decir tiene que al plantearnos así las cosas, Alfonso Reyes rehúye radicalmente el que podría haber sido un camino fácil y temerario: el del rencor, el odio, la venganza (la "baja *vendetta*", dice él). Para ello, llegamos de nuevo a recordar esa palabra que, desde la radicalidad máxima, supone la única solución: la piedad. Y si deseamos llegar aún más

allá, rehuir el camino de la superación y el olvido, tenemos que volver a encontrarnos con la oración, con la plegaria; con aquello que como decía Zambrano nos supera porque es la palabra que va *más allá*, la palabra que *sana* y que *salva*.

A veces, sí, el escritor desciende a detalles de lo que yo llamo la realidad-realidad, ésa que no se puede rehuir en el momento del pesar y de la crisis, pero suponen también una ayuda en el tormentoso mar en que a veces se convierte la existencia de los humanos.

Así sucede, por ejemplo, cuando Reyes estudia los cambios que ha tenido en el tiempo la firma de su padre en los documentos. Y no es que en ese afán él quiera recordarnos una mera anécdota, un detalle sentimental que le une al progenitor, sino que en la firma está el *signo*, y en el signo está el *símbolo*. El símbolo, esa "argolla" a la que aferrarse en tiempos de dificultad, de duras pruebas. La firma pues como algo más que una señal emotiva, familiar: la firma, algo más que un mero rasgo: un símbolo poderoso.

En otras ocasiones, este descenso a la realidad-realidad el escritor lo hace a través de los libros de la biblioteca del padre. Incluso algunos en concreto —los de Espronceda— le llevan a cubrir a su antepasado con una pátina "romántica", que para mí tiene menos valor que la ética, que es la que primordialmente late en el texto.

Pero ese romanticismo bien entendido del padre y de sus lecturas le sirve al hijo para darle un aura que, a su vez, conecta con la imagen osada y ejemplar del militar que fue. Incluso a esta profesión tantas veces denostada, Reyes hijo le da la vuelta para ofrecernos un modelo de comportamiento y de autenticidad que no tenemos por menos que remontarnos a los que, en ocasiones, nos ofrecen algunas páginas de los biógrafos latinos.

Recuerda así entre los volúmenes de la biblioteca algunos de los poetas (aquí también el especial recuerdo para la

figura de Rubén Darío), pero enseguida regresa al terreno del humanismo y del pensar para recordarnos los volúmenes de la *Historia de la humanidad*, de Cesare Cantù. Pareciera también, viendo algunas de estas incursiones sentimentales, que el propio Alfonso Reyes utiliza, en los momentos en los que le falta el razonar, expresiones, imágenes, de carácter plenamente poético.

Esto me lleva por ejemplo a recordar que hay momentos en los que parece que el lenguaje estalla en expresiones del tipo "requirió otra vez el caballo y burlando las sierras", "picar espuelas", "estirarse al sol y echar baraja", "fantasmas de la fiebre", "el repiqueteo del sable en la cadena", "la bota fuerte con el cascabel del acicate", etc., que a mí me llevan a pensar hasta qué punto Reyes se puede ver influido por estas expresiones más propias de Luis de Góngora, y qué influencia pudo ejercer sobre él nuestro clásico cordobés.

No hasta el punto que lo hizo en Sor Juan Inés, pero sí como ecos leves de lecturas. Si sabemos, precisamente gracias a este texto, que Reyes ha leído muy bien a Francisco de Quevedo, hasta el punto de ponerle reparos y gritarle "¡Miente! ¡Miente!", cuando el autor de *La hora de todos y la fortuna con seso* separa el noble fin de las Letras del noble fin de las Armas. Aquí asoma su vehemencia para justificar el sentido igualmente noble, ejemplar, de la profesión del padre.

Es precisamente en el recuerdo de la estancia de éste en un cuartel cuando en unos fragmentos llanísimos, extremadamente sencillos, en un diálogo de brevedad azoriniana, nos pone de relieve la grandeza humana de quienes dudan y al dudar se comportan con inusual grandeza ética. Son éstos los momentos de la realidad-realidad, del "roer diario", en los que el ser humano pone a prueba dicha grandeza.

Pero se da en este ensayo otra situación que es complementaria de la piedad y la plegaria, y es la del espacio: la de un "sitio solitario, propicio a la meditación". La meditación

en profundidad necesita ese espacio. Ahora es como si se nos cerrara el círculo de esta reflexión que vengo haciendo. Porque ¿qué es el sitio de la meditación, del silencio y la soledad, sino el lugar donde se ejerce la plegaria y donde tiene su fundamento el mejor sentido de la palabra *oración*?

**Una suerte de dinastía que cae.
La Oración del 9 de febrero de Alfonso Reyes**

Adolfo Castañón

A Rodrigo Martínez Baracs

Febrero de Caín y de metralla:
humean los cadáveres en pila.
Los estribos y riendas olvidadas
y, Cristo militar, te nos morías...

Alfonso Reyes, "† 9 de febrero de 1913"
Río de Janeiro, 24 de diciembre de 1932

I

El memorial escrito por Alfonso Reyes el 9 de febrero de 1930, cuando tenía 41 años y su padre hubiese cumplido ochenta ese agosto, es un texto raro por varias razones. Lo publicaría, diez años después de la muerte del autor, su viuda, Manuela, no se sabe si por encargo del autor o por casualidad al revisar ella los papeles del polígrafo. Pudo no haberse publicado. La edición se debió a Gastón García Cantú. García Cantú fue de esas personas cercanas a Alfonso Reyes en la última época. Lo visitaba, como éste apunta, "todos los jueves" (5 de marzo

de 1959).¹ A él y a Rosario Castellanos se debe la iniciativa de que el Instituto Nacional Indigenista hiciera una edición de la *Cartilla moral*, texto que Reyes tenía en muy alto aprecio (24 de septiembre de 1958).² La última visita de Gastón a Reyes fue el 14 de noviembre de 1959, cuando le planteó algunas sugerencias para armar “el tomito de trozos de mis libros que me pide. Le llamaría yo Horizonte de México”.³ Siguió visitando a Manuela después de la muerte de Reyes.

¿Por qué lo escribió Reyes?, ¿por qué tuvo necesidad de pasar al estado escrito estas precisiones, si ya había “agarrado el toro por los cuernos” y había dado cuenta del minotauro y del laberinto con la escritura expiatoria de su poema *Ifigenia cruel*? ¿A qué necesidad íntima responde o respondía el hecho de pasar en claro estos *reojos* de lo innombrable? No es fácil saberlo. Reyes escribió la *Oración* el 9 de febrero de 1930. Unas semanas más tarde, el 16 de marzo de 1930, asienta en su Diario:

De repente tuve grata sorpresa [de] recibir libro de mi hermano Rodolfo, desde Madrid: *De mi vida (memorias políticas)* que llega hasta la muerte de mi padre y forma tomo 1. Esto haré bien moralmente por ser principio de su *catarsis*, e históricamente, sin duda. Como el tomo más bien está dedicado a mi padre y su política, déjame abierto y limpio el camino para mi *Crónica de Monterrey*, en que daré silueta humana a mi padre.⁴

Por esta cita queda claro que Reyes sabía que ya había hecho su *catarsis*. Años más tarde, Martín Luis Guzmán en sus

¹ Alfonso Reyes, *Diario (1951-1959)*, edición crítica, introducción, notas, fichas bibliográficas y cronología de Fernando Curiel Defossé et al. (México: Fondo de Cultura Económica, 2010), tomo VII, 715.

² Reyes, *Diario (1951-1959)*, tomo VII, 672.

³ Reyes, *Diario (1951-1959)*, tomo VII, 765.

⁴ Alfonso Reyes, *Diario (1927-1930)*, ed. Adolfo Castañón (México, Fondo de Cultura Económica, 2010), tomo II, 122.

Muertes históricas (1958) reescribiría, por así decirlo, el capítulo final de las memorias de Rodolfo Reyes.⁵ La *Oración del 9 de febrero* debe ser leída como una especie de recapitulación íntima, no destinada a la publicación en el momento de escribirse ni muchos años después. Es una suerte de autodiagnóstico o autoexamen escrito en la línea de “Cuando creí morir”. El hecho de que la *Oración del 9 de febrero* se haya publicado diez años después de muerto su autor habla de su pudor y de su recato, de su probidad y de su reticencia a aprovechar y, por así decir, hacer rentable su propio duelo. Hay ahí una inagotable lección ética que baña con su luz la obra toda.

II

Una de las cuestiones relacionadas con la discusión en torno a la *Oración del 9 de febrero* es la de su situación editorial. En el tomo XXIV de las *Obras completas* aparece encabezando el inicio del tomo, desprendido de la serie de textos en los que se situaría naturalmente, como los libros de memorias *Parentalia* y *Albores*, de cuya materia podría formar parte como una más de las *Páginas adicionales*, junto con la *Teoría del sable*, texto emparentado con la *Oración*. En una hipotética edición anotada de la *Oración*, se impondría poner como nota al pie el pasaje donde Reyes habla de la firma de su padre a partir de la lesión que había sufrido por un balazo en la mano derecha, “en cierto combate de Villa de Unión de 1880”:

⁵ Rodolfo Reyes, *De mi vida. Memorias políticas, 1899-1913* (Madrid: Biblioteca Nueva, 1929). En especial el capítulo “La jornada del domingo” (229-241), escrito, como apunta el autor, durante su “prisión en la Penitenciaría, como miembro de la XXVI Legislatura”, de ahí la “minuciosidad” de estas páginas referidas “a la salida y muerte de mi padre”, escritas a raíz de esos acontecimientos. De Martín Luis Guzmán, “Muertes históricas”, “Febrero de 1913”, “Bernardo Reyes”, “Combate en el Zócalo”, en *Obras completas*, (México: Fondo de Cultura Económica, 1985), tomo II, 877-883.

la mano herida nunca fue verdaderamente curada, sino entregada simplemente a la piedad de la naturaleza, y no era posible que la lesión le permitiera empuñar con fuerza los objetos. Pero como el escribir directamente era cosa que podía esperar, se puso con toda paciencia a hacer ejercicios caligráficos, se obligaba a tomar sus apuntes de memorándum dibujando cuidadosamente las letras, y logró adquirir de nuevo, con el tiempo, una escritura muy clara y regular. Conservo algunos volúmenes de su biblioteca que llevan su firma y la fecha de adquisición, y creo poder establecer, por los rasgos de la pluma, las sucesivas épocas de la evolución —antes de la crisis, en la crisis y después de la crisis—, lo que me parece muy elocuente sobre las posibilidades de la voluntad aplicada a corregir las deficiencias del cuerpo.⁶

Otra consideración que cabe hacer acerca del manuscrito mismo del texto tiene que ver con la pregunta de ¿cómo Alfonso Reyes pudo tener a la mano en Buenos Aires, el 9 de febrero de 1930, las firmas que reproduce el texto, cómo las copió o fotografió, llevaba consigo algunos libros y papeles del general? No deja de ser un misterio.

III

Oración del 9 de febrero. El lema que da título al texto suscita una o varias preguntas. ¿Se trata de una plegaria por o a Bernardo Reyes? Esa ambigüedad impregnará todo el texto, hasta el punto de que en algún momento podría pensarse que esa *oración* la pronunciaría el propio Bernardo Reyes a través de la interpósita voz de su hijo Alfonso para dirigírsela a sí mismo, a su propia familia, a su dinastía y la genealogía que arborecerá en el futuro. Una oración es necesariamente un discurso oral. Y la oralidad es una de las claves del texto

⁶ Alfonso Reyes, "El héroe y la historia", en *Los trabajos y los días, Obras completas de Alfonso Reyes* (México, Fondo de Cultura Económica, 1959), tomo IX, 335. Este tramo cabría ser puesto al pie de la *Oración del 9 de febrero*, en Alfonso Reyes, *Obras completas de Alfonso Reyes* (México, Fondo de Cultura Económica, 1990), tomo XXIV, 30 y 31.

que está *escrito* desde el orden de lo hablado. De hecho, la voz *oración* podría decirse que es una de las guías de Reyes para escribir y componer *oraciones* que sean dueñas del carácter incontrovertiblemente presencial de lo escrito. Toda una teoría literaria se encierra en este título.

La *Oración del 9 de febrero* es una plegaria, un rezo como musitado entre dientes, formulado por Reyes poco después de cumplir cincuenta años. El texto no fue publicado en vida, ciertamente por ese respeto tremendo al propio sentir, pero también al del entorno amistoso y familiar, empezando por Rodolfo Reyes Ochoa.

La *Oración* es una veladora hecha para estar siempre encendida y a resguardo.

La última línea: "Una ancha, generosa sonrisa se le había quedado viva en el rostro: la última yerba que no pisó el caballo de Atila; la espiga solitaria, oh Heine que se le olvidó al segador",⁷ es una cita del poeta alemán Heinrich Heine que Reyes cita 16 años más tarde en el elogio fúnebre "Honor de Caso". "La muerte reclama cada día más lugar en nuestro pensamiento, y empezamos a sentirnos como aquella espiga de Heine, olvidada por el segador en mitad del campo".⁸ Le viene a los labios cuando muere Pedro Henríquez Ureña el 11 de mayo de 1946: "me voy quedando como la espiga solitaria olvidada por el segador". El pasaje viene del libro de Heine: *Ideas o El libro del tambor le Grand*, capítulo IV, dado a la imprenta en 1827 e integrado en *Estampas de viaje*: "En corroídas tumbas yacen mis amigos, sólo yo he quedado como espiga solitaria olvidada por el segador".⁹ Debo la

⁷ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 39.

⁸ Alfonso Reyes, *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1960), tomo XII, 161.

⁹ Heinrich Heine, *Obras*, trad. Manuel Sacristán (Barcelona: Editorial Vergara, 1964), 115; citado en Adolfo Castañón, *Alfonso Reyes: caballero de la voz errante* (México: UANL, Academia Mexicana de la Lengua, Juan Pablos Editor, 2012), 482.

ubicación precisa de la cita a la traductora alemana de la obra de Eugenio Montejó, Hanna Grzimek, y a él haberme puesto en contacto con ella.

Vuelvo a la espiga, es decir, a la “ancha generosa sonrisa que se le había quedado en el rostro” grabada para siempre al general Bernardo Reyes. Tiene no poco de misterioso. ¿No es la sonrisa del que ha realizado su misión y cumplido su destino? ¿Cómo explicarla?

iv

Es la sonrisa del héroe caído en la batalla con la conciencia de haber llevado hasta el extremo el hilo de su destino. Héroe o militar glorioso, como aquellos cuyas vidas paralelas trazó el griego Plutarco y siglos más tarde puso en escena William Shakespeare en sus obras sobre Julio César y Coriolano. Justamente sobre esta figura se centró la semblanza que hizo en vida del general Bernardo Reyes el escritor David Cerna, y que supo citar Rubén Darío en la página que escribió sobre su amigo y protector regiomontano después de caído éste el 9 de febrero de 1913. Si el texto de Rubén Darío es relativamente bien conocido, el del escritor de Saltillo es o era desconocido hasta ahora, que lo doy a conocer como anexo documental de estas páginas escritas alrededor de la *Oración del 9 de febrero*, para darle a esta exposición un cierto relieve histórico o filológico.

El texto fue publicado originalmente en 1912, en vida del general Bernardo Reyes. Tuve noticias de él por la cita que hace Rubén Darío en su artículo “Shakespeare en la política hispanoamericana”, publicado en marzo de 1912, o sea un año antes de la muerte del general. El artículo se publicó originalmente en inglés en México, por el doctor David Cerna. Gracias a las orientaciones del investigador alemán Gunther Schmigale, estudioso de Rubén Darío, me di a la tarea de localizar el texto. Se encontraba en los archivos de

Condumex, cuyo director, el doctor Manuel Ramos, me facilitó la copia digitalizada de ese diario, que no se encontraba ni en la Capilla Alfonsina ni en Monterrey. Lo traduje y lo compartí con el doctor Javier Villarreal Lozano, investigador de ese saltillense ilustre que fue David Cerna. Tuve así más información sobre este estudioso mexicano de Shakespeare y de las letras inglesas, además de constatar la sólida formación que le permitía escribir directamente en inglés. Al final, se reproduce como anexo.

La semblanza que hizo el doctor David Cerna de Bernardo Reyes casi un año antes de la muerte del general puede ser leída como una advertencia de lo que sucedería después: la combinación explosiva de arrogancia y carácter impulsivo que forman parte de los ingredientes que alimentaron su caída en el Zócalo el 9 de febrero de 1913. Es muy probable que Martín Luis Guzmán no haya conocido este texto, aunque también es plausible que hubiese simpatizado intelectualmente con él.

v

Unas semanas después de escrita la *Oración del 9 de febrero*, Reyes asiste el 14 de marzo a una sesión con la vidente Irma Maggi en casa de Nieves Gonnet de Rinaldini, una de las animadoras de la sociedad Amigos del Arte y buena amiga de Pedro Henríquez Ureña. Lo acompaña a la sesión con la médium su esposa Manuela y llevan “metida en un sobre la gorra cazadora que llevaba puesta mi padre cuando murió”.¹⁰ Nada dijeron. Cuando se apagaron las luces y la médium entró en trance le pasaron la gorra para que la tocara. Éstas son sus palabras:

Este objeto me habla de una extraña indefinida sensación — Siento algo trágico en el entorno como si se hubiese derramado la sangre — Siento una alarma — una confusión — una intriga — una

¹⁰ Reyes, *Diario (1927-1930)*, tomo II, 211.

repercusión —Te veo distinto al que eres ahora —Siento hordas fanáticas que corren al rescate —Algo trágico y espectral —Algo extraño e irresuelto —Un traje distinto del nuestro —Un talismán para ser protegido —Una misión y también una corporación —Ondas de raza diversa y hordas profanadoras —La amplitud de una amplia ribera que confinaba con la selva tropical —Algo grave —Siento también a los coros como si en lontananza una especie de peregrinación anduviese confundiéndose —Veo guerreros y veo también una suerte de dinastía que cae.¹¹

La médium pronunció estas palabras en italiano. Luego de ellas, sigue escribiendo o reescribiendo Reyes los episodios medulares de la situación circundante el 9 de febrero. Alfonso Reyes no dejó de rumiar esa situación que si bien plasmó en el texto escrito el 9 de febrero de 1930, seguiría acompañándolo toda su vida. La presencia del orden metapsíquico no le fue por otra parte ajeno. En el mismo texto sobre la "Psicometría" de Irma Maggi, Reyes cita con familiaridad un libro que lo acompañó durante años, la *Metapsíquica* de Charles Richet, que fue publicado en París en 1923 y que cita en varios lugares de sus *Obras*. Este título se encontraba entre sus libros y se encuentra actualmente en la biblioteca de la Capilla Alfonsina.¹² Tengo la fortuna de tener yo también un ejemplar de este valioso libro. Seguramente, estas lecturas lo ayudaban a seguir sus exploraciones en el mundo interior. Eso explica los versos que escribiría en Río de Janeiro en 1932, en el poema "† 9 de febrero de 1913":

Desde entonces mi noche tiene voces,
huésped mi soledad, gusto mi llanto.
Y si seguí viviendo desde entonces

es porque en mí te llevo, en mí te salvo,
y me hago adelantar como a empujones,
en el afán de poseerte tanto.

¹¹ Reyes, *Diario (1927-1930)*, tomo II, 212.

¹² Charles Robert Richet, *Traité de métapsychique* (Paris: Librairie Félix Alcan, 1923).

ANEXO DOCUMENTAL I

EL GENERAL BERNARDO REYES DESDE EL PUNTO DE VISTA SHAKESPEAREANO¹³

El artículo que enseguida reproducimos fue escrito especialmente para *El Trueno de Monterrey* por el notable literato Coahuilense, Dr. David Cerna. El original está en inglés [ilegible] sus ocupaciones, la siguiente traducción confeccionada en esta redacción, sin... [ilegible] toda la belleza del original, para [ilegible] en lo posible [ilegible] oportuno del Dr. Cerna.

Aunque sería algo difícil encontrar en Shakespeare un personaje cuyo carácter pudiera aplicarse con exactitud al General Bernardo Reyes, no me parece posible señalar a otro más apropiado que Coriolano.

El retrato que hace Shakespeare de Coriolano, se basa, como es bien sabido, en la biografía de aquel célebre soldado romano, escrita por Plutarco y contenida en *Las Vidas Paralelas* del gran autor griego, obra que fue traducida por primera vez al inglés por Sir Thomas North, bajo el título de *Las Vidas de Nobles Griegos y Romanos*.

Dowden dice del Coriolano de Shakespeare:

Un sentimiento altivo y apasionado, un egotismo muy marcado, son en Coriolano fuentes de debilidad y de fuerza... Su destrucción no obedece al pueblo Romano; sino a la noble altivez y al apasionado amor propio de Coriolano mismo... Pero el orgullo de Coriolano no es aquel orgullo que suele nacer de la sumisión y de las ligas con algún poder o personas o principio superior a uno mismo. Es un orgullo doble: un apasionado amor propio, esencialmente egoísta, y un apasionado antagonismo de clases. Lejos de tener un genio frío y envidioso, es profundo, amable y

¹³ David Cerna, "El general Bernardo Reyes desde un punto de vista Shakespeareano", *El Trueno de Monterrey*, 14 de enero de 1912, 6. He consultado esta fuente en el Archivo del General Bernardo Reyes (ABR) que se encuentra en ConduMex, folio 7953.

generoso; pero la tradición aristócrata le tiene marcado un límite firme e impasable, y solamente dentro de ese límite se manifiestan sus cualidades buenas. La debilidad, la inconstancia, y la incapacidad de comprender la realidad, que son los vicios del pueblo, se encuentran reflejados y repetidos en el gran patricio: los vicios aristócratas de éste están compensados por los vicios plebeyos de aquel. Él es rígido y obstinado; pero bajo la influencia de un egoísmo iracundo, es capaz de renunciar a sus principios, a su partido, y a su ciudad natal.

Recuérdese la renuncia repentina del General Reyes como Ministro de la Guerra y aun como General de División, y su preferencia de ser la primera figura en Nuevo León a ocupar un segundo lugar en los asuntos públicos de la nación.

Continúa diciendo Dowden:

El juicio y el temperamento de Coriolano están mal mezclados: desea conquistar un fin, pero sólo se somete a trampas a los expedientes indispensables para el logro de ese fin, no posee el suficiente dominio sobre sí mismo para poder aprovecharse de las oportunidades que se le presentan.

Es de notarse la coincidencia. Hay que recordar a este respecto la absoluta falta de determinación de parte del General Reyes cuando fue dueño de la situación en la región montañosa de Galeana. ¿Casi no apelaron a él entonces el pueblo y el ejército (este último por debajo de mano), para que encabezara la oposición? Si en ese momento se hubiese resuelto a aceptar la situación, habría sido sin duda el héroe popular; y con menos sacrificios, quizás, tanto de vidas como de propiedades, habría logrado dar el mate al gobierno despótico de Díaz. Pero, no; Reyes vaciló demasiado, y finalmente, perdió su mejor oportunidad, perdiendo al mismo tiempo la alta estimación de una gran mayoría del pueblo mexicano. Con seguridad que no tomó muy en serio lo que le dice Bruto a Casio.

Hay una marea en la vida de los hombres, que, aprovechando su creciente, los conduce a la fortuna; si la desaprovechan, todo el viaje de la vida lo harán como por bajíos y rodeados de miserias.

Hudson ha dicho esto:

El orgullo de Coriolano es del todo inflamable e indomable por razón de su pasión, al grado de que si ésta recibe tan sólo una chispa de provocación, aquél estalla y se inflama incommensurablemente, batiendo con toda consideración de prudencia, de decoro, y hasta de sentido común.

Hay que admitir, ciertamente, que tales apreciaciones pueden aplicarse casi con exactitud al carácter impulsivo del General Reyes. Recordamos el conocido incidente cuando en las calles de Monterrey se apartó deliberadamente de su coche y azotó a un pobre borracho que había gritado "¡Muera el Gral. Reyes!"

Dice Dowden en otro pasaje:

Ahora bien, Shakespeare sabía que semejante pasión era debilidad y no fuerza; y por esa violencia indomable de carácter, Coriolano mismo se echa encima su destierro de Roma y su suerte subsecuente.

El General Reyes fue mandado al viejo mundo con una comisión especial. ¿No fue esta circunstancia un verdadero caso de destierro, precursor de su suerte subsecuente!

Wendell cree que:

Coriolano debe su suerte a un exceso de rasgos de nobleza inherente, rasgos cuya nobleza misma los hace incapaces de sobrevivir en el mundo innoble que los rodea.

Esto es lo que dice Hereford:

Aún la valentía de Coriolano está descrita con fuego que procede principalmente de la imaginación... La carrera de Coriolano

con su valentía ostentosa, aunque en esencia inútil, es una sátira al militarismo y las sublimes imágenes con que nos cuentan sus hazañas, no hacen más que resaltar el tono de ironía que hay en el fondo

Después de meditar sobre tales expresiones, ¿quién no piensa, aunque sea por un momento, en ciertos períodos de la carrera militar de los Generales Reyes y Boulanger!

Lo siguiente pertenece a Mabie:

Las escenas festivas que dan variedad al drama, fueron obra exclusiva de Shakespeare; y la pintura que hace del tumulto es altamente característica. Odiaba el poeta la violencia y la falta de racionamiento de los hombres indisciplinados. Coriolano ni un solo momento oculta el desprecio que les tiene... En completo contraste con el concepto en que el Poeta tiene al vulgo considerando como gentuza despreciable, se destaca Coriolano —un aristócrata típico, con las virtudes del aristócrata: valentía, indiferencia al dolor, desprecio al dinero, independencia de criterio, dominio de la elocuencia, y una aptitud natural para mandar. Estas grandes cualidades están neutralizadas por un egoísmo colosal, manifestado en un amor propio tan irracional e insistente que, tarde que temprano, y en virtud de su propia naturaleza, tiene que producir el inevitable conflicto.

Es difícil, si no casi imposible por ahora, juzgar la rendición voluntaria del General Reyes en Linares. A mi modo de pensar, y considerando el hecho con toda calma, si no es un caso de aberración mental momentánea, es uno de patriotismo intenso (que también es un estado anormal) de parte de este interesante carácter psicológico.

Si no fue un caso de repentina demencia ocasionado por el desengaño, por el gran tormento mental y sufrimiento físico, puede decirse que es un caso de amor ilimitado a la Patria, a pesar de los diversos errores del General Reyes como estadista y como político.

Para ser generoso en mis apreciaciones del último acto del General Reyes en su drama político podría decir que, con

haber cejado en un momento tan crítico, no dejó de tomar en cuenta la grandeza y felicidad presente y futura de su Patria (es decir, de su madre) olvidando por completo su propia personalidad, su prestigio como hombre y como soldado, en una palabra, su misma vida. Y en esto ¿no se le puede comparar también con Coriolano?

Oigamos lo que dice Hudson de este gran ciudadano y soldado romano, según nos lo pinta Shakespeare:

Coriolano se siente más orgulloso de su madre que de sí mismo; procura más complacerla a ella que complacerse a sí mismo; no acepta otros títulos que los honores que proceden de tan honrada fuente, él codicia más premios que aquellos que magnifiquen la parte que de ella tiene él; en una palabra, la mira a ella como a un ser superior cuya bendición es la mejor gracia de su vida; y el profundo respeto que tiene de ella, de su persona y de sus derechos, es en él un principio de energía y magnitud intrínseca tan grande, que bástale de por sí para romper las frías y secas ligaduras de una naturaleza vil e innoble... ¿Qué descripción nos ofrece la vida de esa madre y de ese hijo, con su acción e influencia recíprocas, pintadas en el drama, qué descripción de la matrona de Roma antigua, y de esa religión profunda hacia la mujer que formó un elemento tan grande y tan poderoso en la constitución social de la Roma republicana! ¡Y esta honda veneración a la madre, considerada a la par con la historia de aquella nación notable, cómo hace resaltar el precepto: *¡Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días sean largos en la tierra que Dios tu Señor te ha dado!* Porque la reverencia de los hijos para con sus padres es un principio que sirve de liga para unir a las generaciones sucesivas en una vida continua. Tan es así, que desatando esa liga o debilitándola, comienza la disolución nacional. Pues al olvidar el pasado los hombres no hacen más que enseñarle al futuro a olvidarlos a ellos; y donde encontremos un presente que no rinda honor a un pasado, allí podemos estar seguros de que ha desaparecido el verdadero genio de la nacionalidad.

Todos, por supuesto, tenemos presente aquella escena trascendentalmente trágica en la que Coriolano, ante las súplicas de su madre arrodillada, ya no puede insistir más en su propósito de atacar a Roma; e impulsar por su profundo amor

y veneración hacia aquella noble matrona (y como Shylock, maltratado, pero no del todo sometido), al fin cede ante lo inevitable:

¡Oh madre, madre! ¿Qué habéis hecho? Mirad, los cielos se abren, los dioses nos contemplan, y de esta escena dolorosa se ríen. ¡Madre mía, oh madre! Feliz victoria para Roma habéis ganado; pero para vuestro hijo, creedlo, oh creedlo, vuestros ruegos han sido para él desastrosos, si no mortales. Pero sea.

Debido a su insólita rendición en Linares, las gentes en lo general, ofuscadas al principio, y después impedidas por un juicio violento, han censurado rudamente al General Reyes, y hasta se han reído de él.

Sin embargo, al ceder en un momento sumamente crítico, el General Reyes puede decirse que ha escuchado la voz de su Patria, mal parada bajo la presión del desorden y de la casi anarquía. Y en vez de aumentar el sufrimiento de la República con llevar a efecto una guerra de guerrillas, lo que, sin duda, hubiera acarreado una intervención extranjera, y especialmente americana, una intervención que significaría, eventualmente, la pérdida de nuestra nacionalidad, prefirió el General Reyes, como un gran patriota, la nulificación completa de su carrera política y militar.

¡El General Reyes prácticamente ya no existe; pero la República vive, libre como Roma de los Volscos [antiguo pueblo conquistado por los romanos], libre de una invasión extranjera!

Dr. David Cerna

Monclova, Coahuila, México, 6 de enero de 1912

ANEXO DOCUMENTAL II

PALABRAS DE LA VIDENTE IRMA MAGGI:

Quest'oggetto mi parla di una stranna indefinida sensazione. Sento un che di tragico atronó como se del sangue fosse versato. Sento un'allarma, una confuzione, un intrigo. Una ripercussione. Vedo si to diverso di qua. Sento orde fanatiche che correvano alla riscossa. Un che di tragico e di spettrale. Un che di stranno e di irresoluto. Un costume diverso da noi. Un talismano per essere protesto. Una missione e anche una corporazione. Onde di diversa razza e orde profanatrici. La larghezza dell'ampia radura che confinava con la selva tropicale. Un che di grave. Sento anche dei cori come se in lontananza una specie di pelleninaggio andasse confondendosi. Vedo guerrieri e vedo anche una specie di dinastia che cadde.¹⁴

14-3-1930

¹⁴ Gorra cazadora de mi padre. Psicometría. En casa de Nieves. (Ayacucho 892) Buenos Aires.

Entre los pliegues de la luz y los rincones del tiempo
(Oración del 9 de febrero)

Braulio Hornedo Rocha

In memoriam: Jesús Castañón Rodríguez y Fausto Vega y Gómez

Para: Braulio Hornedo Cubillas y Gabriel Zaid

1. La casa paterna

Yo comencé escribiendo versos, he seguido escribiendo versos, y me propongo continuar escribiéndolos hasta el fin: según va la vida, al paso del alma, sin volver los ojos. Voy de prisa. La noche me aguarda, y está inquieta.¹

La casa paterna es la marca de origen de la persona. En sus innumerables combinaciones: los padres y hermanos, los abuelos, tíos y primos... Aunque también, por supuesto, el silencio y la soledad acompañada de los hijos únicos de las madres solteras y combatientes. Las costumbres, las cosas, los muebles, los libros. Ya sea en una suntuosa mansión con una vasta biblioteca, o bien una modesta y redonda habitación con un libro único. La casa donde habitamos la niñez es un

¹ Alfonso Reyes, "Prólogos y epígrafes", en *Apéndices*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1981), tomo x, 496.

manantial de vivencias y recuerdos perennes en nuestra vida. Es el lugar del diario cincelar nuestra persona, donde no solamente son la sangre y la carne los lazos de unión de una familia, sino el apoyo mutuo entre los corazones lo que la forja.

La casa de nuestra infancia es el lugar de encuentro del espíritu con el hecho luminoso, aunque sin duda bastante estocástico del amor materno, filial y familiar. Energía misteriosa, como la energía oscura, que nos une cada día apretujándonos el corazón. Así es lo que decimos y hacemos en la escucha y la palabra solidaria que va construyendo humanidad, mientras hacemos en el apoyo mutuo una familia.

La infancia es la única patria en la que creen, quizá con cierta razón, algunos apátridas escépticos. Pero también es la última puerta al infinito de los poetas, héroes trágicos y románticos. La infancia parece perdida hasta que la vejez la recupera, al volver a jugar a la vida con apasionada seriedad certera.

No he tenido más que una casa. De sus corredores llenos de luna, de sus arcos y sus columnas, de sus plátanos y naranjos, de sus pájaros y sus aguas corrientes, me acuerdo en éxtasis. De esa visión brota mi vida. Es raigambre de mi conciencia, primer sabor de mis sentidos, alegría primera y, ahora en la ausencia, dolor perenne. Era mi casa natural, absoluta. Mis ojos se abrieron a ella antes de saber que las moradas de los hombres son provisionales, que se trafica con ellas, se venden, se compran, se alquilan; que son separables de nuestro cuerpo, extrañas a nuestro ser, lejanas. Las casas que después he habitado me eran ajenas. Arrojado de mi primer centro, me sentí extraño en todas partes.²

Alfonso Reyes primero, e Iván Illich después, nos permitieron aprender que entre la vivienda y la morada existe una

² Alfonso Reyes, "La casa Degollado", en *Crónica de Monterrey 1. Albores*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1990), tomo XXIV, 513.

profunda diferencia. La vivienda en nuestros días es simplemente una cosa y no una variante del gerundio del verbo vivir. La vivienda refleja la forma en que la gente está viviendo cosificada, ajena a sí misma. El resultado es que la vivienda se ha convertido en una cosa, en una mercancía fetiche sofisticada, que se compra y que se vende al *son* que toque el mercado inmobiliario.

Existen diferentes tipos de viviendas, para diferentes estratos de consumidores en el mercado. Dicho mercado es un tinglado de turbios y jugosos intereses, donde "desarrolladores inmobiliarios" (popular eufemismo para los capitalistas voraces del ramo) encuentran oportunidades de reproducción y acumulación de capital. El suelo urbano supone la inversión pública en infraestructuras: agua, energía, comunicaciones, y también en equipamientos: educación, salud, comercio, deporte. Mientras que el capital inmobiliario se apropia de esa inversión de dinero público al hacer privadas las utilidades de sus inversiones sobre el suelo urbano, que es construido como una inversión con el dinero de todos. Inversiones públicas, para lograr utilidades privadas.

El negocio se resume en contratar arquitectos y urbanistas. Ellos son una especie de policía blanda, pues se dedican, con el parloteo de la planificación urbana, a optimizar la tasa de retorno por dólar invertido en cada metro cuadrado de suelo urbano. A dicha impostura maliciosa y jugoso negocio se le da el eufemístico título de: "desarrollo urbano".

La morada en cambio, es aquel enigmático lugar del refugio primitivo original y también del último. Cáliz, útero, recinto, misterio del origen y el destino último. Tierra que nos es leve o pesada según designio de los insondables dioses. Vórtice primigenio donde se conjuga el verbo habitar. El sitio único donde se nace, se vive y se muere. El lugar en el que al habitar se deja una perenne huella. Paso entre las generaciones

que nos preceden y las que nos siguen. Sembrando la palabra y cosechando su fruto, como en una especie de palimpsesto donde se escriben y reescriben los pasos de los nietos y las abuelas. Con las costumbres, las palabras y los recuerdos. Memorias que van forjando el otoño con el viento. La casa como arquitectura no es de un autor o un propietario, o peor aún, un usuario. La arquitectura es la cotidiana y creadora comunión poética del habitante, con la materia, el espacio, la luz y el tiempo. ¿O, quizá, debiera decir de cada pliegue de luz en un instante sin tiempo?

Los corredores tendían
arcos de luz por la casa.
En los árboles ardían
las ascuas de las naranjas,
y la huerta en lumbre viva
se doraba.
Los pavos reales eran
parientes del sol.
La garza empezaba a llamear
a cada paso que daba.³

El arquitecto tanto como el poeta hacen una obra y la lanzan al ruedo de la historia. Pero no es el arquitecto quien hace la arquitectura al construir una obra determinada. Apenas estamos a medio camino. Hace falta habitarla. Entonces son los "corredores" los que tienden: "arcos de luz por la casa" mientras el sol salta de patio en patio y cada ventana era sol y cada cuarto ventana. De la misma manera, tampoco el poeta es el creador de la poesía. No se limita a eso su papel en el acto creativo, aunque muchos confundan poema con poesía. —Sin pulsar el arco ni tañer la lira con perseverante porfía—. Ya serán los que habiten los espacios compuestos de materia: sólida, líquida y gaseosa, los que lean esa obra. Serán ellos los verdaderos creadores del *habitar el mundo poéticamente*.

³ Alfonso Reyes, *Repaso poético*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1981), tomo x, 146.

Todavía gritan en mi corazón los pavos reales de la huerta; despliegan ante mi memoria su vistoso abanico, lucen la corona de estrellas. Arde el sol en sus pechos, sobre felpas de esmeralda y de añil.

Las sombras de la espaciosa sala todavía me infunden curiosidad y temor a un tiempo mismo. Hay la idea, para los niños, de que en toda sombra alguien se esconde.

Bajo el dosel del lecho paterno, brilla como con luz propia un Cristo de marfil.⁴

El nido, el rincón, el pliegue en la tela, la sombra en el césped, la luz deslizándose su caudal entre las ramas al ritmo acompasado del viento. La penumbra inconstante y la sombra definitiva son componentes dinámicos de los modos y tiempos del habitar. Como una forma de hacer la poesía en la práctica. Los instantes de visión y ensoñación poética, donde al hacer el mundo habitable y decir lo que hacemos, también hacemos lo que decimos. En eso consiste el hacer el mundo habitable, entonces lo hacemos justo, pacífico y amoroso para nosotros y nuestro prójimo.

La inspiración creadora no sólo hace versos: sopla y lo mueve todo. En ese movimiento la práctica no es algo estrecho, mecánico y sin misterio, sino creación; y la poesía es práctica: hace más habitable el mundo.⁵

II. Nuevo siglo, viejo régimen

Yo vivía entre vaqueros
que huelen a res
y traen las manos cuarteadas,
porque nada endurece tanto
como ese calor de las ubres
y la nata seca en la piel.⁶

⁴ Reyes, *Crónica de Monterrey i. Albores*, tomo xxiv, §13.

⁵ Gabriel Zaid, *La poesía en la práctica* (México: Fondo de Cultura Económica, 1985), 7.

⁶ Reyes, *Repaso poético*, tomo x, §11.

En 1900, al iniciar el siglo xx, la familia Reyes Ochoa se trasladó a vivir a la ciudad de México. La mudanza obedece al nombramiento del general Bernardo Doroteo Reyes Ogazón (1849-1913) como secretario de Guerra y Marina en el gobierno del presidente José de la Cruz Porfirio Díaz Mori (1830-1915).

El viejo caudillo reconoce de esta manera el buen desempeño del general Reyes al frente del gobierno del Estado de Nuevo León durante poco más de tres lustros hasta ese momento (no continuos y en cargos de: gobernador provisional y constitucional reelecto). Después de una gira del presidente Díaz por el estado, durante sus conjeturas y reflexiones pudo haberse preguntado el viejo caudillo: ¿sería conveniente incorporar al eficaz gobernador a su gabinete?

El trabajo disciplinado, honesto y metódico del general Reyes al frente del gobierno de Nuevo León funcionaba muy bien, en la opinión del presidente Díaz, como gobernador y como militar de carrera, sus resultados eran excelentes.

El encargo ministerial lo realizó con tal eficacia y sorprendentes resultados, que, casi de inmediato, despertó las envidias y celos de los aspirantes a la sucesión en la camarilla de los *científicos*. En particular de José Yves Limantour, entonces poderoso secretario de Hacienda en el gabinete y cabeza visible de la facción de los científicos, quien aspiraba a reemplazar al viejo presidente.

Cuando mi padre era Secretario de Guerra y Marina y se lo tenía por el probable sucesor del trono porfiriano, apareció un Rey de Armas, un señor de la heráldica, con cierta historia de nuestro linaje que partía, naturalmente de las Cruzadas.⁷

Don Porfirio inicia su séptima década de vida, esto es, empieza a ser septuagenario en 1900, y continúa siendo

⁷ Alfonso Reyes, *Parentalia*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1990), tomo XXIV, 361.

presidente tras su quinta reelección. Aunque ya no sigue tan fuerte y saludable como en el siglo pasado. Es verdad que nadie sabe cuándo le toca a uno y por si acaso... se atizan las intrigas en la corte del Palacio Nacional. El resultado es que por el instinto de conservación del poder se pone en alerta la suspicacia del presidente. Tal ambiente de malevolencia y animadversión *científica* llevan al titular del Poder Ejecutivo a buscar reemplazo del general Reyes antes de cumplir dos años en su cargo al frente de las fuerzas armadas. Nadie puede brillar más que el "supremo repartidor del queso". Cuatro años después, en 1904, les dará juego a esos dos gallos para mostrar sus espolones.

III. El estudiante

No cabe duda: de niño,
a mí me seguía el sol.⁸

Mientras tanto, el niño Alfonso Reyes Ochoa concluye sus estudios básicos en el Liceo Francés de la ciudad de México (1901). Su trayectoria de escolaridad había iniciado en su natal Monterrey en 1897. Pero en realidad, su aprendizaje profundo inició mucho antes. Para ese momento, el pequeño Alfonso es un precoz lector que ya conocía y exploraba, con la guía ocasional y el ejemplo perenne del padre lector, la extensa biblioteca familiar, casi desde que empezó a caminar.

El general, después de su breve experiencia como ministro en el Gobierno Federal, regresa a su cargo como gobernador. A pesar de la multitud de actividades diarias y compromisos ocasionales que lo asediaban, lograba encontrar la manera de leer sus libros siempre que podía.

Quizá sin saberlo, esa era su forma de poner el ejemplo a su pequeño hijo, quien resultaría un lector pantagruélico y

⁸ Reyes, *Repaso poético*, tomo x, 144.

con el que llegará a sostener incipientes simpatías y diferencias literarias.

Alfonso Reyes, cuando tenía siete años de edad cumplidos empezó con la asistencia a clases con la señora Manuela G. Viuda de Sada en 1897. Después continuó sus estudios escolares en el Instituto de Varones de Jesús Sotelo y el Colegio Bolívar. En 1902, ya de regreso en su ciudad natal se inscribe en el Colegio Civil de Monterrey para cursar la preparatoria. Transcurre año y medio de aburridos estudios allí. Es entonces cuando, tras consultarlo con su padre, él decide regresar a concluir la preparatoria en la Escuela Nacional Preparatoria (ENP) en la ciudad de México.

Pero soy como me hiciste, Diosa,
entre las líneas iguales de tus flancos;
como plomada de albañil segura,
y como tú: como una llama fría.⁹

El ambiente intelectual de la Escuela Nacional Preparatoria en aquellos años de principios de siglo era un volcán en vigorosa erupción intelectual. El paisaje cambiaba súbitamente al cubrirse con su renovadora lava ciertas decadentes tradiciones del pensamiento. Las ideas se debatían con pasión y a veces hasta con cierto rigor en los grupos de estudiantes y maestros con posturas contrarias a la corriente filosófica positivista imperante.

La tradición positivista era de inspiración oficial, pero en ese momento ya se encontraba identificada con el régimen en decadencia. El grupo político de los científicos fue resultado natural de este culto desmedido a las diosas razón y ciencia. "Cientificismo" le decimos y todavía lo seguimos padeciendo cien años después.

⁹ Alfonso Reyes, *Ifigenia cruel*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1981), tomo X, 324.

Las luces de la razón y la ciencia del siglo XVIII iluminan el positivismo que se va gestando como una tradición del pensamiento, hegemónica en Europa y sus colonias en la decimonovena centuria. La fe en el progreso de la humanidad es una fe derivada en la creencia de que el uso extendido de los frutos de la razón científica y técnica lograrán acabar, por fin, con las épocas de penurias e iniquidad de los tiempos previos. La naciente fe en el progreso social proveniente de la razón y la ciencia ocupa su lugar en este siglo.

Un creciente efecto de asombro y credibilidad va atizando la creencia en que la ciencia ha transformado milagrosamente nuestras vidas, convirtiéndose en la fuente del *progreso de la humanidad*. Esta creencia se expresa con manifiesta claridad en el positivismo de Auguste Comte (1798-1857). Comte en su juventud fue secretario del conde Henri de Saint-Simon (1760-1825), quien fuera uno de los precursores del socialismo temprano, y de cuya relación proviene el optimismo progresista y la fe en la ciencia, la técnica y la industria como solución a las diferencias entre las clases sociales.

Auguste Comte se propuso formular una filosofía del progreso, filosofía que resume en tres los estados históricos de la humanidad: 1. El estado teológico; 2. El estado metafísico, y finalmente; 3. El estado positivo. Concibe la ciencia como la cúspide positiva y natural en la Historia de la humanidad, y a la Sociología como la cumbre de todas las ciencias.

El Positivismo se fue convirtiendo gradualmente en una especie de religión del progreso que se tornó hegemónica en la segunda mitad del siglo XIX en Europa y en consecuencia también en América. Recordemos, por ejemplo, que Brasil lleva en su bandera dos de los elementos de la triada filosófica de Comte: Altruismo, *Orden y Progreso*. También en México el dictador Porfirio Díaz adoptó como lema político en su régimen de treinta años: *Orden y Progreso*, y según parece nada de Altruismo.

El Positivismo también fue dominante en México a través de la figura clave de Gabino Barreda (1818-1881), discípulo directo de Comte y fundador, el 3 de febrero de 1868, de la Escuela Nacional Preparatoria (ENP) en el edificio de San Ildefonso, en la Ciudad de México, como un emblemático logro del liberalismo *antiguo* del régimen del presidente Benito Juárez.

Junto con el doctor Gabino Barreda existió un grupo de cercanos y muy notables colaboradores y discípulos, que se fueron agrupando en dos corrientes que con el paso del tiempo se van convirtiendo en antagónicas. Todos ellos fueron pilares de la tradición del pensamiento positivista mexicano. Partiendo desde el liberalismo *antiguo* del poeta Luis Gonzaga Urbina (1864-1934) y en particular del sabio don José María Vigil (1829-1909). Hasta el liberalismo conservador o *moderno* de Justo Sierra (1848-1912), Pablo Macedo (1851-1919), Porfirio Parra (1854-1912), Ezequiel A. Chávez (1868-1946), Enrique González Martínez (1871-1952). Tanto Luis G. Urbina pero sobre todo el sabio José María Vigil, quien era coetáneo de Porfirio Díaz, fueron capaces de alentar la crítica y la autocrítica hacia la doctrina positivista y la tradición liberal-conservadora (liderada por Sierra y defendida por Parra, Macedo y Chávez), entre algunos de sus más jóvenes y destacados discípulos, al amanecer el siglo xx. Todo esto se daba en la misma Escuela Nacional Preparatoria fundada por Barreda apenas cuatro décadas atrás.

Los más notables maestros, algunos de ellos campeones positivistas en sus tiempos: Chávez, Parra, Sierra, y sobre todo Vigil (el más viejo y sabio), hacían sospechar a los jóvenes de esa generación que estaban siendo educados en una impostura caduca. El pensamiento crítico y el ejercicio de la autocrítica eran indispensables. Pero también la apertura hacia otras tradiciones del pensamiento, en particular las que sustituyen o complementan al programa oficial positivista.

Un ejemplo elocuente era la memorable "cátedra de retórica" del ilustre y polémico sabio liberal don José María Vigil (1829-1909). Fueron algunos jóvenes estudiantes, en particular los miembros de la generación conocida posteriormente como: Generación del Ateneo (o del Centenario), a los que identificamos como nacidos en el quindenio (15 años) entre 1878 y 1892. Antonio Caso Andrade (1883-1946), José Vasconcelos Calderón (1882-1959) y Alfonso Reyes Ochoa (1889-1959), entre otros de diferentes promociones estudiantiles, pero afines en las ideas y las lecturas en ese entonces proscritas en la ENP. Ideas que ellos recibían como un antídoto al positivismo escolar vigente. En esa cátedra, que el maestro Vigil dramatizaba construyendo el solo todo un tinglado con su modulada voz, pues "sabía traducir y declamar, preciosamente", como una evocación de los poetas latinos y sus saberes milenarios. Todo esto según nos recuerda su entonces joven alumno Antonio Caso, quien también nos habla de la cátedra de psicología del maestro Ezequiel Adeodato Chávez (1868-1946), que los motivaba como un reto intelectual a su alcance de jóvenes estudiantes a "transitar de Comte hacia Spencer". Otro de los profesores afines era el médico, educador y escritor don Porfirio Parra y Gutiérrez (1854-1912). Una cátedra memorable era la de don Justo Sierra Méndez (1848-1812), con una concurrenada asistencia a su curso de Historia, donde el elocuente maestro "los llevaba del escepticismo de la ciencia positivista al terreno de lo que es la cultura. Sus bienes y valores; sus vicisitudes, sus triunfos y sus héroes".¹⁰

Años después Alfonso Reyes recordará en *Pasado inmediato* que: "A veces abríamos la *Historia* de Justo Sierra y nos asombrábamos de leer, entre líneas, atisbos y sugerencias audaces, audacísimos para aquellos tiempos, y

¹⁰ Juan Hernández Luna, *Conferencias del Ateneo de la Juventud* (México: Universidad Autónoma de México, 2000), 8.

más en la pluma de un ministro. El positivismo mexicano se había convertido en rutina pedagógica y perdía crédito a nuestros ojos.”

De Alejandro y de César y de otros capitanes
ilustres por las armas y, a veces, la prudencia,
yo encontraba en mi padre como una vaga herencia,
aliento desprendido de aquellos huracanes.¹¹

A los 16 años Alfonso está cursando sus estudios medios en la Escuela Nacional Preparatoria, institución ubicada en el edificio jesuita del *Antiguo Colegio de San Ildefonso*. Allí se encuentra desde su fundación en el año de 1868. Su fundador fue el doctor Gabino Barreda bajo los auspicios del presidente Benito Juárez. En 1904 el gobierno de Díaz inició una serie de modificaciones y ampliaciones en el edificio original. En primer lugar se adquirieron dos predios colindantes. En este anexo se incluyeron una nueva biblioteca y espacios de oficinas junto con el nuevo anfiteatro. En este recinto se realizó el 22 de septiembre de 1910 la ceremonia inaugural de la Universidad Nacional de México.

Gabino Barreda, al igual que su maestro Auguste Comte, consideraban que la educación “es el elemento neutralizante y disolvente del estado teológico. La educación debe liberar en lugar de adoctrinar, debe oponerse a la explotación y a la dominación. Debe servir para la emancipación mental, pues en ella se encuentra el acceso al progreso”. Cuatro décadas después, estas ideas resultan insuficientes ante la sensibilidad histórica de la generación de aquéllos que se encuentran entre los 15 y los 30 años de edad en la primera década del siglo xx, esto es, los nacidos en México entre 1878-1892.

Durante las vacaciones escolares del invierno de 1905-1906, Alfonso Reyes viaja como es su costumbre a

¹¹ Alfonso Reyes, *Homero en Cuernavaca*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1981), tomo x, 418.

Monterrey. Está satisfecho con su decisión de concluir en la Escuela Nacional Preparatoria sus estudios medios. Se propone ingresar posteriormente a la Escuela Nacional de Jurisprudencia como un medio para su formación en la carrera literaria, que en realidad era su interés principal.

Pocos en realidad, aunque eso sí, todos ellos muy destacados maestros de merecido prestigio, paladines positivistas en su tiempo. Algunos más entre los compañeros estudiantes que siempre, invariablemente, eran todos ellos mayores en edad que él. “—por lo visto, yo estaba predestinado a la compañía de mis mayores—”.¹²

En general, el ambiente intelectual y cultural de la capital del país le resultan muy estimulantes. Sin embargo, en sus convicciones profundas, él está seguro que ha recibido la mejor educación. Es una de las certezas que lo acompañan de manera constante. En eso consiste el influjo del ejemplo paterno, y en eso estriba también la fortaleza de su espíritu.

—Tu casa es la escuela de la Naturaleza —solía decirme mi padre años más tarde, cuando yo volvía de vacaciones a mi tierra. Porque temía que me hubieran sofisticado del todo la vida de México y el excesivo trato de libros.

Y yo, desde niño, aprendí a ver en aquella cara luminosa y radiante, en aquellos ojos de incomparable atracción; aprendí a descubrir en aquella voz clara y alegre, en aquella mezcla del Zeus olímpico y del caballero romántico, la imagen misma de la Naturaleza: una divinidad henchida de poder y bondad que no podía nunca equivocarse.¹³

IV. El poeta niño

Yo soy aquel que ayer no más decía
el verso azul y la canción profana,

¹² Alfonso Reyes, *Historia documental de mis libros*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1990), tomo xxiv, 154.

¹³ Reyes, *Crónica de Monterrey I. Albores*, tomo xxiv, 544.

en cuya noche un ruiseñor había
que era alondra de luz por la mañana.¹⁴

El estudiante adolescente porta con varonil orgullo un incipiente bozo que pronto marcará su rostro, mediante bien cuidado bigote, por el resto de su vida.

Sin falta, durante las vacaciones escolares vuelve a la casa paterna en Monterrey. En esta ocasión descubre que su padre, el gobernador en funciones del estado de Nuevo León, está leyendo los *Cantos de vida y esperanza* de Rubén Darío. El libro recién se había publicado en ese año de 1905 y era todo un acontecimiento en la escena literaria; pero, hasta la fecha, no necesariamente tiene lectores entre los políticos en activo en los palacios de gobierno de nuestros días.

En las palabras liminares al lector de los *Cantos de vida y esperanza*, el general encontró un mensaje que parecía dirigido a él en particular, cuando el propio Darío advierte que:

Si en estos cantos hay política, es porque aparece universal. Y si encontráis versos a un presidente, es porque son un clamor continental. Mañana podremos ser yanquis (y es lo más probable); de todas maneras, mi protesta queda escrita sobre las alas de los inmaculados cisnes, tan ilustres como Júpiter.¹⁵

Alfonso nunca vio llorar al general, pero supo, por testimonio de su hermana María, que ella sí lo encontró llorando un día, al terminar de leer un pasaje de su libro de *Historia de México* en el que se narraba el momento en que fue izada la bandera de las barras y las estrellas por el ejército yanqui en Palacio Nacional en 1847. ¿Cómo tomaría ahora el general la “potencia y la grandeza” de los Estados Unidos al despuntar el nuevo siglo en los versos del poema VIII: “A Roosevelt”, de

¹⁴ Rubén Darío, *Poesía* (Managua, Editorial Hispamer, 2011), 379.

¹⁵ Darío, *Poesía*, 378.

los *Cantos de vida y esperanza* de Rubén Darío? ¿Esa “potencia y grandeza” lo era todo, para vislumbrar al pasado y “futuro invasor” en el presidente Theodore Roosevelt, o les seguía faltando a los yanquis una cosa: Dios?

Encontrar a su padre leyendo no era nuevo para el hijo, tampoco que sus lecturas fueran libros de poemas. Quizá la novedad estriba en que ahora él también es un lector devoto y se pregunta ¿cómo sería la lectura modernista, de un caballero romántico, con “una sed de ilusiones infinita”?

Encuentra al poeta de caballería, pero también al potente Zeus olímpico. Encuentra al gobernador eficaz, al militar leal, al político experimentado, pero sobre todo, encuentra al padre poeta que ejerce la poesía en la práctica. Está en su casa. Ésta es su tierra. Ésta es su simiente familiar. Ésta es la huerta de la infancia, que en lumbre viva ardería en su memoria por el resto de su vida.

Yo había aventurado mis primeros versos “públicos” (“Duda”, tres sonetos) en *El Espectador* de Monterrey, el 28 de noviembre de 1905, encontrándome en mi tierra de vacaciones, pues ya para entonces estudiaba yo en la Preparatoria de México [...]

Pero volvamos a mis sonetos. Mi padre los encontró aceptables; don Ramón Treviño, el director del periódico, los publicó; y luego los reprodujo en México el diario *La Patria*, el que dirigía don Ireneo Paz, abuelo de Octavio.

—¿Qué dice el poeta? —me saludó cierto amigo de la familia.

—¡No! —le atajó mi padre—. Entre nosotros no se es poeta de profesión.

Pues sí, por una parte, aplaudía y estimulaba mis aficiones, por otra temía que ellas me desviasen de las “actividades prácticas” a que se está obligado en las sociedades poco evolucionadas. Y, en verdad, como más tarde he dicho, aplicando la palabra de Larra, en México escribir es llorar.¹⁶

El padre aplaudía y estimulaba su inclinación por las letras, pero lo del mote de poeta, y menos aún de profesión, era

¹⁶ Alfonso Reyes, *Historia documental de mis libros*, tomo XXIV, 150 y 151.

demasiado insensato para el general, por eso de tajo aclaró que: "Entre nosotros no se es poeta de profesión". Y escribir fue también llorar por el resto de su vida. La escritura también será la compañera persistente que le permite dar cuenta de lo que acontece y dar sentido a su existencia. La escritura sería como su respiración y su alimento.

Pisaba yo las últimas gradas de la Preparatoria y, a falta de mejor cosa, me disponía para la carrera de Derecho, procediendo por aproximación, cuando aconteció mi verdadero acceso a la vida literaria. Un poeta porosino, José María Facha, un sobrino de Othón, que había obtenido en Monterrey su título de abogado porque creo lo desterró de San Luis su inquina contra monseñor Montes de Oca, apareció unos días por México. Aunque mayor que yo, éramos buenos amigos. Salimos a pasear juntos el domingo por la mañana, a la moda de entonces, por la Avenida de San Francisco y Plateros.¹⁷

Y el azar hace su parte para propiciar el encuentro de los paseantes ocasionales con los que pronto serían sus compañeros de armas, agrupados en una empresa literaria llamada *Savia Moderna*. El joven regiomontano tenía noticias de la revista y la veía con "envidia y anhelo". Se le figuraba que esa nueva publicación era una especie de "hija natural" de la célebre *Revista Moderna*, que aún funcionaba bajo el impulso de "don Chucho Valenzuela y los últimos modernistas."

Nos encaminamos a la Avenida del Cinco de Mayo, donde estaba la redacción de *Savia Moderna*, cuyo director efectivo era Alfonso Cravioto. Cravioto se apartó conmigo. Había figurado tiempo atrás en ciertos actos de oposición contra el gobierno de mi padre, y eso mismo —como hombre bien intencionado que es— lo hizo desear conocerme y mostrarse afable. A poco, ya publicaba yo mis renglones tanto en esta revista como en la de Valenzuela, con quien pronto me relacionó su hijo Emilio.¹⁸

¹⁷ Reyes, *Historia documental de mis libros*, tomo XXIV, 152.

¹⁸ Reyes, *Historia documental de mis libros*, tomo XXIV, 153.

Su primera contribución en *Savia Moderna* fue en marzo de 1906 con un soneto titulado "Mercenario", esto es, publica un poema y lo hace como poeta. El soneto le valió algunos "reproches verbales" del profesor Manuel G. Revilla y de un prefecto preparatoriano de apellido Zubieta que tenía la afición de la crítica literaria. Pero defectuoso y todo, el soneto es su debut en el mundo literario de la capital y su presentación es, reitero, como poeta.

A Cravioto le impresionó mucho que, en vez de perderme en vaguedades sentimentales, me ciñera al código parnasiano. Ricardo Gómez Robelo consideró, sin embargo, que no convenía dejarme entumecer en aquellas normas, sólo útiles como aprendizaje, y se propuso, por encargo de la revista, darme unos consejos escritos. Al cabo le fue más cómodo cumplir su cometido mediante la conversación y el trato. Por lo pronto, él me hizo leer a Baudelaire; y poco después, por contaminación de Acevedo, "absorbí" a Verlaine en veinticuatro horas. Manuelito de la Parra, poeta de emoción y delicadeza, aunque mal psicólogo, me dedicó entonces unos versos ("Al poeta niño"), extrañado de que no confesara yo las dulzuras e ingenuidades de mi corazón de adolescente.¹⁹

El impulso que inicia con el año de 1906 es el arranque de un lustro de actividades de ese grupo generacional. Y también lo es del poeta Alfonso Reyes, quien publica de manera asidua sus primeros poemas, algunos de los cuales terminará recogiendo en su *Constancia poética*, tomo x de las *Obras completas* publicadas por el Fondo de Cultura Económica, más de cuatro décadas después.

De 1906 son siete poemas: "De mi prisma" (feb); "Mercenario" (mar); "Oración pastoral" (mar); "Termópilas" (jun); "Viñas paganas" (jul); "Lamentación bucólica" (jul); "Anánkee" (jul). De 1907 encontramos nueve poemas: "La tumba de Manuel José Othón" (ene); "Siete sonetos ofrecidos a André Chénier" (ago); "A un poeta bucólico"

¹⁹ Reyes, *Historia documental de mis libros*, tomo XXIV, 153 y 154.

(dic). En el año 1908 encontramos tres, un poema de gran aliento: "En la tumba de Juárez" (jul); "El dios del huerto" (oct); "La catedral" (dic). Para el año 1909 recoge seis de los publicados en diversos medios: "Esta necesidad" (ene); "Oda nocturna antigua" (may); "Las hijas del rey de Amor" (jun); "Oda nocturna de la esposa" (sep); "La elegía de Ítaca" (sep); "Salutación al romero" (nov). En 1910 son seis de nuevo: "Filosofía a Lálage"; "El dios dormido" (jul); "Oda en la muerte de Tolstoi" (nov); "A un campesino" (dic); "Ventana al crepúsculo y al campo" (dic); "Canción bajo la luna" (dic). Un total de 31 poemas que resistieron la criba del tiempo y fueron publicados en su primer lustro en diferentes medios impresos. A esto debemos sumar su creciente afición a la prosa. Correspondiendo con esto los consejos de ese maestro personal y generacional que fue Pedro Henríquez Ureña (1884-1946).

En *Pasado en claro* Alfonso Reyes da cuenta detallada de la "primera campaña" cultural realizada por su grupo generacional, con poco más de un lustro de: lecturas, conferencias y manifestaciones. Cinco años de formación e inicios de la expresión de un grupo generacional reconocido por él mismo como —la Generación del Centenario— o también llamada posteriormente como Generación del Ateneo. La generación de los nacidos en el quindenio que va de 1878 a 1892.

Primera campaña: 1) Savia Moderna (1906).—2) Exposición de la nueva pintura, organizada por Gerardo Murillo ("Doctor Atl"). Véase mi conferencia "La pintura mexicana en La Plata", 23 de septiembre de 1929 (Norte y sur, 1944).—3) Manifestación por Gutiérrez Nájera contra los que pretendían dar un paso atrás en la marcha de nuestras letras (1907).—4) Muerte de *Savia Moderna* por el viaje de Alfonso Cravioto a Europa. Fundación de la Sociedad de Conferencias. Conferencias en el Casino de Santa María (1908).—5) Proyecto de conferencias sobre Grecia y lectura colectiva del Banquete de Platón.—6) Manifestación

en memoria de Gabino Barreda, el educador liberal, donde se expresa una nueva conciencia política (1908).—7) Conferencias en el Conservatorio Nacional.—8) Conferencias de Antonio Caso sobre el Positivismo, en la Preparatoria (1909).—9) Fundación del Ateneo de la Juventud (fines de 1909).—10) Conferencias del Centenario en un local de la Escuela de Derecho (1910).—La nueva Universidad y la Escuela de Altos Estudios. La Revolución (1910-1911).²⁰

V. Poeta de caballería

Bajo el cabello, lívido reverberar de plata,
copiosa barba llueve como una catarata.
Lleva alas de relámpago prendidas a los pies.
Cuando deja salir la voz a predicar,
es como si gritara súbitamente el mar.²¹

Alfonso había logrado encontrar un momento propicio para conversar a solas con su padre. El general acostumbraba recostarse a descansar un rato después de la comida a manera de siesta, pero sin quedarse dormido del todo. Esto le ayudaba a contrarrestar una "atónia digestiva". Así le decía al resultado de las tensiones derivadas de la actividad febril, ante las múltiples responsabilidades políticas y militares derivadas de su cargo.

El hijo pronto descubrió que, al propiciar en la conversación las memorias del pasado militar de su padre, la dolencia se disipaba poco a poco mientras iba rememorando sus campañas juveniles. En más de una ocasión, la emoción de esos recuerdos hacían saltar al general del lecho. Entonces empezaba a caminar en paños menores y descalzo, pero con pasos firmes de un lado al otro de la alcoba, dando instrucciones a su vanguardia y sus flancos, y al recorrer el terreno iba desplegando batallones a la orden de ¡fuego!

²⁰ Reyes, *Historia documental de mis libros*, tomo XXIV, 157.

²¹ Reyes, *Repaso poético*, tomo X, 46.

Todo esto ante los ojos extasiados del hijo. Su padre reconstruía en las palabras y ademanes aquellos cuadros heroicos de épicas batallas con minucia. Un dibujo hecho por el general, en alguno de esos episodios de ensoñación poética, le hizo entender a detalle la Batalla de las Termópilas al joven aprendiz de poeta homérico.

Navegando la *Iliada*, hoy otra vez lo veo:
de cóleras y audacias —Aquiles y Odiseo—
imperativamente su forma se apodera.²²

Mientras hablaba y hablaba, el malestar previo del general desaparecía como por ensalmo. Su memoria brotaba como manantial a raudales para surtir, sin saberlo, un efecto terapéutico. Alfonso reconoce que fue más por instinto y casualidad que pudo dar con la solución al enigma. "Pero hallar el sentido a la casualidad es el triunfo humano por excelencia".²³

Las charlas de la siesta cumplían un doble propósito, pues por una parte: le permitían recuperar a su padre ileso de las épicas batallas descritas. Pero por la otra, también le daban elementos para ir forjando la imagen del padre poeta en acción. Poeta de caballería. Como Alejandro, como César, como el Cid. Aunque el tema bélico era predominante, no siempre la conversación era sobre su vida y sus asuntos. Existían también otros temas en los que alternaban las pasiones y aficiones de padre e hijo y estos temas torales eran: la poesía y la historia.

No siempre se hablaba de guerra. Los temas de las charlas eran variadísimos. Tratábamos de poesía y de historia, que eran las lecturas predilectas de mi padre. Algo he escrito ya sobre esto, y lo repito para completar su figura, que la opinión sólo ha

conocido en otros aspectos muy distintos. La posteridad recogió los rasgos más ostensibles de aquella existencia al servicio del país. En él se celebra al guerrero de la Mojonera, Santiago Ixcuindla, Tamiapa, Villa de Unión; se admira al organizador del ejército; se respeta al administrador honrado y al gobernante de profunda visión; se discute al político del último instante. Pero en esa su justicia expletiva y ruda, la fama desconoce implacablemente la intimidad estudiantil de aquel amigo de las letras humanas que, en sus contados ocios, no desdenaba el escribir, aparte de las monografías y los discursos publicados —tal su historia militar de México, tal su biografía de Díaz recién desenterrada—, páginas de mera literatura en prosa y en verso. Se informaba con inteligente curiosidad de los libros nuevos. Othón admitía gustoso que le corrigiera algún pasaje. Mi padre supo de las inquietudes poéticas de su tiempo, desde el Romanticismo al Modernismo, al punto que recitaba de coro: "El estudiante de Salamanca", "El Diablo Mundo", y más tarde, la "Salutación al optimista", y "Yo soy aquel". Años después, Rubén Darío —cuyos ejemplares tengo anotados del puño y letra de mi padre, como lo he referido en *Las burlas veras*— lo llamó su amigo y, a su muerte, le consagró una página en *La Nación* de Buenos Aires, comparándolo con los capitanes romanos de Shakespeare.²⁴

El general Bernardo Reyes tenía un inmenso apetito por aprender de los hechos del pasado. Quería saberlo todo acerca de poetas, gobernantes y militares de la antigüedad heroica. Su apetito era el del estudiante aficionado a todas las cosas que despertaban su insaciable curiosidad.

No está en las letras cuanto yo adivino
del duelo del troyano y del aqueo,
ni sólo en el poema peregrino,
ni en lo que cautamente escribo y leo.²⁵

Eran muchos los que admiraban las hazañas militares del general Reyes en batallas memorables, pero también se le reconocía como reformador y organizador del ejército federal. Se

²² Reyes, *Homero en Cuernavaca*, tomo x, 418.

²³ Reyes, *Parentalia*, tomo xxiv, 401.

²⁴ Reyes, *Parentalia*, tomo xxiv, 401 y 402.

²⁵ Reyes, *Homero en Cuernavaca*, tomo x, 418.

sabía que su administración era honrada con el gasto de la hacienda pública y también se advertía el ser un gobernante disciplinado, leal al régimen de Díaz y acorde con la visión de "orden y progreso".

Las aficiones del hijo y joven poeta se afinaban y convergían en las charlas con el padre y avezado poeta en acción, quien se daba tiempo para leer y estudiar entre galope y galope. En alguna ocasión el hijo intrigado le preguntó a su padre: ¿Cómo y a qué hora había adquirido tan amplia cultura? El padre sin titubear le contestó: —"Leyendo sobre la cabeza de la silla de montar, entre combate y combate". Esa fue la inmediata respuesta.

Un tiempo al Mío Cid consagré mis afanes
para volcar en prosa sus versos y su esencia:
la sombra de mi padre, rondadora presencia,
era Rodrigo en bulto, palabras y ademanes.²⁶

Y el hijo lo imaginaba como todo un campeador en sus "palabras y ademanes". El general antes de cumplir 14 años tuvo que abandonar sus estudios básicos en el Liceo de Varones de Guadalajara para enrolarse en el ejército e iniciar su carrera militar en las filas liberales. Se inició peleando contra la intervención extranjera. El "poeta en la práctica" tenía ya una larga trayectoria como militar heroico y gobernante honrado. Pero a los ojos del hijo era un caballero romántico y sin saberlo todavía llegaría muy pronto a ser un héroe trágico. Un auténtico poeta en la práctica de hacer el mundo habitable.

Siempre lo sentí poeta, poeta en la sensibilidad y en la acción; poeta en los versos que solía dedicarme, en las comedias que componíamos juntos durante las vacaciones por las sierras del norte; poeta en el desapego con que siempre lo sacrificaba todo

²⁶ Reyes, *Homero en Cuernavaca*, tomo x, 418.

a una idea, poeta en su genial penetración del sentido de la vida, y en su instantánea adivinación de los hombres; poeta en el perfil quijotesco; poeta lanzado a la guerra como otro Martí, por exceso de corazón. Poeta, poeta a caballo.²⁷

El ejemplo de su padre, poeta a caballo de "perfil quijotesco", caló muy hondo en el corazón del hijo, aprendiz de poeta. El decir-hacer de su padre le hizo entender por qué entre ellos no se era poeta de profesión. Ahora estaba claro que ambos, en su linaje, eran poetas de corazón.

Nubes tormentosas arrastradas por un fuerte huracán histórico estaban por estampar en su casa, su familia, su país. Nada se sabe de nuestro propio destino. Sin embargo, una sola cosa nos es dado intuir sobre el destino ignoto, y ésta es: su insondable aparecer en nuestras vidas.

VI. Días aciagos

Gritos y llantos, pánico y victoria,
todo lo tuve junto a mí, de suerte
que todo es sentimiento más que historia.²⁸

Los vientos tempestuosos que empiezan a soplar en el proceso de la sucesión presidencial de 1910 son el resultado natural de la sensibilidad histórica de una nación. El resplandor suntuoso de las celebraciones por el centenario del inicio de la Independencia no dejaba ver todavía la pirotecnia violenta y destructora de la otra revolución política y social que se estaba gestando.

Porfirio Díaz ofrece retirarse del poder en famosa entrevista de 1908. De esta manera da juego nuevamente, pero ahora en tono de farsa, al enfrentamiento entre Limantour y Reyes. Aquel como impulsor de los intereses de los científicos

²⁷ Reyes, *Parentalia*, tomo xxiv, 403.

²⁸ Reyes, *Homero en Cuernavaca*, tomo x, 419.

a través del Partido Nacional Reelectionista y su candidato Ramón Corral. El general Reyes como candidato rival por la vicepresidencia en las elecciones de 1910. Finalmente el presidente decide reelegirse por séptima (y última) ocasión, en la fórmula con Ramón Corral como vicepresidente.

La fiesta por el centenario dura poco más allá de septiembre, pues apenas en noviembre se detona una vorágine de acontecimientos que seis meses después logran, lo que parecía imposible, vencer el poderoso ejército federal bajo el comando del general y presidente Díaz. Finalmente el viejo caudillo tiene que aceptar las condiciones de los Tratados de Ciudad Juárez del 21 de mayo de 1911. Un año después del paso del cometa.

Días aciagos de signos funestos para algunas creencias populares son los que anuncian catástrofes en la aparición del cometa Halley a mediados de mayo de 1910. Días aciagos los finales del régimen del presidente Díaz un año después del paso del cometa en mayo de 1911.

Signos funestos para un régimen de clases sociales y explotación del trabajador son los que se anuncian en el encabezado a ocho columnas del combativo y crítico periódico, fundado por Filomeno Mata, el *Diario del Hogar*. El miércoles 24 de mayo de 1911 los titulares anunciaban anticipadamente: "Hoy renunciará el General Díaz". El subtítulo decía: "Inmediatamente se hará cargo de la presidencia el señor de la Barra". En un recuadro en formato *robaplana* se da la noticia en *balazos* del encabezado: "El Gral. Reyes vendrá a México".

Por él viví muy cerca del ruido del combate,
y, al evocar hazañas, es fuerza que retrate
mi mente las imágenes de su virtud guerrera.²⁹

²⁹ Reyes, *Homero en Cuernavaca*, tomo x, 418.

Y el general Bernardo Reyes efectivamente volvió a México después del exilio forzado con el que el general Díaz lo sacó del escenario de la sucesión en 1910. A contracorriente ante los hechos consumados por la renuncia del general Díaz a la presidencia el 25 de mayo de 1911.

Yo bien hubiera querido —y mi ternura se atrevió a sugerírselo— verlo consagrado a escribir sus memorias cuando regresó de Europa, en vez de verlo intervenir a destiempo en los últimos acontecimientos que lo condujeron a un fin trágico. Pero era difícil que prevaleciera el deseo de un muchacho sin experiencia (para colmo, "picado de la araña" y que vivía siempre en las nubes) sobre las incitaciones de otras personas mayores, que después se han arrepentido al punto de negar su responsabilidad en aquella funesta ocasión, y sobre el peso de tantos deberes y tantos intereses nacionales coligados por la fatalidad. Mi brújula no se equivocaba, y tengo derecho a lamentarlo.³⁰

Bernardo Reyes se encuentra con la lealtad desgarrada ante un régimen derrotado militar y políticamente de un lado, y por otra parte los miles de reyistas³¹ que veían en él una esperanza para mantener la paz social durante la contienda electoral por la sucesión presidencial en 1910. Desde entonces entre Bernardo Reyes y el reyismo pareció darse un desencuentro creciente entre el líder y sus seguidores.

El general tenía numerosos partidarios agrupados en diversas organizaciones locales, sobre todo en los estados

³⁰ Reyes, *Parentalia*, tomo xxiv, 399.

³¹ Es difícil tener estimaciones sobre la cantidad de seguidores del general Reyes mientras no existan estudios regionales en suficiencia y consolidados. "Permítaseme citar las cifras relativas a la organización que más impulso dio a la candidatura de Reyes en occidente: el Partido Independiente, que llegó a sobrepasar los tres mil quinientos afiliados, distribuidos en 44 localidades de 6 entidades federativas, en seis meses." Cárdenas Ayala, Elisa, "Poder y política entre Porfirio y Revolución. El reyismo", en *México: Historia, ideas y cultura política* (Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, 2004), 87-106.

del occidente y norte del país. Encontramos entre las organizaciones que lo postularon en las elecciones federales de 1910 para la vicepresidencia con Porfirio Díaz como presidente, además del Partido Independiente del que ya dimos noticia: Club Central Reyista, Club Soberanía Popular, Club Liberal Sufragista, Gran Partido Nacional Obrero, Club Reyista Estudiantil. El reyismo contaba también con la simpatía de importantes políticos e intelectuales como:

Luis Cabrera, José López Portillo, Francisco Vázquez Gómez, Jesús Urueta, Venustiano Carranza, quienes fueron entusiastas miembros del reyismo. Juan Sánchez Azcona dirigió el periódico reyista *México Nuevo*. También surgieron organizaciones reyistas como el Club Soberanía Popular, el Club Central Reyista 1910, el Partido Nacionalista Democrático y el Club Organizador del Partido Democrático. El clavel rojo en la solapa, distintivo reyista, comenzaba a proliferar en los actos públicos.³²

Los reyistas con un clavel rojo en la solapa lograron simpatizar entre algunos políticos de alto nivel: gobernadores y senadores; también algunos grupos de empresarios, comerciantes e industriales; contaban con numerosos grupos de burócratas de a pie; militares de medio y bajo escalafón; profesionistas en zonas urbanas; maestros, estudiantes y periodistas. Aunque en menor proporción, pero también tenía partidarios en zonas agrícolas y rurales con rancheros del norte.

Otro hubiera aprovechado la ocasión tan propicia. ¡Oh, qué mal astuto, oh qué gran romántico! Le daban la revolución ya hecha, casi sin sangre, ¡y no la quiso! Abajo, pueblos y ejércitos a la espera, y todo el país anhelante, aguardando para obedecerlo, el más leve flaqueo del héroe.³³

³² Doralicia Carmona Dávila, "Reyes Ogazón Bernardo", *Memoria Política de México*, consultado el 27 de diciembre de 2020, <http://www.memoriapoliticademexico.org/Biografias/REB50.html>.

³³ Alfonso Reyes, *Oración del 9 de febrero*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1990), tomo XXIV, 33.

VII. Y si siguió viviendo desde entonces...

¡Caballero errante de los caballeros,
varón de varones, príncipe de fieros,
par entre los pares, maestro, salud!
¡Salud porque juzgo que hoy muy poca tienes,
entre los aplausos o entre los desdenes,
y entre las coronas y los parabienes
y las tonterías de la multitud!³⁴

Pero el general Reyes titubeaba entre los exhortos de la multitud de sus partidarios y su lealtad al régimen de Díaz. Se empieza a conformar una curiosa y perversa relación proporcional: pues mientras más parece someterse el general Reyes al presidente Díaz, más se prende la chispa y se aviva la flama del reyismo. Esos titubeos tuvieron ingratas consecuencias en el curso de los acontecimientos posteriores.

Yo no he hurtado mis aficiones. En mí, simplemente, habría de desarrollarse una de las posibilidades del ser paterno. Después de todo, América, como solía decir Rubén Darío, es tierra de poetas y generales. "Y algunos, que sólo quisiéramos ser poetas, acaso nos pasamos la vida tratando de traducir en impulso lírico lo que fue, por ejemplo, para nuestros padres, la emoción de una hermosa carga de caballería, a pecho descubierto y atacando sobre la metralla".³⁵

Vuelve Bernardo Reyes del exilio involuntario que lo dejó al margen de los acontecimientos de la caída del régimen. Por lealtad al gobierno del general Díaz no se enfrentó al presidente, cuando muchos se lo pedían aclamándolo como el sucesor natural. Ahora volvía cuando la ola creciente del maderismo le indicaba hacer lo contrario a regresar. Encontró

³⁴ Darío, *Poesía*, 433.

³⁵ Reyes, *Parentalia*, tomo XXIV, 402.

otro México sin el yugo del caudillo y con su propia figura para disputar el poder, pero figura ya distanciada del reyismo.

—9 de junio: regreso a México.

—12 de junio: en público manifiesto, hace saber que, al ser llamado de nuevo a México por Porfirio Díaz (se pensaba en confiarle nuevamente la administración militar del país), contestó que "sólo volvería a desempeñar el delicado puesto, en tan graves circunstancias, si se eliminaba del poder al grupo responsable por las desgracias de la República, y si se me daban facultades para hacer concesiones a la Revolución que, según mi juicio, había tenido razón de ser". En conferencia celebrada por el general Reyes con el candidato presidencial Madero, ante el presidente interino De la Barra, Madero ofrece a Reyes la secretaría de Guerra, para cuando se establezca de nuevo el Gobierno emanado de la Revolución. Reyes acepta, pero ante la desconfianza de los partidarios más allegados del candidato Madero, rehúsa después la oferta. Obtiene su retiro del Ejército para recobrar su libertad de acción política y acepta su propia candidatura a la próxima presidencia, no sin antes haber llegado con Madero, en San Lorenzo (Tehuacán, Puebla), a un convenio caballeroso, ratificado por cambio de cartas y comunicado en manifiesto del 4 de agosto, de mantenerse durante la campaña electoral dentro de los términos de la ley y el respeto mutuos, por el bien del país, "y teniendo en cuenta los vínculos que nos ligan".

—28 de septiembre: embarca en Veracruz para los Estados Unidos, ante los obstáculos para su candidatura presidencial.³⁶

En los Estados Unidos ya estaba su ánimo transformado y dispuesto a levantarse en armas contra el presidente constitucional, electo democráticamente y en funciones. Todo esto debido a una serie de malentendidos y desacuerdos fatales que impidieron el trabajo colaborativo en equipo.

Y se encontró envuelto en una maraña de fatalidades, cada vez más prieta y más densa. Mil obstáculos y los amigos de ambos bandos

³⁶ Alfonso Reyes, "Francisco de la Barra", en *Apéndices, en Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1990), tomo XXIV, 488.

impidieron que él y el futuro presidente pudieran arreglarse. Y todo fue de mal en peor. Y volvió a salir del país. Y al fin lo hallamos cruzando simbólicamente el río Bravo, acompañado de media docena de amigos e internándose por las haciendas del norte donde le habían ofrecido hombres y ayuda y sólo encontraba traición y delaciones.³⁷

Se subleva con el Plan de la Soledad el 16 de noviembre de 1911 pero nadie parece estar dispuesto a seguirlo. El fracaso es tal que lo lleva a entregarse a una pequeña guarnición en Linares, a cargo de un antiguo subordinado suyo. Pasa una lamentable Navidad en ese año aciago de 1911. Regresa el político y militar del "antiguo régimen". Llega a un México en vertiginosa transformación donde se dan los hechos del triunfo de un nuevo caudillo y candidato a la presidencia. No logra establecer un acercamiento estable, ni se dan formas de entendimiento, fuera de una breve entrevista seguida de un pacto acordado en Tehuacán, Puebla, con el candidato Francisco I. Madero. Los hilos de la historia conformaban ahora una nueva urdimbre en la correlación de fuerzas en juego.

Era víspera de Navidad. El campo estaba frío y desolado. Ante todo, picar espuelas y ponerse en seguro para poder meditar un poco. Y por entre abrojos y espinares, desgarrada toda la ropa y lleno de rasguños el cuerpo, el guía lo condujo a un sitio solitario, propicio a las meditaciones. Allí toda melancolía tiene su asiento. No se mira más vegetación que aquellos inhospitalarios breñales. El jinete echó pie a tierra, juntó ánimos, y otra vez en su corazón, se encendió la luz del sacrificio.

—¿Dónde está el cuartel más cercano?

—En Linares.

—Vamos a Linares.

—Nos matarán.

—Cuando estemos a vista de la ciudad, podrás escapar y dejarme solo.

Es ya de noche, es Nochebuena. El embozado se acerca al cabo de guardia.

³⁷ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 34.

—Quiero hablar con el jefe.

Pasa un instante, sale el jefe a la puerta. El embozado se descubre, y he aquí que el jefe casi cae de rodillas.

—¡Huya, huya, mi general! ¿No ve que mi deber es prenderlo?

—¿Eres tú, mi buen amigo, mi antiguo picador de caballos? Pues no te queda más recurso que darme tus fuerzas o aceptarme como prisionero.³⁸

La suerte está echada al entregarse como prisionero ante el jefe de una pequeña guarnición, quien resultó ser su antiguo domador de caballos. Éste le suplicaba huir. El juicio militar en su contra tiene como necesaria sentencia la pena de muerte por traición. El presidente Madero le conmuta la pena por prisión indefinida. El general Reyes se empieza a consumir gradualmente en la prisión de Santiago Tlatelolco.

La melancolía, los quebrantos, resucitaron en él cierto paludismo contraído en campaña. Todas las tardes, a la misma hora, llamaba a la puerta el fantasma de la fiebre. Los nervios se iban desgastando. Vivía como en una pesadilla intermitente. ¿Cuál era el delirio?, ¿cuál el juicio? El preso tenía consideraciones especiales, y aquel hombre bueno que se vio en el trance de aprisionarlo ¡qué más hubiera deseado que devolverle su libertad!³⁹

Como si no bastaran las condiciones adversas de su prisión y sus malestares, el destino parecía ensañarse con aquel guerrero imposibilitado de responder a las penosas afrentas que su familia recibía.

Y todavía para enloquecerlo más, y por si no bastara la trágica viudez de una hija cuyo marido fue asesinado unos meses antes, llegaron a la prisión las nuevas de las trastadas que andaba haciendo el caudillo Urbina, aquel que murió tragado por el fango. Urbina había secuestrado al marido de su hija menor, y ésta había tenido que rescatarlo a precio de oro, empeñando para toda

³⁸ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 35.

³⁹ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 36.

la vida la tranquilidad económica de su hogar. Imaginad la cólera del Campeador ante las afrentas sufridas por sus hijas.

No era todavía un anciano, todavía no se dejaba rendir, pero ya comenzaba a abrirse paso difícilmente entre las telarañas de la fiebre, la exasperación, la melancolía y el recuerdo.⁴⁰

Alfonso Reyes es nombrado por el vicepresidente Pino Suárez como Secretario de la Escuela de Altos Estudios por iniciativa de su antiguo maestro, y ahora director de la flamante institución, el doctor Alfonso Pruneda. El hijo acude a visitar a su padre en la prisión de Santiago Tlatelolco para solicitar su anuencia a fin de aceptar dicho nombramiento. "Sigue tu camino —me había dicho mi padre—. El mío se apresura ya a su término y no tengo derecho de atravesarme en tu carrera".

Todavía el presidente Madero —a través de Alberto J. Pani y por mediación de Martín Luis Guzmán— llegó a ofrecerme la libertad del general Reyes, si yo le daba mi palabra de que se retiraría a la vida privada. Pero yo no pude hacerlo, porque no era mi opinión —dada mi extrema juventud— la que podía dominar otras influencias y compromisos que arrastraban a mi pobre padre.⁴¹

Para el general Reyes otras influencias dominaron el curso de los hechos al aceptar participar en un plan destinado a deponer al presidente Madero y al vicepresidente Pino Suárez. Participaban en este complot antiguos compañeros de armas como los generales: Manuel Mondragón, Gregorio Ruiz, Félix Díaz (sobrino de su tío), y el general Victoriano Huerta, quien fuera subordinado, colaborador y hasta empleado suyo por algún tiempo. El sábado 8, el general Reyes pidió que le trajeran una muda de ropa de la mejor calidad.

En la madrugada del domingo 9 de febrero de 1913 se sublevaron un grupo de cadetes de la Escuela de Aspirantes de Tlalpan y un destacamento acuartelado en Tacubaya bajo las

⁴⁰ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 37.

⁴¹ Reyes, *Historia documental de mis libros*, tomo XXIV, 162.

órdenes de los generales Mondragón y Ruiz respectivamente. Lograron tomar por sorpresa Palacio Nacional sólo durante un par de horas, siendo desarmada la guardia golpista por el general Lauro Villar, jefe de la plaza. Villar logró la entrada sigilosa de las fuerzas del 24º Batallón del cuartel de San Pedro y San Pablo, así como del 1º Batallón de caballería, quienes penetraron por las puertas traseras de Palacio tomando por sorpresa a los golpistas.

Mientras tanto Mondragón y Ruiz se dirigían a excarcelar a Bernardo Reyes del convento prisión de Santiago Tlatelolco y a Félix Díaz de Lecumberri. Gregorio Ruiz se adelantó a regresar para asegurar como vanguardia la llegada a Palacio Nacional de los alzados, pero fue detenido por el general Villar, comandante de la plaza, quien organizó la defensa ante la llegada del general Bernardo Reyes, poco después de las 6:00 de la mañana de ese domingo 9 de febrero.

Bernardo Reyes encabezaba la columna de los golpistas que tomarían Palacio Nacional. Cuando llegaron al Zócalo, el general Lauro Villar encaró al general Reyes ante la multitud de curiosos que los observaban. Por tres ocasiones el general Villar invitó en viva y alta voz al general Reyes a rendirse. Por tres ocasiones él se negó. Finalmente abrió los brazos en cruz y sonrió en un acto de concordia. Su caballo avanzó sobre la guarnición junto con tres aspirantes que se encontraban a sus costados tratando de ingresar sobre la Puerta Mariana. Recibieron una descarga de metralla al iniciar la balacera que cobró poco más de ochocientos muertos, de los cuales cuatro quintas partes fueron civiles curiosos de todas las edades que observaban los hechos. Muchos de ellos fueron cremados allí mismo en pilas de cadáveres.

¿Dónde hemos hallado el airón de esa barba rubia, los ojos zarcos y el ceño poderoso? Las cejas pobladas de hidalgo viejo, la mirada de certero aguilucho que cobra sus piezas en el aire, la risa de conciencia sin tacha y la carcajada sin miedo. Allí, entre

los dos ojos; allí, donde botó la lanza enemiga; allí se encuentran la poesía y la acción en dosis explosivas. Desde allí dispara sus flechas una voluntad que tiene sustancia de canción. Todo eso lo hemos hallado seguramente en la idea: en la Idea del héroe, del Guerrero, del Romántico, del Caballero Andante, del Poeta de Caballería. Porque todo en su aspecto y en sus maneras, parecía la encarnación de un dechado.

Tronaron otra vez los cañones. Y resucitado el instinto de la soldadesca, la guardia misma rompió la prisión. ¿Qué haría el Romántico? ¿Qué haría, oh, cielos, pase lo que pase y caiga quien caiga (¡y qué mexicano verdadero dejaría de entenderlo!) sino saltar sobre el caballo otra vez y ponerse al frente de la aventura, único sitio del Poeta? Aquí morí yo y volví a nacer, y el que quiera saber quién soy que lo pregunte a los hados de Febrero. Todo lo que salga de mí, en bien o en mal, será imputable a ese amargo día.

Cuando la ametralladora acabó de vaciar su entraña, entre el montón de hombres y de caballos, a media plaza y frente a la puerta de Palacio, en una mañana de domingo, el mayor romántico mexicano había muerto.

Una ancha, generosa sonrisa se le había quedado viva en el rostro: la última yerba que no pisó el caballo de Atila; la espiga solitaria, oh Heine que se le olvidó al segador.⁴²

Con una sonrisa perenne y los brazos en cruz, como un Cristo militar, la vida se escapaba. La cara se dirige al cielo, no hay nubes y amanece aunque, poco a poco, se va nublando la mirada. Sólo le queda una semilla de esperanza en la paz y la concordia entre los mexicanos de buena voluntad. Se despedía olvidando los estribos y las riendas el mayor poeta de caballería. Entre los pliegues de la luz y los rincones del tiempo, hoy continúa la conversación filial entre los dos poetas.

† 9 DE FEBRERO DE 1913

¿En qué rincón del tiempo nos aguardas,
desde qué pliegue de la luz nos miras?
¿Adónde estás, varón de siete llagas,
sangre manando en la mitad del día?

⁴² Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 39.

Febrero de Caín y de metralla:
humean los cadáveres en pila.
los estribos y riendas olvidabas y,
Cristo militar, te nos morías...

Desde entonces mi noche tiene voces,
huésped mi soledad, gusto mi llanto.
Y si seguí viviendo desde entonces

es porque en mí te llevo, en mí te salvo,
y me hago adelantar como a empellones,
en el afán de poseerte tanto.⁴³

Cátedra Alfonso Reyes en Cuernavaca
Invierno 2020-2021

Referencias bibliográficas

Cárdenas Ayala, Elisa. "Poder y política entre Porfiriato y Revolución. El reyismo". En *México: Historia, ideas y cultura política*, 87-106. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, 2004.

Carmona Dávila, Doralicia. "Reyes Ogazón Bernardo". *Memoria Política de México*. Consultado el 27 de diciembre de 2020. <http://www.memoriapoliticademexico.org/Biografias/REB50.html>.

Darío, Ruben. *Poesía*. Managua: Editorial Hispamer, 2011.

Hernández Luna, Juan. *Conferencias del Ateneo de la Juventud*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2000.

Reyes, Alfonso. *Apéndices*. Tomo x, *Obras completas de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1981.

Reyes, Alfonso. *Crónica de Monterrey i. Albores*. Tomo xxiv, *Obras*

completas de Alfonso Reyes. México: Fondo de Cultura Económica, 1990.

Reyes, Alfonso. *Historia documental de mis libros*. Tomo xxiv, *Obras completas de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1990.

Reyes, Alfonso. *Homero en Cuernavaca*. Tomo x, *Obras completas de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1981.

Reyes, Alfonso. *Ifigenia cruel*. Tomo x, *Obras completas de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1981.

Reyes, Alfonso. *Oración del 9 de febrero*. Tomo xxiv, *Obras completas de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1990.

Reyes, Alfonso. *Parentalia*. Tomo xxiv, *Obras completas de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1990.

Reyes, Alfonso. *Repaso poético*. Tomo x, *Obras completas de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1981.

Zaid, Gabriel. *La poesía en la práctica*. México: Fondo de Cultura Económica, 1985.

⁴³ Reyes, *Repaso poético*, tomo x, 146.

Oración del 9 de febrero: para aquietar el dolor

Alberto Enríquez Perea

Alfonso Reyes fue un hombre sumamente cuidadoso de dejar entrever sus emociones. Era un hombre de alta categoría intelectual y política. No le gustaba levantar el velo de lo íntimo, de lo privado, aunque sabía del interés que había en ello. Sin embargo, escribió varias cosas al respecto, no de manera ordenada ni sistemática o de cálculo u oportunidad, sino como se le iban presentando en la vida. Porque vida y obra iban de la mano, trabajaba en el telar de la historia y en el de la vida. En sus *Obras completas* hay pasajes autobiográficos;¹ en los tomos de su *Diario*, ni se diga; en la oceánica correspondencia también se deja ver. Todo es cuestión de tener cuidado y poner en orden las páginas que escribió y estudiarlas para acercarse a ese gran humanista que fue Alfonso Reyes.

La *Oración del 9 de febrero* tiene un encanto especial por su labor estilística: el misterio, la historia del desgarramiento del autor de esta *Oración*, datos y pasajes de la historia nacional y particular, el amor al padre y el final gozoso y

¹ Véase Alfonso Reyes, *Autobiografía*, prólogo de Alberto Enríquez Perea (México: Fondo de Cultura Económica, Cátedra Alfonso Reyes, Tecnológico de Monterrey, Fundación para las Letras Mexicanas, 2016).

heroico que deseó para él; pero no fueron así los últimos días del general Bernardo Reyes: llegó la muerte y su transfiguración. El dolor se encarnó en Alfonso y ese momento sólo fue superado después de una larga y profunda purificación. Y determinó su camino; lo forjó, pero lo acompañó la tristeza y la melancolía. Aunque no quiso que se supiera todo lo que ocurrió ese día, guardó ciertos manuscritos, como la *Oración*, para mejor momento y para su mejor comprensión.

“Escribir es como la respiración del alma, válvula moral”, apuntó Reyes.² Y en otro momento señaló: “Algún día tuve que escoger para siempre entre la esclavitud de un rencor cuidadosamente cultivado como una *vendetta*, o mi libertad espiritual. Escogí lo segundo, aunque de paso tuve que arrancarme el pie en que estaba atada la cadena”.³ Escribir fue para Reyes un ejercicio espiritual, la “respiración” que buscaba su alma para dejar salir esos momentos que lo ahogaban. De esos días surgieron obras maestras, entre ellas, la *Oración del 9 de febrero*.

Febrero de Caín y de metralla

El año 1929 expiraba, y al quebrar el alba el Año Nuevo daba su mensaje de bienaventuranzas al mundo entero. Año que para Alfonso Reyes sería de *catarsis* y cambio de sede diplomática. Ya lo intuía. El cambio de régimen obligaba a la renuncia para que el nuevo mandatario ratificara o cambiara representantes diplomáticos en los países acreditados. ¿Qué pasaría con él? ¿Regresaría a México? ¿Volvería a España? Sólo permanecía la incertidumbre. Sólo quedaba esperar, especular y decidir. En Buenos Aires estaba aclimatado y había hecho tantas cosas buenas en tan poco tiempo, como

² Alfonso Reyes, *Curiosidades de coleccionista*, selección y presentación de Alberto Enríquez Perea (México: El Colegio de México, 2019), 41.

³ Reyes, *Curiosidades de coleccionista*, 17.

la publicación de los *Cuadernos del Plata* y la revista *Libra*, la inauguración de la exposición de pintura mexicana, propiciar y concretar negocios mexicanos-argentinos, realizar homenajes y enviar invitaciones a Montevideo y a la capital argentina para recordar el décimo aniversario de la muerte de Amado Nervo; había hecho amistades para toda la vida como la de Jorge Luis Borges y Victoria Ocampo, Nieves Gonnet y Xul Solar, Francisco Romero y María Rosa Oliver. Por eso, bien le dijo a su caro amigo Genaro Estrada que los “libros o los amores” podían quedar interrumpidos. “Todo eso” se podía cortar “en cualquier instante y hasta” podía “ser” que “algunas plantas” que dejaba “sembradas” vivieran sin su presencia.⁴ La vida del diplomático tiene algo parecido a la de los gitanos, van mudando de un país a otro y dejando una estela que el tiempo quizá descubra y valore. En palabras del mismo Reyes: “¡Este oficio menos que errante! (Porque al Judío Errante, por lo menos, no le daban tiempo de echar raíces para después arrancarlas, que es la tortura diplomática)”.⁵ Mas el tiempo pasaba y él seguía trabajando, como siempre, en febril actividad.

Febrero estaba encima de él y a la mente le llegaban, nuevamente, aquellos primeros días de febrero de 1913. Habían pasado más de tres lustros de ese “accidente”, pero el dolor regresaba más agudo e insoportable. Otra vez el sufrimiento. Otra vez las jaquecas. Otra vez los fantasmas se presentaban y le señalaban culpas que le eran ajenas. Nunca tuvo esos síntomas agudos hasta ese año axial de 1909, cuando salió su padre, el general

⁴ Carta de Alfonso Reyes a Genaro Estrada. Buenos Aires, 30 de diciembre de 1929, en *Con leal franqueza. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada. II. 1927-1930*, compilación y notas de Serge I. Zaïtzeff (México: El Colegio Nacional, 1993), 264.

⁵ Alfonso Reyes, *Diario (1927-1930)*, edición crítica, introducción, notas, fichas bibliográficas, cronología e índice por Adolfo Castañón, con la colaboración de Lourdes Borbolla, Ana Miramón, Juan Antonio Rosado y Marcela Solís Quiroga (México: Fondo de Cultura Económica, 2010), tomo II, 174.

Bernardo Reyes, ex gobernador de Nuevo León, al exilio parisino. No era ya un adolescente, tenía veinte años. Los recuerdos de esos momentos, como los posteriores, lo angustiaban. Años de vivir en permanente angustia hasta llegar ese 9 de febrero que fue de muerte y su muerte, aunque haya renacido, resucitado y transfigurado. Y al mismo tiempo que laboraba, tejía, en ocasión oportuna y propicia, la creación de su personaje: su padre.

Antes de 1909, la vida de Alfonso Reyes era la de un joven enamorado, coqueto, amigüero, travieso; brillante estudiante universitario; apasionado lector y buscador de novedades literarias, filosóficas, jurídicas; poeta. Su época estudiantil no era nada diferente del resto de sus compañeros de jurisprudencia. Ya era un líder reconocido y eso lo halagaba. Disfrutaba la Ciudad de México, sus colonias y alrededores. En las vacaciones, volver al terruño era estar en su solar, en su casa: estar con sus familiares, ver a las novias y los amigos y, sobre todo, encontrarse con ese hombre que era su Titán, Atlas, Cid Campeador, Quijote. Así veía a su padre, así lo quiso ver siempre, pero el domingo 9 de febrero de 1913 lo cambió todo.

Todos esos recuerdos se agolpaban en su mente cada que se cumplía un año más de ese fatídico domingo 9 de febrero de 1913. Ahora, cuando se cumplían 17 años de la muerte de su padre, en su despacho, se acomodó muy bien en su silla, se acercó al escritorio, dejó caer sus brazos y una vez más tomó algunas hojas de papel que siempre tenía a la mano y dejó correr la pluma fuente, lenta, pausadamente, para dejar salir sus emociones, aunque siempre de forma contenida, muy reprimida, haciendo circunloquios, para no desnudarse ni dejarse ver él mismo. Él, que quería sanar el alma, apenas se descubría. ¿Qué pena ocultaba? ¿Qué sucedió ese día que tanto temía? ¿Qué habían hecho él, Alfonso, y su hermano Rodolfo⁶ por su padre?

⁶ Véase Javier Garcíadiego, *Las vidas paralelas de los jóvenes Rodolfo y Alfonso Reyes* (México: Centro de Estudios de Historia de México, ConduMex, 1988).

Así empezó esa tarea interminable de sanación. Como los videntes que frecuentaba, pero sin frenesí ni estremecimientos corporales; dejando correr la pluma puso los primeros dos grandes datos: *Oración del 9 de febrero. 11 Buenos Aires, 9 de febrero de 1930*. Y a continuación empezaba la invocación: "Hace 17 años murió mi Padre, su presencia real no es la que más extraño..." y así siguió, hasta el final, el día 30 de agosto de ese mismo año, día en que el general Reyes cumpliría 80 años. No se sabe cuántas ocasiones interrumpió su manuscrito antes de darle conclusión ni tampoco si hubo más de un borrador, pero sí constan en el manuscrito, que se dio a conocer en facsímil en 1963, señales o marcas de párrafos para agregar a su texto, tachaduras, la enumeración de las partes que integrarían ese texto íntimo, personalísimo, de Alfonso Reyes, y algunas páginas faltantes de las 54 en total que escribió en una época de madurez estilística incuestionable.⁷

En su *Diario* dejó estas notas de meses antes de escribir la *Oración* y en los días posteriores al 9 de febrero de 1930. En 1929, 16 de abril, en Buenos Aires:

De repente tuve grata sorpresa recibir libro de mi hermano Rodolfo, desde Madrid: *De mi vida (Memorias políticas)* que llega hasta muerte mi padre y forma tomo I. Esto haré bien moralmente por ser principio de su *catarsis*, e históricamente, sin duda. Como el tomo más bien está dedicado a mi padre y su política, déjame abierto y limpio el camino para mi *Crónica de Monterrey*, en que **daré silueta humana a mi padre**.⁸

⁷ Alfonso Reyes, *Oración del 9 de febrero*, con una "Breve noticia de los sucesos del 9 de febrero de 1913", por Gastón García Cantú (México: Ediciones Era, 1963), 1-45.

⁸ Reyes, *Diario (1927-1930)*, tomo II, 122. Las cursivas son del texto; las negritas de AEP. Véase la carta de Alfonso Reyes a su sobrino Bernardo, hijo de su hermano Rodolfo, sobre las opiniones que aparecieron en la prensa mexicana al aparecer *De mi vida*. La carta, en Fernando Curjel, *El cielo no se abre. Semblanza documental de Alfonso Reyes* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, El Colegio Nacional, 1995) 142-155.

Confesión sensata y oportuna. Ya podía seguir con lo que se había trazado desde antes de la infausta muerte de don Bernardo: dar "silueta humana" a la vida y la obra de su señor padre. Aunque muchas cosas se quedaban en el cajón de los secretos o los daba a conocer como piezas de rompecabezas. Entreabría puertas, pero nunca las dejaba de par en par ni hacía declaraciones inoportunas. Por lo contrario, escribía cuando la oportunidad se le presentaba, cuando era necesario aclarar un dato, o, como en el caso de la *Oración*, cuando la fecha le volvía a causar un intenso e inmenso dolor, escribía para sosegarlo. Escribir era bálsamo que lo reconfortaba. También Alfonso había iniciado desde hacía muchos años su *catarsis*. Los dos hermanos la necesitaban y cada uno de ellos lo hacía a su modo, como siempre lo hicieron. No fueron vidas paralelas sino divergentes y opuestas.

El 18 de mayo de 1929 Alfonso Reyes cumplió cuarenta años. Feliz coincidencia. Un obsequio le llegaba de su bien amada España. La Academia de Córdoba le envió un "diploma de académico correspondiente, en mérito" a sus "trabajos gongorinos", anotó en su *Diario*.⁹ Por otra parte, la politiquería de grupos intelectuales argentinos lo tenía hastiado. Nada serio se podía hacer, aunque por su cuenta lo forjara. Por eso escribió el 24 de abril: "Nunca comprenderá nadie hasta qué punto estos años de Buenos Aires van siendo para mí —en todos los órdenes— una escuela de sufrimiento, paciencia, tristeza, aburrimiento y penuria material. ¡Mil veces mejores mis peores instantes de dolor y pobreza en mis días heroicos y claros de Madrid!".¹⁰ Siguió, empero, tejiendo su historia. El 11 de septiembre, en la Casa del Pueblo, dio su conferencia titulada "Un tiempo de la literatura mexicana: pasado inmediato", gran ensayo que se conoció, con otros, en 1941.

⁹ Reyes, *Diario (1927-1930)*, tomo II, 136.

¹⁰ Reyes, *Diario (1927-1930)*, tomo II, 145 y 146.

El embajador Reyes visitó a Adelina, viuda de Ricardo Güiraldes, y su estado le conmovió al grado que, cuando hubo oportunidad, anotó en su *Diario*, el 2 de octubre: "Es su dolor tan fuerte, que pensé, acordándome de mi madre, que los grandes hombres, con el empujón de su vida, dejan fuerza bastante a la viuda para seguir viviendo de ellos".¹¹ El primer día del último mes de 1929, nota relevante, sincera:

Hace días estoy haciendo unos versos de mucha sinceridad moral pero de dudosa belleza. Los voy apuntando de prisa, como salen, y siento que por primera vez hago versos humanos, con mi vida misma. Me interesan, pero no me gustan. (Algo de esto empezó en el volumen *Otra voz*, inédito todavía). Después los iré corrigiendo poco a poco, a ver si logro sacar algo de ellos. Por lo pronto, ahí quedan como apuntes.¹²

El 1º de marzo de 1930 supo que pronto cambiaría de sede diplomática por Río de Janeiro, idea que, en principio, no le agradaba, pero que aceptó como buen soldado que era del Servicio Exterior Mexicano. Empezaba a hacer planes para esas tierras, como el de publicar un correo literario que se llamaría *Tihuic*, y que llevaría un subtítulo, *Correo literario de Alfonso Reyes*.¹³ Para el 16 de ese mes ya tenía decidido el nombre: *Monterrey. Correo literario de Alfonso Reyes*.¹⁴

Un día antes vivió una de esas experiencias que tanto le gustaban. En México y en Francia las conocía y practicaba.

¹¹ Reyes, *Diario (1927-1930)*, tomo II, 156.

¹² Reyes, *Diario (1927-1930)*, tomo II, 161.

¹³ Reyes, *Diario (1927-1930)*, tomo II, 173.

¹⁴ Véase la edición facsimilar, en rústica y en tela, *Monterrey. Correo literario de Alfonso Reyes*, con textos de José Emilio Pacheco, Cecilia Laura Alonso, Alberto Enríquez Perea y Héctor Perea (Monterrey: Secretaría de Relaciones Exteriores, Conaculta, INBA, UNAM-DFL, Universidade Federal Fluminense, Gobierno de Nuevo León, Fondo Editorial de Nuevo León, Centro Regional Norte de Cooperación con la Unesco, Universidad Autónoma de Nuevo León, 2008).

Así pues, esto ocurrió la noche del sábado 15 de marzo de 1930, en casa de Nieves Gonnet, donde hubo una sesión de psicometría con la vidente Irma Maggi. Anotó en su *Diario*:

Lo más notable fue mi prueba, de todos absolutamente ignorada, salvo de mi mujer a quien previne el mayor secreto. Le llevé, bajo sobre (y dentro del mismo sobre se limitó ella a palparla) la gorra cazadora con que murió mi padre. [...]. Muy impresionante. Ella trabaja con gran sencillez y sin fingir éxtasis ni trance sibilino. Apenas se hace tocar unos acordes al piano, y contempla o lee unos versos de D'Annunzio que trae a máquina, en un papel viejo. Luego se suelta escribiendo con inmensa rapidez y letra endemoniada. El original de mi prueba lo conservó ella. Yo me quedo con una copia —digamos— “paleográfica”.¹⁵

La copia de esa prueba, gracias a la traducción que Adolfo Castañón hizo del italiano al español y con su amable aceptación la reproduzco, es la siguiente:

Este objeto me habla de una extraña indefinida sensación — Siento algo trágico en el entorno como si se hubiese derramado la sangre — Siento una alarma — una confusión — una intriga — una repercusión — Te veo distinto al que eres ahora — Siento hordas fanáticas que corren al rescate — Algo trágico y espectral — Algo extraño e irresoluto — Un traje distinto del nuestro — Un talismán para ser protegido — Una misión y también una corporación — Ondas de raza diversas y hordas profanadoras. La amplitud de una amplia ribera que confinaba con la selva tropical — Algo grave — Siento también a los coros como si en lejanía una especie de peregrinación anduviese confundiendo — Veo guerreros y veo también una suerte de dinastía que cae.¹⁶

¹⁵ Alfonso Reyes, *Diario (1927-1930)*, tomo II, 175 y 176.

¹⁶ Reyes, *Diario (1927-1930)*, tomo II, 212, nota 3. Véase el texto de Castañón donde narra lo que Antonio Mediz Bolio dio a conocer de la “premonición” de la espiritista Julita Z. sobre Bernardo Reyes y el 9 de febrero, en Adolfo Castañón, *Alfonso Reyes: Caballero de la voz errante*, sexta edición (México: El Colegio de México, Universidad Autónoma de Nuevo León, 2018), 43-47.

La explicación que Reyes hizo de esta sesión de Maggi tiene tres puntos que deben tomarse en cuenta, sobre todo a casi cuarenta días que inició la redacción de la *Oración del 9 de febrero*. La primera, el general Reyes parecía ser “el sucesor natural” de Porfirio Díaz en la “presidencia de la República mexicana y que concentraba en sí toda la simpatía y hasta idolatría del pueblo y del ejército” pero “no quiso ser desleal” al presidente y “se negó a encabezar una revolución, ausentándose del país”. Francisco I. Madero fue el hombre que encabezó la revolución y “expulsó del gobierno y del país” a Díaz. “Y como sucede siempre, el movimiento social fue dejando atrás a sus iniciadores. Cuando el general Reyes volvió al país:

su popularidad había desaparecido, y se encontró, sin darse cuenta, convertido en representante de la reacción y de los últimos elementos y despojos del régimen porfirista. Una serie de vicisitudes lo arrastran entonces de fracaso en fracaso, hasta la prisión militar de Santiago, en la Ciudad de México.¹⁷

Qué revelación del embajador Reyes hecha el mismo día de la sesión con la vidente. Siempre se dio cuenta del grave error que cometía su padre al tomar la decisión, que le pesó pero que finalmente aceptó, de irse al exilio. Doble error regresar a México y no darse cuenta de que el tiempo era otro, ya no era de él, sino de la revolución maderista. Y triple error encabezar una corriente reaccionaria, “y de los últimos elementos y despojos del régimen porfirista”. Alfonso tuvo toda la razón al ver que su padre fracasaba día con día. Pero aún no lo decía todo. ¿En prisión, que hacía su padre? ¿Qué fraguaban Rodolfo y Bernardo en Santiago de Tlatelolco?

El segundo aspecto fue consecuencia de lo anterior, hasta llegar el 9 de febrero de 1913. Y bien definió a Victoriano Huerta, quien se hizo cargo de la situación militar y de la situación política hasta capturar y asesinar al presidente constitucional,

¹⁷ Reyes, *Diario (1927-1930)*, tomo II, 213.

democráticamente electo: Madero. Y el último aspecto, lo que le presentó a Maggi, descrito así por Alfonso: "El general Reyes, al salir precipitadamente de la prisión, se cubrió con una gorra de cazador que había traído de Europa y con ella murió. Ése fue el objeto de que dispuso la vidente Irma Maggi". Muchos años más tarde, la vidente llamó a "aquel rato", "un bello recuerdo".¹⁸

El día 25 de abril, 16 días después de su llegada a Río de Janeiro, Reyes ya tenía sus "papeles en su sitio"; y el 28 ya estaba escribiendo, entre otras cosas, "Paula Jaramillo", que formaría parte del libro *Crónicas de Monterrey*, que era para los "chicos del Colegio Civil de Monterrey" que formaban la "revista *Atalaya*". El mismo día que hizo esa anotación, escribió: "Encantado: hacía mucho tiempo que no llenaba yo mi pluma todos los días".¹⁹ Escribir era la respiración que necesitaba su espíritu. Y al mismo tiempo daba curso a lo que ya se había propuesto hacer a partir de la publicación del libro de su hermano Rodolfo. Y así, el deslinde se estaba dando de una manera cuidadosa pero firme. Vale la pena tener presente ese recuerdo y saber quién fue esa mujer que siempre recordaba, y también saber de doña Aurelita, su mamá:

Una inmensa campesina de bronce, tan bella como para asustar los deseos, tan serena que las lágrimas parecían postizas en su cara. No aquella Ceres del pan rubio, asociada al recuerdo de las gavillas, sino la otra Ceres india, la del maíz, fresca como pozo de agua en la sombra. Llevaba en brazos un precioso muchachón rollizo, y se quejaba a la gobernadora:

—Mi hermano se emborrachó y cayó soldado, "niña". ¡Y es el sostén de la familia!

¹⁸ Carta de Hayde Maggi a Alfonso Reyes. 3 de diciembre de 1956, en Archivo personal de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina, Secretaría de Cultura, INBAI. Expediente 1529.

¹⁹ Alfonso Reyes, *Diario (1930-1936)*, estudio, introducción, notas, apostillas bibliográficas, cronología e índice por Jorge Ruedas de la Serna (México: Fondo de Cultura Económica, 2011), tomo III, 6.

Los ojos de la gobernadora —ojos avizores y militares, ojos alertas, finos y prontos, ojos de ama natural, que no sólo calan en las almas, sino que ahondan con maternal instinto en los secretos del cuerpo, palpan los tejidos, aprecian los jugos, adivinan la economía vegetativa del animal que somos— iban de la criatura a la madre, llenos ya de designios.

Y sin hacer caso de lo que seguía hablando la campesina, porque ya había oído lo bastante, le interrumpió de pronto:

—Hoy mismo volverá tu hermano a su casa, si le das el pecho a mi hijo.

Así llegó mi nodriza Paula Jaramillo. Cerca de veinte años más tarde, regresé de México a Monterrey durante unas vacaciones escolares y todavía tuve carta suya. Vivía en el pueblo de Doctor Arroyo, arrimada a una familia caritativa. Nadie quiere creer que la recuerdo, aunque dejé de verla muy niño. Me ronda a veces, como imagen transparente y benéfica. Me habla en sueños.²⁰

El 8 de mayo: "Tres días de jaqueca".²¹ Cuando cumplía 41 años escribió una carta a su viejo amigo Martín Luis Guzmán, sobre su "apoliticismo".²² A esta epístola le puso una nota muy suya: "no se envió".²³ El sábado 25 de mayo recibió: "*Le manuscrit Autographe*, mars-avril 1930, Sixième année, no. 26, de Paris, con *Glosa de mi tierra*, autógrafo y traducción (linda) de Armando Godoy, notas de Royère y amabilísimo artículo de Francis de Miomandre".²⁴ Poema escrito en Madrid, fecha de

²⁰ Alfonso Reyes, "Paula Jaramillo", en *Crónica de Monterrey i. Albores*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1990), tomo XXVI, 515.

²¹ Reyes, *Diario (1930-1936)*, tomo III, 8.

²² Reyes, *Diario (1930-1936)*, tomo III, 9.

²³ Carta de Alfonso Reyes a Martín Luis Guzmán. 17 de mayo de 1930. Río de Janeiro, en *Guzmán/Reyes. Medias palabras. Correspondencia 1913-1959*, edición, prólogo (epistolar), notas y apéndice documental por Fernando Curiel (México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Literarios, 1991), 134-141.

²⁴ Reyes, *Diario (1930-1936)*, tomo III, 12.

agosto de 1917: "*Amapolita morada / del valle donde nací: / si no estás enamorada, / enamórate de mí. // 1 // Aduerma el rojo clavel / o el blanco jazmín las sienes; / que el cardo es sólo desdenes, / y sólo furia el laurel. / Dé el monacillo su miel, / y la naranja rugada / y la sedienta granada / zumo y sangre —oro y rubí; que yo te prefiero a ti, / amapolita morada*".²⁵ El 20 de agosto no anotó absolutamente nada del asunto que nos ocupa.

Sólo para resumir esta etapa podemos decir que entre el 9 de febrero y el 20 de agosto quedaban guardados, para después de su muerte, textos inéditos: *Oración del 9 de febrero* y su carta a Martín Luis Guzmán. Otras notas que escribió, él mismo se encargó de darlas a conocer, sin mostrar sus cartas fuertes, de las que todavía quedaba una. Pero eso no era todo. Desde la salida de su padre al exilio y, sobre todo a partir de su regreso a México, Alfonso fue dejando señas de esa preocupación por el destino de su padre, de ese inmenso dolor que lo mataba y lo asfixiaba. Sólo la lectura de sus clásicos y escribir menguaban la zozobra asfixiante por los movimientos de su padre, sus aliados y su hermano Rodolfo.

Cristo militar, te nos morías

El 26 de febrero de 1911, a escasos meses de que volviera su padre del exilio, Alfonso Reyes tenía su "Romance de Monterrey":

Monterrey de las montañas,
tú que estás a par del río;
fábrica de la frontera,
y tan mi lugar nativo
que no sé cómo no añado
tu nombre en el nombre el mío:
pues sufres a descompás

²⁵ Reyes, "Amapolita morada", en *Repaso poético*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México, Fondo de Cultura Económica, 1959), tomo x, 74 y 75.

lluvia y sol, calor y frío,
y mojados los inviernos
y resecos los estíos,—
no sé cómo no te amañas
y elevas a Dios un grito,
por los pitos de tus fraguas
y de tu industria en los silbos,
porque te enmiende la plana
y te enderece el sentido;
diga a la naturaleza
que desande lo torcido,
y te dé lluvia en verano
y sequedad con el frío.²⁶

El 9 de junio de ese año, el general Reyes estaba ya en México. Tres días más tarde declaraba públicamente dos cosas importantes: primero, que fue llamado por Porfirio Díaz para ocupar un "alto puesto", a lo que contestó que sólo lo haría "si se eliminaba del poder al grupo responsable por las desgracias de la República". Y esta parte fundamental: si se le "daban facultades para hacer concesiones a la Revolución que", según pensaba y creía, "había tenido razón de ser".²⁷ Consciente pues estaba que las cosas habían cambiado en México. Se necesitaba estar con la *Revolución* para hacer esas concesiones que tenían *razón de ser*. Pero las cosas marchaban de prisa. Díaz se había ido de México, la revolución triunfaba. El estado de cosas requería soluciones y había que enfrentar los retos.

Así pues, no perdía el tiempo y pronto se entrevistó con el candidato presidencial don Francisco I. Madero, y en presencia del presidente interino Francisco León de la Barra, el coahuilense le ofreció la Secretaría de Guerra después de las elecciones presidenciales e instalado el nuevo gobierno cons-

²⁶ Alfonso Reyes, "Romance de Monterrey", en *Repaso poético*, tomo x, 52 y 53.

²⁷ Las citas, en Alfonso Reyes, *Parentalia*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1990), tomo xxiv, 488.

titucional. El general aceptó. Pero entre los maderistas hubo protestas por ese ofrecimiento y el general Reyes desistió.²⁸ Pero también el exministro de Guerra prestaba atención a sus "amigos", "simpatizantes", "correligionarios" y aquellos que Alfonso llamó *Caballeros de la Orden de la Última Gota de Sangre*, o sea, los acomodaticios y lambiscones, los que le susurraban al oído que aceptara ser candidato a la presidencia de la República. Pero:

no sin antes haber llegado con Madero, en San Lorenzo (Tehuacán, Puebla), a un convenio caballeroso, ratificado por cambio de cartas y comunicado en manifiesto de 4 de agosto, de mantenerse durante la campaña electoral dentro de los términos de la ley y el respeto mutuos, por el bien del país y "teniendo en cuenta los vínculos que los ligaban".²⁹

A partir de estas decisiones del general inició lo que Alfonso Reyes llamó "Días aciagos". Eran las consecuencias de las decisiones paternas. En el texto que lleva ese título transmite la congoja, la horrible situación del acecho, el temor de que en cualquier momento asaltaran la casa paterna y a todos sus ocupantes. Los nervios del joven estudiante de derecho ya no resistían esa situación. Vivía la *violencia política* cruda, dura, diabólica. La tensión era permanente, el peligro constante y la vida siempre estaba en vilo. El siguiente párrafo escrito por Reyes sobre los acontecimientos ocurridos en la ciudad de México, 3 de septiembre de 1911, nos muestra lo que él y su familia vivían en la casa que tenían en la calle de Estaciones, número 44:

Escribo un signo funesto. Tumulto político en la ciudad. Van llegando a casa automóviles con los vidrios rotos, gente lesionada. Alguien abre de tiempo en tiempo la puerta de mi cuarto, y me comunica las últimas noticias alarmantes que da el teléfono. Por

²⁸ Reyes, *Parentalia*, tomo xxiv, 488.

²⁹ Reyes, *Parentalia*, tomo xxiv, 488.

las escaleras, oigo el temeroso correr de la familia y los criados, pienso con fatiga en mi madre enferma y en mi hermana viuda, Amalia, y hago ejercicios de serenidad, esforzándome para que los rasgos de mi pluma sean del todo regulares. Bettina, pensando en Goethe, solía recordar la sentencia de David: "Cada hombre debe ser el rey de sí mismo".³⁰

En otra parte de ese mismo trabajo, Reyes esconde la situación embelesándose con el paisaje de la ciudad desde sus ventanas. Era su manera de reprobar las cosas que vivía y apostar por otra forma de verlas; no aquélla, que no era la suya. Pero tenía que vivirlas, como hasta ahora. Era el hombre de la casa. Dejemos al relato sus recursos para ver la justa dimensión de los "Días aciagos":

Horas después. Me voy habituando a la incomodidad. Hay escándalo —me digo—. Así es el mundo: así está hoy la naturaleza. ¿Cae la lluvia? Se moja uno. ¿Caen tiros? Pues imagino que éste es, por ahora, el escenario natural de la vida.

Hace más de un mes que estamos así. Aun las mujeres de casa tienen rifle a la cabecera. El mío está ahí, junto a mis libros. Y éstos —claro está— junto a mi cama. Los libros ahuyentan la visita de toda gente estorbosa. Hasta aquí sólo llegan los que deben llegar.³¹

Y en otra parte de este testimonio nos relata lo siguiente:

El piso bajo (puertas abiertas, sesión permanente, desfile de la política, pelea, tumulto, Caballeros de la Última Gota de Sangre, como yo les llamo) ha triunfado al fin sobre el piso alto, donde se refugia la familia. Mis hermanas han bajado. La excitación ha ganado al fin toda la casa.

Todos van llegando, y cada uno cuenta una historia, pero mi padre todavía no regresa. Dicen que la multitud ha sitiado la casa de los manifestantes. En vano he intentado hablarle por el teléfono. Logro comunicarme con el presidente De la Barra, y le hago saber lo que me dicen: que al fin los manifestantes han roto

³⁰ Alfonso Reyes, "Días aciagos", en *Oración del 9 de febrero*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1990), tomo xxiv, 40.

³¹ Reyes, "Días aciagos", tomo xxiv, 40.

el sitio, y si dirigen, en busca de seguridades y garantías, al Castillo de Chapultepec. Se lo aviso para que disponga las medidas de protección. Aunque parezca usado, me tocaba hacerlo: soy el mayor de los varones que han quedado en casa.
[...].

Mi padre ha llegado al fin. Como está ileso, ya no oigo nada; no quiero saber nada. También he alzado otra fortaleza en mi alma: una fortaleza contra el rencor. Me lo han devuelto. Lo demás, no me importa.³²

A golpe de duras experiencias se estaba formando Alfonso Reyes; ahora casado, con un libro recién publicado, *Cuestiones estéticas*, que repartió a los que él quería que lo recibieran. Más de un mes había pasado y las cosas seguían como antes. *Días aciagos*, "jaqueca frecuente", tensión y pavor ante posible asalto a la vivienda paterna. Y en medio de este ambiente, dos cartas de dos eminentes personalidades que lo invitaban a lo que le gustaba hacer: dialogar entre sabios y sobre sus clásicos. Qué contraste. Qué días. Con los libros puestos a un lado, con un arma en las manos y de pronto le llegaban a su domicilio esas cartas, de dos grandes hombres sabios de las humanidades. Tal fue la sorpresa y lo paradójico por los días que vivía, que el 7 de septiembre de 1911 dejó esta meditación:

Entre este peligro, esta presión de sobresaltos, entre estos imperiosos deberes de guardar la casa a mano armada; una carta convidándome a ir a Italia! Un sabio, un hispanista de Italia, Farinelli, me escribe desde Hungría, donde ha recibido mi primer libro, *Cuestiones estéticas*. Poco después, Boutroux, el filósofo, me escribirá desde París, preguntándome si alguna vez nos veríamos para discutir juntos sobre los temas de mis libros. ¡Si supieran, si supieran los europeos! Mi emoción es muda. Espero, para contestar, a que pasen los días fatales: el 15 y el 16 de septiembre. Si salgo con vida, les contestaré en qué momentos me han llegado sus cartas.³³

³² Reyes, "Días aciagos", tomo XXIV, 41 y 42.

³³ Reyes, "Días aciagos", tomo XXIV, 43.

Salió con vida de esos días de septiembre sin dejar de anotar las emociones y sobresaltos ni mucho menos duras expresiones por esos días de alta tensión. Cateórico, Alfonso dijo que estaban todos los de la familia "amenazados de muerte". Y a continuación esta frase lapidaria: "Así se paga el pecado de hacerse amar un día por el pueblo".³⁴ No hubo más explicaciones. ¿Las podía hacer en estas circunstancias? ¿No significaba tomar una posición crítica de lo que estaba haciendo su padre, y no se diga su hermano Rodolfo? La noche del 15 de septiembre, empero, no fue una noche cualquiera, a pesar de vivir en permanente zozobra. Estaba al lado de su esposa, Manuela Mota, que le daba alegría a su vida y el entusiasmo que tanto le faltaba. Y él, de esas circunstancias, sacaba fuerzas. Ya estaba aprendiendo cómo sobreponerse de esos duros momentos de la vida y lo tenía que hacer para no naufragar. "Mi alegría, mi extraña alegría, sin duda irradiaba de mí. Porque mi esposa, leyendo sobre mi hombro lo que yo redactaba, también tenía un vago contento. Gustosa cosa llegar a los saldos de las cuentas. La vecindad de la muerte tiene sus encantos, su bienestar".³⁵

Por eso mismo, por esa noche gozosa, aunque fuera única, al día siguiente, 16 de septiembre, recapitula los "días aciagos" con tranquilidad, con la quietud que se percibe en estos apuntes que acaso escribió pausada, alegremente:

Anoche dormí mi mejor sueño. No pasó nada. Noche del mismo día. Pasamos el día acuartelados. Sin novedad en la plaza.

Leyendo, y conversando con mi hermano menor, Alejandro, que tiene la virtud de llevarme el genio.

Llueve. Echo ya de menos mis papeles.

Hay mucha gente en casa, pero todos parecen, hoy, tranquilos. Dicen que se abrieron las Cámaras sin escándalo.

Salí a saludar a mi madre. Tenía una alegría —¿cómo lo diré?— de persona avezada: mujer de guerrero al fin.

³⁴ Reyes, "Días aciagos", tomo XXIV, 43.

³⁵ Reyes, "Días aciagos", tomo XXIV, 43 y 44.

Recogí mis papeles, y pasé al cuaderno estos apuntes, acaso inútiles.³⁶

Los días siguientes, sin embargo, fueron quizá peores, porque su padre se lanzaba a la aventura no de un romántico, sino de un arrebatado suicida. El escritor salió de la Ciudad de México, de su casa, y las noticias que recibía no eran gratas sino tristes y lamentables. Si Alfonso Reyes escribió el 26 de febrero de 1911 su "Romance de Monterrey", en agosto y septiembre del mismo año, los "Días aciagos", además encontramos el poema "Cena primera de la familia dispersa":

Ya llegan los hermanos de todos los caminos,
mojados de la lluvia, quemados del simún...
¡Ya llegan! Y en sus labios hay unos vagos trinos
que brotan al recuerdo de la infancia común.

Bienvenida la ansiada tropa de los hermanos
que vuelven como pájaros a la nueva estación:
alce el augusto padre las bienhacientes manos
y sobre los hermanos eche la bendición.

Para nosotros no se edificó la casa
que hospitalariamente nos brinda su calor:
bajo los techos flota cual una leve gasa
el vaho de la vida de su antiguo señor.³⁷

A finales de 1911 escribió "Lamentación de Navidad", en tres partes. La tercera, un soneto, que era igualmente un reflejo de los días que pasaba Alfonso Reyes:

Señor, mi Dios, corona de los mundos,
rey de la Biblia, voz de los arcanos:
hiéreme con tus dientes iracundos,
úsame como una de tus manos;

³⁶ Reyes, "Días aciagos", tomo xxiv, 44.

³⁷ Alfonso Reyes, "Cena primera de la familia dispersa", en *Repaso poético*, tomo x, 54.

dame obras que cumplir, hazme profundos
signos con que me atiendan mis hermanos,
o hazme volar como haces con los granos
hasta la tierra en que han de ser fecundos.

Asombros quiero porque estoy lloroso,
y de Tu majestad sentir las huellas
para seguir mi rumbo sin reposo.

Surge, pues, con tu azote de centellas,
y sobre el universo clamoroso
ruede tu carro castigando estrellas.³⁸

1912 fue un año terrible para la familia Reyes, acaso no tanto para Rodolfo, el hermano mayor, que tenía sus propias ambiciones. En suma, el general Reyes salió de México para encabezar el derrocamiento del gobierno del presidente Madero, pero pocos lo siguieron. En Linares fue su rendición y estuvo preso en Santiago de Tlatelolco. Desde aquí, Bernardo y su hijo Rodolfo conspiraban contra el régimen constitucional. El general salió para encabezar el cuartelazo del 9 de febrero de 1913.

Uno de los testigos de ése y otros días, conspirador entre los conspiradores, hasta compró el hotel Majestic, "situado en la Avenida San Francisco", para eso,³⁹ Cecilio L. Ocón, editor de *La Tribuna*, aseguraba el 22 de julio de 1913 que el general Manuel Mondragón,

pese a quien le pese, fue el director intelectual del movimiento que sacó de las cárceles a los generales [Bernardo] Reyes y Félix Díaz, y él fue quien en distintas ocasiones visitó a ambos jefes para ponerse de acuerdo respecto a detalles, y otras veces me comisionó a mí, para que en su nombre y representación me pusiera a hablar con los generales Reyes y Díaz, con el mismo objeto. [...]. Los que asistimos asidua y continuamente a las referidas juntas [para liberar

³⁸ Alfonso Reyes, "Lamentación de Navidad", en *Repaso poético*, tomo x, 59.

³⁹ Carlos Toro, "La caída de Madero por la revolución felicista", en *Febrero de Caín y de metralia. La Decena Trágica. Una antología*, edición y prólogo de Antonio Saborit (México: Ediciones Cal y Arena, 2013), 417.

a los generales mencionados y su secuela] fueron: general don Gregorio Ruiz; señor licenciado don Rodolfo Reyes; capitanes: Carlos Martínez, Mendoza y [Rafael] Romero López, y los señores Pedro Duhart, Miguel [Othón] de Mendizábal, Rafael de Zayas, Jr., y yo. [...] El señor licenciado don Rodolfo Reyes, que estuvo en todos los preparativos para derrocar al gobierno del señor Madero, sabe muy bien que todo cuanto digo es la más estricta verdad.⁴⁰

En tanto, el general Romero López, contaba:

Sacamos al general [Bernardo] Reyes y a la vuelta de Santiago ya le tenía yo su caballo ensillado, su capa dragona y un sombrero gris de castor, junto con un destacamento. En el momento en el que salí con el general Reyes, a quien yo veía a diario, llegaron las fuerzas de Tacubaya, que por fin habían resuelto, con Mondragón y con Ruiz. Reyes y Mondragón se dirigieron a la Penitenciaría para liberar a [Félix] Díaz, mientras que [Gregorio] Ruiz tomó hacia Palacio Nacional. Una vez ahí se metieron a conferenciar con el jefe de la prisión, Liceaga, y pasaron los minutos y las horas y no aparecían. Por fin salieron con Félix Díaz. Entonces llega Santiago Hernández y me dice: "¡Acaban de fusilar al general Ruiz en Palacio!".

Lo que hay que hacer es ir a recuperar Palacio, le dije al general Reyes. "Vaya usted a ocupar Palacio con un escuadrón de caballería", me dijo. Ya no sabía ni qué decía el general Reyes. ¿Cómo con un escuadrón de caballería? Pero como yo no era ningún tonto, al avanzar les fui haciendo señas de que me siguieran a los capitanes que estaban con la artillería. Y me siguieron. Al ver eso, el general Reyes mandó tocar llamada de honor, lo cual quiere decir llamada de oficiales. Y me dice: "¡Mejor vamos todos juntos!". Para mí, el general Reyes ya había dado muestras de debilidad desde que entró al territorio mexicano con un pequeño grupo de gente, creyendo que iba a tener a todo México enseguida. Cuando llegamos a Palacio él pensaba que Lauro Villar no le iba a disparar. Eso sí es cierto: Villar era hechura de Reyes. Villar estaba parado enfrente de Palacio, la puerta estaba entornada, y Reyes le dijo a Villar: "Lauro Villar, vengo a nombre de la patria por la silla". Aquí no pasas sino sobre mi cadáver, dijo Villar. Rodolfo Reyes, que venía a la derecha de su padre, vio que Villar hacía sacar su pistola y grita: "¡Papacito, que te tiran!". "¡A mí no me matan por detrás!", dijo Reyes y paró

de manos su caballo y se echó encima de Villar. El general Reyes quedó tirado allí bajo mi caballo, lo que me salvó la vida. Agarraron el cadáver del general y lo metieron a Palacio, junto a su caballo, y cerraron la puerta y los garitones de las troneras porque el teniente Luis Gamboa estuvo disparando contra Palacio, y yo pude escapar hacia la calle de Moneda.⁴¹

Porfirio Barba Jacob, que por esos días andaba en la Ciudad de México y era muy conocido en Monterrey por los principales grupos culturales, económicos y políticos, escribió en *El combate de la Ciudadela narrado por un extranjero*, que el general Reyes

avanzó con los suyos hasta llegar frente a la puerta central [de Palacio Nacional]; mas en los momentos en que se acercaba para penetrar, el general Villar mandó hacer fuego... Se escuchó una uniforme y terrible descarga de fusilería cuyas balas hirieron mortalmente a tres de los aspirantes. Poco después, el general Reyes caía herido... Dícese que, en ese momento, un hombre que vestía traje de paisano se acercó al ex gobernador de Nuevo León y le hizo varios disparos con una pistola, con los cuales le dio muerte. Así concluyó sus días aquel grande hombre. La posteridad le hará justicia a su patriotismo sin mancha, a su valor, a su pericia como militar... Ella reevaluará la obra que él llevó a cabo en el estado de Nuevo León; ella dirá que si tuvo errores como político, no los tuvo como mexicano amante de la grandeza de su país. Y ella dirá, por último, que aquel hombre que fracasó en una revolución en que no tenía soldados, halló más tarde la justificación de su conducta al ver que la misma revolución se levantaba por todas partes; y que no alcanzó a ocupar la silla presidencial que honraron al gran Juárez y el insigne Porfirio Díaz, hubiera llevado a ella, cuando menos, su patriotismo, su honradez administrativa, su experiencia de muchos años y su firme voluntad de hacer obra duradera y gloriosa.⁴²

⁴⁰ Rafael Ramos López, "La conspiración de los capitanes", en *Febrero de Caín y de metalla. La Decena Trágica. Una antología*, 350 y 351.

⁴¹ Porfirio Barba Jacob, "El combate de la Ciudadela narrado por un extranjero", en *Febrero de Caín y de metalla. La Decena Trágica. Una antología*, 508. Hay una reciente edición de este libro. Véase Porfirio Barba Jacob, *La decena roja: el combate a la Ciudadela narrado por un extranjero* (México: Editorial Carátide, Ediciones del Libro, 2017).

⁴² Romero López, "Sostiene Cecilio L. Ocón", en *Febrero de Caín y de metalla. La Decena Trágica. Una antología*, 327 y 328.

Un testimonio más, escrito por Toro, cuenta que los cuerpos de los sublevados que estaban en Palacio Nacional fueron solicitados, como el caso del general Bernardo Reyes, por su esposa, doña Aurelia Ochoa. Al acercarse Doña Aurelia a ese recinto oficial

[...] hicieron fuego sobre el automóvil que la conducía, resultando el *chauffeur* muerto y el vehículo estropeado por las balas. // Afortunadamente la respetable dama resultó ilesa de este bárbaro atentado y se asegura que una escena violenta se produjo entre ella y el Presidente de la República que se negaba a entregar el cadáver. // La señora Reyes expresó entonces que aquel no debería temer a un muerto, sino a los vivos, que se encargarían de castigar sus desenfrenos.⁴³

Lo cierto fue, como dice Gilly, que después de un día tan agitado, 9 de febrero de 1913, concluyó, “este cuartelazo”, con saldo positivo para el gobierno de Madero. Sin embargo, “Lo que vino después fue otra historia, otra conspiración, ésta a traición pura, que se había venido tejiendo desde los días del interinato entre un refinado caballero, Francisco León de la Barra y un cauteloso y despiadado ejecutor, Victoriano Huerta”.⁴⁴

Entre todos los testimonios conocidos, el de Alfonso Reyes es fundamental. Ciertamente, no lo escribió en esos días de febrero de 1913, sino en 1947. Ya habían pasado 17 años de haber escrito la *Oración del 9 de febrero* y 34 de ese acaecimiento. Ya estaba en otra situación, pues siete años antes fundó El Colegio de México, era miembro fundador de El Colegio Nacional, recibió el primer Premio Nacional (1945), con libros como *El deslinde* y *Tentativas y orientaciones* (1944). Pues bien, en esa fecha hizo el texto que tituló: “1912-1914”: “Cuando vi caer aquel Atlas, creí que

⁴³ Toro, “La caída de Madero por la revolución felicista”, *Febrero de Caln y de metro-lla. La Decena Trágica. Una antología*, 451.

⁴⁴ Adolfo Gilly, *Cada quien morirá por su lado. Una historia militar de la Decena Trágica* (México: Ediciones Era, 2013), 80.

se derrumbaría el mundo. Hay, desde entonces, una ruina en mi corazón”. Y, recapitulando, lo que le ocurrió entre febrero y agosto de ese año 1913:

¿Podía soportar tanta sangre y tantos errores? Mi dolor fue tan despiadado que ni siquiera quiso ofuscar me. Mi hermano [Rodolfo Reyes] aceptó en mala hora un sitio en el gobierno, y no pudo emanciparse a tiempo como tanto se lo pedí. También, en compañía de Pedro Henríquez Ureña, me atreví a pedirle a Enrique González Martínez, y también en vano, que dejara la Subsecretaría de la Instrucción Pública (como se llamaba todavía entonces). Yo renuncié a la Secretaría de Altos Estudios. Huerta me convidó para ser su secretario particular. Le dije que no era ése mi destino. Mi actitud me hacía indeseable. Me lo manifestó así en Popotla. Adonde me había citado a las seis de la mañana y donde todo podía pasar. Yo me presenté lleno de recelo y en vez de aquel Huerta campechano y hasta pegajoso [...] me encontré a un señor solemne, distante y autoritario: “Así no podemos continuar —me dijo—, la actitud que usted ha asumido...”. Me apresuré a presentar mi tesis para recibir el título de abogado, me dejé nombrar secretario de la legación en París, y al fin consentí en salir de México, el 10 de agosto de 1913, a la siete de la mañana, por el Ferrocarril Mexicano. Además de mi mujer y mi hijo, me acompañaron hasta el puerto mi madre y el tío Nacho.⁴⁵

“¿Podía soportar tanta sangre y tantos errores?” No, claro que no lo podía soportar. Y aún más: amenazado por alguien que sólo se tentaba las pistolas. Y el dolor, ese dolor por esa sangre y por esos errores lo acompañará siempre, toda su vida.

en mí te llevo, en mí te salvo

El tiempo que Alfonso Reyes estuvo en París (1913-1914) fueron años complicados y duros porque en más de una ocasión se le tuvo como huertista. Tuvo que hacer paradas

⁴⁵ Alfonso Reyes, *Diario (1911-1927)*, edición crítica, introducción, notas, fichas bibliográficas, cronología e índice por Alfonso Rangel Guerra (México: Fondo de Cultura Económica, 2010), tomo 1, 8 y 9.

y decir sus verdades a esas personas. Pero las circunstancias mexicanas y europeas, más su propia decisión, hicieron que se trasladara a Madrid. Cuando escribió su *Historia documental de mis libros*, parte I, II, y la dio a conocer en la revista *Universidad de México*, marzo de 1955, hizo estas preguntas y contestó:

¿Qué podía yo hacer en París, extranjero de veinticinco años? ¿Podía yo regresar a México para mostrar mi alma por la calle y dar explicaciones sobre lo que he callado más de ocho lustros? Además, ya no tenía recursos para el viaje y, la verdad, quería seguir mi senda propia.⁴⁶

Más de 42 años habían pasado de ese día funesto, 9 de febrero de 1913, cinco lustros entre los que escribió la *Oración* que aún permanecía en lo más íntimo de sus cosas, a casi un lustro para morir y, “*ha callado*”. ¿Qué ha dejado entonces de sus años madrileños? Sólo trozos de su vida, pedazos de dolor diseminados en algunas páginas en prosa y en varios poemas, y una obra maestra: *Ifigenia cruel*.⁴⁷ Ifigenia habla:

⁴⁶ Alfonso Reyes, *Historia documental de mis libros*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1990), tomo XXIV, 167.

⁴⁷ Véanse los trabajos, “Tiempo y significado en el poema dramático *Ifigenia cruel*”, por Alfonso Rangel Guerra; “Elogio del exilio”, por Cotal Aguirre; “*Ifigenia cruel* como obra de teatro”, por Hugo Hiriart; “Ifigenia dice no”, por Carlos García Guá; “Ifigenia pide vida”, notas misceláneas en torno a *Ifigenia cruel*, por Adolfo Castañón; “El feminismo de Ifigenia. Una posible lectura de *Ifigenia cruel* de Alfonso Reyes”, por Minerva Margarita Villarreal; “*Ifigenia cruel*: hipótesis de lectura”, por José María Espinosa; “Reyes, como autor de *Ifigenia*, o el texto como recurso”, por Claudio Maiz; “La *Ifigenia* de Alfonso Reyes: entre lo salvaje y lo doméstico”, por Gabriel Trujillo Muñoz; “Alfonso entre ifigenias”, por Ana Laura Santamaría e Inés Sáenz; “Reencarnar en el canon: la *Ifigenia cruel* de Alfonso Reyes”, por Víctor Barrera Enderle; “Ifigenia entre Segismundo y Semíramis: una lectura calderoniana de *Ifigenia cruel*”, por Pablo Sol Mora; “*Ifigenia cruel*. A la caza de una biografía”, por Paola Velasco; “Una historia de las ideas a través de *Ifigenia cruel*”, por Sebastián Pineda Buitrago; “El día en que el cielo apedreó a la tierra. Memoria en torno a la

Porque un día, al despegar los párpados,
me eché a llorar, sintiendo que vivía;
y comenzó este miedo largo,
este alentar de un animal ajeno
entre un bosque, un templo y el mar.[...].

Es que reclamo mi embriaguez,
mi patrimonio de alegría y dolor mortales.
¡Me son extrañas tantas fiestas humanas
que recorréis vosotros con el mirar del alma! [...].

Calla, porque me aniquila el peso del nombre que espero;
oh vencedor extraño, calla, porque, al fin, no quiero
saber—oh cobarde seno— quién soy yo.⁴⁸

No quiere saber, no quiere descubrir el velo que le avergüenza. No quiere saber una vez más lo que pasó ese día trágico, aunque lo sabía muy bien. Ifigenia evocaba:

No sabías hablar, ¡oh el más amado!
Con lágrimas y brazos implorantes
tú me ayudaste, en fin, cuanto podías.
Estreché con el tuyo el cuerpo de mi padre,
como con elocuente rama de suplicantes:

—“Yo la primera te he llamado padre;
tú la primera vez me llamaste hija;
gozosas nupcias prometiste un día,
y yo soñaba en acogerte, anciano,

redención *pat(ri)ria*”, por Marcos Daniel Aguilar; y “El fantasma del modernismo a través de la *Revista Moderna* en *Ifigenia cruel*, de Alfonso Reyes”, por Diana Hernández Suárez, en Alfonso Reyes, *Ifigenia cruel. Una lectura crítica*, edición, prefacio y compilación de José Javier Villatreal (Monterrey: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Autónoma de Nuevo León, 2017). Arenas Monreal le dedicó el Capítulo II, *Ifigenia cruel*: llanto por el padre muerto. Cosmogonía de dolor universal, el capítulo más grande de su libro, capítulo de 136 páginas. Véase, Rogelio Arenas Monreal, *Alfonso Reyes y los hados de febrero* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, Universidad Autónoma de Baja California, 2004).

⁴⁸ Alfonso Reyes, *Ifigenia cruel*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1959), tomo X, 317, 322, 334.

entre próspera bulla de la prole.
Insano afán de navegar a tierras bárbaras
te hace dejar la tierra
donde cortan jacintos y rosas los que dio a luz mi madre.
Mas yo no debo amar demasiado la vida.
—¡Dispón, oh Calcas, de mi ración de sangre”.

Y desvié los ojos
del bulto convulsivo de mi madre.
Calcas alzó la mano: ¿se oyó el golpe?.”⁴⁹

El “Coro”:

Alta señora cruel y pura:
compénsate a ti misma, incomparable;
acaríciate sola, immaculada;
llora por ti, estéril;
ruborízate y ámate, fructífera;
asústate de ti, músculo y daga;
escoge el nombre que te guste
y llámate a ti misma como quieras:
ya abriste pausa en los destinos, donde
brinca la fuente de tu libertad.”⁵⁰

Alfonso Reyes dejó Madrid y regresó a México después de más de diez años de ausencia. Regresó a España en misión confidencial, cumplió el encargo que le solicitó el presidente Álvaro Obregón y se fue a París, a esperar noticias. Pronto las tuvo: era ministro de México en Francia. Empezó a trabajar como bien sabía hacerlo: con profesionalismo y poniendo en alto el nombre de México. Insistió tanto ante sus superiores sobre esa idea tan grata y entusiasta de Genaro Estrada: que nuestro país ya tenía que estar en los foros internacionales. Su presencia era de vital importancia. Y el ministro, por disposición de sus superiores, asistió a conferencias internacionales, cuidó su nombre, y lo hizo casi siempre solo pues tenía

⁴⁹ Reyes, *Ifigenia cruel*, tomo x, 346.

⁵⁰ Reyes, *Ifigenia cruel*, tomo x, 349.

contados apoyos humanos. Así era el trabajo en una de las representaciones más importantes de México en el mundo. En el orden personal, aquí fue donde se estrenó su *Ifigenia cruel*, en casa del embajador Gonzalo Zaldumbide.⁵¹ La legación mexicana se convirtió en Casa Americana, ¿quién no pasó por aquí? ¿Quién no recibió apoyo económico, material y espiritual? Toda esta actividad desató las furias de la envidia, maledicencia, golpes bajos y se revivió ese pasado que no habían olvidado los malquerientes que lo desacreditaban públicamente. Entre los preocupados, estaba Estrada, que le solicitó noticias para hacer frente a esos ataques.

En una extensa carta “Muy confidencial” del ministro Reyes a su “Querido e invariable Genaro”, fechada en París, 22 de octubre de 1925, le dijo con todas las letras lo que hacía, y le reiteraba que lo hacía casi solo, porque no tenía apoyo suficiente, pero salía siempre adelante como constaba en los documentos que despachaba a la Secretaría de Relaciones Exteriores. ¿Qué más querían saber de él? Por eso se extrañaba y así se lo dijo:

Dice usted que necesita sobre mí noticias de actividades oficiales, para defenderme llegado el caso de las maniobras de los políticos adversos, para quienes no cuenta mi trabajo intelectual. Supongo que me lo dice usted como una regla, y para que yo le dé cuantos elementos posea, y no porque mi trabajo deje algo que desear. ¿Verdad? Pero dígamelo de todos modos. Dígame si [Aarón] Sáenz, si usted, si [Alberto J.] Pani, si el Presidente [Calles] están contentos del sitio que he logrado abrirme aquí, del modo como trabajo, etcétera, etcétera. Si hay deficiencias, señálemelas.”⁵²

⁵¹ Alfonso Reyes, *Diario (1911-1927)*, tomo I, 122 y 123. Véanse discursos y alguna correspondencia entre Zaldumbide-Reyes, en Gustavo Salazar, ed., *Alfonso Reyes y el Ecuador* (Quito: s. p. i., 2015).

⁵² Carta de Alfonso Reyes a Genaro Estrada. París, 22 de octubre de 1925, en *Con tal franqueza. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada, 1. 1916-1927*, compilación y notas de Serge I. Zaïtzeff (México: El Colegio Nacional, 1992), 345.

Más adelante fue al punto, a lo que significaba la advertencia de Estrada y a manifestar que él también estaba enterado de las malquerencias que tenía en México:

Por lo que veo, todos los periódicos [mexicanos] están en contra mía, muchos de los políticos, y todos los cabrones. Así, pues, no haré huesos viejos. Lo siento, porque no he podido ahorrar nada. La carta de José María Sánchez: *yo supongo que el general [Plutarco Elías] Calles se acordaría bien de quién era yo hijo antes de nombrarme*. Esa noticia ha producido en mí una efervescencia, de lo que salió la memoria secreta que le acompañó a usted, y acaso servirá para defenderme un día: la he escrito de un solo tirón esta madrugada. Usted encontrará allí algunas cosas que no sabe. Creo que es de algún interés histórico. Ojalá el mismo Presidente Calles la conociera, cuento algunas cosas que seguramente ya ni recuerdan los interesados. A ver si [Alberto J.] Pani se acuerda de todo esto. Para ellos pueden no ser muy importantes: para mí, lo fueron, porque han ido determinando la trayectoria de mi vida. No deje de decirme la impresión que le cause. Y toda la reserva del mundo es poca, puesto que ya vivo en un muro de cristal: ya ve usted que por todas partes se habla de mis cartas, si dije o no dije, etcétera. Están poniéndome de moda en calidad de oráculo, y siento que, a la larga, me hacen entre Artemio [de Valle Arizpe] y Miguel [Alessio Robles] un reclame formidable. Lástima que ya no sea vergüenza, pues estaría encantado; pero yo estimo en más la serenidad, la placidez, la buena intención.⁵³

Reyes estaba más que molesto por esa situación que aún se repetía, pero también se daba cuenta de quiénes y por qué la estaban provocando, por eso le dijo a Estrada que si el presidente no sabía de quién era hijo. Lo anterior le dio ocasión para escribir sus recuerdos de esos días difíciles, dolorosos y trágicos. Y así lo hizo, “de un solo tirón la madrugada del 22 de octubre de 1925”. Faltan varias páginas al manuscrito, va

⁵³ Carta de Alfonso Reyes a Genaro Estrada. París, 22 de octubre de 1925, en *Con leal franqueza. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada. 1. 1916-1927*, 345 y 346.

de la página 19 a la 101. ¿Qué pasó con las faltantes? De las 15 líneas que escribió Reyes en la página 19, cruzó 11 con una línea. Y, ¿las demás? Hay un documento importante, al que se llamaría *Mi óbolo a Caronte*, y se había alargado tanto que era ya “un librito”,⁵⁴ ¿las 18 páginas que faltan se “extraviaron”?

Este trabajo se conoció en 2007 gracias a la maestra Alicia Reyes, quien depositó el manuscrito en las manos del doctor Fernando Curiel, quien realizó el estudio preliminar, la edición crítica y selección de apéndices, y lo publicó con este título: *Mi óbolo a Caronte (Evocación del general Bernardo Reyes)*.⁵⁵ Este libro apareció 44 años después de la publicación de la *Oración del 9 de febrero*. ¿Qué abona este nuevo trabajo de Alfonso Reyes? Mucho, muchísimo más de lo que uno puede suponer. Reyes vivía sus recuerdos con lucidez, y ese día de octubre abrió más las ventanas de su conciencia y dejó ver ese cuadro de horrores y errores que su padre y su hermano estaban cometiendo.

Alfonso Reyes siempre fue muy claro y categórico en sus afirmaciones. Por eso, contundente aseveró: “el único sentido nacional del Reyismo” fue *preparar la “revolución*. Todo Reyismo que no sea la *revolución*, es bastardo. Podrá significar un amor muy respetable a la persona de mi Padre, pero *carecerá de sentido político*. Además el único porvenir [político] de mi Padre es, o abandonar ya la política, o aliarse con la revolución”. No había de otra, analizó el

⁵⁴ Carta de Alfonso Reyes a Genaro Estrada. París, 22 de octubre de 1925, en *Con leal franqueza. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada. 1. 1916-1927*, 345, nota (1) de Alfonso Reyes.

⁵⁵ Alfonso Reyes, *Mi óbolo a Caronte (Evocación del general Bernardo Reyes)*, estudio preliminar, edición crítica, notas y selección de apéndices por Fernando Curiel Defossé (México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2007. [Colección *Memorias y testimonios*. Premio Memorias y testimonios “José C. Valadés” 2005].

ahora diplomático mexicano, o su padre: *dejaba la política o se aliaba con la revolución*. Era la revolución su camino, no lo que le aconsejaban aquellos hombres de las órdenes más diversas, corte de bufones y aprovechados, y mucho menos lo que deseaba su hermano Rodolfo. Era su padre, y vaya que lo quiso. Qué más pruebas podía dar sino el testimonio de su propia existencia y lo que estaba realizando en lejanas tierras. Mas para el examen objetivo e imparcial esto era lo importante. Lo demás carecería "de sentido político".

Así pues, el general no le hacía caso a su hijo Alfonso porque éste estuviera picado de letras o porque fuera un soñador o un joven inexperto, sino porque no se sumaba a su lucha, como Rodolfo. Fuerte, muy fuerte fue esta situación para él, que veía con claridad los nuevos tiempos. Terrible dolor para el hijo que veía que ese camino conducía al padre de error en error: a la muerte. "La cena" fue la premonición de la muerte de su padre. Los dos poemas citados anteriormente, "Cena primera de la familia dispersa" y "Lamentación de Navidad", eran el presagio de un dolor más fuerte y agudo que mantendría hasta los últimos días de su existencia.

En *Mi óbolo a Caronte* asimismo encontramos los esfuerzos que Alfonso hizo para que sus familiares se dieran cuenta del juego en que estaban cayendo por causa de aquellos que no querían perder *poder ni influencia* y buscaban salvarse del vendaval que estaba encima de ellos. Por eso siempre deseó que su padre y Madero hablaran y pidió apoyo de gente cercana y de confianza, como Salomé Botello-Luis Cabrera. Las cosas se precipitaron. Como el propio ministro escribió: "Limantour traicionó y entregó a mi Padre". Y algo más: "Tuve en mi poder las pruebas, pues sus secretarios me entregaban los papeles [que] y los telegramas que él rompía, pero mi Padre no me quiso / dar oídos

Por eso, el día del entierro de mi Padre, no quise permitir que Limantour concurreniera a los funerales".⁵⁶

Si estas líneas eran una confesión de los momentos que vivió en carne propia, las siguientes fueron desvelar el sufrimiento que sentía desde el regreso de su padre a México:

[... por su cuenta y riesgo]. // A. R., a la vez que [preparó] [sugirió] el plan Botello-Cabrera, escribió a su Padre comunicándole sus impresiones sinceramente, y declarándole que le repugnaba la sola idea de que su Padre, puesto a escoger entre la revolución y Limantour, optara por / éste, que siempre había sido para él tan desleal. El general Reyes no gustaba de que sus hijos menores pretendieran aconsejarlo, y Alfonso tuvo por repuesta una carta de La Habana en que, con cierta severidad, se le recomendaba abstenerse de forjar teorías políticas infantiles y de meterse en lo que no entendía".⁵⁷

Todavía Alfonso dejó levantar el telón de las escenas trágicas y dolorosas por las que pasaba después de la llegada de su padre a México. Todavía sentía el dolor en su corazón al escuchar las pláticas en la familia y verificar que quien hacía "teorías políticas infantiles" tenía más claridad y visión que Bernardo y Rodolfo o Bernardo/Rodolfo juntos. He aquí este episodio:

Para Alfonso era claro que su Padre había puesto término a su fortuna política al aceptar el destierro. Tuvo, pues, un suspiro de alivio, cuando, / habiéndole preguntado a su Padre, "¿Qué piensa hacer?", recibió de él esta respuesta:

—Dar la primacía a Madero, porque es el hombre a quien el pueblo desea.

Madero celebró una entrevista con Bernardo Reyes. Aquella noche, [entrar] al volver éste a cenar a casa de su hijo Rodolfo, dijo en voz alta, delante de Alfonso:

⁵⁶ Reyes, *Mi óbolo a Caronte* (Evocación del general Bernardo Reyes), 159. Los corchetes y las palabras que se encuentran dentro de ella y las diagonales son del maestro Curiel, que hizo la edición crítica de este trabajo de Alfonso Reyes. Sigo ese trabajo.

⁵⁷ Reyes, *Mi óbolo a Caronte* (Evocación del general Bernardo Reyes), 159.

—¿Querrás creer que Limantour nos estaba engañando a un tiempo a Madero y a mí?

Alfonso abrió la boca con la intención de gritar:

—¿No te lo había dicho?

Pero, ante la mirada severa del general, no se atrevió más que a balbucear algo así como: "Yo ya, ya yo...".

¡Cuántas veces, pensando en el triste final de su Padre, ha llorado Alfonso, lamentando haber sido tan joven en aquel momento! Como a Casandra [acontecía] en la *Iliada* nadie hacía caso de sus profecías. ¿Él, qué sabía de la realidad? ¿Él, el soñador, el poeta, el teórico?⁵⁸

Y si este episodio fue de sufrimiento, los días que siguieron fueron desoladores. Los días de su padre habían pasado. Ya nadie lo seguía. El levantamiento contra el gobierno constitucional de Madero fue un rotundo y estrepitoso fracaso. Sobre esos momentos, Alfonso escribió:

Era la víspera de Navidad. Mientras, en México [Alfonso trataba de] acalla[r] la inquietud por su Padre entregado a sus lecturas favoritas, en el alma del General se libraba la tragedia más tempestuosa. Se bajó del caballo. Se sentó en el suelo. Se puso a meditar. / Comprendió su error. Se dio cuenta de que ya nadie lo seguía. Y *decidió morir*, pero con toda claridad y a la faz de todos.⁵⁹

Indudablemente es un texto muy bien escrito, con un dramatismo que conmueve, de esos días que pasó Alfonso Reyes. Y es también un frío análisis que nos habla, una vez más, de su dolor y de su llanto ante la tragedia que ya veía venir. Cuánto trabajo le habrá costado al maestro, dueño ya de un estilo, dejar por escrito estas palabras:

Un día, Martín Luis Guzmán le dijo, de parte de Alberto Pani:

—Si usted personalmente asegura que su padre no intervendría más en la política, el Presidente Madero [está] dispuesto a dejarlo

⁵⁸ Reyes, *Mi óbolo a Caronte* (Evocación del general Bernardo Reyes), 161.

⁵⁹ Reyes, *Mi óbolo a Caronte* (Evocación del general Bernardo Reyes), 167. Cursiva de AEP.

en libertad para que salga a vivir al extranjero.

Alfonso tuvo que contestar —agradeciendo la [bondad] generosa intención— que él no podía asegurar nada.⁶⁰

Todavía cuenta un poco más sobre esta historia, hasta llegar el momento de recobrar el cuerpo del general Reyes y sepultarlo en el Panteón del Tepeyac. "Las peripecias dolorosas de estos días [no interesan] al objeto de este relato", escribió el ministro Reyes. Las páginas que siguen fueron el recuento de su decisión de salir de México rumbo a Francia, y después sus años en Madrid, los logros que hizo para México cuando se le devolvió su antiguo cargo diplomático y las épocas en que fue el encargado de Negocios, el reconocimiento al gobierno de Obregón por parte del gobierno español, las opiniones de los diplomáticos españoles sobre su quehacer y su beneplácito por negociar con Reyes y no con alguno de los ministros mexicanos, lo que hizo cuando la revolución delahuertista, la misión confidencial que le confió el presidente Obregón ante el monarca español y el nombramiento que hizo el presidente Calles para que fuera ministro de México en Francia. Y aquí se encontraba, seguía haciendo lo de siempre: durmiendo poco, trabajando mucho, y esperando "dar buenas cuentas a su gobierno de la confianza con que se ha dignado honrarlo". Reyes fue "bien recibido y aceptado en Francia, donde" gozaba "de suficiente autoridad social e intelectual" y agradecía "singularmente las reiteradas muestras de apoyo moral con que" lo distinguía el gobierno de México.⁶¹

Documento revelador que guardó como tantas otras cosas. Pero una vez más hizo limpia, exorcizó la época amarga y cruel que lo perseguía. Pronto dejó París y se trasladó a Buenos Aires. Así llegamos a ese día que inició la redacción

⁶⁰ Reyes, *Mi óbolo a Caronte* (Evocación del general Bernardo Reyes), 170.

⁶¹ Reyes, *Mi óbolo a Caronte* (Evocación del general Bernardo Reyes), 185.

de su *Oración del 9 de febrero* y la carta que no envió a Martín Luis Guzmán. ¿Qué decía el diplomático mexicano? Dejemos los párrafos iniciales a un lado. Y como escribió el propio Reyes, “vamos a lo nuestro”. Mas, nuevos circunloquios. Cómo le daba vuelta a estos asuntos. ¿De verdad Martín Luis creía que a él, a Alfonso Reyes, no era “fácil” hacerlo “hablar de política”? ¿Qué era “algo que no” entendía “muy bien”? Y poco a poco fue levantando esos velos. Así pues, le dijo a su:

“Muy querido Martín”: “Muy tierno, tuve, en ese sentido, sacudidas y vuelcos de alma que me han dejado mutilado. Datan... ¡qué sé yo! Creo que de mis primeros recuerdos de Monterrey... Y después me siguen acompañando a lo largo de mi adolescencia, hasta llegar a la prueba definitiva. De ahí mi silencio. Pero esta vez es Ud., Martín, quien me provoca, y a Ud., no puedo desentenderlo. Voy a explicarme con Ud. —entre viejos amigos que se entienden más allá de sus actos con la más completa sinceridad”.⁶²

Más interrupciones. ¿Recurso literario? ¿Fue tal la reprimenda que le hizo su padre que ese golpe nunca lo superó? Como dice Reyes: “Pero volvamos a nuestro asunto”. Eran los días que su padre estaba preso en Santiago de Tlatelolco. “Yo era muy niño, era el poeta, el soñador de la casa, de quien se hacía poco caso para las ‘cosas de hombre’. Y Ud., sabe bien”, pues conocía la historia del mensaje que se le ofreció para que su padre estuviera libre “a cambio de mi palabra sobre que se alejaría y se abstendría de la vida pública”. Pero sus “tímidas insinuaciones no servían de nada, y que, así”, tuvo “la inmensa desgracia de perder lo que, con unos pocos más

⁶² Carta de Alfonso Reyes a Martín Luis Guzmán. Río de Janeiro, 17 de mayo de 1930, en *Guzmán/Reyes. Medias palabras. Correspondencia 1913-1959*, 134. Asimismo, esta carta se encuentra, con notas de Fernando Curiel y Adolfo Castañón, en Alfonso Reyes, *Cartas mexicanas. (1905-1959)*, selección e introducción de Adolfo Castañón, con la colaboración de Juan Antonio Rosado y Lourdes Borbolla, epílogo de Serge I. Zaïtzeff (México: El Colegio de México, 2009), 223-232.

años, un poco de más experiencia y más grosería de espíritu, hubiera podido salvar”.⁶³

Es probable que eso hubiera sucedido. Pero en esos momentos era difícil. La vida de su padre no la pudo salvar porque su progenitor tampoco quiso. Además, se vivía (y se sigue viviendo) en una sociedad patriarcal, donde el primogénito, el hermano mayor, era el heredero de bienes, fortuna, legado, todo (aunque esto haya menguado en nuestra época). Mas imaginémonos esos primeros años del siglo xx, por un lado, y por el otro, el rostro severo del general Reyes. Alfonso se quedaba paralizado con tan sólo verlo. ¿Cómo ayudarlo si el propio general había ya decidido su muerte? Y de qué manera escogió su muerte. Esa forma de morir también hizo que Alfonso muriera. Y en su *alma* se produjo “una verdadera deformación. Aquello fue mucho dolor. Todavía siento espanto al recordarlo. Quedé mutilado, ya le digo. Un amargo escepticismo se apoderó de mi ánimo para todo lo que viene de la política”. Pero ¿cuál política? ¿De qué política estaba hablando Alfonso Reyes? ¿De la que siguieron su padre y su hermano? Porque el que no sabía de política hizo este develamiento:

unido a mi tendencia contemplativa, acabó de hacer de mí el hombre menos indicado para impresionar a los públicos o a las multitudes mediante el recurso político por excelencia, que consiste en insistir en un solo aspecto de las cuestiones, fingiendo ignorar los demás.⁶⁴

Qué manera de ver esa política, que Maquiavelo llamó de los *profetas desarmados*. Agitan, arrastran, seducen, mienten y enardecen y a la hora de tomar una decisión no asumen su responsabilidad ni compromiso y salen huyendo del país.

⁶³ Carta de Alfonso Reyes a Martín Luis Guzmán. Río de Janeiro, 17 de mayo de 1930, en *Guzmán/Reyes. Medias palabras. Correspondencia 1913-1959*, 135.

⁶⁴ Carta de Alfonso Reyes a Martín Luis Guzmán. Río de Janeiro, 17 de mayo de 1930, en *Guzmán/Reyes. Medias palabras. Correspondencia 1913-1959*, 135.

Por lo general, estos profetas mueren en las plazas públicas a veces colgados, otros a fuego y unos más a fuego de fusilería. Era "pavor" lo que sentía frente a esa clase de política, que ahora vivía en la propia casa paterna. "Cuando delante de mí se decía: 'política', yo veía en el teatro de mi conciencia, caer a aquel hombre del caballo acribillado por una ametralladora irresponsable".⁶⁵

Así pues, esta carta la guardó en su archivo, pero nunca el recuerdo de su padre. Otro documento revelador es la carta de Alfonso Reyes a su hermano Rodolfo, escrita en Río de Janeiro el 12 de marzo de 1931. Aquí vemos su ánimo templado. Varón sabio y elocuente; al pasar el tiempo, 18 años, se iban asimilando los hechos:

Nada se puede contra la realidad histórica. Así están las cosas, no podemos cambiarlas. No tenemos ningún derecho a destrozarnos la cabeza pegando con el muro, porque nuestra integridad es un centro moral de que se alimentan los que nos rodean, nuestras familias, nuestros hijos, algunos de nuestros amigos. Es mejor prescindir de toda calificación, y aceptar los hechos. Sobre esta base mínima, ya puede uno echar a andar. A mí casi me da pena decirte estas cosas, porque tengo el aire de estar viendo illover sin mojarse. Pero tú no puedes creer que me siento extraño a tu pena, tú no puedes creer que esta actitud mía no sea el resultado de un trabajo de trituración interior al que, por lo demás mi vida me tiene acostumbrado. Yo quiero, por todos los que llevan el nombre de mi padre, que esto no se vuelva una bola de nieve. Nadie tiene derecho de aumentar voluntariamente el dolor de los demás.⁶⁶

y otra vez en su corazón, se encendió la luz del sacrificio

Alfonso Reyes continuó con la tarea ya meditada al aparecer el libro de su hermano Rodolfo y la siguió con firmeza hasta

⁶⁵ Carta de Alfonso Reyes a Martín Luis Guzmán. Río de Janeiro, 17 de mayo de 1930, en *Guzmán Reyes. Medias palabras. Correspondencia 1913-1959*, 138.

⁶⁶ Carta de Alfonso Reyes a Rodolfo Reyes, Río de Janeiro, 12 de marzo de 1931, en Fernando Curriel, *El ciclo no se abre. Semblanza documental de Alfonso Reyes*, 156 y 157.

los últimos días de su existencia. Así pues, en 1932 escribió "† 9 de febrero de 1913"; en 1934, "Los caballos":

Mi padre, poeta a ratos,
y siempre poeta de acción,
cuidaba como Adán del nombre de las cosas:
—Para algo tienen cuatro cascos,
para andar de prisa.
Pónmele un nombre rauda como el rayo,
quítale ese nombre que da risa.—.⁶⁷

En 1940: "Villa de Unión (4 de julio de 1880)":

El coronel a caballo
rompe en medio de la plaza
entre infantes y cañones,
y grita: "¡Abajo las armas!"
como si apagara el fuego
con el brazo que levanta.
Y cuando levanta el brazo,
ya el sable se columpiaba
suspendido en la correa,
porque la mano le sangra.
"¡Abajo las armas!", grita;
tocar parlamento manda,
que intenta recuperar
sus muertos con sus palabras.
El enemigo es artero:
lo recibe otra descarga,
que él parece detener
con la mano atravesada.
Uno de los adversarios
en el portal se destaca:
"¡Alto al fuego! ¡No se tira
sobre un hombre que nos habla!"
Que de lances como éstos
la guerra entonces se honraba.⁶⁸

⁶⁷ Alfonso Reyes, "Los caballos", en *Repaso poético*, tomo x, 153.

⁶⁸ Alfonso Reyes, "Villa de Unión (4 de julio de 1880)", en *Repaso poético*, tomo x, 200 y 201.

En *Homero en Cuernavaca* (1948-1951)⁶⁹ el soneto "De mi padre":

De Alejandro y de César y de otros capitanes
ilustres por las armas y, a veces, la prudencia,
yo encontraba en mi padre como una vaga herencia
alieno desprendido de aquellos huracanes.

Un tiempo al Mío Cid consagré mis afanes
para volcar en prosa sus versos y su esencia:
la sombra de mi padre, rondadora presencia,
era Rodrigo en bulto, palabras y ademanes.

Navegando la *Iliada*, hoy otra vez lo veo:
de cóleras y audacias —Aquiles y Odiseo—
imperativamente su forma se apodera.

Por él viví muy cerca del ruido del combate,
y, al evocar hazañas, es fuerza que retrate
mi mente las imágenes de su virtud guerrera.⁷⁰

Si en verso estas fueron las varias ofrendas de Alfonso Reyes a su padre, en prosa tenemos varias, por ejemplo, en *Parentalia. Primer libro de recuerdos* (1959) y en *Crónica de Monterrey. 1. Albores. Segundo libro de recuerdos* (1960). En el primer libro narró lo que sucedió el 4 de julio de 1880:

mi padre atacó casi a machete puro, aquella fortaleza artillada y defendida por un cuerpo de infantería. En los primeros instantes, perdió las dos tercias partes de sus hombres, y los demás comenzaban ya a dispersarse. Las fuerzas que debían protegerlo, informadas por los fugitivos, lo abandonaron, dándolo por perdido y muerto. Tal noticia llegó a mi madre, que se puso al instante en camino para recobrar sus restos.

⁶⁹ Véase la nota de Reyes sobre la publicación de estos sonetos, en "Noticia sobre esta edición", en *Obras completas de Alfonso Reyes*, tomo x, 13 y 14.

⁷⁰ Alfonso Reyes, "De mi padre", *Homero en Cuernavaca*, tomo x, 418 y 419.

Mi padre, entretanto, con sobrehumano esfuerzo todavía atacó y fue rechazado dos veces. Llegaron a morirle en las piernas hasta siete caballos. Se valió de mil estratagemas y aun arrastró un barril cargado solamente con piedras como el cofre del Campeador, pretendiendo dinamitar la torre de la capilla, en donde los adversarios le hacían fuego. Juntó, al fin, a sus escasos supervivientes y a sus oficiales, y entró con ellos hasta la plaza. Comenzó a dar órdenes ficticias a Felipe Neri, para fingir que aún contaba con fuerzas. Le entendió el intento el bravo Neri, se cuadró para recibir instrucciones y se alejó al galope, simulando que iba en busca de nuevas tropas apostadas por el contorno.

Entonces el coronel Reyes adelantó el caballo, a pesar de los disparos que le hacían desde lo alto de la casa municipal, e intimó la rendición a los adversarios, volviéndose de vez en vez a los suyos para seguir dando órdenes quiméricas. Ya no le quedaba más gente que el pequeño grupo de su cortejo, pero nadie lo hubiera creído. Un hombre que se atrevía a tanto, pensaron, sin duda era dueño de la situación. Su presencia de ánimo realizó el milagro. Algún caballeroso adversario —lamento no saber quién fue— comenzó a gritar: "¡Alto el fuego! ¡No se asesina a un hombre que está ofreciendo parlamento!" Entonces se produjo una lucha entre los mismos defensores de la casa municipal, que empezaron a disputarse, unos por seguir combatiendo y otros para rendirse, y aun algunos arrojaban ya a la plaza sus fusiles.⁷¹

Cuánta diferencia había entre lo que sucedió el 4 de julio de 1880 y el 9 de febrero de 1913. Era la muerte, la forma como murió era lo que dolía. Mientras vivió, Alfonso Reyes no dejó pasar información que desacreditara la imagen que ya se había forjado de su padre. Véase, en los últimos meses de su vida, lo que pensaba del exgobernador de Nuevo León en dos cartas; una "*Privada*", la otra "*Menos privada*", de la misma fecha, 10 de julio de 1959, a Jesús Silva Herzog, director de *Cuadernos Americanos*.⁷² Cinco meses después moría

⁷¹ Reyes, *Parentalia*, tomo xxiv, 422.

⁷² Las cartas, en *Vidas de cultura y pasión mexicanas. Correspondencia Alfonso Reyes/ Jesús Silva Herzog. 1939-1959*, compilación, introducción y notas de Alberto Enriquez Perea (México: El Colegio de México, El Colegio de San Luis Potosí, 2001), 79-87.

Alfonso Reyes. Pocos años después se conocía la *Oración del 9 de febrero* (1963).

¿Qué era lo que más le angustiaba a Alfonso Reyes del 9 de febrero de 1913? La forma como murió su padre. No era la que merecía un Cid, no era digna para un Quijote. Sí, fue una:

tremenda sacudida nerviosa, tanto mayor cuanto que la muerte de mi padre, fue accidente, un choque contra el obstáculo físico, una violenta intromisión de la metralla en su vida y no el término previsible y paulatinamente aceptado de un acabamiento biológico. Esto dio a su muerte no sé qué aire de grosería cosmogónica, de afrenta material contra las intenciones de la creación.⁷³

Efectivamente, eso no fue lo deseable. Eso fue lo que no deseaba, en el fondo, Alfonso. Pero la terca realidad, la secuela de errores que cometió su padre, lo llevaron a ese final dramático, doloroso. Murió no como héroe ni como el hombre que a cierta edad busca un retiro generoso después de dar gran parte de su vida al engrandecimiento de su estado y de su país. Por eso decía:

Mi natural dolor se hizo todavía más horrible por haber sobrevenido aquella muerte en medio de circunstancias singularmente patéticas y sangrientas, que no sólo interesaban a una familia, sino a todo un pueblo. Su muerte era la culminación del cuadro de horror que ofrecía entonces toda la ciudad.⁷⁴

Generoso, Alfonso escribió esas líneas que sólo un hijo que tanto quiso a su padre podía hacer, con lágrimas en los ojos. Él, que anhelaba otro destino para su progenitor, un final que no ocurrió como deseaba. La realidad era más cruda y dolorosa, y eso lo hacía sufrir más. “Con la desaparición de mi padre, muchos, entre amigos y adversarios, sintieron que desaparecía una de las pocas voluntades capaces, en aquel instante, de conjurar los destinos”, escribió el entonces ministro

⁷³ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1990), tomo XXIV, 27.

⁷⁴ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 27.

mexicano. Generoso, Alfonso volvió a ver a su padre como un Cid. Pero era el exministro de la Guerra el que iba en sentido contrario de la historia. No quiso “conjurar los destinos”, por lo contrario, los buscó, acaso porque tampoco quedaba otro camino. Y generoso Reyes, en grado superlativo, al decir que “Por las heridas de su cuerpo, parece que empezó a desangrarse por muchos años, toda la patria”.

Y el que se desangraba también era Alfonso Reyes. Se fue “rehaciendo”, como pudo:

como se rehacen para andar y correr esos pobres perros de la calle a los que un vehículo destroza una pata; como aprenden a trincar con una sola mano los mancos; como aprenden los monjes a vivir sin el mundo, a comer sin sal los enfermos. Y entonces, de mi mutilación saqué fuerzas.⁷⁵

Ésa fue la operación que hizo el autor de *Marginalia* al mismo tiempo de crear y fortalecer la imagen que tenía de su padre, proceso que estaba logrando apenas hasta estos días de 1930. Todavía escribió: “También supe y quise cerrar los ojos ante la forma yacente de mi padre, para sólo conservar de él la mejor imagen”.⁷⁶ Y por ello recordaba las palabras que le escribió a un amigo para darle mayor fuerza a su argumentación: “Los salvajes creían ganar las virtudes de los enemigos que mataban. Con más razón imagino que ganamos las virtudes de los muertos que sabemos amar”. Las virtudes de los “muertos que sabemos amar”, eso era lo que conservaría. Ése fue el saldo de su sanación espiritual. Por eso mismo decía: “Yo siento que, desde el día de su partida, mi padre ha empezado a entrar en mi alma y a hospedarse a sus anchas. Ahora creo haber logrado ya la absorción completa y —si la palabra no fuera tan odiosa— la digestión completa”.⁷⁷ Sin embargo:

⁷⁵ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 27.

⁷⁶ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 29. Cursivas de AEP.

⁷⁷ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 28.

el golpe contra la realidad brutal de haberlo perdido fue algo tan intenso que puedo asegurar que persiste; no sólo porque persistan en mí los efectos de esa inmensa herida, sino porque el golpe está aquí —íntegro, vivo— en algún repliegue de mi alma, y sé que lo puedo resucitar y repetir cada vez que quiera. El suceso viaja por el tiempo, parece alejarse y ser pasado, pero hay algún sitio del ánimo donde sigue siendo presente. No de otro modo el que, desde cierta estrella, contemplara nuestro mundo con un anteojo poderoso, vería, a estas horas —porque el hecho anda todavía vivo, revoloteando como fantasma de la luz entre las distancias siderales— a Hernán Cortés y a sus soldados asomándose por primera vez en el valle de Anáhuac.⁷⁸

Pero insistía Alfonso que no era la “presencia real” de su padre lo que le faltaba. No, eso estaba clarísimo. También de tanto insistir entendemos que su padre era hombre de responsabilidades y no podía disfrutarlo todo lo que él hubiera querido. Y asimismo, que ahora que lo había perdido se fue rehaciendo, y haciendo una plegaria levantaba su voz para decirnos:

No lloro por la falta de su compañía terrestre, porque yo me la he sustituido con un sortilegio o si preferís, con un milagro. *Lloro* por la injusticia con que se anuló a sí propia aquella noble vida; *sufro* porque presiento al considerar la historia de mi padre, una oscura equivocación en la relojería moral de nuestro mundo; me *desespera*, ante el hecho consumado que es toda tumba, el pensar que el saldo generoso de una existencia rica y plena no basta a compensar y a llenar el vacío de un solo segundo. *Mis lágrimas* son para la torre de hombre que se vino abajo; para la preciosa arquitectura —lograda con la acumulación y el labrado de materiales exquisitos, a lo largo de muchos siglos de herencia severa y escrupulosa— que una sola sacudida del azar pudo deshacer; para el vino de *siete* cónsules que tanto tiempo concentró sus azúcares y sus espíritus; y que una mano aventurera llegó de repente a volcar.

Y ya que el vino había de volcarse, sea un sacrificio acepto: sea una libación eficaz para la tierra que lo ha recibido.⁷⁹

⁷⁸ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 28 y 29.

⁷⁹ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 30. Cursivas son de AEP.

Por eso lloraba, por eso sufría y se desesperaba: por la manera como cayó su padre. No era la muerte que él deseaba para él. Ése era su sufrimiento. Tantas cosas buenas hizo en la vida pero la debacle empezó con su salida a París y, sobre todo, con su regreso a México. Estaba su nombre bien posicionado como gobernante de Nuevo León. Lo reconoció el presidente de la República y lo puso de ejemplo de cómo se gobierna, lo sumó a su gabinete como ministro de Guerra. Y desde este ministerio llevó:

a cabo otros milagros: el instaurar un servicio militar voluntario, el arrancar al pueblo a los vicios domingueros para volcarlo, por espontáneo entusiasmo, en los campos de maniobras; el preparar una disciplina colectiva que hubiera sido el camino natural de la democracia; el conciliar al ejército con las más altas aspiraciones sociales de aquel tiempo; el sembrar la confianza en el país cuando era la moda el escepticismo; el abrir las puertas a la esperanza de una era mejor. Al calor de este amor se fue templando el nuevo espíritu. Todos lo saben, y los que lo niegan saben que engañan. Aquel amor llenaba un pueblo como si todo un campo se cubriera con una lujuriosa cosecha de claveles rojos.⁸⁰

Y teniendo todo este porvenir, lo dejó ir.

Otro hubiera aprovechado la ocasión tan propicia. ¡Oh, qué mal astuto, oh qué gran romántico! Le daban la revolución ya hecha, casi sin sangre, ¡y no la quiso! Abajo, pueblos y ejércitos a la espera, y todo el país anhelante, aguardando para obedecerlo, el más leve flaqueo del héroe. Arriba, en Galcana, en el aire estoico de las cumbres, un hombre solo. Y fue necesario, para arrebatarlo a aquel éxtasis, que el río se saliera de madre y arrastrara media ciudad. Entonces requirió otra vez el caballo y burlando sierras bajó a socorrer a los vecinos. Y poco después salió al destierro. No cabían dos centros en un círculo. O tenía que acontecer lo que acontece en la célula viva cuando empiezan a formarse los núcleos, ¿poner al país en el trance de recomenzar su historia? Era mejor cortar amarras.

Ya no se columbraba la raya indecisa de la tierra. Ya todo se fue.⁸¹

⁸⁰ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 33.

⁸¹ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 33.

Lo ha dicho Reyes muchas veces, el exilio de su padre, el cambio de ambientes a los que no estaba acostumbrado y que no parecía entender del todo, los "amigotes" de uno y otro lado, hasta:

convertirse en la última esperanza de los que ya no marchaban al compás con la vida. ¡Ay, nunca segundas partes fueron buenas! Ya no lo querían; lo dejaron solo. Iba camino a la desesperación, de agravio en agravio. Algo se le había roto adentro. No quiso colgar el escudo en la atarazana. ¡Cuánto mejor no hubiera sido! ¿Dónde se vio al emérito volver a mezclarse entre las legiones? Los años y los dolores habían hecho ya su labor.⁸²

Todo estaba listo para el sacrificio en la Plaza Mayor de México, frente a la Puerta Mariana de Palacio Nacional. Por eso, por última ocasión el escritor mexicano hizo su pluma resplandecer, invocó a los dioses, deseaba que su *Oración* llegara hasta el infinito y dejaba caer sobre la memoria de su padre rosas rojas. El hijo amoroso y doliente lloraba todos los días por su **infausta** muerte.

¿Dónde hemos hallado el airón de esa barba rubia, los ojos zarcos y el ceño poderoso? Las cejas pobladas de hidalgo viejo, la mira de certero aguilucho que cobra sus piezas en el aire, la risa de conciencia sin tacha y la carcajada sin miedo. La bota fuerte con el cascabel del acicate, y el repiqueteo del sable en la cadena. Aire entre apolíneo y jupiterino, según que la expresión se derrame por la serenidad de la paz o se anude toda en el temido entrecejo. Allí, entre los dos ojos; allí, donde botó la lanza enemiga; allí se encuentran la poesía y la acción en dosis explosivas. Desde allí dispara sus flechas una voluntad que tiene sustancia de canción. Todo eso lo hemos hallado seguramente en la idea: en la Idea del héroe, del Guerrero, del Romántico, del Caballero Andante, del Poeta de Caballería. Porque todo en su aspecto y en sus maneras, parecía la encarnación de un dechado.⁸³

⁸² Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 34.

⁸³ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 39.

Mas llegó el domingo 9 de febrero de 1913, fecha endemoniadamente punzante. Y para poner fin a esta plegaria recordó el duro momento:

Tronaron otra vez los cañones. Y resucitado el instinto de la soldadesca, la guardia misma rompió la prisión. ¿Qué haría el Romántico? ¿Qué haría, oh, cielos, pase lo que pase y caiga quien caiga (¡y qué mexicano verdadero dejaría de entenderlo!) sino soltar sobre el caballo otra vez y ponerse al frente de la aventura, único sitio del Poeta? Aquí morí yo y volví a nacer, y el quiera saber quién soy que lo pregunte a los hados de Febrero. Todo lo que salga de mí, en bien o en mal, será imputable a ese amargo día.

Cuando la ametralladora acabó de vaciar sus entrañas, entre el montón de hombres y de caballos, a media plaza y frente a la puerta de Palacio, en una mañana de domingo, el mayor romántico mexicano había muerto.⁸⁴

Alfonso logró darle esa dimensión humana que se propuso tuviera su padre, en verso y en prosa. Aquí están algunos testimonios, algunos papeles de su archivo y, sobre todo, la *Oración del 9 de febrero* que nos convoca a leerlo y ver en esas líneas su dolor y sufrimiento; su sanación y salvación.

Fuentes:

Archivo:

Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina, Secretaría de Cultura, INBAL. Correspondencia.

Bibliografía:

Arenas Monreal, Rogelio. *Alfonso Reyes y los hados de febrero*. México: Universidad Autónoma de México, Universidad Autónoma de Baja California, 2004.

Barba Jacob, Porfirio. "El combate de la Ciudadela narrado por un extranjero", en *Febrero de Caín y de metralla. La Decena Trágica. Una antología*, edición y prólogo de Antonio Saborit. México: Ediciones Cal y Arena, 2013.

⁸⁴ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 39.

Barba Jacob, Porfirio. *La decena roja: el combate a la Ciudadela narrada por un extranjero*. México: Editorial Cariátide, Ediciones del Lirio, 2017.

Castañón, Adolfo, selección e introducción. *Cartas mexicanas. (1905-1959)*, con la colaboración de Juan Antonio Rosado y Lourdes Borbolla, epílogo de Serge I. Zaitzeff. México: El Colegio de México, 2009.

Castañón, Adolfo. *Alfonso Reyes: caballero de la voz errante*. México: El Colegio de México, Universidad Autónoma de Nuevo León, 2018.

Zaitzeff, Serge I., compilación y notas. *Con leal franqueza. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada. I. 1916-1927*. México: El Colegio Nacional, 1992.

Zaitzeff, Serge I., compilación y notas. *Con leal franqueza. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada. II. 1927-1930*. México: El Colegio Nacional, 1993.

Curiel, Fernando. *El cielo no se abre. Semblanza documental de Alfonso Reyes*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, El Colegio Nacional, 1995.

Garcíadiego, Javier. *Las vidas paralelas de los jóvenes Rodolfo y Alfonso Reyes*. México: Centro de Estudios de Historia de México, Condumex, 1988.

Gilly, Adolfo. *Cada quien morirá por su lado. Una historia militar de la Decena Trágica*. México: Ediciones Era, 2013.

Curiel, Fernando, edición, prólogo (epistolar), notas y apéndice documental. *Guzmán/Reyes. Medias palabras. Correspondencia 1913-1959*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Literarios, 1991.

Villarreal, José Javier, edición, prefacio y compilación. *Ifigenia cruel. Alfonso Reyes. Una lectura crítica*. Monterrey: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Autónoma de Nuevo León, 2017.

Reyes, Alfonso. *Monterrey. Correo literario de Alfonso Reyes*, con textos de José Emilio Pacheco, Cecilia Laura Alonso, Alberto Enríquez Perea y Héctor Perea. Monterrey: Secretaría de Relaciones Exteriores, Conaculta, INBA, UNAM-IIIFL, Universidade Federal Fluminense, Gobierno de Nuevo León, Fondo Editorial de Nuevo León, Centro Regional Norte de Cooperación con la Unesco, Universidad Autónoma de Nuevo León, 2008.

Ramos López, Rafael. "La conspiración de los capitanes", en *Febrero de Caín y de metralla. La Decena Trágica*, edición y prólogo de Antonio Saborit. México: Ediciones Cal y Arena, 2013.

Reyes, Alfonso. *Repaso poético*. Tomo x, *Obras completas de Alfonso Reyes*, México: Fondo de Cultura Económica, 1959.

Reyes, Alfonso. *Oración 9 de febrero*. Tomo xxiv, *Obras completas de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1990.

Reyes, Alfonso. *Oración del 9 de febrero*, con una "Breve noticia de los sucesos del 9 de febrero de 1919", por Gastón García Cantú. México: Ediciones Era, 1963.

Reyes, Alfonso. *Mi óbolo a Caronte (Evocación del general Bernardo Reyes)*, estudio preliminar, edición crítica, notas y selección de apéndices por Fernando Curiel Defossé. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2007.

Reyes, Alfonso. *Diario (1911-1927)*. Tomo I. edición crítica, introducción, notas, fichas biobibliográficas, cronología e índice por Alfonso Rangel Guerra. México: Fondo de Cultura Económica, 2010.

Reyes, Alfonso. *Diario II (1927-1930)*. Tomo II. Edición crítica, introducción, notas, fichas bibliográficas, cronología e índice por Adolfo Castañón, con la colaboración de Lourdes Borbolla, Ana Miramón, Juan Antonio Rosado y Marcela Solís Quiroga. México: Fondo de Cultura Económica, 2010.

Reyes, Alfonso. *Diario (1930-1936)*. Tomo III. estudio, introducción, notas, apostillas bibliográficas, cronología e índice por Jorge Ruedas de la Serna. México: Fondo de Cultura Económica, 2011.

Reyes, Alfonso. *Autobiografía*, prólogo de Alberto Enríquez Perea. México: Fondo de Cultura Económica, Cátedra Alfonso Reyes, Tecnológico de Monterrey, Fundación para las Letras Mexicanas, 2016.

Reyes, Alfonso. *Curiosidades de coleccionista*, selección y presentación de Alberto Enríquez Perea. México: El Colegio de México, 2019.

Salazar, Gustavo, editor. *Alfonso Reyes y el Ecuador*. Quito: s.p.i., 2015.

López, Romero. "Sostiene Cecilio L. Ocón", en *Febrero de Caín y de metralla. La Decena Trágica. Una antología*, edición y prólogo de Antonio Saborit. México: Ediciones Cal y Arena, 2013.

Toro, Carlos. "La caída de Madero por la revolución felicista", en *Febrero de Caín y de metralla. La Decena Trágica. Una antología*, edición y prólogo de Antonio Saborit. México: Ediciones Cal y Arena, 2013.

Enríquez Perea, Alberto, compilación, introducción y notas. *Vidas de cultura y pasión mexicanas. Correspondencia Alfonso Reyes/José Silva Herzog. 1939-1959*. México: El Colegio de México, El Colegio de San Luis Potosí, 2001.

La llave secreta: Oración del 9 de febrero

José María Espinasa

Ciertos escritores parecen tener obra y no biografía. El caso paradigmático es —lo ha señalado, entre otros, Guillermo Sucre— Jorge Luis Borges. Algo similar, aunque distinto, se podría decir de Alfonso Reyes. Y los estudiosos se han dedicado a escribir una infinita y tal vez inabarcable biografía del polígrafo regiomontano: sesudas investigaciones, abundantes testimonios, un extenso diario, inacabable correspondencia, todo ello forma parte de la obra de Reyes (con Borges, el diario lo lleva su gran amigo el novelista Adolfo Bioy Casares). Y ambos autores tienen también en común una peculiar relación con el padre, relación que a la ortodoxa freudiana se le escapa precisamente en su peculiaridad.

Uno de los elementos esenciales en esa relación es de orden militar. El padre de Reyes, Bernardo, ostenta casi como parte de su patronímico el grado militar: General Bernardo Reyes. Moriría en trágicas circunstancias el 9 de febrero de 1913, cuando el futuro gran escritor aún no cumplía los 24 años. Todos sus biógrafos coinciden en el golpe terrible que sería para la vida del autor de *Isfogenia cruel*, que ya contaba con libros que daban cuenta de su enorme talento y cuyo futuro, antes de 1910, parecía el de un próximo mandarín de

la cultura. Lo sería, al fin y al cabo, pero por un camino muy distinto del que se podía prever entonces.

El general Bernardo Reyes fue gobernador de Nuevo León y uno de los prohombres del régimen de Porfirio Díaz. Para muchos, su destino era sucederlo en el poder, pero se interpuso primero la obstinación del dictador en permanecer en el poder y luego la Revolución mexicana. Es probable que el longevo dictador no pensara en ser sucedido en vida ni en entregar el poder a un heredero, fuera militar, como Reyes, o civil, como Justo Sierra, sino gobernar —cosa que no consiguió— hasta su muerte. La calidad de hombre del poder del general Reyes es, casi ni es necesario decirlo, muy superior a la de Victoriano Huerta, el Chacal, quien, en ese año fatídico de 1913, se desharía tanto de Francisco I. Madero como del general y sumiría al país, con sus traiciones, en una violencia terrible. Las aspiraciones de Alfonso, quien pronto, como su padre, adquiriría un grado, no militar sino humano, con el *don* con que hoy lo conocemos, no eran —y lo mostrarían sus textos hasta entonces publicados— las de un destino trágico, sino civilizado y con aspiraciones clásicas, y de pronto se abría ante el abismo de la tragedia. Y como manera de resistirse a él quiso a la vez comprenderlo y alejarse, establecer distancia. En el segundo camino salió al exilio y se forjó una vida como hombre de letras; en el primero escribió *Ifigenia cruel* a manera de exorcismo.

Es probable que la consecuencia del exilio haya sido mucho muy benéfica, lo puso en contacto con un momento notable de la sociedad francesa y española, y lo obligó a ser un protagonista cultural no ligado a la herencia económica, política y familiar; aunque lo distanciara de un medio que entraría también en un momento social y cultural muy fecundo, después de la década de violencia que llamamos Revolución mexicana. Esa distancia la supo paliar con una abundante correspondencia y una constante relación con los miembros

del Ateneo de la Juventud, generación a la que pertenecía. Y desde lejos se construyó una personalidad propia en la que lo mexicano no estuvo ausente. Pero esos *beneficios* no pueden ocultar lo traumática que fue la muerte de su padre, quien precisamente en y a través de su muerte dejó de ser, al menos para él, el general y se volvió su padre. Para la psicología y para el mito la muerte del progenitor es a la vez un nacimiento y una muerte propia.

Se conocen bastante bien las situaciones tanto emocional como política que rodean a la muerte del general Reyes, pero se conocen menos las de su hijo, sobre todo la emocional, que sin embargo se puede adivinar, entre otras cosas, por la dificultad que tuvo él mismo para hablar de ella. Sin embargo, ocupémonos más de su sentido literario en el contexto de su obra y de su condición mexicana. Y para ello recurramos a una hipótesis fuerte, radical y ciertamente provocadora más allá de su vaguedad: con la muerte del general inicia un rasgo de carácter de nuestras letras: la orfandad. O, dicho de otra manera, allí se empezó a escribir *Pedro Páramo*.

¿Qué significa esta frase? Le pediría al lector que la tomara en principio de forma literal. La más importante novela mexicana de todos los tiempos requiere una mirada así. La novela es el arte del tiempo, en ella se plasma la duración. La narrativa moderna empieza con *En busca del tiempo perdido*, de Proust; mientras que la poesía, casi de manera simultánea, con la búsqueda del instante recuperado, por *Una tirada de dados* de Mallarmé. Reyes no se midió a través de la novela porque el tiempo le daba miedo, prefirió la sucesión de los días en su *Diario* (su tiempo recuperado). En todo caso siempre se aproximó al tiempo con cautela. Pienso en su *Calendario*: los días del año se corresponden a una idea de totalidad muy propia de su literatura. Los términos de la novela —*Cien años de soledad*— le son inabarcables, como lo serán también los instantes de *El minuterio* de López Velarde: su reloj marca la

hora como demora de la hoja arrancada a la sucesión. Porque el tiempo afectivo se detuvo en cierta manera para él aquel 9 de febrero de 1913 y los 56 años que transcurren de la muerte del general a la muerte de don Alfonso son una lenta sobrevida. Uno de los poemas más intensos de la lírica de Reyes es precisamente el titulado "† 9 de febrero de 1913". Tardó casi veinte años en escribir ese soneto extraordinario, fechado el 24 de diciembre de 1932.

Hay veces que mientras leo sus textos pienso que el calificativo de *intenso* le resultaría a Reyes un reproche, lo mismo que *personal*, y el soneto mencionado es a la vez intenso y personal. Tan personal, que —para seguir con la provocación anterior— no lo escribió Alfonso Reyes, sino Ramón López Velarde. Si para el jerezano resucita la amada, para el regiomontano quien resucita es su padre, "Cristo militar". Cito el soneto completo:

† 9 de febrero de 1913

¿En qué rincón del tiempo nos aguardas,
desde que pliegue de la luz nos miras?
¿Adónde estás, varón de siete llagas,
sangre manando en la mitad del día?

Febrero de Caín y de metralla:
humean los cadáveres en pila.
Los estribos y riendas olvidabas
y, Cristo militar, te nos morías...

Desde entonces mi noche tiene voces,
huésped mi soledad, gusto mi llanto.
Y si seguí viviendo desde entonces

es porque en mí te llevo, en mí te salvo,
y me hago adelantar como a empellones,
en el afán de poseerte tanto.

Río de Janeiro, 24 de diciembre, 1932

El poema es de una inusitada riqueza, desde el atisbo de una actitud religiosa en la primera parte de la pregunta inicial; inmediatamente transformada por la segunda en transfiguración iluminada; y en canto épico en la siguiente pregunta, resuelta también a la mitad del día. Y de allí la violencia fratricida ya bíblica —Caín— y severamente realista —"cadáveres en pila"— antes de transformar al padre en Cristo y recuperarlo afectivamente en el "te nos morías..." Después la noche, y todo es noche, habitada por la soledad y el llanto. Y la explicación, casi una disculpa, por seguir él viviendo: lo lleva en sí, en sí lo salva "en el afán de poseerte tanto".

La palabra "metralla" no puede sino remitirnos a López Velarde. Nada más lejos de Reyes en esos años que la suave patria lopezvelardeana, incluida la íntima tristeza reaccionaria. Para él la patria es violenta, agreste, incivilizada y, aún más, trágica, no íntima. El humor paródico y no pocas veces iconoclasta del jerezano tiene poco que ver con un humor risueño y juguetón que querrá poner en juego en su escritura. La palabra "metralla" presente en el soneto de Reyes no viene de aquella íntima tristeza reaccionaria, sino de una metralla real y muy concreta: la de los defensores de Palacio Nacional o los asesinos de Reyes. Cuando el general trata, en un acto que ha sido calificado de suicidio, de recuperar Palacio Nacional, no es un gesto ni íntimo ni —creo— reaccionario. El inicio del poema, esa abismal pregunta, podría ser lo que abriera toda la historia de la literatura escrita en México: entre el alto valle metafísico de Reyes y el más bien muerto de los mares muertos de López Velarde se juega todo el abanico de nuestros registros literarios.

La vida de Reyes después de ese 9 de febrero fue un lento duelo, un tomar posesión de la herencia que la muerte, y no el diablo, le escrituró. Son conocidos los breves desencuentros entre ambos escritores. Reyes, inteligente y lúcido, entendió (y no le gustó) quién era López Velarde, y lo mani-

fiesta en su poesía, que aprende de aquél ciertos registros y el uso del adjetivo en clave paródica. A López Velarde la vida no le dio tiempo. ¿Qué hubiera pensado de *Ifigenia cruel*?

En todo caso la impersonalidad de Reyes permea incluso sus textos más autobiográficos. El *Diario*, por ejemplo, parece, suma paradoja en su condición genérica y gracias a cierto tono chismoso, escrito en tercera persona. Por eso la *Oración del 9 de febrero* (no el poema sino el texto memorioso) se publicará de manera póstuma. Cuando hablé de que con la muerte del general se empezó a escribir *Pedro Páramo*, se podía leer entre líneas que los textos más personales que don Alfonso escribió sufren un proceso de extrañamiento en el tiempo histórico que los vuelve origen de ciertos elementos, como veremos después, casi en sentido mitológico. Así la orfandad de Reyes es el principio de una orfandad literaria histórica.

¿A qué edad llega Juan Preciado a Comala en busca de su padre? Imaginemos que lo hace a la edad en que Reyes escribe el soneto citado líneas arriba o la página memoriosa. Si el regiomontano leyó *Pedro Páramo*, se habrá pensado a sí mismo llegando al país de los muertos para encontrarse con su padre y cumplir el afán de poseerlo. Sin duda ese territorio de Comala es también un escenario para *Ifigenia*. Reyes escribe su poema dramático como una apuesta mayúscula. *Ifigenia cruel* está entre los grandes poemas del siglo xx mexicano, con el mismo derecho que *La suave patria* o *Muerte sin fin*. Es una lástima que Reyes no haya intentado otras apuestas de ese rango. El manejo del ritmo en el verso es excepcional, con una libertad que no muestra (no, al menos, así) en otras etapas de su poesía. Su carácter clásico (no sólo referencial y temático, sino su espíritu mismo) alejó el texto de los lectores de la época, incluidos los más sagaces (es decir, los Contemporáneos), y tuvo que ser Paz quien aprovechara la lección de Reyes en algunos momentos de *Piedra de Sol*.

El principio de la *Oración del 9 de febrero* es impactante y cada palabra pesa con exactitud. ¿Cuántos años — en el texto él dice que 17 — le tomó poder decir “mi pobre padre”? Ese “pobre” viene del “te nos morías”, y aclara, por si hubiera dudas, que ese “nos” es el de su yo personal, y no un plural que designe al país o a la patria, en todo caso a su familia, el clan Reyes (el general tuvo nueve hijos). No obstante establece una distancia emotiva apoyada en el hecho de no haber convivido con él en el lapso de un lustro anterior a su muerte y en la distancia que el prohombre aplicaba incluso a su propia familia; distancia que él ve con humor burlón, como las cartas personales escritas por un secretario como si fueran oficiales (tal vez por eso don Alfonso hasta en las cartas burocráticas tenía gracia personal).

La noción de clasicismo implica ciertas paradojas. Por un lado, la distancia fría del texto ante el hecho; por otro, la relación, que no se oculta, con un hecho concreto, y con frecuencia con un hecho literario (aunque con menos constancia, un hecho personal). La literatura para Reyes es una forma de vida, pero sin connotaciones emotivas obligadas. De allí el señalamiento de que Reyes es un escritor decimonónico, que le habría gustado pertenecer a la época de los salones y que eso lo suplió en Madrid y en Buenos Aires (no tanto en México) con las tertulias. Y lo suplió con la correspondencia y el claustro académico y la creación de instituciones, aunque con una manera académica distinta de la actual, mucho más libre, como la que impulsó en El Colegio de México en sus dos primeras décadas, cuando no se daban grados ni títulos.

Y sobre todo lo suplió con la labor editorial en editoriales y revistas. No me detendré aquí en la importante labor que cumplió en el Fondo de Cultura Económica, pero sí quiero subrayar el hecho de que su abundante bibliografía, desde las ediciones de autor y separatas hasta sus *Obras completas*, hizo que el libro fuera para él casi una publicación periódica. Se

ha estudiado ampliamente, por ejemplo, *Monterrey. Correo literario*, que desde el título sugiere el nexo entre la correspondencia y la revista como vehículo de la conversación con la comunidad literaria; la idea de revista como lugar de la crítica y la polémica en los años sesenta y setenta en Octavio Paz es muy distinta de la de Reyes, quien la concebía más como espacio de diálogo que de polémica.

Ésa es la razón de que la *Oración del 9 de febrero* no se publicara en vida del escritor; hay que revisar, en esa dirección, qué es lo que entendemos en su caso con *textos inéditos en vida* (después se ha publicado todo lo que se encuentra en archivos) y su función en la manera de escribir. Por ejemplo, los diarios no son fáciles de situar: no tienen la condición de cuadernos de trabajo a lo Valéry, ni tampoco son espacios de experimentación a lo Kafka o de desahogo a lo Pessoa (*Libro del desasosiego*), aunque tengan algo de todos ellos, son más bien un registro documental. De allí que en un texto bibliográfico hable de "historia documental de mis libros". Baste comparar el ejercicio autobiográfico de Vasconcelos con el de Reyes, o bien, en un nivel diferente, con el de su hermano Bernardo. El terrible golpe que fue para Reyes la muerte de su padre hizo que su escritura no fuera un exorcismo ni una catarsis sino un conjuro, una manera de la vitalidad, un abracadabra. Por eso la vibración de la muerte le incomoda y la pospone. Por eso la *Oración del 9 de febrero* es en cierta manera la llave de un aspecto secreto de su obra. Desde ella se puede hacer una lectura distinta.

¿Cuál es la diferencia? Si hay un adjetivo que le cuadra a la literatura que escribe Reyes es el de civilizada. Muy distinta de la parte bronca de la narrativa de la Revolución, pero también de los diversos y no pocas veces efímeros momentos de nuestra vanguardia histórica. Si bien la idea de la construcción de una cultura lo engarza claramente con algunos de los miembros del Ateneo de la Juventud, hay más una

preocupación por lo universal que por lo mexicano. Los años fuera de México subrayan esa condición, y a su regreso el horizonte es crear instituciones que le den marco y sustento a esa civilización. Es curioso que para un escritor tan consciente de la forma, la forma en sí no sea una angustia ni un vértigo; no sufrirá, como los Contemporáneos, la tortura de lo efímero ni la imposibilidad de la permanencia. Todo ello es fácilmente explicable como una reacción tanto psicológica como instintiva contra la violencia revolucionaria, encarnada sin condición metafórica en la muerte de su padre. Señaló la condición romántica del hombre de acción de cuño romántico personificada en el general, trasunto de la sombra napoleónica, mucho más presente en él que en Porfirio Díaz y muy distinta de la propuesta por Justo Sierra.

Si para Ortega la biblioteca es un proyecto de lectura, para Alfonso Reyes es un proyecto de vida, pero no encarnado en una imagen del paraíso a la manera de Borges, sino en un espacio cotidiano. La Capilla Alfonsina es un paradigma, pero también lo podemos proyectar a la biblioteca que acompaña y sustenta a La Casa de España en México y a El Colegio de México, o a las diversas bibliotecas que se nutren de sus ideas y su acción. No la espada y el caballo sino el escritorio y la pluma y un universo de sentido en el que la muerte del padre pueda ser a la vez ficción y adquirir sentido. Es evidente que el hecho mismo no lo tuvo —por eso se le puede calificar de suicidio— y que los años de orfandad le dolfan tanto que la *Oración* permanece inédita, no llega a sintetizar el duelo.

Los matices que en el uso del lenguaje nos propone son importantes: aquel que reza está orando, pero el orador no es un rezandero sino un tribuno: entre la plaza pública y la habitación propia Reyes crea un espacio —símbolo de la civilización— que es la biblioteca. En ella no hay carga a caballo para tomar el poder, sino ejercicio de libertad en la lectura, y esa libertad provoca en el plano social la aspiración

de una democracia con tintes tanto griegos como ilustrados. Reyes no será un hombre de fe, por eso su oración se conserva como tal y no se transforma en una elegía. En sus mejores momentos su obra alcanza un tinte moral a la manera del siglo XVIII. Y eso, paradójicamente, puede volver su clasicismo una fachada tras la que la combustión personal se transforma en caldera. Los reyesistas, en sus constantes, interminables y no pocas veces monótonos y repetitivos asedios a su obra, muestran, sin embargo, que su sentido está muy lejos de ser desentrañado.

Vuelvo al sentido del rezo: orar es todo lo contrario de un gesto oratorio, y la distancia es tan amplia como la que hay en un acto personal e íntimo y uno público. El sacerdote encarna en el primero de esos gestos el rito y en cierta manera pasa del rezo a la profecía; en el segundo, el políptico se apropia del discurso y la oración deviene arenga y no oráculo. Es emocionante cómo Reyes habla de su padre como hombre de libros (o de lecturas) y no de armas; expresa allí su deseo más intenso, y en ese espacio su padre no ha muerto: el diálogo con su hijo continúa. Insisto: el quevediano diálogo con los muertos es una manera de estar vivo. Y propone un desafío al lector: ver en la obra de Reyes un aspecto confesional. Recurramos otra vez a los matices del lenguaje: la diferencia entre confidencia y confesión no sólo reside en el matiz religioso sino en su objetivo: al confesarse se busca el perdón (o, en el plano psicoanalítico, la cura), mientras que la confidencia es en principio una manera del diálogo. Así la obra de Reyes es rica en confidencias. Pero la *Oración* es confesión, aunque lo disimule. Se puede plantear el asunto de otra manera: la oración es verbal, y en Reyes todo es escritura. Por eso la escribe, pero también por eso permanece inédita y es póstuma.

El efecto catártico tiene un primer paso, que es la escritura, pero en un creador como Reyes no se cumplen plenamente sino en la publicación. Pero la experiencia personal en textos

de este tipo no se pierde con la publicación, sigue siendo personal y eso, pienso, en este caso para el autor, impide que sea literatura. Para Reyes es muy clara la diferencia entre vida literaria, que se celebra y vuelve literatura, y vida personal, que trata de dejar en otro espacio y en otro ámbito. La taxonomía de sus escritos biográficos, desde los más claramente literarios y de circunstancia hasta los epistolarios laborales y/o personales, requiere una matización precisa. Creo que la organización de sus *Obras completas*, que él mismo empezó y planeó, es en varios sentidos el primer intento moderno de una publicación así en México; intento que da por sentado que sólo el corpus integral puede dar sentido fidedigno de esa obra, sin olvidar que toda interpretación puede ser transformada por un hallazgo. Ésa es la causa de que Reyes se haya vuelto motivo y razón de una empresa académica y editorial. Se ha señalado que las *Obras* son como un mausoleo. Para darles vida se recurre a antologías, cortes, reorganizaciones, ediciones divulgativas, anotadas, filológicas, todo tipo de epistolarios y el diario, como si el regiomontano hubiera adivinado la enfermedad que trae una tumba literaria, sobre todo de un escritor (hay diferencias importantes con la de un filósofo), y la hubiera querido dejar habitada por fantasmas. No se trata de volver una tumba un templo con funciones rituales, sino un espacio de discusión. Y en cierta manera, aunque no tanto como se quisiera, eso ha sucedido.

Una de las asignaturas pendientes, como se insinuó al inicio de este texto, es replantear el diálogo y la relación con López Velarde, con quien se han subrayado sobre todo las diferencias y las distancias, pero se ha trabajado menos con los cruces y coincidencias. Si en el jerezano hay una ironía manifiesta en la constante extrañeza que provocan sus adjetivos, en Reyes hay un humor en la puntualidad de ese mismo gesto, que no sorprende sino confirma. Lo curioso es que al lector ambos hechos le provocan una sonrisa. Hay en ambos

una condición cultural común que tiene que ver con la construcción no tanto de una patria o una nación sino con la de una civilidad.

Sabemos que Reyes miraba con simpatía que, en paralelo con las instituciones que él creaba, hubiera otras no siempre coincidentes, en las que el diálogo pudiera resonar. Se destaca también su habilidad para evitar que esas instituciones murieran por abandono debido a causas políticas; el mejor ejemplo: para preservar El Colegio de México apoya la creación de El Colegio Nacional y conserva influencia y derecho de voz (y a veces hasta de veto) en revistas, universidades y similares. O bien la capacidad de conservar en un proyecto tan ambicioso como el del Fondo de Cultura Económica, que creció de manera admirable y vertiginosa hasta volverse la mejor editorial de lengua española, un espacio discreto, dúctil y flexible para la literatura en la colección Tezontle.

Volvamos a la *Oración del 9 de febrero*. Es, en un sentido, la concreción de un casi imposible duelo por la muerte de su padre, duelo que madura en los largos años fuera del país. Es también un duelo en el sentido de enfrentamiento de honor, en buena lid, con la historia. El primero, en mi interpretación, se cumple de manera doble al crear su propia obra y al conseguir esa civilidad mencionada líneas arriba. En lo segundo, el resultado me parece más incierto. Creo que Reyes nunca perdonó a la historia. De allí la necesidad de proteger a la escritura de lo personal y a lo personal de la escritura, viaje de ida y vuelta que no hay que confundir con la antes señalada asepsia de los sentimientos y/o la sentimentalidad. Reyes toma el marco de la tragedia —*Ifigenia cruel*— para dar así carta de legitimidad a la intensidad en el texto. Pero la *Oración del 9 de febrero* es en muchos sentidos el motor y no la consecuencia de ese sentido trágico.

Vuelvo al modelo romántico: Napoleón es, en sus rasgos trágicos, una creación y no una consecuencia de la historia.

Los griegos habían conseguido abolir la maldición de la historia a través de la preeminencia del sentido trágico. La modernidad, infectada por la historia sucesiva como razón totalitaria, alcanza apenas a trazar ciertos rasgos trágicos en las páginas de la sucesión de los días: Napoleón como paradigma. Y en América Latina en el siglo XIX abundan, así sean fugaces: Bolívar, Morelos, San Martín, Sucre; y tal vez, pero sólo tal vez, Juárez. El general Reyes pertenece a esa familia, pero de su hijo Alfonso lo separa un abismo que el escritor construye con la palabra. El artista se sustrae a la historia, se sitúa en su margen y construye otra. Por eso, y en buena medida gracias a Alfonso Reyes, nuestra historia literaria es admirable y ejemplar y contrasta tanto con nuestra historia social y política (estuve a punto de incurrir en una ríspida, pero sintomática, expresión: "nuestra historia histórica"). Concluyo: en esa historia literaria, el clasicismo instaurado por Reyes permite la aparición de un tardío pero necesario romanticismo en la obra de Octavio Paz y su búsqueda de la modernidad.

**Alfonso Reyes: los que sepan de estos dolores me
entenderán**

Gabriel Trujillo Muñoz

Por 1913, cuando el insuperable monstruo
convertía el país en un charco de lodo y sangre
Ramón López Velarde

La historia está hecha con datos precisos y fechas exactas, pero también recurre para su creación al testimonio subjetivo de sus testigos presenciales. En la obra de Alfonso Reyes, por más que en ella se hable de filósofos griegos o de poetas del Siglo de Oro español, siempre hay detrás de la máscara literaria, conceptual, retórica, una pulsión por explicar el momento en que la historia de México y su historia personal colisionaron de forma tan desgarradora e inexcusable, dejando una herida que nuestro autor nunca logró curarse del todo, un episodio singular que lo condujo a vivir y trabajar fuera del país por un cuarto de siglo.

Esa herida lleva nombre y apellido: el general Bernardo Reyes, su padre.

Y tiene una fecha memorable por todas las razones equivocadas: el 9 de febrero de 1913.

Porque ese día la historia de nuestra patria y la historia de la familia Reyes convergieron de una manera imprevista,

sangrienta, de tal manera que con la muerte del general a las puertas mismas de Palacio Nacional se creó un mártir a la medida de los grupos neoporfiristas que buscaban, por la fuerza de las armas, derribar un régimen democráticamente elegido como el representado, en ese momento, por el presidente Francisco I. Madero y el vicepresidente Pino Suárez.

Se pueden escribir miles de páginas para hablar de las reformas que el general Reyes pensaba realizar, de sus planes modernizadores para el país, de sus intereses literarios e intelectuales que lo ponían por encima de los demás generales del ejército federal, pero su acto de traición, porque eso fue: un acto de traición, abrió la puerta, junto con los movimientos de tropas de otros generales insurrectos, a la llegada del usurpador Victoriano Huerta y al asesinato, a sangre fría, de los legítimos presidente y vicepresidente de México.

Victoriano Huerta impuso, ya sin el contrapeso de don Bernardo, una dictadura castrense que reprimió toda disidencia política y que condujo a muchos políticos demócratas a la lucha revolucionaria, si tenían suerte, o al pelotón de fusilamiento, si caían en manos de los nuevos dueños de la nación mexicana. El ataque contra Palacio Nacional, encabezado por don Bernardo Reyes y los generales Manuel Mondragón y Félix Díaz, condujo la insurrección militar al corazón de la Ciudad de México, a su centro histórico. Y es ahí donde el general habría de morir en el caos del combate, como un hombre que creía estar haciendo lo correcto cuando en realidad estaba construyendo el patíbulo de la carnicería por venir.

Al morir el general Bernardo Reyes ese día 9 de febrero de 1913 su causa daba un paso mayor hacia su objetivo básico: apoderarse del poder que los militares buscaban recuperar a como diera lugar. Su efecto fue brutal y masivo: llevó a que la guerra civil estallara a lo largo y ancho de nuestro país, a que la vida nacional acabara siendo un cataclismo donde nadie

quedó a salvo. De 1913 en adelante, la suave patria lopezvelardeana se convirtió en un campo de batalla, en una fosa colectiva, en "un charco de lodo y sangre" como no se había visto en nuestro país en largo tiempo.

Y todo por el orgullo de un viejo general que creía en el honor costara lo que costara.

Y todo por abanderar una causa sediciosa cuyo fin era devolver el poder a los "legítimos" dueños del país.

Un conjuro para levantar a los muertos

En 1930, 17 años después de la muerte de su padre, Alfonso Reyes se puso a escribir el testimonio de la figura de su progenitor, el general Bernardo Reyes. Y aunque no lo presenta como un ejemplo a seguir, tampoco lo muestra, en el último acto de su vida, como un obcecado por el poder, sino como alguien ya viejo, confuso, enfermo, que escuchaba consejos (tanto los de Rodolfo Reyes, su hijo favorito, tan parecido a él, como los de tantos militares que buscaban volver a probar las mieles del poder bajo su mando) que no debió haber atendido. La imagen que aparece en este escrito es la de un hombre que había perdido el tren de la historia, la de un militar a la antigua que no se percataba de lo que su lucha era contra un México que ya había probado la libertad y no estaba dispuesto a soltarla.

Sin duda, el padre de Alfonso Reyes pensaba, como los militares chilenos que derrocaron el régimen democrático de Salvador Allende en 1973 o los estadounidenses trumpistas que asaltaron el Capitolio en Washington en 2021, que salvaba a su país de fuerzas que iban a arruinarlo. Tales fuerzas, por supuesto, eran la democracia y la libertad. Lo que ponía los pelos de punta a la clase militar porfirista era que, en el ejercicio pleno de la democracia, todas las voces valían lo mismo, todos los sectores de la sociedad mexicana contaban a la hora de decidir los destinos de la patria.

Lo que el general Reyes hizo —o pretendió hacer— era un acto practicado desde el principio de nuestra nación en 1821: el golpe de Estado, la asonada militar. Gracias a ella personajes como Antonio López de Santa Anna o el propio Porfirio Díaz habían llegado al poder. En 1913 don Bernardo presidió el manotazo castrense al gobierno legítimo, civil, el del presidente Francisco I. Madero. Por donde quiera que se le mire, el padre de Alfonso Reyes había sido parte de una parvada de sediciosos e inconformes con el gobierno maderista: militares de viejo cuño, dignatarios católicos, periodistas al servicio del viejo régimen porfirista y embajadores extranjeros que preferían tratar con una tiranía militar, con un déspota atrabiliario, que con un gobierno electo por el pueblo y surgido de un movimiento revolucionario que no quería más que sufragio efectivo y no reelección.

En 1930, en los tiempos en que Alfonso, como diplomático de carrera a las órdenes del gobierno de México, escribiera su *Oración del 9 de febrero* en Buenos Aires, Argentina, la Revolución mexicana aún era un proyecto por hacer, una saga inconclusa, pero definitivamente asentada como una realidad insoslayable, como un gobierno que había logrado afincarse política y culturalmente a lo largo y ancho del país, después de combatir sus propias corrientes internas y conjuntar los sectores principales (obreros, campesinos, militares) en un marco constitucional que todos aceptaban, al menos de la boca para fuera.

Pero el propósito de esta obra, desde la perspectiva de su autor, no era escribir un panfleto que exonerara a don Bernardo de los hechos en que éste había participado. Su interés era otro: hacer un acto verbal que pudiera conjurarlo de nuevo, devolverlo a la vida a través de la remembranza y el recuerdo. Levantarlo de la oscura tumba donde yacía y ponerlo de pie como el padre que fue, como el ser humano que fue con todas sus luces y sombras, pero especialmente visto, contemplado,

interpretado desde el amor filial y el arduo sentimiento de orfandad que llevaba como una carga desde 1913.

Este texto, entonces, es un ajuste de cuentas con el pasado familiar, pero por la resonancia política de su progenitor también es un ajuste de cuentas con la situación de México en la encrucijada de la Decena Trágica, tal y como la viviera el joven Alfonso Reyes desde uno de los bandos en pugna: el del ejército federal, ese bando que finalmente resultara, históricamente hablando, triunfador a corto plazo y derrotado a largo plazo.

Lo que Reyes quiere mostrarnos es al padre de familia en su intimidad, en su cotidianidad. No el mártir que los porfiristas y huertistas reivindicaban para su causa nostálgica. No el traidor que los revolucionarios jamás perdonaron por haber provocado la Decena Trágica, que comenzara con el levantamiento de los generales representativos del viejo régimen y que terminara con el ascenso del general Victoriano Huerta, con los asesinatos del presidente Francisco I. Madero y del vicepresidente Pino Suárez.

Para don Alfonso, su padre era sólo su padre. Pero para sus lectores, los de 1930 como los de ahora mismo, en este siglo XXI, Bernardo Reyes no interesa por lo bondadoso o cariñoso que fue con su familia o sus amigos, por lo buen administrador que era de la hacienda pública o por lo buen conocedor de las últimas novedades literarias que llegó a ser. Vivimos en un mundo donde lo que es privado y lo que es público son facetas intercambiables de lo que cada uno es como individuo en el marco de su propia sociedad. Y bajo esa perspectiva, Bernardo Reyes es el padre querido y el general renegado por igual, el hombre honorable y el traidor a la democracia representativa.

Bajo esta condición, la *Oración del 9 de febrero* suena a defensa enconada de la memoria de su padre para las nuevas generaciones, se percibe como un intento de maquillar una

realidad horrible que no se puede, por más intentos que se hagan, deshacer con un retrato favorable de un hombre que fue parte esencial de la dictadura porfirista y que, a su caída en 1911, se convirtió en la figura pública necesaria, junto con el general Félix Díaz, para aglutinar a los sectores más retrógradas de la sociedad mexicana, los que habían perdido sus privilegios y sus prebendas con el nuevo régimen maderista, y que deseaban, vehementemente, una revancha lo más pronto posible.

En ese sentido, el general Bernardo Reyes era el caballero andante que pondría las cosas de nuevo en su sitio, que restablecería el México que los desplazados por la revolución de 1910 anhelaban: un México de mano dura, de disciplina militar, de castas inamovibles, de ley fuga, donde el populacho no se entrometiera en las decisiones fundamentales sobre cómo ejercer la justicia o imponer el orden en una sociedad que, lamentablemente para ellos, se mostraba cada vez más despierta y demandante de sus derechos civiles.

Vista de esta manera, la *Oración del 9 de febrero* no es un documento histórico, aunque cuenta anécdotas de la historia nacional. Más bien hay que considerarla como un canto elegíaco a una figura totémica para el autor: alguien que guía sus pasos por el mundo y que, a temprana edad, lo ha abandonado dejándolo en una posición precaria con respecto a su vínculo con el país en que nació, y debido a esta pérdida, don Alfonso crea, por medio de su escritura, una saga familiar que pueda enlazarlo de nuevo con el México revolucionario, un México que sabe a qué familia pertenece y en donde debe vivir bajo la sombra ominosa de su padre, con la sospechosa herencia de quien escogió el corazón de las tinieblas para entrar de lleno en la historia nacional.

El general Bernardo Reyes: él siempre vivió en peligros
Lo que hace Alfonso Reyes en su *Oración del 9 de febrero* es mostrarnos que su padre, tras el telón de la vida nacional,

era un hombre más complejo que la figura que aparece en los libros sobre la historia mexicana, en específico sobre la Revolución mexicana y sus actores principales. Más que el retrato de una estatua pública, nuestro autor nos esboza a un ser humano en sus rasgos esenciales: un hombre de "vitalidad desbordada", que era un caballero como los de antes, un hidalgo viejo, en quien armas y letras armonizaban bajo el ideal de la disciplina a la prusiana y la lectura de la poesía de corte viril y desfile triunfal:

la mirada de certero aguilucho que cobra sus piezas en el aire, la risa de conciencia sin tacha y la carcajada sin miedo. La bota fuerte con el cascabel del acicate, y el repiqueteo del sable en la cadena. Aire entre apolíneo y jupiterino, según la expresión se derrame por la serenidad de la paz o se anude toda en el temido entrecejo [...] Porque todo en su aspecto y en sus maneras, parecía la encarnación de un dechado.¹

Si buscamos a Bernardo Reyes como una suma de sus decisiones, como una vida en actos significativos, podemos advertir que lo que le dio prestigio entre sus contemporáneos, durante la dictadura del general Porfirio Díaz (1876-1911), hoy se nos revela como partes importantes de una personalidad que poco se adaptaba a un régimen democrático, a una sociedad muy siglo xx, donde los impulsos no venían de las clases privilegiadas sino de todos los estamentos productivos que luchaban por tener voz y voto, por cambiar y prosperar según las necesidades y anhelos de cada uno y de cada quien.

La imagen que aquí aparece es la de un currículo ejemplar, la de un soldado mexicano que cumplió con la patria ofreciendo sus servicios allí donde el régimen porfirista lo enviara para "administrar el rayo" y poner orden en los pueblos del norte, entre Sinaloa, Sonora, Tamaulipas y Nuevo León,

¹ Alfonso Reyes, *Oración del 9 de febrero*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1990), tomo xxiv, 39.

creando así una modernidad industrial protegida por el poder mismo del ejército. Era un porfirismo de guante blanco, el camino del progreso que daba dividendos a los privilegiados y ofrecía la bota militar a los que se oponían a su tiranía:

Después de pacificar el norte y poner coto a los contrabandistas de la frontera —groseros jefes improvisados por las guerras civiles alternaban allí con los aprovechados que nunca faltan, y se las arreglaban para engordar la hacienda con ilícitos medros— vinieron los años de gobernar en paz [...] Toda empresa había de ser titánica para contentarlo y entretenerlo. Aunque fuera titánicamente metódica como lo fue su gobierno. Otros hablarán de esa obra y de lo que hizo de aquella ciudad [Monterrey] y aquel estado [Nuevo León].²

Si examinamos los logros del padre de Alfonso Reyes, los atributos que lo hicieron ver como una figura salvadora entre los antirrevolucionarios, entre los antimaderistas, como alguien que traería de vuelta la gloria y los fastos del porfirismo, los tiempos aquellos, señor don Simón, de la gente refinada, la milicia a la prusiana y la cultura a la francesa, la conclusión es que el general Reyes representaba más de lo mismo. Un porfiriato sin don Porfirio. Una dictadura castrense que pondría orden en el país a puro fuetazo, a pura represión social de todos los alborotadores que habían tomado el poder a través de las urnas y no por medio de la alcurnia, el positivismo y el pedigrí.

Como todas las cuestiones que nos tocan de cerca, Alfonso Reyes, el hijo, veía en don Bernardo los rasgos paternos y el ser humano que había detrás de la estatua pública que sus seguidores idolatraban, ese militar que mantendría el *statu quo* a la vez que le daría un aire ilustre, moderno, al país. Seguiría siendo el México del hombre fuerte, dador de vidas y muertes, pero más acorde al siglo xx como lo imaginaban

los científicos: con mucha inversión extranjera, con mejores comunicaciones y transportes, y pleno de novedades y progreso sin medir el precio que tales logros costarían a la propia sociedad. Don Alfonso primero nos lo pinta desde casa, en su entorno doméstico, desde la mirada del hijo que ha escogido seguir su propio camino, el de las letras, el del intelectual, es decir, una ruta donde las ideas prevalecen sobre las acciones:

Junto a él no se deseaba más que estar a su lado. Lejos de él, casi bastaba recordar para sentir el calor de su presencia. Y como su espíritu estaba en actividad constante, todo el día agitaba las cuestiones más amenas y más apasionadoras; y todas sus ideas salían candentes, nuevas y recién forjadas, al rojo vivo de una sensibilidad como no la he vuelto a encontrar en mi ya accidentada experiencia de los hombres. [...] Él vivía en Monterrey, ciudad de provincia. Yo vivía en México, la capital. Él me llevaba más de cuarenta años y se había formado en el romanticismo tardío de nuestra América. Él era soldado y gobernante. Yo iba para literato.³

En la *Oración del 9 de febrero*, don Alfonso nos presenta a su padre como un “hombre tan ocupado”, dedicado a su trabajo como gobernante y soldado, esto es, como pilar del régimen porfirista, pero que era —y ese lazo importa para su autor y mucho— un lector de toda clase de libros, especialmente de libros de historia, cartillas morales y poemarios, que además se carteaba con poetas de la talla de Manuel José Othón. Lo que don Alfonso quiere dejar claro es que su padre no es un político ignorante, sino un hombre cultivado, al día en gustos y creencias. Lo medular de esta oración alfonsina es que la muerte del padre no es la primera ausencia. Desde el principio a Bernardo Reyes se le describe distante, fuera del horizonte vital del joven Reyes, sólo que aquí esta lejanía reforzaba los lazos de unión entre padre e hijo, pues Alfonso sabe que cuenta con su inagotable apoyo filial:

² Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo xxiv, 32.

³ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo xxiv, 25.

Una vez fui, como de costumbre, a pasar mis vacaciones a Monterrey. Llegué de noche. Me acosté y dormí. Al despertar a la mañana siguiente — muchas veces me sucedía esto en la adolescencia — ya tenía en el alma un vago resabio de tristeza, como si me costara un esfuerzo volver a empezar la vida en el nuevo día. Entonces el mecanismo ya montado funcionó solo, en busca de mi equilibrio. Antes de que mi razón la sujetara, mi imaginación ya estaba hablando: “Consuélate — me dijo —. Acuérdate que, después de todo, allá en Monterrey, te queda algo sólido y definitivo: Tu casa, tu familia, tu padre.” Casi al mismo tiempo me di cuenta de que en aquel preciso instante yo me encontraba ya pisando mi suelo definitivo, que estaba yo en mi casa, entre los míos, y bajo el techo de mis padres [...]. Este accidente de mi corazón me hizo comprender la ventaja de no abusar de mi tesoro, y la conveniencia — dados los hábitos ya adquiridos por mí — de tener a mi padre lejos, como un supremo recurso, como esa arma vigilante que el hombre de campo cuelga a su cabecera aunque prefiera no usarla nunca. No sé si me pierdo un poco en estos análisis. Es difícil bajar a la zona más temblorosa de nuestros pudores y respetos.⁴

La escritura literaria se vuelve un medio y un médium para traer de vuelta, a pesar de “pudores y respetos”, a un padre cuyo rumbo existencial es un caminar hacia su destino voluntario, hacia su muerte en pleno zafarrancho. Sin embargo, don Alfonso no pierde de vista al hombre que fue su padre en la plenitud de su vida, en el apogeo de su trayectoria política y familiar, y eso también pesa a la hora de describir su ausencia, de salvar las distancias entre los días soleados y los días sombríos que por igual su *Oración* evoca y establece:

Su presencia real no es lo que más echo de menos: a fuerza de vivir lejos de Monterrey, estudiando en México, yo me había ya acostumbrado a verlo muy poco y a imaginármelo fácilmente, a lo cual me ayudaba también su modo de ser tan definido, y hasta su aspecto físico tan preciso y bien dibujado — su manera de belleza. Por otra parte, como era hombre tan ocupado, pocas veces esperaba yo de él otra cosa que no fuera una carta de saludo casi convencional, concebida en el estilo de su secretaría [...]. Hacía

varios años que sólo veía yo a mi padre de vacaciones o en cortas temporadas. Bien es cierto que esos pocos días me compensaban de largas ausencias porque era la suya una de esas naturalezas cuya vecindad lo penetra y lo invade y lo sacia todo.⁵

Pero lo que parecía un porvenir luminoso, la ruta del sucesor al trono de la dictadura del general Porfirio Díaz, del nuevo caudillo en sentar sus reales en la silla presidencial, empezó a desbaratarse con el clima electoral de 1910, cuando el propio tirano decidió que en vez de mandar un candidato, como don Bernardo, que diera seguimiento a su régimen, de nuevo se postularía para el cargo; volviendo así a las andadas y creando una indignación social que, a través de políticos de la oposición, desde Francisco I. Madero hasta Ricardo Flores Magón, llevaría al estallido de la Revolución mexicana y a la salida del general Díaz del poder en 1911.

En lugar de un presidente Reyes, Francisco I. Madero fue quien asumió el poder a través del voto popular. Pero las fuerzas que mandaban el país seguían allí: el ejército federal, el estamento de los científicos, los intereses empresariales de los Estados Unidos, la iglesia católica y los grupos que habían medrado con la dictadura no querían a un civil desobediente a sus órdenes sino a un militar como garante de sus privilegios y prebendas.

Los dos años de gobierno maderista todo es cuesta arriba para la supervivencia de este régimen revolucionario y todo es conjura tras conjura para socavarlo, para minarlo, para detenerlo. El propio Madero, al no tocar al ejército, al dejarlo intacto en sus oficiales y regimientos, tuvo al enemigo mayor dentro de casa. Y pronto se verían las consecuencias. Muchos desafectos con la situación reinante fueron, en peregrinación, a pedirle al general Bernardo Reyes que tomara las riendas del poder, que se levantara en armas, que fuera el caudillo del momento.

⁴ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 26 y 27.

⁵ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 25.

El régimen maderista, viendo la figura pública que era el general Reyes, lo exilió. En el extranjero, don Bernardo, ante las súplicas de sus seguidores más zalameros, intentó regresar a México para un alzamiento, pero pronto descubrió que el clima político era adverso a sus fines y terminó entregándose, siendo encarcelado, juzgado por sedicioso y condenado a la pena de muerte, que el propio presidente Madero conmutó. La vida carcelaria en la prisión de Tlatelolco fue un trago amargo para quien ya se sentía el nuevo caudillo mexicano. Incluso el presidente Madero, hombre generoso como pocos, trató de liberarlo bajo el juramento de que el general se alejaría de la vida pública y ya no conspiraría contra el régimen revolucionario, pero aquella mano tendida no prosperó.

La imagen última de su padre, tal y como nos la pinta Alfonso Reyes, es la de un hombre que se resiste a la vida de prisionero, sacudido por sus dolencias y extravíos, que se aferra a sus mitologías castrenses, que cree ser el salvador de la patria, frente a un presidente Madero que sólo quiere su palabra de honor para dejarlo en paz. En esa mesa del poder, las cartas del tarot dictan, para ambos personajes, el mismo destino trágico con días de diferencia. Pero la *Oración* no deja de mostrarnos aquellos días anteriores al enfrentamiento definitivo, cuando la vida del general es la de un hombre enfermo y afebrado, la de un preso de sus propias ambiciones y prejuicios frente a "un hombre bueno", que no es otro que el presidente Madero tratando de sacarlo del vórtice oscuro de los conspiradores y los complotistas:

La melancolía, los quebrantos, resucitaron en él cierto paludismo contraído en campaña. Todas las tardes, a la misma hora, llamaba a la puerta el fantasma de la fiebre. Los nervios se iban desgastando. Vivía como en una pesadilla intermitente. ¿Cuál era el delirio?, ¿cuál el juicio? El preso tenía consideraciones especiales, y aquel hombre bueno que se vio en el trance de aprisionarlo ¡qué más hubiera deseado que devolverle su libertad! Dos grandes almas se enfrentaban, y acaso se atraían a través de no sé qué estelares

distancias. Una todo fuego y bravura y otra toda sencillez y candor. Cada cual cumplía su triste gravitación, y quién sabe con qué dolor secreto sentían que se iban alejando. Algún día tendremos revelaciones. Algún día sabremos de ofertas que tal vez llegaron a destiempo.

Bajo ciertas condiciones, pues, el preso podía ser visitado. Entre los amigos y amigas que, en la desgracia, se acercaron a él, abundaban naturalmente los afectos viejos, los que llegan hasta nosotros como ráfagas de la vida pasada, envueltos en memorias de la infancia y de los tiempos felices. Tales visitas, por confortantes que parezcan, escarban muy adentro en la sensibilidad de un hombre exaltado y, en los entreaños de la fiebre, cuando la clara visión de aquel ambiente abyecto de cárcel volvía como un mal sabor a la conciencia, aparecían aquellos hombres y aquellas mujeres cargados de recuerdos, llenos de palabras sobresaturadas de sentido, demasiado expresivos para convenir al régimen de un hombre en crisis. Todo debió haber sido neutro, gris. Y todo era clamoroso y rojo.⁶

Como lo termina diciendo su hijo: el general Bernardo Reyes, en la cárcel de Tlatelolco, no era todavía un anciano ni estaba para rendirse. Esto es: el general aún sentía que su hora no había pasado, que su momento más grandioso estaba por suceder. Y ese momento iba a ser, ineludiblemente, el del derramamiento de sangre, el del acto de matar o morir.

9 de febrero de 1913: las atroces angustias de aquella muerte

Alfonso Reyes, como hijo, no quiere ver la participación activa de su padre en el derrocamiento de Madero. Para nuestro autor, su padre fue obligado a hacerlo tanto por su honor de militar como por las fuerzas remanentes del porfirismo que lo impulsaban como su paladín. He aquí una visión medievalista, muy Cid Campeador, de un oficial mexicano del siglo xx, que don Alfonso pinta como un héroe romántico en su doble acepción: como alguien que lucha por sus ideales

⁶ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo xxiv, 36 y 37.

(aunque estos estén desfasados con su época) y como alguien que muere, trágicamente, por ellos:

De repente sobrevino la tremenda sacudida nerviosa, tanto mayor cuanto que la muerte de mi padre, fue un accidente, un choque contra un obstáculo físico, una violenta intromisión de la metralla en la vida [...] Mi natural dolor se hizo todavía más horrible por haber sobrevenido aquella muerte en medio de circunstancias singularmente patéticas y sangrientas, que no sólo interesaba a una familia, sino a todo un pueblo. Su muerte era la culminación del cuadro de horror que ofrecía entonces toda la ciudad [...]

[...] Y cuando [...] el país quiso venirse abajo, ¿cómo evitar que el gran romántico se juzgara el hombre de los destinos? [...] No quiso colgar el escudo en la atarazana. ¡Cuánto mejor no hubiera sido! ¿Dónde se vio al emérito volver a mezclarse entre las legiones?

Lo que don Alfonso cuenta es la historia de una debacle ampliamente anunciada: el general Bernardo Reyes, delfín de la dictadura era, para 1911, un hombre desesperado, con unos cuantos seguidores, que acabaría prisionero del nuevo gobierno maderista. De esa cárcel saldría liberado por tropas desafectas con el régimen revolucionario, que lo pusieron al frente de su golpe de estado. El hijo ve la actitud de su padre, en ese ominoso 9 de febrero, como la conducta de un guerrero romántico que se lanza a luchar por sus ideales. Lo que no dice es que esos ideales son detestables, son indefendibles:

Tronaron otra vez los cañones. Y resucitado el instinto de la soldadesca, la guardia misma rompió la prisión. ¿Qué haría el Romántico? ¿Qué haría, oh, cielos, pase lo que pase y caiga quien caiga (y qué mexicano verdadero dejaría de entenderlo!) sino saltar sobre el caballo otra vez y ponerse al frente de la aventura, único sitio del Poeta?

⁷ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo xxiv, 27.

⁸ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo xxiv, 34.

⁹ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo xxiv, 39.

En contraste con lo que pregona don Alfonso, yo, como simple mexicano que no cree que la violencia soluciona los problemas fundamentales de nuestro país o que la fuerza de las armas puede sustituir a la vida democrática, no entiendo al caballero armado que se lanza contra Palacio Nacional como si su acto de sublevación fuera una simple "aventura", una inspiración poética, cuando lo único que don Bernardo hace es conducir al México de 1913 hacia el abismo de la guerra civil, hacia la confrontación cruenta y despiadada que sería la Revolución mexicana.

Pero lo cierto es que, al dirigir el general Reyes sus tropas para tomar el Palacio Nacional, ese fatídico 9 de febrero de 1913, los hados y los dados ya estaban cargados en su contra. Aquella acción militar fue, en su simbolismo nato, un acto de oficial de caballería muy siglo xix contra las ametralladoras muy siglo xx. Por supuesto, por más gallardía y bravura puestas en presentarse ante Palacio Nacional, los sables perdieron y las balas ganaron la partida. Ya Lozano, un coplero popular, escribió el "Corrido del cuartelazo felicista" apenas ocurrió éste. En la letra de esa canción se dice:

Oigan nobles ciudadanos,
Prestadme vuestra atención.
Voy a cantar un corrido
De la actual Revolución.

Reyes y Félix Díaz
Echaron muy bien su lazo,
Para vengar rencores
Idearon un cuartelazo.

Señores, tengan presente
Que el nueve de febrero
Mondragón y Félix Díaz
Se alzan contra Madero.

Era jefe Mondragón
Del segundo regimiento

Y salió de Tacubaya
Para México a su intento.

Daba el reloj ese día
Las siete de la mañana,
Cuando a México llegó
Mondragón con fuerza armada.

Dejó libre a Bernardo Reyes
Y después a Félix Díaz,
Para avanzar a Palacio
Reunieron las compañías.

Don Félix le dijo a Reyes
Con audacia y con cautela:
Si usted asalta el Palacio,
Yo tomo la Ciudadela.

Reyes con todas sus tropas
Su valor quiso mostrar,
Y al acercarse a Palacio
La muerte vino a encontrar.

Allí cayó muerto Reyes
Por una bala certera,
Y muchos muertos y heridos
Se miraban por doquiera.

Esto es importante hacerlo notar: el general Bernardo Reyes llevó a muchos a la muerte, tantos que cuando los cadetes del heroico Colegio Militar escoltaron más tarde al presidente Francisco I. Madero a Palacio Nacional, se toparon con que el Zócalo estaba cubierto de cadáveres, provenientes tanto de las tropas leales al régimen revolucionario, como de los soldados insurrectos comandados por el fallecido Reyes y de civiles que fueron atrapados en medio de la balacera. El propio Madero tuvo a la vista el cadáver de don Bernardo, ya que los defensores lo habían introducido al Palacio y lo habían colocado sobre una mesa. En el caos que siguió el

cuerpo del general tardó en ser entregado a su familia, tal vez porque eran otros los asuntos urgentes por atender o porque el gobierno maderista no quería que su funeral se convirtiera en un mitin político en su contra.

Pero eso no es todo: el sentir general sobre la figura del general en este levantamiento armado, como se puede ver en la letra del corrido del cuartelazo, se adjudica más al general Félix Díaz, pues se le llama cuartelazo felicista y no reyista, quizás porque Félix Díaz sobrevivió a la escaramuza de ese día y obtuvo, en poco tiempo, lo que tanto deseaba: el exterminio de la democracia mexicana. Además, en la historia nacional se da como el alma de la asonada al general Manuel Mondragón, quien fue el primero en sublevarse, y se reconoce que quien al final se quedó con el poder no fue otro que el general Victoriano Huerta, quien engañando al presidente Madero logró que el retroceso inicial para los sublevados, que fue asaltar el Palacio Nacional sin tomarlo, llevara a una confrontación desgastante, a un punto muerto, que erosionó las fuerzas del régimen maderista hasta que el poder terminó en sus manos.

El regreso de los militares afines a la dictadura porfirista sólo ocasionó que, ante este gobierno de facto, una nueva revolución se alzara para sacarlos del poder desde el interior del país, donde muchos fieles maderistas participaron. Los revolucionarios de 1913, desde Felipe Ángeles hasta Francisco Villa, pasando por Venustiano Carranza, Álvaro Obregón, Emiliano Zapata y miles y miles otros, tomaron las armas contra el ejército federal porque no iban a aceptar un nuevo cacicazgo militar neoporfirista en el país. Para todos ellos, Bernardo Reyes, Félix Díaz, Manuel Mondragón y todos los militares y civiles golpistas eran, ni más ni menos, figuras execrables, mexicanos que se habían manchado las manos con la sangre de los mártires de la democracia nacional.

Del general Bernardo Reyes todos tenían cosas que decir en cuanto se despejó el humo de la balacera. Un día más

tarde, el 10 de febrero de 1913, como lo precisa Beatriz Gutiérrez Müller en su libro *Dos revolucionarios a la sombra de Madero* (2016) —tomándolo de la obra de Alfonso Taracena, *La verdadera Revolución mexicana (1912-1914)* (2008)—, el poeta y periodista Solón Argüello leyó una proclama en la Alameda, donde denunciaba a los sublevados:

Conciudadanos: el pueblo de México no puede equivocarse. Estuvo con Madero a la hora de la revolución contra don Porfirio, y estará también a su lado a la hora de la traición de los porfiristas. Del fondo de la envidia, que es el pecado más antiguo del hombre, brotó ese monstruo de ingratitud con las cabezas de (Bernardo) Reyes y Félix Díaz. Madero les perdonó y ellos han tratado ahora de cercenar las manos del que les salvó la vida. Mexicanos, ¡hagamos de nuestros pechos barricadas de coraje para defender la democracia!

La realidad brutal, la inmensa herida

Para Alfonso Reyes, la muerte de su padre es un cataclismo, un sacudimiento, un parteaguas en su propia vida tanto como ciudadano de su país, como deudo silencioso. O como él mismo lo señalara: su progenitor había acabado muriendo por “una maraña de fatalidades” de la que no pudo escapar y, como vemos en su *Oración del 9 de febrero*, tampoco él, su hijo, pudo escapar a semejante maraña cuando era considerado, en su propio país, como el vástago de un mártir o de un traidor. En todo caso, nuestro autor tuvo que soportar las miradas de encono o de admiración por una acción que no fue suya y poco a poco, como una herida que cierra con extrema lentitud, acabó aceptando su pérdida, reclamando su herencia filial:

Con la desaparición de mi padre, muchos, entre amigos y adversarios, sintieron que desaparecía una de las pocas voluntades capaces, en aquel instante, de conjurar los destinos. Por las heridas de su cuerpo, parece que empezó a desangrarse para muchos años, toda la patria. Después me fui rehaciendo como pude, como se

rehacen para andar y correr esos pobres perros de la calle a los que un vehículo destroza una pata; como aprenden a trincar con una sola mano los mancos; como aprenden los monjes a vivir sin el mundo, a comer sin sal los enfermos. Y entonces, de mi mutilación saqué fuerzas. Mis hábitos de imaginación vinieron en mi auxilio. Discursé que estaba ausente mi padre —situación ya tan familiar para mí— y, de lejos, me puse a hojearlo como solía. Más aún: con más claridad y con más éxito que nunca. Logré traerlo junto a mí a modo de atmósfera, de aura. Aprendí a preguntarle y a recibir sus respuestas. A consultarle todo.¹⁰

Lo que aparece en esta obra de 1930 es una visión romántica, panegírica, hagiográfica de don Bernardo: la del “mexicano verdadero” que salta “sobre el caballo otra vez” para ponerse “al frente de la aventura”. Pero nuestro escritor, por cada trazo que hace del retrato de su padre también ofrece a los lectores otros tantos trazos de un retrato de sí mismo como joven literato e hijo y huérfano. Porque ese acto funesto, esa dolorosa ruptura, es el eje vivencial del resto de su existencia como ser humano, como ciudadano de nuestro país:

Aquí morí yo y volví a nacer, y el que quiera saber quién soy que lo pregunte a los hados de Febrero. Todo lo que salga de mí, en bien o en mal, será imputable a ese amargo día.¹¹

Se puede entender que la muerte de su padre, el general, tenga un efecto catalítico, catártico, en la vida de nuestro autor, que lo lleve a verse como un heredero renuente a tomar el papel que muchos le pedían adoptara: el del hijo vengador de su linaje. Pero don Alfonso, aun en su juventud, ya era un hombre hecho y derecho, que pensaba por sí mismo y no estaba para que otros le dijeran cómo debía actuar o pensar. Y en su caso, Rodolfo Reyes, su hermano mayor, quien apoyaría la aventura golpista de su padre y que estaría junto a éste

¹⁰ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 27.

¹¹ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 39.

en su liberación de la prisión de Tlatelolco y el consiguiente ataque al Palacio Nacional, podría considerarse la antítesis de Alfonso.

Desde el punto de vista de Alfonso, su hermano Rodolfo era responsable de la muerte de su padre al darle alas para sublevarse, al azuzarlo para que tomara el poder sin medir las consecuencias. Es notorio que Rodolfo, quien fuera premiado con el Ministerio de Justicia durante el reinado atroz de Victoriano Huerta, acabaría exiliado al triunfo de la revolución constitucionalista y lucharía, décadas más tarde, en favor de otro caudillo: Francisco Franco, del que hablaría maravillas durante y después de la Guerra Civil española (1936-1939), al mismo tiempo que Alfonso Reyes dirigía la Casa de España en México, donde se abrieron las puertas para que los refugiados españoles, los que huían de la dictadura franquista que tanto alabara su hermano Rodolfo, pudieran servir, con sus mejores destrezas cognitivas y sensibles, al México de los años de la Segunda Guerra Mundial que tanto les debe —les debemos— a ellos.

Es interesante discernir que Rodolfo Reyes siempre aplaudió a los déspotas de su tiempo y circunstancia, desde Victoriano Huerta hasta el propio Franco y consideraba el hispanismo ciego y el catolicismo ultramontano como los caminos del progreso, los modelos a seguir con el brazo en alto. En cambio, su hermano Alfonso hizo del diálogo cultural y de la convivencia pacífica el motor de su existencia y, por ello, abrió sus brazos a los transterrados españoles, a los republicanos españoles, que lucharon contra las fuerzas del odio y que alimentaron con sus conocimientos y habilidades la cultura mexicana en los tiempos convulsos del fascismo triunfante.

Dos hermanos. Dos rutas divergentes. Dos vidas distintas si no es que opuestas. Y en medio de ambas el general Bernardo Reyes, que aún después de muerto trazó su larga sombra de infortunio sobre toda su familia y, en especial, sobre el hijo

literato que lo lloraba en privado. Por eso su texto es un acto de prestidigitación para salvar las distancias entre el Bernardo Reyes dueño de su destino y el Bernardo Reyes fuego fatuo, espíritu errante, fantasma sin reposo que siguió susurrándole a don Alfonso tras la neblina de su ausencia, asediándolo tras el incendio de su muerte:

yo, desde muy niño, sabía enfrentarme con la idea de perderlo. Pero el golpe contra la realidad brutal de haberlo perdido fue algo tan intenso que puedo asegurar que persiste; no sólo porque persistan en mí los efectos de esa inmensa herida, sino porque el golpe está aquí —íntegro, vivo— en algún repliegue de mi alma, y sé que lo puedo resucitar y repetir cada vez que quiera. El suceso viaja por el tiempo, parece alejarse y ser pasado, pero hay algún sitio del ánimo donde sigue siendo presente.¹²

En todo el principio de su *Oración*, don Alfonso quiere “cerrar los ojos ante la forma yaciente de mi padre, para sólo conservar de él la mejor imagen”. Por eso lo define en conversaciones sucedidas en tiempos de sosiego y paz, en épocas más felices. E incluso en charlas más sombrías, como cuando va a visitarlo en prisión, pero donde los temas culturales o literarios aligeran las palabras y la situación que su progenitor atraviesa sin perder la voluntad ni la osadía. A la muerte del general, Reyes no acepta el papel que muchos quieren asignarle:

También supe y quise elegir el camino de mi libertad, descuajando de mi corazón cualquier impulso de rencor o de venganza, por legítimo que pareciera, antes de consentir en esclavizarme a la baja *vendetta*. Lo ignoré todo, huí de los que se decían testigos presenciales, e impuse silencio a los que querían pronunciar delante de mí el nombre del que hizo fuego. De paso, sé que me he cercenado voluntariamente una parte de mí mismo; sé que he perdido para siempre los resortes de la agresión y de la ambición. Pero hice

¹² Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 28.

como el que, picado de víbora, se corta el dedo de un machetazo. Los que sepan de estos dolores me entenderán muy bien.¹³

Y eso no fue todo. Don Alfonso cuenta, en su *Diario de 1913*, que tuvo que sustraerse de las manipulaciones que el huertismo triunfante, tras la Decena Trágica, intentó hacer con la memoria de su padre, y que aceptando un puesto consular en Francia como pretexto, pudo escapar de un México en llamas. Su posición, al salir del país a fines de 1913, es precaria para todos los bandos en conflicto, pues los revolucionarios lo ven como un intelectual adherido al golpe militar que llevara al asesinato de Madero, Pino Suárez y tantos otros, mientras que entre los huertistas y neoporfiristas se le ve como un hijo que no ha seguido el libreto establecido de sumisión acrítica al régimen *de facto*. Es parte del sector social-militar que festeja la caída de Madero y su régimen, pero Alfonso parece no hacerlo con suficiente entusiasmo, con auténtica alegría, en esos tiempos que Paco Ignacio Taibo llamara la temporada de zopilotes.

Para decirlo en un contexto literario y político: Reyes no fue José Juan Tablada, ni Luis G. Urbina, ni Enrique González Martínez, ni Federico Gamboa, cuyo horror ante lo revolucionario, cuyo desprecio hacia la democracia maderista, los llevó a festejar el huertismo de una manera abyecta y a trabajar en su apoyo porque apostaban por la dictadura sobre la democracia, por el orden vertical sobre la apertura social; pero don Alfonso, por sus obvias relaciones familiares y sociales con la clase pudiente porfirista, tampoco fue un autor que se subió al tren de la revolución, como lo hicieron José Vasconcelos o Martín Luis Guzmán. Su posición era la neutralidad, la distancia, el equilibrio entre tirios y troyanos. En su diario trata de explicar su posición política como la de un hombre herido por la muerte de su padre, pero que a la vez

tiene una familia que proteger. Más que pensar en sí mismo debe pensar en los demás y por eso su ambivalencia en aquellas jornadas de 1913, tan cerca del poder y a la vez tan lejos de sus mecanismos carniceros:

¿Podía soportar tanta sangre y tantos errores? Mi dolor fue tan despiadado que ni siquiera quiso ofuscarme. Mi hermano aceptó en mala hora un sitio en el Gobierno, y no pudo emanciparse a tiempo como tanto se lo pedí. También, en compañía de Pedro Henríquez Ureña, me atreví a pedirle a Enrique González Martínez, y también en vano, que dejara la subsecretaría de la Instrucción Pública (como se llamaba todavía entonces). Yo renuncié a la secretaría de Altos Estudios. Huerta me convidó para ser su secretario particular. Le dije que no era ése mi destino. Mi actitud me hacía indeseable. Me lo manifestó así en Popotla. Adonde me había citado a las 6 de la mañana y donde todo podía pasar. Yo me presenté lleno de recelo y en vez de aquel Huerta campechano y hasta pegajoso (a quien yo me negaba ya a recibir meses antes en el despacho de mi hermano, porque me quitaba el tiempo y me impacientaba con sus frases nunca acabadas), me encontré a un señor solemne, distante y autoritario.

—Así no podemos continuar —me dijo— la actitud que usted ha asumido...

Me apresuré a presentar mi tesis para recibir el título de abogado, me dejé nombrar secretario de la Legación en París, y al fin consentí en salir de México, el 10 de agosto de 1913, a las siete de la mañana, por el Ferrocarril Mexicano. Además de mi mujer y mi hijo, me acompañaron hasta el puerto mi madre y el tío Nacho. Bajo los puentes había piquetes de tropa, precaución contra dinamiteros.

Lamentablemente, para esos años de guerra civil, eso era contar con enemistades en ambos bandos y, por lo mismo, poner distancia de por medio también fue una forma de supervivencia en tiempos en que un paso en falso llevaba al pelotón de fusilamiento, como le pasó al propio poeta Solón Argüello, maderista de hueso colorado. Reyes, en cambio, se acomodó a la situación prevaleciente y fue representante del régimen espurio en Europa. Su carrera diplomática se

¹³ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 29.

la debía, queriéndolo o no, al nuevo dictador, quien ya lo había promovido como profesor de literatura en la Escuela de Altos Estudios en marzo de 1913. Como favorecido del propio general Victoriano Huerta, su salida del país mientras la revolución se enfrentaba al gobierno del magnicida llevó a que el joven Alfonso se quedara viviendo en el exilio y sólo regresara al México posrevolucionario hasta décadas más tarde, cuando los fuegos de la venganza ya no eran sino rescoldos, cenizas, simples recuerdos; dolorosos, desde luego, pero lejanos, apaciguados por el tiempo transcurrido.

En un texto titulado "La influencia de la revolución en la vida intelectual de México", publicado en la *Revista de Filosofía* en Buenos Aires, en 1925, su autor, Pedro Henríquez Ureña, amigo de Alfonso Reyes y compañero en muchas de sus aventuras literarias, escribió que en México:

la agitación política que había comenzado en 1910 no cesaba, sino que se acrecentaba de día en día, hasta culminar en los años terribles de 1913 a 1916, años que hubieran dado fin a toda vida intelectual a no ser por la persistencia en el amor de la cultura que es inherente a la tradición latina. Mientras la guerra asolaba el país, y hasta los hombres de los grupos intelectuales se convertían en soldados, los esfuerzos de renovación espiritual seguían adelante.

Aquí hay que recordar que uno de esos que siguieron adelante, aunque no lo hiciera desde territorio nacional, fue Alfonso Reyes, a quien Henríquez Ureña consideraba además de poeta, un pensador original. Nuestro autor tuvo que crear, para sí mismo y para los demás, artículos periodísticos, libros y cartas para, de esa forma, vincularse con semejante movimiento de renovación cultural de nuestro país. Y fue tal el éxito de sus esfuerzos que, aun residiendo en Europa —como un hombre incómodo en términos políticos, no por sus posturas personales sino por la filiación con el general Bernardo Reyes, su padre— logró hacerse presente en el panorama intelectual de México. Y al hacerse presente pronto, desde muy

joven, don Alfonso estableció su magisterio: fue centro y filo de la literatura nacional. Brújula indispensable para tomar rumbo en las procelosas aguas de la cultura del siglo xx. Ese afán por ser parte de lo mexicano también es una herencia que le debe a su progenitor.

La torre de hombre que se vino abajo

La *Oración del 9 de febrero* es una obra íntima, personal, intransferible. Cuenta una tragedia familiar que es, al mismo tiempo, parte de la historia del México moderno. Fue escrita, según nos relata su autor, como una manera de reubicar, a 17 años de distancia, la figura de su padre fuera del sitio sombrío que ocupa en la historia de nuestro país. Pero incluso esto es secundario. Lo importante para don Alfonso es la comunión entre el alma de su progenitor y la suya:

Yo siento que, desde el día de su partida, mi padre ha empezado a entrar en mi alma y a hospedarse en ella a sus anchas. Ahora creo haber logrado la absorción completa y —si la palabra no fuera tan odiosa— la digestión completa. Y véase aquí por dónde, sin tener en cuenta el camino hecho de las religiones, mi experiencia personal me conduce a la noción de la supervivencia del alma y aun a la noción del sufragio de las almas —puente único por donde se puede ir y venir entre los vivos y los muertos, sin más aduanas ni peaje que el adoptar esa actitud del ánimo que, para abreviar, llamamos plegaria.¹⁴

El texto de don Alfonso es, visto de tal forma, un diálogo entre su padre muerto y el hijo escritor que intenta comprender su pérdida. Como Hamlet, príncipe de Dinamarca, las convulsiones del poder lo han puesto en una posición comprometida, en una encrucijada llena de dudas y cuestionamientos. ¿Debe seguir los pasos de su padre o debe romper con ese legado de golpes de fuerza y sangre derramada? El dilema que se le presenta en 1913 a nuestro autor implica tener que decidir entre una

¹⁴ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo xxiv, 28.

vida de hombre de acción en la escena pública, política de su país, y la vida de hombre de letras, que es su vocación, su auténtica ruta vital. Se puede decir que su decisión ha sido tomada de antemano. Pero no deja de ser un acto doloroso, porque también señala el romper con el círculo vengativo de la estirpe, con la presión social de aquellos cercanos a su familia que exigen retribución inmediata, honor basado en la violencia. Y ese acto es, igualmente, un acto de salvación que Alfonso Reyes se otorga a sí mismo: ser fiel a su linaje de hombre de pensamiento, que todo lo sopesa y lo dirime en los tribunales de su espíritu.

Dos años después de haber escrito su *Oración*, en 1932, residiendo en Brasil, en Río de Janeiro, don Alfonso vuelve al tema del trágico fallecimiento de su progenitor en el soneto titulado "† 9 de febrero de 1913", y aquí podemos notar que el resquemor de aquella jornada sigue vigente en su corazón, que la figura paterna continúa presente en cada momento de su vida y que para mantener su recuerdo vivo precisa de escribirlo en prosa o en verso, pero escribirlo:

¿En qué rincón del tiempo nos aguardas,
desde qué pliegue de la luz nos miras?
¿Adónde estás, varón de siete llagas,
sangre manando en la mitad del día?

Febrero de Caín y de metralla:
humean los cadáveres en pila.
Los estribos y riendas olvidabas
y, Cristo militar, te nos morías...

Desde entonces, mi noche tiene voces,
huésped mi soledad, gusto mi llanto.
Y si seguí viviendo desde entonces

es porque en mí te llevo, en mí te salvo,
y me hago adelantar, como a empellones,
en el afán de poseerte tanto.¹⁵

¹⁵ Alfonso Reyes, "† 9 de febrero de 1913", *Repaso poético*, en *Obras completas de Alfonso Reyes*, (México: Fondo de Cultura Económica, 1959), tomo x, 146 y 147.

El problema de Alfonso Reyes es que el supuesto "héroe", el padre guerrero, el caballero andante, el "Cristo militar", murió en una acción vergonzosa: la de un golpe de Estado contra un gobierno constitucionalmente democrático. En 1930 las heridas eran todavía muy recientes para exigir una reivindicación de su padre de cara a la historia nacional. Pero cien años más tarde, su lectura sólo conjura un fantasma que en vez de parecer más trágico lleva la impronta de una causa perdida, de una lucha fútil por un pasado marcial, discriminatorio, donde un pequeño estamento cree saber lo que necesita el país y pregona que ellos son los únicos capaces de dirigir su marcha.

Porque para los que ahora leemos su *Oración del 9 de febrero*, ¿cómo interpretarla más allá del amor filial y la ceguera ante los estropicios de un padre querido y anhelado?

¿Estamos ante una carta-remembranza que insufla vida a un hombre cuya ausencia resiente su creador o es un llamado a ver aquel mundo anterior a la evolución como los mejores días, cuando don Alfonso sentía la seguridad de un padre, una familia, una posición social?

¿Es una explicación-exculpación-expiación de una figura pública que dio su vida por sus convicciones, aunque éstas estuvieran rotundamente equivocadas?

¿Se puede inferir, entonces, similitud entre, por ejemplo, el general Robert E. Lee y el general Bernardo Reyes, ya que ambos lucharon por ideologías execrables (el esclavismo surgen estadounidense en el primero y la dictadura castrense a la mexicana en el segundo), pero válidas desde su honor de militares a la antigua usanza?

Es sintomático que, después de hacer el retrato de su padre, de su vida, su carácter y su muerte, esta obra se dedique a contarnos las repercusiones del fallecimiento de su progenitor para el propio Alfonso Reyes. Al final, lo que resalta es

la carga moral, el lastre anímico que su ausencia mantiene a tantos años de su fallecimiento:

No lloro por la falta de su compañía terrestre, porque yo me la he sustituido con un sortilegio o si preferís, con un milagro. Lloro por la injusticia con que se anuló a sí propia aquella noble vida; sufro porque presiento al considerar la historia de mi padre, una oscura equivocación en la relojería moral de nuestro mundo [...]. Mis lágrimas son para la torre de hombre que se vino abajo, para la preciosa arquitectura —lograda con la acumulación y el labrado de materiales exquisitos, a lo largo de muchos siglos de herencia severa y escrupulosa— que una sola sacudida del azar pudo deshacer.

Lo que Alfonso Reyes hace en su *Oración del 9 de febrero* no es sólo establecer la imagen de su padre como un ser querido que ya no está más a su lado, de un hombre de linaje severo que, por las circunstancias de la historia, terminó derribado de su pedestal de prócer; la suya es una ceremonia de consuelo, un rito de curación, “un sacrificio aceptado”, “una liberación eficaz”, con el propósito de dejar partir la memoria de su padre, el famoso, el celebrado, el infame general Bernardo Reyes, y así, a la vez, liberarse él mismo de su presencia, de su “oscura equivocación”, para así poder caminar nuevamente, sin la parálisis del dolor, hacia adelante, hacia una tierra donde las palabras son actos conciliatorios, semillas del porvenir.

Por eso nuestro autor reconoce que debe “cortar amarras”, escapar de los “efectos de una inmensa herida” para poder comenzar de nuevo, para encontrar los frutos de lo que acaba de nacer, para vivir, en su aquí y ahora, los futuros que aún no ha probado.

La vida no como el hijo del general Bernardo Reyes.

La vida como el escritor y el diplomático Alfonso Reyes.

No una “suerte de dinastía que cae”, como la vidente Irma Maggi le dijera en una sesión espiritista a nuestro escritor, mientras ésta sostenía la gorra cazadora que su padre

llevara el día de su muerte, sino una dinastía que logró alzarse desde la tragedia, que pudo reinventarse a sí misma desde la pérdida como impulso creativo.

La dinastía de Alfonso Reyes, crisol de culturas, autor mexicano, escritor universal.

Bibliografía básica

Gutiérrez Müller, Beatriz. *Dos revolucionarios a la sombra de Madero. La historia de Solón Argüello Escobar y Rogelio Fernández Güell*. México: Ariel, 2016.

Henríquez Ureña, Pedro. *Estudios mexicanos*. México: Fondo de Cultura Económica, SEP, 1984.

Reyes, Alfonso. Tomo I, *Diario (1911-1927)*. México: Fondo de Cultura Económica, 2010.

Reyes, Alfonso. *Oración del 9 de febrero*. México: Era, 2013.

Saborit, Antonio. *Febrero de Caín y de metralla. La Decena Trágica: Una antología*. México: Ediciones Cal y Arena, 2013.

Trujillo Muñoz, Gabriel. *Los signos de la arena*. México: UABC, 1994.

El jardín del señor embajador (Primera parte)

José Javier Villarreal

Sólo se han de salvar los que están dispuestos a arriesgarlo todo.

La *Escritura*, citada por Reyes.

I
De 1905 a 1924. Años neurálgicos en la vida y en la obra de Alfonso Reyes. Su llegada a la Ciudad de México, su adscripción al Ateneo de la Juventud, su amistad con Pedro Henríquez Ureña, sus primeras publicaciones, sus lecturas, sus amores y envidias. La prosa de Gutiérrez Nájera, la poesía tan cercana de Nervo y Darío. "Los raros" orbitando en su formación. La presencia de Othón y Díaz Mirón, sus desencuentros literarios con López Velarde, la inasible y categórica lección de José Juan Tablada. La poesía francesa, inglesa y norteamericana. Nervo había traducido poemas de Whitman y la presencia de Poe, desde la versión de Ignacio Mariscal, no podía olvidarse. Su inclinación por el mundo grecolatino, la influencia de Goethe, la literatura francesa, el pensamiento de Walter Pater. Su padre el general Bernardo Reyes como ministro de Guerra. Justo Sierra alentando al grupo que el propio Reyes calificara con el marbete de "nosotros", y allá arriba el general Porfirio Díaz sosteniendo y salvaguardando

la *pax romana* de la *belle époque* mexicana. Todo esto hasta 1913. Llega Francisco I. Madero a la Presidencia de la República y el paraíso comienza a resquebrajarse. Porfirio Díaz sale del país, Martín Luis Guzmán colabora con el nuevo gobierno. El general Bernardo Reyes se amotina e intenta llevar a cabo un golpe de estado que le costará la vida. Días antes el propio presidente Madero, por intercesión de Martín Luis Guzmán, le ofrece el indulto al general sublevado, siempre que su hijo Alfonso logre convencerlo de deponer las armas y retirarse de la vida pública. Reyes no habla con su padre, la Decena Trágica ocurre. Llega Victoriano Huerta a la Presidencia. Nemesio García Naranjo es nombrado ministro de Instrucción Pública y Alfonso Reyes, después de conseguir su título de licenciado en Derecho, sale del país como parte de la Legación mexicana que representa al gobierno de Victoriano Huerta. Las puertas del paraíso han comenzado a cerrarse. Venustiano Carranza pone fin al gobierno espurio y a su representación diplomática. Reyes, con su esposa y su pequeño hijo, se queda sin trabajo en París. La Primera Guerra estalla. Rubén Darío inicia la publicación de su *Antología personal* y Alfonso Reyes decide irse a España a ganarse con la pluma el pan de cada día. Las puertas del paraíso se han cerrado. En Madrid se reencuentra con Martín Luis Guzmán, conoce a Juan Ramón Jiménez, a José Ortega y Gasset, a Enrique Díez-Canedo, Menéndez Pidal, etcétera. El trabajo filológico de altos vuelos, por un lado; el periodismo, desde muy diversos frentes, por el otro. Alfonso Reyes tiene 25 años y un libro de ensayos. Atrás ha quedado un mundo y otro, de madurez creativa, está por iniciar. Pienso en la novela inconclusa de James Joyce: *Stephen el héroe*, y obviamente llego al *Retrato del artista adolescente*, del mismo autor. También me da por pensar en *Retrato del artista cachorro*, de Dylan Thomas. En el caso de Joyce los años de redacción de estas dos novelas son casi los mismos con respecto a la iniciación, madurez y

eclosión de la obra de Alfonso Reyes. En el caso de Dylan Thomas los diez relatos que integran su libro se publicaron en 1940. Reyes había terminado su largo peregrinar y sus años de formación quedaban muy lejos en la historia de sus libros. A principios de 1940, en Baja California, culminó la construcción de la Presa Abelardo L. Rodríguez. Desde Tecate, una carretera flanqueada por viñedos y olivares que poco a poco iban desapareciendo. Después de la presa, una ligera cuesta, y el paisaje era otro, triste, gris, hasta llegar a la Cinco y Diez. No era Tijuana todavía, pero ya habías llegado. Dichos años de formación y consolidación en la obra de Reyes quedaron fuera de la redacción de sus diarios. Esto me remite a la ya célebre frase de Octavio Paz de que el poeta no tiene biografía; su obra es su biografía. Desde esta perspectiva pareciera que la biografía de Alfonso Reyes —anterior a la redacción de sus diarios— iniciara con el poema “El descastado”, de 1916; prosiguiera con *Visión de Anáhuac* (1919), de 1917; *Cartones de Madrid*, del mismo año; *El plano oblicuo*, de 1920; *Ifigenia cruel*, de 1924; y ese espléndido poema que es “Golfo de México”, también de 1924, que en una primera versión se llamó “Trópico”. A partir de este poema Alfonso Reyes comienza la diaria redacción de sus diarios que habría de continuar, a su muerte, su hijo. Aquí retomo a Dylan Thomas y su colección de cuentos *Retrato del artista cachorro*. El poeta de Gales trazó unas líneas paralelas entre la experiencia anecdótica del hacer y la experiencia estética del contar. Oscar Wilde, años atrás, habló de la tremenda diferencia que existe entre el hacer y el narrar. De sus repercusiones, de su dimensión cíclica. Daré un paso más atrás y traeré a un autor sumamente querido y admirado por Alfonso Reyes: Goethe. En *Poesía y verdad*, el poeta de Weimar nos habla de cómo el quehacer literario, el principio de composición, es en sí una experiencia de vida. Una cosa es el círculo de amistades del joven Goethe y otra muy distinta la dimensión alcanzada en

Las desventuras del joven Werther. Una cosa es su apasionamiento por la jovencísima Ulrike von Levetzow y otra muy distinta su novela *El hombre de cincuenta años*. Un poema no es el espejo de un hecho vivido, es en sí mismo un hecho vivido y por vivir en aquél que atreva la lectura del texto. La literatura —afirma Rafael Argullol— nos permite vivir muchas vidas. Hay un principio de composición en la obra de arte que no se da en el discurrir diario y continuo de la vida. Dylan Thomas, en sus diez cuentos, se fue alejando de los asuntos literarios que propiciaron la narración de los mismos y nos legó un conjunto de narraciones que son realidad en sí mismas. Pienso en los años de formación de Reyes y pienso en *Las tribulaciones del estudiante Törless*, de Robert Musil o en las *Cartas a un joven poeta*, de Rainer Maria Rilke. El Reyes que va de 1905 a 1924 es un adolescente —al inicio— que cree tener la última palabra sobre el quehacer literario en general, pero la experiencia misma del quehacer literario lo va moldeando y madurando. Tenemos al jovencísimo ensayista que diserta sobre el paisaje en la poesía mexicana, pero también tenemos al joven poeta que escribe, después de la catástrofe y con gran conocimiento del legado de Amado Nervo y de Rubén Darío, un poema como “El descastado”. Me refiero al último Amado Nervo, el del “Poema en églogas” o al Darío de “La epístola a la esposa de Leopoldo Lugones”. O un texto como *Visión de Anáhuac* (1519) que tiene que ver con un sacudimiento que compete al exilio, pero también con un conocimiento que ahora tiene de las crónicas y de la literatura española del siglo xvi que antes no poseía. Un híbrido que nos sigue fascinando e inquietando. ¿Hasta dónde es un ensayo lírico, hasta dónde un poema en prosa? La respuesta ante lo conseguido resulta baladí. *Ifigenia cruel* sería difícil de concebir sin la *Ifigenia en Táuride*, de Goethe. Si leemos con atención las dos obras de Eurípides nos daremos cuenta que Ifigenia no es la protagonista, sino el accidente que hace que se

nueva la maquinaria toda. Las personas dramáticas que tensan los hilos son Agamenón, por un lado, y Orestes, por el otro. Ifigenia es un pretexto, un cúmulo de temores y anhelos. En la *Ifigenia* de Racine, ésta casi desaparece para darle paso a Erifila, un personaje genial y del todo complejo en la tradición clásica que detona el clímax dramático para convertir la obra en un triángulo pasional. Sin embargo, en la obra de Goethe tenemos a una Ifigenia a todas luces protagonista, dueña de sus decisiones, motor mismo de la obra. Es claro que Alfonso Reyes tuvo en mente esta Ifigenia a la hora de trabajar su poema dramático; como también tuvo cerca la escenografía parnasiana infectada ya del espíritu modernista, no tanto del alejandrino y su compás melódico, que años después habría de utilizar en su traslado de las primeras nueve rapsodias de la *Iliada*, pero sí de una atmósfera *art déco* muy cercana a una representación operística. Reyes no estaba solo en el mundo ni su obra se debía a un mero reflejo de sus experiencias anecdóticas. Reyes, Alfonso Reyes, era un lector voraz que no se conformaba con poco y todo lo llevaba al cauce de su río creativo.

He finalizado *Otras voces, otros ámbitos*, del muy joven Truman Capote. En realidad, se trata de su primera novela. *Crucero de verano* es un borrador que durmió por años en el interior de una caja que quedó a la deriva víctima del limbo de una mudanza que no concluyó. El capítulo último de *Otras voces, otros ámbitos* nos expone dentro de un vértigo en cámara lenta. Juan Carlos Onetti hace lo propio al final de su novela *El astillero*. Todo madura a una gran velocidad sin precipitación alguna. En la novela de Capote se nos aparece, tras el cristal, en el desembarcadero, la figura de una madre, el fantasma que despidе e impulsa la vida del hijo, ese misterioso

destino que lo está aguardando muy lejos de la almohada familiar. Tanizaki, Junichiro, en su extenso y muy bello relato "El segador de cañas", nos coloca frente a otro fantasma. Aquí se tratará del padre, a la orilla del río y bajo la luna que, al narrarnos su historia, nos estruja la propia. En la novela de Capote hay pasajes inolvidables, momentos de gran tensión y de cuidado esteticismo. Igual asistimos a una prolongada duermevela donde la ficción y el recuerdo, los acontecimientos, finos y desgarrados, se nos confunden en una imagen que se queda como un jirón de niebla flotando entre los árboles de un jardín. Pero la acción domina el cuadro y la escena transcurre a gran velocidad con la puntería del acontecimiento que vemos pasar en el sobresalto que nos provoca una fiera, un gato montés, que cruza y desaparece frente a nosotros. Es una tremenda y madura novela de iniciación. Mientras que el extenso relato de Tanizaki fluye lento y pesado por cauces virtuosamente desasosegantes. John Berger escribe que no es necesario que haya libros en la casa de un futuro escritor. Puede o no haberlos. Lo que sí considera fundamental es que haya secretos; que el futuro escritor crezca rodeado de ellos. En el caso de Reyes su destino estaba trazado. No había y no hubo forma de escamotear los designios divinos. El oráculo se había pronunciado. Su madre lo despide en el andén, pero su padre, con sus silencios y secretos, con su figura y su biblioteca, lo alcanzaría en esa su pronunciación de 1930. Imposible que te acompañe (le dijo); sin embargo, te mando con tu madre este pesado y oscuro abrigo para que te protejas durante el invierno.

III

El poema no se ciñe a una anécdota determinada, crea su propia realidad, trasciende el asunto literario y funda su propio universo. El poema será "la conciencia de la inconsciencia" que, a través de un lenguaje no convencional, del todo subversivo,

nos enfrente siempre a un conflicto, no por el tema, sino por la esencia misma del lenguaje poético. El pensamiento poético entraña un descubrimiento, no una tesis, de ahí el misterio, o como dijera Gottfried Benn: la zona de transformación que todo poema presenta. Si estiro la rienda a esta erotización, que lleva a cabo el lenguaje poético al fundar su propia realidad, llego a la misteriosa y dadora imagen que los caballos presentifican en la obra lírica de Alfonso Reyes. En *Ifigenia cruel* la protagonista afirma:

Huiré de mí propia,
como yegua acosada que salta de su sombra.

En el poema "Los caballos", éstos

lamían largamente
el salitre de las paredes.

Y no se diga de las caballerizas y sus corredores como espacio de la nostalgia en la *Oración del 9 de febrero*, de 1930. Un poema es intraducible, toda interpretación —nos dice Pascal Quignard— es locura. Quizá exagere, pero Yves Bonnefoy es implacable cuando subraya que un poema no juega el juego de las traducciones, no es un lenguaje que encubra, por el contrario: revela. Me queda clara la división entre el monólogo lírico y el monólogo dramático. Un poema subjetivo podría tratarse de una añoranza, mientras que uno objetivo sería el tratamiento de la cosa en sí, como por aquellos años de la primera década del siglo pasado ponderaba el objetivismo de Pound con respecto a la poesía modernista norteamericana. Lo que tengo muy cierto es que un poema debe obedecer a una experiencia que nos vulnere y traspase a tal grado que nos venza su expresión. Nada que nos sea ajeno puede materializarse en un poema. Pienso en la frase de Harold Bloom de que un poema sincero está condenado

a ser un mal poema, o en Fernando Pessoa cuando dice que nada que se pueda traducir mereció ser escrito. La poesía, esa cosa que no tiene nombre —al decir de Aristóteles—, paradójicamente da nombre y éste es único. Un poema no obedece a su horizonte extraliterario para que se califique su pertinencia o valía. Un poema debe bastarse a sí mismo; por lo tanto, entiendo un poema objetivo como un poema que ha trascendido la circunstancia anecdótica de su autor. Un poema —insisto— no refleja la realidad ni la recrea, la crea. Al leer la poesía que Alfonso Reyes empezó a escribir a partir de 1916 la realidad de su lector crece. Me imagino que la biografía literaria de Alfonso Reyes entre 1905 y 1924 debió ser sumamente copiosa, desasosegante e intensa. Cuando Reyes escribió en su *Diario*, el 30 de julio de 1924, "He estado entretenido con mis nuevos poemas 'Trópico' y 'Caravana'" ('Trópico' —recordemos— es "Golfo de México"), se sabía en suelo seguro. Ciertamente el lector de la *Obra poética* de 1952 no fue el mismo de la *Constancia poética* de 1959. Pero lo cantado, cantado estaba. Al terminar la redacción en 1923 de *Ifigenia cruel* —a sus 34 años— Alfonso Reyes confesaba en una carta: "Es el último grito de mi juventud. De hoy en más, no tendré ya un aliento de libertad como el que he tenido hasta llegar a ella". Lo que siguió fue la consolidación de una obra.

III

Uno, con las fichas que tiene a la mano y con la discreción y emoción del momento, va configurando una estela. Pienso en esa magnífica y sorprendente imagen donde el pequeño Hércules, acuciado por el hambre y la desesperación, muerde el seno de Hera, con tal fuerza y urgencia, que nos regala la Vía Láctea. En 1910 un grupo de jóvenes, entre los que destacan Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, sueña con la celebración del Centenario de la Independencia de México. En

1922, en São Paulo, otro grupo de jóvenes, entre los que destacan Oswald de Andrade, en presencia, y Manuel Bandeira, en ausencia, sueña con participar en los festejos de la Independencia del Brasil. Pero los dioses dan su golpe de dados, los designios son claros, pero a veces las señales no lo son. El caso es que, en esos festejos de 1922, en Brasil, que habrían de eclosionar la Semana de Arte moderno, se encontraba un mexicano, una inteligencia de aquel Ateneo de la Juventud del cual Reyes formó parte. Su amigo, y a veces cómplice, José Vasconcelos.

Las bibliotecas, esos paraísos borgeanos que bien entendidos son faros y detonantes, trincheras donde bulle la inteligencia y la creación, donde se atesoran, al decir de Francis Ponge, las "razones para vivir feliz", por fortuna me han salido al paso. Primero, la Biblioteca Municipal de Tecate con Whitman, Dante y Calderón de la Barca. Después, la Capilla Alfonsina Biblioteca Universitaria con el acervo de Alfonso Reyes, la Biblioteca de la Avenida Juárez en San Nicolás de los Garza con la agradable temperatura que se desprendía de los versos de Shakespeare, y más tarde, la Biblioteca de la Universidad de Texas en El Paso que me mostró el rico y poderoso canon de la poesía brasileña del siglo xx. En un viaje relámpago, en 1995 o 96, Minerva y yo volvimos a Monterrey por unos días. Por aquellos años vivíamos en El Paso. Nos entrevistaron para la televisión en el vestíbulo de la Capilla Alfonsina. Llegué tardísimo a la entrevista, casi al cierre, ya que había descubierto, para mi entera e inculta sorpresa, que en el acervo de Alfonso Reyes se encontraban varios títulos de poetas brasileños dedicados a él de su puño y letra. La felicidad y el pasmo, o una pasmosa felicidad no me dejaban salir de la Sala de Literatura. Otro Reyes, uno más, se me revelaba. España y Francia, con Alfonso XIII y la sublevación de las "tribus marroquíes", por un lado, y los cristeros, en la prensa francesa, por el otro, quedaban atrás. Al menos el con-

flicto cristero, en la vida de Reyes, se posponía. Álvaro Obregón dejaba la Presidencia y Plutarco Elías Calles la asumía. Sudamérica se perfilaba en el riquísimo horizonte de Alfonso Reyes. Había heridas, como lo confesó al final de *Calendario*, que nunca desaparecerían, también textos por escribir donde cobrarían cuerpo y peso esos fantasmas que nunca lo habrían de abandonar. Sin embargo, entre las prosas y poemas en prosa que conforman este libro de 1924 —*Calendario*— Alfonso Reyes hacía las paces

entre los tiros de la policía

con los espíritus de su generación. El reflejo del pío Eneas en Alfonso Reyes se me subraya. El deseo, la pasión y el amor, por un lado; por el otro, el deber ser, la tradición y la grave encomienda por cumplir.

IV

Me da por pensar que la década de los treinta significó un duro y por demás aleccionador período en la vida de Alfonso Reyes. Significó, obviamente, dejar atrás una zona de confort que se había ganado a pulso. Su exilio español dio paso a su labor diplomática para el gobierno de México. Las cosas iban para bien, para muy bien. Su segunda estancia en París parecía confirmarlo. Me es del todo sintomático que en 1927 apareciera en Madrid su volumen *Cuestiones gongorinas*. De nuevo empataba tanto con la generación del 98, como con la del 14 y con la joven y bullente del 27. Sus pares españoles: la Edad de Plata. Para Reyes su labor diplomática, que inicia a mediados de los veinte y concluye a finales de los treinta, consistió en representar a los gobiernos de Álvaro Obregón, Plutarco Elías Calles, Emilio Portes Gil, Pascual Ortiz Rubio, Abelardo L. Rodríguez y Lázaro Cárdenas. Momento particular y disímulo, decisivo en la consolidación del México

posrevolucionario. Insisto. Los *idus* de febrero merodeaban. Reyes vuelve a México. Está por poco tiempo. Viene a Monterrey y el padre, el general autoinmolado a las puertas de Palacio, le sale al paso. Vuelve a España y se entrevista, a pedido del presidente Álvaro Obregón, con su "tocayo", el rey Alfonso XIII. Ante lo inevitable se instala en París e intenta explicar lo inexplicable: la guerra de los cristeros. Representa al gobierno emanado de la Revolución mexicana, y el fantasma del padre, como a Hamlet, se le recarga. Pero no se encuentra en el castillo de Elsinore ni en la colina rodeado por el bosque de Birnam, sino que va en cubierta rumbo a Buenos Aires, su nuevo destino diplomático.

Durante la administración municipal de la ciudad de Monterrey que comprendió de 2009 a 2012, en colaboración con *Milenio*. *Diario de Monterrey*, se publicó una serie de fotografías de la ciudad y sus alrededores imitando el formato de las ya casi desaparecidas tarjetas postales. Una extraña nostalgia me hizo guardarlas en la gaveta de mi escritorio. Llegué a Monterrey a mediados de 1976; sin embargo, una necesidad de apropiación, de pertenencia, me hacía contemplar una ciudad que se resistía a desaparecer. De niño, le oí decir a mi abuelo materno que Monterrey era una ciudad fea y de callejitas muy estrechas e incómodas. Seguramente hablaba del centro, de la Plaza Hidalgo. Ese trozo de la ciudad que tanto me gusta y caminé y caminé durante mis años de estudiante. Ya no estoy seguro de haber visto, en una mesa del Antonio's, a Juan Rulfo frente a una bebida en una soledad que lo aislaba del mundo. No me acerqué.

Al repasar estas postales pienso en el viaje relámpago que atrevió Reyes. Su exilio había terminado y se ponía a disposición del gobierno de México. Sudamérica lo esperaba y se encontraba "a mitad del camino de su vida".

Infiernos, purgatorios y paraísos lo aguardaban en su largo y accidentado navegar. Pero estaba aquí en Monterrey. Seguramente vio el tranvía que corría a lo largo de la calle Zaragoza, que yo no conocí. Una calle Morelos que sí vimos los dos, pero que contemplamos y sufrimos de distinta manera y en diferente tiempo. El Templo del Sagrado Corazón de Jesús que sigue en pie a un costado del Palacio de Gobierno —que su padre mandó construir— y en contra esquina del antiguo edificio de Correos que fue y sigue siendo una maravilla. En ese templo del Sagrado Corazón mi padre tomó o dio clases de catecismo, al menos eso contaba entre risas. Las bancas, frente al Palacio, donde me alcancé a sentar con mis libros que había comprado en Arte y Libros, la librería y sala de exposiciones que había montado don Alfredo Gracia. Un hotel Ambassador que —Reyes no pudo conocer en ese viaje— dialogaría con la modernidad arquitectónica de una ciudad como São Paulo, por ejemplo. Reyes, al ser designado embajador de México en Brasil, fijaría su residencia, obviamente, en Río de Janeiro, entonces capital del país. Siguiendo por la senda de la modernidad y la industria, es de creer que avizó las dos chimeneas de Cervecería Cuauhtémoc al norte, muy lejos, de la ciudad. Tampoco alcanzó a desayunar, en ese viaje, en el patio central de Sanborn's que fue la casa de fray Servando Teresa de Mier, y luego propiedad del doctor José Eleuterio González, "Gonzalitos". El restaurante abrió sus puertas en 1936. El Casino Monterrey, recién inaugurado a principios de la década de los veinte, sí lo conoció en ese viaje. Estoy seguro.

V

Al decir de Borges, Reyes gustaba de conocer e involucrarse con los jóvenes escritores de los países a donde arribaba. En España, junto con Juan Ramón Jiménez (el muy joven

editor de *Cantos de vida y esperanza*, de Rubén Darío), editaría *Índice*. Buenos Aires no sería la excepción. Así, junto con Francisco Luis Bernárdez, entre otros, fundaría los Cuadernos del Plata, donde publicaría varios títulos, entre ellos dos de poetas jóvenes que me son particulares. Uno mexicano: Gilberto Owen, y el otro argentino: Jorge Luis Borges. Borges tenía 28 años cuando Pedro Henríquez Ureña se lo presentó a Reyes. El joven poeta le obsequió al embajador de México su primer libro: *Fervor de Buenos Aires*. Reyes le publicaría el tercero: *Cuaderno de San Martín* con ilustraciones de Silvina Ocampo, quien se casaría en 1940 con Adolfo Bioy Casares. A ella le debemos, entre muchas otras cosas, una magnífica traducción de Emily Dickinson.

Alfonso Reyes ha vuelto a México, trabaja para su gobierno, ha publicado, al salir de España, sus trabajos sobre la obra poética de don Luis de Góngora. Se encuentra en América, en Buenos Aires, donde se leyó la *Historia de la revolución de Nueva España*, de su paisano fray Servando Teresa de Mier, misma que circuló en su momento bajo la autoría de José Guerra. Reyes prologaría sus *Memorias* en 1917, esa suerte de tropiezos e infortunios. Pero ahora se da el tiempo de leer, con mucha atención, esos poemas del joven Borges donde aparece un pasado militar, una estirpe heroica cantada en sordina que se le confunde con la propia. Lanza al mar, al mar del Plata, su revista *Libra*, misma que ve naufragar bajo las altas, pesadas e irreconciliables olas de las borrascas literarias del medio bonaerense. La sociedad católica argentina reprueba del todo el papel del Gobierno mexicano en el conflicto cristero. Reyes está fatigado. Todo está listo, la hora es propicia, su hermano Rodolfo está pronto a publicar *De mi vida*, un libro sobre la historia familiar, y el padre se le aparece desde una penumbra romántica propia de sus lecturas de adolescencia. No sólo aparece la grave y propiciatoria biblioteca como espacio cifrado de la casa paterna, también

está la exaltada figura del padre como un ser total, un sol guerrero que lo domina y alumbra todo. La anagnórisis del regreso y la relación física entre padre e hijo que se ha vuelto cada vez más distante. Hay un fino, calculado y sostenido retrato intelectual del general a través de las diferentes variantes de sus firmas. La biblioteca se convirtió en una encrucijada, pero también en un idealizado punto de encuentro donde el hijo, Alfonso, aún podía convivir con un padre cada vez más lejano. El retrato social y político del general, su momento histórico, su rivalidad con Porfirio Díaz y su exilio "voluntario" a Francia que Carlos Fuentes, en lo futuro, homenajearía a través del general Llorente de *Aura*. Todos estos elementos van delineando la figura del protagonista. Por momentos la *Oración del 9 de febrero* alcanza la atmósfera y la tensión de la mejor literatura de aventuras. El paisaje es el telón de fondo donde se destaca y revela el personaje en su completa dimensión ética y moral. La relación entre la literatura y la realidad sirve para ejemplificar lo narrado, pero la literatura termina por ser la lente desde donde se observa el drama histórico, social e íntimo. Pancho Villa se confunde en la memoria del general con el Tigre de Alica, y el propio general, a los ojos del narrador —su hijo—, se muda en un Quijote atribulado y caído en desgracia que se alisa la piocha frente a un Pancho Villa que se metamorfosea en Roque Guinart. El cautiverio se impone. La literatura y la acción, las armas y las letras, el peso tremendo y terrible que encierran las palabras revelan y dirigen la acción y la vida toda del general a los ojos de su hijo. La *poiesis* del creador se confunde con la voluntad del hacedor. No puede haber discrepancia alguna, porque de haberla sería una fisura, un engaño que no tiene cabida en la vida de un héroe. De ahí la inmólación, el carácter trágico y romántico del hombre que se sacrifica en pos de un destino que ya no está en sus manos, que no le pertenece.

He visto cómo mis hijos se despiden.
 Me he visto enredado entre sus madejas de afecto,
 he puesto las piedras en el canto de la ventana,
 me he levantado con ellos y acompañado a la puerta.
 No estuve cuando tendieron las camas, cuando lavaron
 los platos,
 tiraron la basura, recogieron y doblaron las toallas, se despidieron de las paredes,
 de los espejos, muebles y armarios que aún resisten.
 Los libreros,
 las puertas, la alacena, los cajones, los libros y cuadros.
 Los tapetes,
 las sillas, la quietud del jardín visto desde adentro,
 el zumbir de las abejas,
 los pájaros que cruzan, el rocío sobre las delgadas hojas
 del zacate.
 Los he visto cuando todavía circulaban por la casa. Antes, era
 otro tiempo,
 simplemente estaban o no estaban. Los pájaros hacían
 sus nidos
 y los árboles no paraban de crecer. Ahora es distinto porque
 los pájaros
 siguen haciendo sus nidos
 y los árboles no paran de crecer.
 Es distinto, y nada se detiene; por ejemplo, mi taza de café
 sigue girando en el micro;
 yo la veo como siempre por un espacio de cuarenta segundos.
 Es engañoso, el mundo es perversamente engañoso, porque
 se empeña en hacerme pensar
 que sigue igual, y se vale de todo
 para confundirme. La lavadora, bajo la secadora, sigue funcionando,
 el foco parpadea toda la noche, el gallo, el borracho de siempre

transitando la calle, cantando desde su rama, anunciando
una mañana
que debe ser como todas. El café en el frasco y la leche en la
puerta del refri.
Todo dispuesto para confundirme, para hacerme vivir una
irrealidad, un engaño.
Pero mis hijos llegaron con sus bolsas de mandado, llegaron
con su ropa, sus cobijas,
sus cepillos de dientes, su pasta dental, la perrita, sus planes
de quedarse
todo el fin de semana.
Yo llegué después. Ya estaban instalados. La perrita corría
por el jardín, el fuego ardía
en el asador;
el de siempre, el de todas las comidas, el de Navidad, fin de
año, aniversarios, puentes,
días de asueto que corren y permanecen como las estaciones
del año.
Pero entre sus guiños y gestos, en su ir y venir, poner la
mesa, marinar la carne,
hacer la ensalada,
exprimir los limones, cortar el tomate, la cebolla, traer el queso,
y ese fuego que se parece tanto a aquel otro, el que hoy no
arde, el de la chimenea,
yo podía sentir cómo se iban despidiendo, cómo evitaban
tocarme o abrazarme,
cómo todo seguía tan igual con la complicidad de los pájaros
y de los árboles;
incluso la perrita seguía ladrándole a las hojas de la buganvi-
lia que no cesaban de caer.
Las hojas caían como siempre, y como siempre las veía con
gran emoción.
Se han ido y yo permanezco en la mecedora frente a la tapia
viendo la noria.

Cuando llegamos, hace casi veinte años, dijimos que tenía-
mos que apuntalar
y reconstruir la noria.
Sembramos árboles, construimos cuartos, pasillos, buganvi-
lias, rosales, eucaliptos
de la India y encinos rojos que no lograron sobrevivir.
Pasamos temporadas; unas reales y otras ficticias. Pero se
convirtió en nuestra casa, y ésta
se llenó de libros, muebles, recuerdos, tapetes, cuadros,
antiguallas
que nos parecían verdaderos tesoros.
Ahora que se han ido, los objetos permanecen como un
bosque que me rodea,
un barco, la ventanilla de un avión que me permite pensar
en ti momentos antes
de aterrizar.
La noria sigue igual a como hace veinte años, y ella, paradó-
jicamente, es la única
que me advierte
que, pese a todas las apariencias, a todas esas madejas de
afecto que dejan mis hijos
al despedirse,
el mundo ha cambiado, aunque los pájaros sigan haciendo
sus nidos y los árboles
no dejen de crecer
y yo siga en mi mecedora viendo un mundo que ya no es.

VI

Estoy en Higuera, en mi habitación, viendo cómo cae una
inesperada pero deseada lluvia de verano que anega el jardín
y a un jovencísimo durazno que se debate entre la vida y la
muerte. Sobre mi escritorio la *Obra poética* de Borges, *Obras*
de Gilberto Owen y la segunda edición de 1967, con prólogo
de Gastón García Cantú, de la *Oración del 9 de febrero* de

Alfonso Reyes. Desde mi ventana, contra el muro, un viejo mezquite que aparece más joven, mucho más joven, como escenario de fondo en una fotografía de mi padre, muy joven también, de sombrero ancho y con un potrillo entre sus brazos. Esa sombra, la del padre de Hamlet, se deja sentir en el bochorno y claroscuros del jardín. Leo primero *Fervor de Buenos Aires*. Después *Línea*, de Gilberto Owen. *Cuaderno de San Martín* y *Luna de enfrente*, de Borges, del muy joven Jorge Luis Borges (Boris Pasternak, al inicio de su relato autobiográfico *El salvoconducto*, nos presenta una impresionante descripción de su encuentro, en 1900 en la estación Kursk de Moscú, con el joven poeta Rainer Maria Rilke. Pasternak era un niño que iba con sus padres a recibirlo. Lo describe, al bajarse del vagón, como "una silueta en medio de cuerpos, una ficción en las entrañas de la realidad". La traducción es de Ernesto Hernández Busto y Víctor Gallego. Reyes, por su parte, no se queda atrás y describe a Borges como "un hombre medio naufragado en el mundo físico". Me llaman la atención estas descripciones que se tocan y saludan desde una dimensión donde se revela el lado metafísico de la impresión de un encuentro que exige una atención desmedida y sumamente aguda). Termino con gran placer contemplando esa sombra que, al atisbar a la ciudad de Linares, entrega su destino a la voluntad de los dioses; es decir, con la *Oración del 9 de febrero*, de Alfonso Reyes. Las cartas están sobre la mesa, las vísceras humeantes de las reses están por revelar sus designios, la quimera de Edipo asecha, las trampas de la memoria son muchas y están más que vivas. Reyes está agobiado por un presente que lo sorprende, lo fascina y seduce, pero también lo cansa, le resulta contrario a su carácter. Pero ahí está con su viejo amigo Pedro Henríquez Ureña, con el que años atrás discutió sobre el también joven poeta, ahora muerto, Ramón López Velarde. Ha pasado el tiempo y mucha agua ha corrido. Ahora se trata de un joven poeta argentino y de

un escritor mexicano en plena madurez. Las cosas han cambiado, pero los recuerdos y las cuentas por saldar exigen su hora. En *Línea*, de Gilberto Owen, el padre es una sombra, en los poemas de Borges una estirpe de militares que se ve desde una extraña galería de luz muy tenue, cantados en una voz desprovista de toda grandilocuencia y horadada por una memoria íntima y (;por qué no?) reaccionaria, como escribiera aquél en su "Retorno maléfico". El espacio se manifiesta en un pasado que exige la expresión que lo recree, que le dé peso y forma a esa sombra que es el padre, ese peso sobre los hombros de ese Eneas que no puede quedarse, que tiene que salir huyendo a reconstruir la nueva Ilión, al que aún le espera una tremenda y larga noche en Cartago.

La década de los treinta, para Alfonso Reyes, fue una dura y prolongada experiencia de fina, categórica y profunda educación sentimental. Lo más cercano, aquello que me rodea como una columna de humo sacrificial, es la sostenida rogativa de la "Lamentación de Dido", de Rosario Castellanos.

Para ser primero de mayo una luz muy intensa que no permite abrir del todo las persianas.

El *blackout* hace que la sala parezca un estrecho camarote.

En cualquier momento se puede abrir una puerta que no existe y entra el protagonista de "El fogonero", de Franz Kafka.

Igual a la escena del verdugo en el privado del banco al tiempo que unos artistas de Corea del Norte entonan, entre aplausos y vítores, la Internacional.

No olvidemos a nuestros héroes, a esos fantasmas que nos han dado todo,

nuestros derechos laborales, las ocho horas de trabajo, aquellas mujeres
que no salieron más de su taller, o las sufragistas cuyas cenizas se confundieron,
al salir de un desagüe, con las aguas de un río.

He tomado un desayuno que no me compromete, me permite flotar y no atorarme
en los sargazos de la orilla, ir navegando junto a la princesa, hacer bucos en la alberca, quedarme suspendido con el agua a la cintura.

Pero no me compromete. Mi desayuno lo pude haber tomado en un hotel de Ávila,
también en otro muy semejante en Concepción. En los dos los meseros no sonreían
y su cortesía se veía asaltada por problemas familiares que no pudieron dejar en casa.

El de la micro venía cargado, el de cercanías muy desprovisto, y yo, en silencio,
casi sin levantar la cabeza, llevaba la cucharita del yogur a mis labios.

Mi pan tostado, que en la literatura argentina se describe como tostada,
me veía a la derecha junto a las dos rebanadas de jamón.

El queso,
como la mantequilla o manteca, un poco más lejos. Pero todo, lo confieso,
al alcance de mi mano.

Todo parecía estar al alcance de mi mano. Me decidí por Concepción
y dejé lejos a mis amigos de Ávila. Los dejé descansar en un invierno

que ha de durar mucho; muchos serán los días que transcurran, pero ellos
se levantarán, a la mañana siguiente, como si nada, más gustosos y alegres
y se reunirán en el centro a desayunar unos huevos rotos. Nadie se acordará.

Me quedé en Concepción. Estoy desayunando en El Araucano,
frente a la terraza, adentro, porque afuera hace frío y un sol que quema.
No hay sombrilla que lo logre atajar. Si estás tomándote un café o una limonada,
si te acompaña María Luisa o Edson, tendrás que mover tu silla,
buscar el ángulo donde no pegue el sol, donde no te alcance el humo del cigarro,
y a pesar de todo, el viento jugará su apuesta poniendo las cartas sobre la mesa.
Pero no estoy ahí. Recordemos el coro que irrumpe en la escena del juicio a Galileo
en la obra de Brecht.
No estoy ahí en esa grieta que se descubre gracias a la luz de la luna en el relato de Poe.
No soy el personaje de la literatura rusa que por la tarde lo tiene todo y al amanecer
se pega un tiro.

Estoy solo; es cierto, sentado a la mesa. Abandoné Ávila, pero no por eso
estoy en Concepción;
y si estuviera tan lejos podría no estar hospedado en El Araucano. Podría caminar

por calles angostas, esquinas húmedas y arboladas que pudieran semejar
los suburbios de Varsovia en una película filmada
por Kieślowski.

Tengo todo a mi alcance, pero no estoy en Concepción,
tampoco imagino,
por el sol de la ventana, estar en Varsovia.

Sí, es primero de mayo. He visto, escuchado, vivido y leído
todo lo aquí nombrado.
Son evocaciones, pálidas sombras que ya ocurrieron o que
podrían suceder,
repetirse como en un sueño, ser un cuadro que honre y dignifique a nuestros héroes,
a esos mártires hoy evocados en la efeméride del día.
No hay desfiles
ni concentraciones. Sólo cinco espacios a la mesa que
me acompañan,
lo mismo aquí que en cualquier otro lugar.

(2020)

Febrero de Caín: signo funesto

Ludivina Cantú Ortiz

Hoy recuerdo a los muertos de mi casa.
Rostros perdidos en mi frente, rostros
sin ojos, ojos fijos, vaciados,
¿busco en ellos acaso mi secreto,
el dios de sangre que mi sangre mueve,
el dios de yelo, el dios que me devora?
Su silencio es espejo de mi vida,
en mi vida su muerte se prolonga:
soy el error final de sus errores.

Octavio Paz, *Elegía interrumpida*

La historia de México es cíclica y trágica. Ya lo dijo Octavio Paz en su libro *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, así como los testimonios conocidos del México antiguo en los que se relata el nacimiento y destrucción de los cuatro soles cosmogónicos que corresponden a los períodos de la historia prehispánica. Hasta hoy, ha sido cíclico el tiempo de nuestra historia. De acuerdo con los informantes de Sahagún, antes de que llegaran los españoles a costas mexicanas aparecieron ocho signos funestos que anunciaron la caída del mundo antiguo en México-Tenochtitlan. Éste ha sido el sino de nuestra historia, los signos funestos han anunciado los cambios en el orden existencial: conquista, colonia, independencia, reforma, revolución... En esta configuración

histórica un elemento ha estado presente siempre: la muerte. La muerte que, al decir de Octavio Paz,

es un espejo que refleja las vanas gesticulaciones de la vida. Toda esa abigarrada confusión de actos, omisiones, arrepentimientos y tentativas —obras y sobras— que es cada vida, encuentran en la muerte, ya que no sentido o explicación, fin. Frente a ella nuestra vida se dibuja e inmoviliza. Antes de desmoronarse y hundirse en la nada, se esculpe y vuelve forma inmutable: ya no cambiaremos sino para desaparecer.¹

La vida del hombre se teje en el tiempo, por ello estamos inmersos en un tiempo y una historia, esta es nuestra condición mortal, dice Paz.² En este tiempo y ésta historia los signos funestos aparecen cargados de fatalidad, destrucción y muerte. Hubo, en 1912, avisos premonitorios de lo que habría de ocurrir en el febrero de dolor y muerte de 1913. Hacía un año ya que el general Bernardo Reyes cumplía una sentencia por sedición en la prisión militar de Tlatelolco, en la Ciudad de México. En la realidad histórica, con Porfirio Díaz se había ido la fuerza política del general Reyes, su heroicidad en la guerra contra Francia, sus veinte años como gobernador de Nuevo León y el prestigio militar del que había gozado; no así de su mente y de su corazón, ni en el de sus correligionarios, para quienes seguía siendo el líder moral que garantizaría la estabilidad y el progreso que no alcanzaban a vislumbrar con el gobierno de Madero: planificaron su liberación para que encabezara el alzamiento que despojaría del poder al presidente de México. El general aceptó su destino: la gloria o la muerte.

Mal repuesto todavía de aquella horrachera de popularidad y del sobrehumano esfuerzo con que se la había sacudido, perturbada

¹ Octavio Paz, *El laberinto de la soledad* (México: Fondo de Cultura Económica, 1993), 21.

² Paz, *El laberinto de la soledad*, 25.

ya su visión de la realidad por un cambio tan brusco de nuestra atmósfera que, para los hombres de su época, equivalía a la amputación del criterio, vino, sin quererlo ni desearlo, a convertirse en la última esperanza de los que ya no marchaban a compás con la vida. ¡Ay, nunca segundas partes fueron buenas! Ya no lo querían: lo dejaron solo. Iba camino de la desesperación, de agravio en agravio. Algo se le había roto adentro. No quiso colgar el escudo en la atarazana. ¡Cuánto mejor no hubiera sido! ¿Dónde se vio al emérito volver a mezclarse entre las legiones? Los años y los dolores habían hecho ya su labor.³

La noche del 8 de febrero fue tensa. El general Bernardo Reyes, de 62 años, pidió que le hicieran llegar ropa fina para cuando saliera de la cárcel; quería estar lo más presentable para encabezar la que fue considerada una nueva revolución. Para la mañana del domingo 9, el proyecto de conspiración había funcionado en términos generales: sin un solo disparo, las puertas de la prisión de Tlatelolco se abrieron de par en par. Quienes lo aguardaban a su salida le ofrecieron un caballo y él pareció rejuvenecer al montar...⁴

la aguja del instantero
recorrerá su cuadrante
todo cabrá en un instante
(Xavier Villaurrutia, *Décima muerte*)

A las puertas del Palacio Nacional el general Bernardo Reyes fue el primero en caer, así como muchos de los suyos y gente del pueblo que se encontraba en el Zócalo; fue la primera vez, durante la contienda, que la Ciudad de México conoció la muerte de civiles en sus calles, los gritos de los heridos, el retumbar de cañones y la lluvia de balas de ametralladoras.

³ Alfonso Reyes, *Oración del 9 de febrero*, en *Recoge el Día. Antología temática*, selección, prólogo y notas de Alfonso Rangel Guerra (México: El Colegio de México, 1997), tomo 1, 72.

⁴ Gerardo Díaz, "Muerte el general Bernardo Reyes", en *Relatos e historias en México* 11, número 126, (febrero de 2019).

Nadie sale indemne de la experiencia de la muerte del padre. El día 9 de febrero de 1913 dejará una marca indeleble en el alma de Alfonso Reyes para siempre:

De repente sobrevino la tremenda sacudida nerviosa, tanto mayor cuanto que la muerte de mi padre, fue un accidente, un choque contra un obstáculo físico, una violenta intromisión de la metralla en la vida y no el término previsible y paulatinamente aceptado de un acabamiento biológico. Esto dio a su muerte no sé qué aire de grosería cosmogónica, de afrenta material contra las intenciones de la creación. Mi natural dolor se hizo todavía más horrible por haber sobrevenido aquella muerte en medio de circunstancias singularmente patéticas y sangrientas, que no sólo interesaban a una familia, sino a todo un pueblo. Su muerte era la culminación del cuadro de horror que ofrecía entonces toda la ciudad.⁵

En la concepción de Alfonso Reyes, el dolor por la caída del padre no se debe sólo a la pérdida del prestigio del gran gobernador, las glorias del militar honorable, o la aureola del posible sucesor presidencial, sino a la pérdida del héroe de una vida, la propia, la de Alfonso, su sostén emocional, el corazón que en su melancolía lo respaldaba y lo confortaba... *aquel al que al evocarlo había sido para mí un alivio*, dice Reyes.

A la hora de las mayores desesperaciones, en lo más combatido y arduo de las primeras pasiones, que me han tocado, mi instinto acudía de tiempo en tiempo al recuerdo de mi padre, y aquel recuerdo tenía la virtud de vivificarme y consolarme.⁶

No, sigue diciendo Reyes,

no es su presencia real lo que más me falta, con ser tan cálida, tan magnética, tan dulce y tan tierna para mí, tan rica en estímulos para mi admiración y mi fantasía, tan satisfactoria para mi sentido de los estilos humanos, tan halagadora para mi orgullo de hijo,

⁵ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, 65.

⁶ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, 64.

tan provechosa para mi sincero afán de aprendiz de hombre y de aprendiz de mexicano (¡porque he conocido tan pocos hombres y entre éstos, tan pocos mexicanos!) No lloro por la falta de su compañía terrestre, porque yo me la he sustituido con un sortilegio o si preferís, con un milagro. Lloro por la injusticia con que se anuló a sí propia aquella noble vida; sufro porque presiento al considerar la historia de mi padre, una oscura equivocación en la relojería moral de nuestro mundo; me desespera, ante el hecho consumado que es toda tumba, el pensar que el saldo generoso de una existencia rica y plena no basta a compensar y a llenar el vacío de un solo segundo. Mis lágrimas son para la torre de hombre que se vino abajo; para la preciosa arquitectura —lograda con la acumulación y el labrado de materiales exquisitos, a lo largo de muchos siglos de herencia severa y escrupulosa— que una sola sacudida del azar pudo deshacer.⁷

En *Parentalia*, uno de los libros en que también aborda el tema de su padre, Alfonso Reyes confiesa:

Yo bien hubiera querido —y mi ternura se atrevió a sugerírselo— verlo consagrado a escribir sus memorias cuando regresó de Europa, en vez de verlo intervenir a destiempo en los últimos acontecimientos que lo condujeron a un fin trágico.⁸

No sucedió así. El general era un héroe moderno, como el que describe Forster, en cuyo destino se encontraba una voluntad que no pudo sustraerse a la violencia y la irracionalidad, allí donde creyó poder intervenir en la marcha de los acontecimientos. Fragilidad del héroe, señala Forster, que es desbordado por sus propias acciones, que es sacudido por la violencia que obedece los designios de una razón que se pensó todopoderosa.⁹

⁷ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, 68 y 69.

⁸ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, 66.

⁹ Ricardo Forster, "La muerte del héroe", *Pensamiento de los confines* 9/10 (agosto de 2001): 74-90, http://rayandolosconfines.com/pc9_forster.html.

Fragilidad que propicia la caída del héroe, dice García Gual. La fragilidad del general sobrevino cuando escuchó el canto de las sirenas, cuando se dejó convencer de que debía dirigir la rebelión. Al final, explica García Gual, el héroe se rompe, muere y cae, víctima de su trágico destino.¹⁰

En esta caída del héroe, el general Bernardo Reyes se llevó consigo al hombre y el nombre que había sido. Destino de fatalidad y muerte. Por su parte, en su concepción de la muerte y la forma de morir, Octavio Paz establece:

Nuestra muerte ilumina nuestra vida. Si nuestra muerte carece de sentido, tampoco lo tuvo nuestra vida. Por eso cuando alguien muere de muerte violenta, solemos decir: "se la buscó". Y es cierto, cada quien tiene la muerte que se busca, la muerte que se hace. Muerte de cristiano o muerte de perro son maneras de morir que reflejan maneras de vivir. Si la muerte nos traiciona y morimos de mala manera, todos se lamentan: hay que morir como se vive. La muerte es intransferible, como la vida. Si no morimos como vivimos es porque realmente no fue nuestra la vida que vivimos: no nos pertenecía como no nos pertenece la mala suerte que nos mata.¹¹

Sin embargo, para Carlos García Gual no hay "bella muerte" para ningún héroe; las hay crueles y muy trágicas, como la de Heracles y las de Ayante y Agamenón; y otras extrañas, como la de Jasón o Teseo, por ejemplo.

La muerte clausura la vida heroica como un telón sombrío, que cae de golpe antes o después. Pero lo que ilumina la existencia del héroe es el empeño en realizar lo aparentemente sobrehumano, arriesgando la vida por amor a la gloria, sin reparar en la muerte, que siempre amenaza y acaba llegando, inevitable y definitiva.¹²

He aquí una visión romántica de la vida del héroe, que le dará sentido a su muerte. La muerte del general Reyes, y su

¹⁰ Carlos García Gual, *La muerte de los héroes* (Madrid: Turner Noema, 2016), 10.

¹¹ Paz, *El laberinto de la soledad*, 21.

¹² García Gual, *La muerte de los héroes*, 13.

forma de morir, significan para el hijo, Alfonso, una traición del destino, una gran pérdida: el padre muere como un rebelde, como traidor, en un acontecimiento ilegítimo; luego de una larga vida entregada a la Patria, una vida signada por el heroísmo y la lealtad, con una tradición de héroes familiares que le precede, defensores de las instituciones liberales, dirá Reyes en *Parentalia*, él mismo héroe de otros tiempos, con su caída pierde para sí y para su familia todo cuanto su nombre significa, pierde el sentido de su vida. En un instante, "una oscura equivocación en la relojería moral del mundo"¹³ cambió para siempre su destino: destino trágico del padre, destino trágico del hijo.

Éste es el insondable dolor que Reyes llevará consigo durante toda su vida: no la pérdida biológica del padre, sino la pérdida de su significación; no la pérdida de la presencia física, terrenal, sino la ausencia misma del padre, que se vuelve su centro. Además de, según señala Anthony Stanton,¹⁴ la clara conciencia del hijo de haber perdido las seguridades de antaño, de haber sido separado de la casa familiar, de sus recuerdos y de su identidad anterior, tal vez, de su propia condición de hijo, como lo deja entrever el mismo Reyes en un poema escrito en abril de 1913, dos meses después de la muerte de su padre:

Ayer yo tuve canciones
para saludar contento
al arroyo de mi fuente
y al árbol de mi sendero.
Hoy, en frío y soledad,
tan aterido y señoero,
¿quién dirá que soy el mismo,

¹³ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, 69.

¹⁴ Anthony Stanton, "Poesía y autobiografía en un momento de la obra de Alfonso Reyes (1908-1916)", *Nueva Revista de Filología Hispánica* 61, núm. 2 (2013): 538. <https://doi.org/10.24201/nrfh.v61i2.1105>.

quién dirá que soy el dueño
de aquella mansión dorada,
morada de mis recuerdos?¹⁵

Por otra parte, el dolor perpetuo viene también por la culpa que atormenta al hijo: "Durante los días de Santiago Tlatelolco y la prisión militar de mi padre", escribe Reyes a Martín Luis Guzmán,

Yo era muy niño, era el poeta, el soñador de la casa, de quien se hacía poco caso para las "cosas de hombres". Y usted sabe bien (usted mismo fue el intermediario de cierto mensaje que, venido de más alto y a través de Alberto Pani, me ofrecía la libertad de mi padre a cambio de mi palabra sobre que él se alejaría y se abstendría de la vida pública) que mis tímidas insinuaciones no servían de nada, y que, así, tuve la inmensa desgracia de perder lo que, con unos pocos más años, un poco de más experiencia y más grosería de espíritu, hubiera podido salvar.¹⁶

No pudo salvarlo de su vida, pero sí de su muerte, pues será Alfonso el que habrá de reivindicar el nombre de su padre y poetizar al hombre, al volverlo palabra, signo; lo saca de su historia trágica y lo ubica en la historia mítica, íntima, personal; lo rescata, engrandece y reelabora, así evitará que el general quede oculto para siempre en el lugar del olvido, en el silencio absoluto de la muerte. Y cual poeta griego, cantará la vida del padre y lo transformará en héroe legendario:

¿Dónde hemos hallado el airón de esa barba rubia, los ojos zarcos y el ceño poderoso? Las cejas pobladas de hidalgo viejo, la mirada de certero aguilucho que cobra sus piezas en el aire, la risa de conciencia sin tacha y la carcajada sin miedo. La bota fuerte con el cascabel del acicate, y el repiqueteo de la cadena. Aire entre apolíneo y jupiterino, según que la expresión se derrame por la serenidad

¹⁵ Alfonso Reyes, "Noche de consejo", *Repaso poético*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1959), tomo x, 65 y 66.

¹⁶ Alfonso Reyes, *Escritos a la muerte de mi padre* (México: El Colegio de México, 2014), 23 y 24.

de la paz o se anude toda en el temido entrecejo. [...] Desde allí dispara sus flechas una voluntad que tiene sustancia de canción. Todo eso lo hemos hallado seguramente en la idea: en la Idea del héroe, del Guerrero, del Romántico, del Caballero Andante, del Poeta de Caballería. Porque todo en su aspecto y en sus maneras, parecía la encarnación de un dechado.¹⁷

Así, Reyes hace valer la premisa de García Gual, quien dice: "Contra el olvido, los nombres de los héroes perduran en la red imaginaria de la mitología, y en la literatura que se alimenta de sus historias y recuenta sus hazañas con nuevos acentos".¹⁸ Con ello, el general Bernardo Reyes, que habita dos historias paralelas, permanecerá en la memoria colectiva dibujado por la mirada doliente y amorosa del hijo.

Reyes dará una nueva dimensión a la figura del padre en el afán de disipar el fantasma de su muerte; en la literatura, la vida del general tendrá el sentido que le corresponde, será el Héroe, el Guerrero, el Romántico, el Caballero Andante, el Poeta de Caballería, en la medida del amor del hijo y sus recuerdos. Así permanecerá para siempre en la memoria del tiempo infinito, y el hijo expiará su culpa al inmortalizar su dolor por la ausencia del padre, a quien no dejará de preguntar:

¿En qué rincón del tiempo nos aguardas,
desde qué pliegue de la luz nos miras?
¿Adónde estás, varón de siete llagas,
sangre manando en la mitad del día?

Febrero de Caín y de metralla:
humean los cadáveres en pila.
Los estribos y riendas olvidabas
y, Cristo militar, te nos morías...

Desde entonces mi noche tiene voces,
huésped mi soledad, gusto mi llanto.

¹⁷ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, 78.

¹⁸ García Gual, *La muerte de los héroes*, 11 y 12.

Y si seguí viviendo desde entonces

es porque en mí te llevo, en mí te salvo,
y me hago adelantar como a empujones,
en el afán de poseerte tanto.

(Reyes, Río de Janeiro, 1932)¹⁹

Referencias bibliográficas

Díaz, Gerardo. "Muere el general Bernardo Reyes". *Relatos e historias en México* 126 (febrero de 2019).

Forster, Ricardo. "La muerte del héroe". *Pensamiento de los confines*, 9/10 (agosto de 2001): 74-90. http://rayandolosconfines.com/pc9_forster.html

García Gual, Carlos. *La muerte de los héroes*. Madrid: Turner Noema, 2016.

Heine, H. *Ideas o El libro del tambor le Grand*, citado en Adolfo Castañón, *Alfonso Reyes: caballero de la voz errante*. Universidad Autónoma de Nuevo León, Academia Mexicana de la Lengua, Juan Pablos Editor, México, 2012.

Paz, Octavio. *El laberinto de la soledad*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993.

Reyes, Alfonso. *Oración del 9 de febrero*. Tomo 1, *Recoge el Día. Antología temática*. Selección, prólogo y notas de Alfonso Rangel Guerra. México: El Colegio de México, 1997.

Reyes, Alfonso. *Parentalia*. México: Los Presentes, 1954.

¹⁹ Alfonso Reyes, "† 9 de febrero de 1913", *Repaso poético*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1959), tomo x, 146 y 147.

Reyes, Alfonso. *Parentalia*. México: Fondo de Cultura Económica, 1958.

Reyes, Alfonso. *Escritos a la muerte de mi padre*. México: El Colegio de México, 2014.

Reyes, Alfonso. *Repaso poético*. Tomo x, *Obras completas de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1959.

Stanton, Anthony. "Poesía y autobiografía en un momento de la obra de Alfonso Reyes (1908-1916)". *Nueva Revista de Filología Hispánica* 61, núm. 2 (2013): 521-556. <https://doi.org/10.24201/nrfh.v61i2.1105>

**La escritura catártica en la *Oración del 9 de febrero*
de Alfonso Reyes**

Mónica Torres Torija G.

¿En qué hondonada esconderé mi alma
para que no vea tu ausencia
que como un sol terrible, sin ocaso,
brilla definitiva y despiadada?

Jorge Luis Borges, "Ausencia" (1923)

Como buen erudito y humanista, Alfonso Reyes supo encontrar en la escritura el poder catártico de la palabra, ya que el acto mismo de escribir es un modo fantástico de explorar la realidad y hurgar en uno mismo, de descubrir con asombro lo que la escritura ilumina; permite, incluso, transitar por un duelo que ha sido largo y doloroso: un ejercicio de memoria, un sumergirse en el recuerdo para hilvanar experiencias que cicatricen las heridas afectivas derivadas, en el caso de este escritor, de la trágica muerte de su padre, el general Bernardo Reyes. "La escritura abre y cauteriza al mismo tiempo las heridas", dice Juan José Millás, un proceso que permite transitar por el duelo con una conciencia que logra poner distancia de la muerte e integrar todas las piezas del estado anímico: "exorcizar los demonios de la desesperación", dirá Juan Domingo Argüelles.

Varios críticos que han estudiado los pasajes autobiográficos en la obra de Alfonso Reyes han señalado el impacto tan profundo que fue el deceso de su padre. El fuerte influjo del general Bernardo Reyes, su muerte y los efectos de su pérdida revelan una honda carga psíquica, pues según Anthony Stanton: "la muerte de éste, el 9 de febrero de 1913, es sin duda el evento más traumático en la vida del hijo y un episodio difícil de asumir por las circunstancias políticas e históricas que la rodean".¹ Por otro lado, José Alvarado considera que "Alfonso Reyes cargó toda su vida el luto por la muerte de su padre y ese luto se advierte en la parte más importante de su obra, constituye el aliento de sus mejores páginas y el aceite de su lámpara".² Por último, la aseveración de José Luis Martínez no hace más que constatar un hecho que resalta en las memorias alfonsinas: "La veneración por el recuerdo de su padre y el dolor por su trágica muerte fueron constantes en el corazón de Alfonso Reyes".³ Para ejemplo, podría mencionar unas líneas de la *Oración del 9 de febrero* donde el escritor empieza con una breve descripción de la relación que tenía con su padre, señalando que aunque había diferencias en cuanto a formas de ver el mundo, sentía una profunda admiración, respeto y amor por el padre: "Él me llevaba más de cuarenta años, y se había formado en el romanticismo tardío de nuestra América. Él era soldado y gobernante. Yo iba para literato. Nada de eso obstaba".⁴

¹ Anthony Stanton, "Poesía y autobiografía en un momento de la obra de Alfonso Reyes (1908-1916)", *Nueva Revista de Filología Hispánica* 61, núm. 2 (2013): 521, <https://doi.org/10.24201/nrfh.v61i2.1105>.

² José Alvarado, *Visiones mexicanas. Lecturas Mexicanas* 68 (México: SEP, 1985), 53.

³ José Luis Martínez, "Las memorias de Alfonso Reyes", *Nueva Revista de Filología Hispánica* 37, núm. 2 (1989): 488, <https://doi.org/10.24201/nrfh.v37i2.760>.

⁴ Alfonso Reyes, *Oración del 9 de febrero*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1990), tomo XXIV, 25.

Para comprender la escritura catártica contenida en la *Oración del 9 de febrero* es importante retomar algunas consideraciones teóricas. El duelo se asume como la reacción natural ante la pérdida de una persona, o la reacción emocional y de comportamiento en forma de sufrimiento y aflicción cuando un vínculo afectivo se rompe. Según Gómez-Sancho, "el duelo incluye componentes psicológicos, físicos y sociales, con una intensidad y duración proporcionales a la dimensión y significado de la pérdida".⁵ Por ello, el duelo es una tensión emocionalmente muy dolorosa entre la ilusión que permitiría creer en la permanencia del ser perdido y la evidencia de la realidad de su inexistencia, hasta que finalmente se impone ésta, "de modo que el sujeto en duelo puede liberarse y desenvolverse de nuevo a la vida, quedando en el olvido el amado ausente, o bien confinado al área del recuerdo y la nostalgia".⁶

Geoffrey Gorer al analizar el duelo en Occidente afirma que: "el trabajo del duelo es favorecido u obstaculizado y su evolución facilitada o convertida en peligrosa según la manera en que la sociedad en general trata a quien está de duelo".⁷ Aquí habría que mencionar que si bien la muerte del general Bernardo Reyes ocurre en un fallido levantamiento, han sido también "días aciagos" los días previos, como el mismo Alfonso los ha calificado, razón por la que, cuando ocurre la muerte de su padre, se enfrenta no sólo al dolor, sino también a otras circunstancias adversas, como la relación con su hermano Rodolfo, hacia quien siente cierto malestar por haber instigado a su padre a realizar la confrontación armada; y,

⁵ Marcos Gómez Sancho, *La pérdida de un ser querido, el duelo y el luto* (Madrid: Arán Ediciones, 2004), 13.

⁶ Carlos Cobo Medina, *El valor de vivir: Elogio y razón del duelo. De cómo el ser humano se defiende del dolor por la muerte de un ser querido* (Madrid: Ediciones Libertarias, 1999), 39.

⁷ Citado en Jean Allouch, *Erótica del duelo. En tiempos de la muerte seca* (Buenos Aires: El cuenco de plata, 2011), 54.

por otro lado, un velado sentimiento de culpa, por no haber intervenido para hacer cambiar de opinión a su padre, notificándole la petición de Madero de que se retirara de la vida política a cambio de su libertad. Reyes sufrirá amargamente con estos sentimientos que lo atormentarán y afectarán su corazón durante 17 años, tiempo tras el cual, al escribir la *Oración del 9 de febrero*, pareciera que finalmente cauteriza las heridas en una catarsis liberadora.

Ahora bien, la muerte del padre ha tenido lugar en un enfrentamiento donde el general, en una actitud casi irracional, continúa con su plan de tomar Palacio Nacional a sabiendas de que lo esperan para hacerle frente. En cuestión de minutos, una vez que Bernardo Reyes llega y entabla un diálogo aparentemente cordial con el general Lauro Villar, se percata de la inminente confrontación, empieza la balacera y cae muerto. Esta muerte violenta, inesperada, provocada por los "hados de febrero" y la continuación de los "días aciagos", causará gran sufrimiento a Alfonso: "Si la pérdida de la persona amada —en este caso el padre— es súbita e imprevisible, el dolor es absolutamente insoportable por su carácter de inasimilable por el yo".⁸

Lo que realiza Reyes en la *Oración del 9 de febrero* es lo que Cobo Medina denomina el "método proustiano" de realización del duelo, que consiste en una autoterapia mediante la memoria:

al contrario que esforzarse en olvidar al muerto querido [...], se trata de recordarlo en todas sus facetas posibles. Según esta especie de rúbrica, ha de producirse en el doliente un penoso proceso afectivo de desgajamiento (destrenzamiento, desligamiento, desleimiento) de los recuerdos vinculados a la relación con la persona querida, como si se hiciera uno por uno.⁹

⁸ Juan David Nasio, *El libro del dolor y el amor* (Barcelona: Gedisa, 1999), 67.

⁹ Carlos Cobo Medina, *El valor de vivir*, 49.

Precisamente, en las *Memorias* que integran los hechos circundantes a la muerte de Bernardo Reyes el escritor irá evocando la figura del padre, una especie de elegía que le permite transitar por el dolor con una presencia que sigue estando con él, pues el vínculo afectivo sigue vivo pese a que durante varios años sólo llegaba a verlo en pocas ocasiones, ya que cuando se encontraba con él su cercanía lo llenaba todo. El recuerdo de su presencia es tan vívido que lo sigue acompañando pero a la vez lo remite a su trágica muerte, lo que provoca que el duelo se prolongue y no cierre su ciclo.

Hacia varios años que sólo veía yo a mi padre de vacaciones o en cortas temporadas. Bien es cierto que esos pocos días me compensaban de largas ausencias porque era la suya una de esas naturalezas cuya vecindad lo penetra y lo invade y lo sacia todo. Junto a él no se deseaba más que estar a su lado. Lejos de él, casi bastaba recordar para sentir el calor de su presencia.¹⁰

Hubo una serie de circunstancias históricas que vaticinaban que los "días aciagos" acabarían siendo trágicos. El general Bernardo Reyes, fiel a Porfirio Díaz, se había rebelado contra Francisco I. Madero a finales de 1911. Este intento fue fallido, razón por la cual fue encarcelado; luego de cerca de un año en prisión, fue liberado la madrugada del 9 de febrero de 1913 por sus principales colaboradores, el general Gregorio Ruiz y el coronel Anaya, para que encabezara un cuartelazo contra Madero.

Para el General Bernardo Reyes tomar el poder con el derrocamiento del presidente Francisco I. Madero significaba la coronación de su lucha por restaurar el orden político y social que había contribuido a establecer [...].

La mañana del 9 de febrero de 1913 se puso en marcha el plan consistente en que dos poderosas columnas de Tlalpau y Tacubaya debían llegar a las tres de la mañana a la Prisión Militar

¹⁰ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 25.

de Santiago Tlatelolco para liberar a Reyes y al General Díaz de la Penitenciaría de Lecumberri para, juntos, tomar por sorpresa el Palacio Nacional, arrestar al Presidente Madero e instaurar un gobierno provisional.¹¹

Por más que los generales Mondragón y Díaz pidieron a Rodolfo Reyes que convenciera a su padre de que no avanzara hacia Palacio Nacional, porque era una temeridad ya que estaba otra vez en poder del Gobierno, el general Bernardo Reyes decidió continuar. Reyes murió al inicio de la rebelión por pedir, en forma por demás insensata, que le fuera entregado el Palacio Nacional. Estos hechos desencadenarían la Decena Trágica, que finalizaría con la muerte de Madero. De esta situación salió beneficiado, por el golpe y la inestabilidad, el general Victoriano Huerta, quien asumió la Presidencia del país, y nombró secretario de Justicia a Rodolfo Reyes. Este hecho y el deceso del padre hicieron que la relación de Alfonso con Rodolfo se complicara y se tornara en la de “un hermano peor que incómodo por el resto de su vida”.¹² Lo que le pesaba más a Alfonso no era tanto el fallido golpe que había puesto fin a la destacada trayectoria militar y política del general Reyes, sino lo trágico y terrible que hacía más dolorosa la situación: “la participación de Rodolfo, quien en lugar de intentar serenar a su padre lo estuvo incitando a que encabezara el cuartelazo contra Madero”.¹³

La muerte de su padre, por las circunstancias en las que sucedió y por las secuelas familiares y políticas que tuvo, fue la mayor experiencia vital, el parteaguas de la vida de Alfonso

¹¹ Edmundo Derbez García, “Treinta segundos y una bala. La muerte del General Bernardo Reyes”, *Actus. Revista de Historia de la Universidad Autónoma de Nuevo León* 11 (2016): 21, <https://rac.db.ua.nl.mx/id/eprint/140/>.

¹² Javier Garcíadiego, “Semblanza”, en *Alfonso Reyes, un hijo menor de la palabra. Anología* (México: Fondo de Cultura Económica, 2015), 17 y 18.

¹³ Garcíadiego, “Semblanza”, 18.

Reyes; tratando de alejarse de toda esta tensión familiar y de una situación política bastante comprometida —pues Victoriano Huerta le había ofrecido el puesto de secretario particular, invitación que rechazó—, se apresura a titularse y acepta el puesto de secretario de la Legación mexicana en Francia, hacia donde se dirige a mediados de 1913, “sumido en una terrible pesadumbre”.¹⁴

La *Oración del 9 de febrero* fue compuesta en Buenos Aires en 1930, 17 años después de los acontecimientos de 1913, nunca fue dada a conocer por Alfonso Reyes; fue publicada póstumamente en México, en 1963, por Ediciones Era, con reproducción del manuscrito en facsímil y prólogo de Gastón García Cantú.¹⁵ Vuelvo de nueva cuenta a la escritura catártica, al intento de Reyes por liberar un dolor acumulado a lo largo de los años, una honda pena que sigue calando en lo más profundo de su corazón. En un itinerario con tintes elegíacos, Alfonso va enfrentando cara a cara el recuerdo —la presencia— del padre, y lo hace desde una mirada afectuosa que dibuja los momentos más entrañables de su juventud. En este traer al presente el recuerdo de la figura del padre, se da un diálogo íntimo y cómplice que subsana la ausencia.

Siempre el evocarle había sido para mí un alivio. A la hora de las mayores desesperaciones, en lo más combatido y arduo de las primeras pasiones, que me han tocado, mi instinto acudía de tiempo en tiempo al recuerdo de mi padre, y aquel recuerdo tenía la virtud de vivificarme y consolarme. Después —desde que mi padre murió—, me he dado cuenta cabal de esta economía inconsciente de mi alma.¹⁶

Su padre se mantiene presente en su memoria y es capaz de consolarlo en los momentos de mayor desesperación. Es,

¹⁴ Garcíadiego, “Semblanza”, 18.

¹⁵ Martínez, “Las memorias de Alfonso Reyes”, 489.

¹⁶ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo xxiv, 26.

quizá, precisamente cuando fallece que repara en cuán significativa es la figura de su padre y la profunda huella que ha dejado en él, tal vez por ello también le es difícil dejarlo ir. Sus sentimientos hacia él se aferran con una tristeza que es incapaz de erradicar. Quizá por eso, transcurridos los años y ya en plena madurez, después de 17 años, logra dar rienda a sus emociones a través de la escritura: vuelca su duelo en palabras para finalmente lograr una experiencia catártica que lo libere de un dolor que ha mantenido consigo.

En aras de descifrar lo que ha sido incomprensible por el dolor, la escritura se convierte en una forma de lanzar un conjuro contra el sufrimiento, que dirime cualquier aspereza que palpita en la relación entre el padre y el hijo. Así, transita con suma cautela en ese sumergirse en los abismos de la conciencia, en los vericuetos de su corazón para poder purgar una pena que ha estado añejada por muchos años. Lanza sus palabras en un afán de expiar un corazón adolorido y apesadumbrado que no ha encontrado sosiego. Víctor Barrera opina que este ejercicio escritural que realiza Reyes está muy próximo a la plegaria, como si fuera una súplica ferviente que el mismo escritor realiza para liberarse de una carga emocional que ha arrastrado por 17 años:

La oración como género de escritura, como obra de elocuencia y persuasión, está cercana a la plegaria: busca la conmoción de la audiencia; pero la oración alfonsina no es una alabanza al padre ni tampoco la defensa desaforada de sus acciones, o no completamente: es, sobre todo, una interpretación de la ausencia, un conjuro contra el dolor. Una lectura que confronta y complementa las diferencias entre el padre y el hijo.¹⁷

¹⁷ Víctor Barrera Enderle, "La espiga solitaria. El duelo como escritura en la *Oración del 9 de febrero* de Alfonso Reyes", *Revista Valenciana* 16 (julio-diciembre 2015): 166, <https://doi.org/10.15174/rv.v0i16.114>.

Plantea Barrera Enderle que busca la conmoción de la audiencia, pero considero que el primer destinatario es el mismo Alfonso, quien habla para sí, para poder nombrar al padre muerto y aceptar la ausencia sin dolor ni pesar. Es descubrir en la ausencia una forma diferente de estar *presente* a través de la memoria, que brinda paliativos para la nostalgia y la melancolía. Una manera diferente —y mejor— de comprender las relaciones humanas y reconocer los lazos afectivos entre padre e hijo, más allá de las diferencias.

Ahora bien, cuando Reyes enfrenta de nueva cuenta la muerte de su padre, lo que causa la mayor afectación es la forma trágica en que se dieron los hechos. La califica de un accidente, una "violenta intromisión de la metralla en la vida" de un personaje que se había distinguido por una trayectoria militar y política admirable, pero a quien las circunstancias atraparon en una encrucijada por demás inesperada, una "grosería cosmogónica" que tienen como desenlace su muerte. El dolor, por ende, se acrecienta por las circunstancias apremiantes en que acontece la rebelión y que terminan por dibujar un cuadro ya de por sí bastante sangriento en la escena histórica del país. Entonces, el dolor de Alfonso Reyes no es solamente por la muerte de su padre, sino también por el horror (los "días aciagos" que habían vivido previamente) de la ciudad y el panorama del acontecer histórico del país.

Mi natural dolor se hizo todavía más horrible por haber sobrevenido aquella muerte en medio de circunstancias singularmente patéticas y sangrientas, que no sólo interesaban a una familia, sino a todo un pueblo. Su muerte era la culminación del cuadro de horror que ofrecía entonces toda la ciudad.¹⁸

La pérdida del general Bernardo Reyes representa no sólo la pérdida del padre sino que, por el talante y la talla moral, estratégica y política del militar de carrera que era, se convertía

¹⁸ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 27.

en una gran pérdida para la nación, pues, a juicio de Reyes, su padre era una de las pocas personas que tenían la capacidad de conducir el destino del país (como lo había demostrado en la gubernatura de su estado), y lo describe metafóricamente aludiendo a las heridas de bala que recibe y que representan, en cierta forma, cómo la patria también ha sido herida:

desaparecía una de las pocas voluntades capaces, en aquel instante, de conjurar los destinos. Por las heridas de su cuerpo, parece que empezó a desangrarse para muchos años, toda la patria.¹⁹

La *Oración del 9 de febrero* retrocede al inicio del duelo para comprender cómo se instaura la figura del padre en la memoria del escritor. Es un personaje que siempre ha estado muy cercano a él, pero ya fallecido, la única forma de poder abrazar la pena es depositándolo en su corazón. Reyes descubrirá, paulatinamente, en esta escritura catártica, que el duelo requiere de tiempo para procesarse y *digerirse*, para que no se quede estancado en el corazón, sino que pueda aceptarse la pérdida sin que cause más dolor.

Yo siento que, desde el día de su partida, mi padre ha empezado a entrar en mi alma y a hospedarse en ella a sus anchas. Ahora creo haber logrado ya la absorción completa y —si la palabra no fuera tan odiosa— la digestión completa.²⁰

En este diálogo íntimo, plegaría casi frenética para curar el dolor —no para olvidar al padre— hay momentos de reticencia, pues la incertidumbre de que la inmensa herida siga abierta, causando estragos y haga mella en su vida y en su quehacer intelectual, le mortifica. Pareciera que basta algo que lo detone para que vuelva a revivir aquello que lamenta y quiere evitar, por eso es menester que las palabras lo expresen,

¹⁹ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 27.

²⁰ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 28.

para poder curar finalmente ese corazón atribulado durante tantos años, para sanar una congoja y dar por terminado un duelo que ya cumplió su cometido.

Pero el golpe contra la realidad brutal de haberlo perdido fue algo tan intenso que puedo asegurar que persiste; no sólo porque persistan en mí los efectos de esa inmensa herida, sino porque el golpe está aquí —íntegro, vivo— en algún repliegue de mi alma, y sé que lo puedo resucitar y repetir cada vez que quiera. El suceso viaja por el tiempo, parece alejarse y ser pasado, pero hay algún sitio del ánimo donde sigue siendo presente.²¹

Alfonso Reyes desnuda su alma y confiesa abiertamente el profundo dolor que le causa la pérdida del padre. “El desgarramiento me ha destrozado tanto [...] Cuando me enfrenté con las atroces angustias de aquella muerte”.²² Lo ha sentido precisamente como un desgarramiento que le ha hecho añicos el corazón, que le ha destrozado su mundo, y ahora carga con la pesadumbre desafiando el mundo adverso que tiene que enfrentar. Le conmueven y lastiman aún más las atroces angustias del fallecimiento, al considerarlas indignas de un gran general de carrera. Considera que ha sido una gran injusticia que se le haya arrebatado la vida de esa manera cuando llevó una existencia ejemplar, llena de nobleza; le parece un gran desacierto histórico el que los sucesos hayan terminado de esa manera sangrienta; llora copiosamente el derrumbamiento de un hombre de carrera en un momento fugaz y —pudiera decirse— por causa del destino aciago:

Lloro por la injusticia con que se anuló a sí propia aquella noble vida; sufro porque presiento al considerar la historia de mi padre, una oscura equivocación en la relojería moral de nuestro mundo; me desespera, ante el hecho consumado que es toda tumba, el pensar que el saldo generoso de una existencia rica y plena no

²¹ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 28.

²² Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 29.

basta a compensar y a llenar el vacío de un solo segundo. Mis lágrimas son para la torre de hombre que se vino abajo; para la preciosa arquitectura —lograda con la acumulación y el labrado de materiales exquisitos, a lo largo de muchos siglos de herencia severa y escrupulosa— que una sola sacudida del azar pudo deshacer; para el vino de siete cónsules que tanto tiempo concentró sus azúcares y sus espíritus, y que una mano aventurera llegó de repente a volcar.²³

Luego de ir destilando todos los momentos que van conduciendo al desenlace fatal, Alfonso Reyes se detiene a dibujar la figura de su padre. En esta evocación, emerge en la *Oración del 9 de febrero* el espíritu del general Bernardo Reyes con toda su grandeza y su gloria. Reyes lo catapulta a las más altas esferas de los estandartes heroicos, tanto en el porte como en el recio carácter, en la agudeza de inteligencia, en la talla moral: es casi el epítome del héroe mexicano; resume en él las cualidades no sólo del Guerrero, sino también del espíritu del Romántico, del Caballero Andante, del gran Poeta de la Caballería, en suma, un dechado de virtudes:

¿Dónde hemos hallado el airón de esa barba rubia, los ojos zarcos y el ceño poderoso? Las cejas pobladas de hidalgo viejo, la mirada de certero aguilucho que cobra sus piezas en el aire, la risa de conciencia sin tacha y la carcajada sin miedo. La bota fuerte con el cascabel del acicate, y el repiqueteo del sable en la cadena. Aire entre apolíneo y jupiterino, según que la expresión se derrame por la serenidad de la paz o se anude toda en el temido entrecejo. Allí, entre los dos ojos; allí, donde botó la lanza enemiga; allí se encuentran la poesía y la acción en dosis explosivas. Desde allí dispara sus flechas una voluntad que tiene sustancia de canción. Todo eso lo hemos hallado seguramente en la idea: en la Idea del héroe, del Guerrero, del Romántico, del Caballero Andante, del Poeta de Caballería. Porque todo en su aspecto y en sus maneras, parecía la encarnación de un dechado.²⁴

²³ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 30.

²⁴ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 39.

Los “hados de febrero”, como llama Alfonso Reyes a estos “días aciagos” que terminan de manera trágica, marcan definitivamente el itinerario vital del escritor. A partir del 9 de febrero de 1913 también Alfonso Reyes muere y vuelve a nacer y toda su obra posterior estará fuertemente vinculada a este día. Finalmente, la *Oración del 9 de febrero* se ha convertido en una escritura liberadora que le ha permitido encontrarse con su pasado, resignificar la Historia y cerrar un duelo que le había estado carcomiendo la existencia. La escritura catártica le permite cerrar un ciclo doloroso para comprender las complejidades del México contemporáneo e intentar resarcir las heridas provocadas por la pérdida del ser querido. El cierre vuelve a enfatizar tan lamentable hecho —haciendo hincapié en el sangriento encuentro—, pero sobre todo que la pérdida de un gran hombre no fue sólo para Alfonso Reyes, sino también para el pueblo mexicano.

Cuando la ametralladora acabó de vaciar su entraña, entre el montón de hombres y de caballos, a media plaza y frente a la puerta de Palacio, en una mañana de domingo, el mayor romántico mexicano había muerto.²⁵

Por último, en 1932 Alfonso Reyes, vuelve a cerrar el ciclo en torno al 9 de febrero de 1913 con un soneto. Reposado ya el duelo que logró cerrar gracias a la catarsis de la escritura, ahora el poeta invoca al padre en un momento de nostalgia y continúa ese diálogo cómplice con el cual quiere mantener vivos el recuerdo y la presencia del padre. Se dirige a él preguntándole dónde aguarda y desde dónde contempla; indaga el lugar donde se encuentra este varón que se compara con un Cristo crucificado y sangrante a mitad del día. Alude a la fecha —el mes de febrero— y a la traición de quienes lo asesinaron —en otro momento, fieles soldados de su ejército—.

²⁵ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 39.

La metralla y los cadáveres se refieren al momento que se tiñó de sangre y al instante en que el general Bernardo Reyes — que montaba a su caballo Lucero — va soltando los estribos y las riendas y cae al suelo, luego de recibir el disparo que le ocasiona la muerte. Los dos últimos tercetos se convierten nuevamente en una especie de responso elegíaco que evoca la figura del padre, viva y presente en sus noches, compañía en su soledad y consuelo de su llanto, pues lo lleva ahora consigo y lo salva y redime. Es tanto el amor que le sigue profesando, que mantiene su recuerdo íntegro. Una vez más, las palabras a través de la escritura creativa han logrado, como bien ha dicho Víctor Barrera, un conjuro contra el dolor.

† 9 DE FEBRERO DE 1913

¿En qué rincón del tiempo nos aguardas,
desde qué pliegue de la luz nos miras?
¿Adónde estás, varón de siete llagas,
sangre manando en la mitad del día?

Febrero de Caín y de metralla:
humean los cadáveres en pila.
Los estribos y riendas olvidabas
y, Cristo militar, te nos morías...

Desde entonces mi noche tiene voces,
huésped mi soledad, gusto mi llanto.
Y si seguí viviendo desde entonces

es porque en mí te llevo, en mí te salvo,
y me hago adelantar como a empujones,
en el afán de poseerte tanto.

Río de Janeiro, 24 de diciembre de 1932.

Referencias bibliográficas

- Allouch, Jean. *Erótica del duelo. En tiempos de la muerte seca*. Buenos Aires: El cuenco de plata, 2011.
- Alvarado, José. *Visiones mexicanas*. Lecturas Mexicanas 68. México: SEP, 1985.
- Barrera Enderle, Víctor. "La espiga solitaria. El duelo como escritura en la *Oración del 9 de febrero* de Alfonso Reyes". *Revista Valenciana* 16 (julio-diciembre 2015): 159-176. <https://doi.org/10.15174/rv.voi16.114>.
- Cobo Medina, Carlos. *El valor de vivir: Elogio y razón del duelo. De cómo el ser humano se defiende del dolor por la muerte de un ser querido*. Madrid: Ediciones Libertarias, 1999.
- Derbez García, Edmundo. "Treinta segundos y una bala. La muerte del General Bernardo Reyes". *Actas. Revista de Historia de la Universidad Autónoma de Nuevo León* 11 (2016): 20-33. <https://rac.db.uanl.mx/id/eprint/1401>.
- Garcíadiego, Javier. "Semblanza". En *Alfonso Reyes, un hijo menor de la palabra. Antología*. México: Fondo de Cultura Económica, 2015.
- Gómez Sancho Marcos. *La pérdida de un ser querido, el duelo y el luto*. Madrid: Arán Ediciones, 2004.
- Martínez, José Luis. "Las memorias de Alfonso Reyes". *Nueva Revista de Filología Hispánica* 37, núm. 2 (1989): 487-504. <https://doi.org/10.24201/nrff.v37i2.760>.
- Nasio, Juan David. *El libro del dolor y el amor*. Barcelona: Gedisa, 1999.
- Reyes, Alfonso. *Oración del 9 de febrero*. Tomo xxiv, *Obras completas de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1990.

Stanton, Anthony. "Poesía y autobiografía en un momento de la obra de Alfonso Reyes (1908-1916)". *Nueva Revista de Filología Hispánica* 61 núm. 2, (2013): 521-556. <https://doi.org/10.24201/nrfh.v61i2.1105>.

**Alfonso Reyes y su *Oración del 9 de febrero*.
Esgrima con un fantasma**

César Benedicto Callejas

1. *En garde...*

Hace ya tantos años que leí por primera vez a Alfonso Reyes, que el recuerdo de sus lecturas se entrevera con los de mi propia vida. Hay autores a los que dejamos pasar, como las miradas de tren a tren en las breves pausas del movimiento, como aquellos que caminan junto a nosotros y nos han dejado una impresión grata sin ser inolvidables; de ellos, leemos sus libros, los resguardamos o los dejamos, y pasan con prontitud al baúl del olvido del lector, que es, por naturaleza, el menos desmemoriado de todos. Hay otros a los que volvemos con cierta frecuencia, nos aficionamos a sus textos, recurrimos a ellos, los coleccionamos y esperamos a que cualquier revista, diario o librería anuncien su próxima entrega; son aquellos que solemos citar en escritos y conversaciones, algunos se vuelven con el tiempo autores de cabecera, ídolos de nuestra afición. Pero hay otros cuantos, muy pocos, acaso demasiado pocos, uno o dos, tal vez tres en toda la vida, que se transforman en amigos dilectos, en una especie de guía espiritual o de nuestra inteligencia. Ellos, con sus dolencias morales —como las de todos— están presentes previniéndonos de

nuestros yerros y validando nuestros aciertos; nos inmiscuimos en sus vidas, buscamos sus huellas y se transforman, andando la existencia, en influencias; recuerdo bien a más de un autor emular a Zola invocando la sagrada memoria de Balzac. Tengo para mí, que es Alfonso Reyes ese autor que me deparó la suerte.

Este es un texto de ocasión, como lo son todos en cierta medida, es decir, corresponde a un tiempo que nos ha tocado vivir y se aleja, en la medida de lo posible, de las disecciones técnicas y los debates históricos porque se refiere al que, tal vez, sea el libro más íntimo de Reyes; él, tan pudoroso siempre, exhibe la huella de su más honda herida, la forma como el destino le hizo el tajo en el alma y la manera como la cicatriz profunda pero no horrenda decoró su alma, al igual que los soldados y los deportistas muestran sus heridas como trofeos de combate. Y viene a cuento, por otra parte, porque en estos días todos estamos siendo sacudidos por el dolor, la enfermedad y la incertidumbre; digamos que estamos viviendo nuestro propio 9 de febrero; larguísimo y colectivo, pero que, confío en ello, también será una cicatriz que exhibiremos a las próximas generaciones como una muestra de sobrevivencia. Uno de los valores más rescatables de don Alfonso es su capacidad de trascender fronteras temporales y geográficas, lo mismo salta del Brasil a la China central, que de la augusta Roma a los mercadillos del Madrid de la Gran Guerra, pero permanece fiel a sus palabras porque se basan, más que en la observación somera del instante, en las profundas implicaciones humanas que representan. Y podemos decir que la experiencia traumática de la muerte de su padre lo lanzó al camino de la escritura de lo humano, lo previno de preciosismos fatuos y, como bien hubiera querido don Bernardo, le mostró que la pólvora se malgasta en fuegos artificiales si éstos no son augustos, y aun en ellos hay un aire de dispendio que no obstante cumple su destino lanzando la bala contra

el objetivo, cualquiera que éste sea. Si es verdad que algunos de sus textos van por la ruta del efecto sonoro y de la luz de la danza libre, no malgasta palabrería ni quema cartucho; sus textos con mayor trascendencia son tiros de precisión, lances de esgrima —que practicó tanto como su padre y su hijo—, un estoque directo al pecho.

El Fondo de Cultura Económica publicó en 1990 el tomo xxiv de las obras completas de Alfonso Reyes, el volumen se denominó *Memorias* y abre con la *Oración del 9 de febrero*; en cuanto me fue posible lo tuve entre mis manos. Siempre que adquiero o me obsequian un libro de Reyes, tiene privilegios y nunca pasa por la habitual lista de espera; tenía entonces veinte años y la fortuna me había deparado contar con la vida de mi padre, aún hoy disfruto de ese placer; sin embargo, a esa edad uno se encuentra siempre entre disyuntivas y dudas, la vida parece eterna y el presente un mandato absoluto, pero en el interior comienzan a agitarse las aguas de la inquietud, de la curiosidad, y el embrión del destino empieza a echar sus conexiones nerviosas. La *Oración* me impresionó y me puso sobre el camino de la influencia que, con el tiempo, sería para mí el autor.

En aquella época de descubrimientos todo es novedoso, cosas que después parecerán obvias y que no se mencionan por ser tan sabidas, aparecen entonces como hallazgos de inigualable valor; si bien conocía la historia de la Decena Trágica y también desde luego el nexo que unía al general y al escritor, la historia de violencias y exilios que depuraron a fuego la pluma a la que iba a rendir homenaje el resto de mis días se me revelaba como una especie de épica personal que podría algún día ser novelada; en efecto, lo intenté 25 años después. Pero entonces, lector en mis tempranos veinte años de edad, no he conocido de ausencias y menos de muertes; no acuso recibo, casi lo dejo pasar de no ser porque la prosa reyesiana me fascinaba entonces tanto como ahora.

Pero habla de vacíos que desconozco, de sombras que no he presenciado —tan sólo el día de hoy, cuando esto escribo, han muerto en torno nuestro 1,500 mexicanos de una enfermedad, la covid-19, de la que sabemos todavía muy poco y que se está convirtiendo, a nuestro pesar y frente a nuestro pasmo, quizá en el más grande trauma social desde la Revolución—; sin embargo —lo recuerdo con claridad—, hay algo que sí me impacta con fuerza: la idea de que mi propio padre es mortal y que algún día deberá marcharse donde los más. Ese dolor que no conozco y que espero todavía tarde mucho en conocer me atacó apenas simulado cuando mi padre, a los casi ochenta años, fue atropellado por un auto conducido por un coetáneo suyo. Por simple circunstancia fui el primero de sus hijos en llegar a la sala de urgencias donde lo habían llevado, mi madre no había entrado a verlo y pasé yo primero. Lo encontré tendido, semidesnudo, cubierto su cuerpo con una manta y una venda en la cabeza; toqué su mano y estaba fría. Mi emoción no me permitió percibir su respiración y entonces lo creí muerto; el mundo se detuvo por segundos, menos que eso, y, antes de prorrumpir en llantos y lamentaciones, mi padre abrió un ojo y rompió, con ese simple gesto, el conjuro que habría hecho desgraciados mis días.

Comencemos el ataque.

II. *Prêt...*

Estamos en presencia de un libro que no fue concebido para la estampa, nunca pensó don Alfonso en darlo a la luz pública; por eso resalta la desnudez de sus confesiones y la fuerza de sus arrebatos. Él, siempre cuidadoso de las formas, decía que la escritura era la válvula de su moral y solía más bien reservarse sus sentimientos y encaminarlos todo el tiempo por senderos bien pavimentados con decoro y civilidad; acaso sean más frecuentes sus estallidos contra la incompreensión de los habituales de la nota cultural del ambiente mexicano;

que lo quiere ver extranjero y lo acusan de cosmopolita en un ambiente donde el nacionalismo ramplón es dominante, en "*Pro domo sua*" el escritor se queja de que se le generalice, se le encasille y se le ponga en un Olimpo que nunca buscó y que no desea, una especie de jaula dorada para iniciados eruditos, en ese texto afirma:

Pero ya me canso de rogar, aun a mis mejores amigos —no que se tomen el trabajo de leer mis ciento y pico de libros publicados hasta hoy, que sería mucho pedir—, sino que pasen los ojos por la lista de mis obras, antes de lanzar generalizaciones sobre mi carrera de escritor.¹

Bien visto, es una queja de profesional que se siente poco gratificado; como explica en el artículo, se ha quemado la vida en explicar las cosas de los hombres donde quiera que se encuentren y en el momento en que se hallen, pero siempre a través de la única óptica que conoce y que le es posible: la de mexicano. Pero no encontramos ahí ningún reclamo íntimo; en los diarios, por ejemplo, aún en los momentos de mayor tribulación o de alegría, se cuida siempre de manifestar abiertamente su intimidad y la de quienes lo rodean; la presencia del padre es constante, pero aparece mediante atisbos, sombras o referencias, nunca de cuerpo entero; en 1924, en el Madrid del cumplimiento de su vocación, de exilio y de autoconocimiento, en su "*Romance viejo*", vuelve a la figura y a la caída de su padre:

En la última inundación, el río se llevó la mitad de nuestra huerta y las caballerizas del fondo. Después se deshizo la casa y se dispersó la familia. Después vino la revolución. Después, nos lo mataron...²

¹ Alfonso Reyes, "*Pro domo sua*", en *Anekdótico* (1922-1959), en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1994), tomo XXIII, 319.

² Alfonso Reyes, "*Romance viejo*", en *Calendario*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1995), tomo II, 359.

Desde luego, el artificio fue practicado desde la infancia, aprendido con la presencia de un padre distante y no a la manera en que ahora entendemos las ausencias, como dolor y desprendimiento, sino como corresponde a la imagen del Titrán, del héroe, del discreto —como diría Gracián, tan grato para Reyes—, y como corresponde a un escrito íntimo y no a uno destinado a la imprenta y, por tanto, al conocimiento público; el autor se permite descubrir el artificio. Mirándose al espejo, Alfonso desnuda la existencia de un binomio, de un padre dual: uno nacido de la fuerza mitológica de la historia, el militar y el constructor de ciudades; y el otro, el padre que construyó un hijo más grande que sus propias hazañas bélicas y cívicas, a través del ejemplo, un padre magnificado por una muerte injusta y heroica, propia del mártir, y que el vástago recordará siempre, como dice, desde “la zona más temblorosa de nuestros pudores y respetos”.³ Reyes es siempre un autor sensato, aun en su vuelos imaginarios más altos, como “La cena”, camina siempre a paso de marcha y no de danza, se entretiene sí con los recovecos de la realidad donde encuentra en no pocas ocasiones dislates que le permiten el desarrollo de nuevas ideas y fórmulas inéditas para ejercer su oficio, pero siempre tiene los pies en la tierra; con su padre, esta mecánica de entendimiento debe rendirse ante una fuerza que toca la fascinación y en cierto modo la sumisión del vástago y también del discípulo; hay en las declaraciones del joven Alfonso cierto aire de compensación amorosa frente a un padre ausente que no puede ser de otra manera —tan graves y arduas son las tareas que le corresponden—, y como aprenderá a perfeccionar una vocación adquirida desde pequeño, Alfonso necesita vivir rodeado de afectos no sólo espirituales, sino también físicos. Reyes, el hijo, no sabe estar sin los placeres de la carne, entendidos éstos como aquellos

³ Alfonso Reyes, *Oración del 9 de febrero*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1990), tomo XXIV, 27.

que corresponden a cada uno de los sentidos, y de entre ellos el abrazo y el beso, la caricia y la palmada en la espalda; él mismo llama a la mejilla “hija de la caricia”,⁴ y no me cuesta trabajo imaginar que mientras escribía el párrafo pensaba en alguna que haya prodigado, y es él también el que teme y enfrenta el beso, pues dice, “la venganza se resolvía en besos y caricias”.⁵ Pero frente al padre el recurso es imposible, debe construir, para sobrevivir en un mundo tan grande como enorme era el México de aquellos días, y dispensar el cuerpo para hacer más grande el aura de su paso y la sombra que proyectaba, admirar en su progenitor una fantástica grandeza que le permita asumirlo siempre, donde quiera que se encuentre, como aquel Sol de Monterrey que viajaba siempre consigo:

Bien es cierto que esos pocos días me compensaban de largas ausencias porque era la suya una de esas naturalezas cuya vecindad lo penetra y lo invade y lo sacia todo. Junto a él no se descaba más que estar a su lado. Lejos de él, casi bastaba recordar para sentir el calor de su presencia.⁶

Mucho antes de la muerte del padre, el niño, el joven Reyes ha aprendido a reconstruirlo, a vivir con lo que ahora llamaríamos un “padre virtual”, pero que entonces y también hoy es una evocación permanente, como una plegaria o como los mantras que en los sabios del budismo tienen incluso representaciones corpóreas como los mandalas; la suya es, de este modo, una manera peculiar de mantener al padre consigo, siempre presente y siempre actuante:

⁴ Alfonso Reyes, “Vermeer y la novela de Proust”, en *Grata compañía*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1997), tomo XII, 64.

⁵ Alfonso Reyes, “La venganza creadora”, en *Vida y ficción*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1994), tomo XXIII, 92.

⁶ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 25.

Siempre el evocarlo había sido para mí un alivio. A la hora de las mayores desesperaciones, en lo más combatido y arduo de las primeras pasiones, que me han tocado, mi instinto acudía de tiempo en tiempo al recuerdo de mi padre, y aquel recuerdo tenía la virtud de vivificarme y consolarme. Después —desde que mi padre murió—, me he dado cuenta cabal de esta economía inconsciente de mi alma. En vida de mi padre no sé si llegué a pecatarme nunca [...]⁷

Desde luego se puede vivir con eso, es más, resulta un estupefaciente para enfrentar el vacío que deja la muerte; muchos aprenden a sobrevivir con menos que eso, pero, en el fondo, es sólo una coartada para eludir el hecho de que no se ha disfrutado lo suficiente de aquéllos a quienes amamos. Y no es sólo en la *Oración* donde Reyes sabe que no ha sido suficiente, que no ha tenido cuanto quisiera, pues en el fondo queda claro que no ha correspondido a Alfonso el lugar del hijo dilecto. En tal sentido, no se trata sólo de afectos, de cercanías, sino de la forma y calidad de ese contexto amoroso; para Reyes, hay una dicotomía enorme entre la madre y el padre y entre ellos conforma una economía moral que se basa en el equilibrio de las potencias de la alegría y la melancolía; es decir, para Alfonso el padre lo es casi todo, pero para el padre, Alfonso es tal vez su hijo más culto y acaso el más brillante, pero no el único y quizá tampoco el más señalado. En *Parentalia*, Reyes abordará esa situación pero no en referencia a la relación con sus padres sino en el sentido del legado que dejaron en su carácter:

Yo nunca vi llorar a mi padre. Privaba en su tiempo el dogma de que los varones no lloran. Su llanto me hubiera aniquilado. Acaso escondiera alguna lágrima. ¡Sufrió tanto! Mi hermana María me dice que ella, siendo muy niña, sí lo vio llorar alguna vez, a la lectura de ciertos pasajes históricos sobre la guerra con los Estados Unidos y la llegada de las tropas del Norte hasta nuestro Palacio Nacional.

Como él sólo dejaba ver aquella alegría torrencial, aquella vitalidad gozosa de héroe que juega con las tormentas; como nunca lo sorprendí postrado; como era del buen pedernal que no suelta astillas sino destellos, me figuro que debo a él cuanto hay en mí de Juan-que-ric. A mi madre, en cambio, creo que le debo el Juan-que-llora y cierta delectación morosa en la tristeza.⁸

Para la mentalidad del general no había medias tintas, los distintos matices del gris eran cosa de literatura, poseía una cultura enorme que sin embargo no lo liberaba sino que lo ataba a profundos prejuicios y a fuertes arquetipos; en su esquema mental cada quien —sujeto, clase o institución— ocupaba un lugar definido y perpetuo, y a cada uno según su naturaleza daba tratamiento. Así, aun siendo ambos hijos —Alfonso y Rodolfo— abogados, Rodolfo representaba para su padre la sagacidad política, la lectura de la realidad inmediata y el consejero que preveía y diseñaba los escenarios, el mediador entre los partidarios y los interesados, entre el general y su menguada corte de oportunistas; por el contrario, Alfonso era más bien hombre de letras, extraño ser que siendo tan querido era a veces tan lejano, aunque prudente. Al general no le parecía bien el oficio de literato, acostumbrado como estaba a los escritores de medio tiempo que menudearon en su época: militares y abogados, políticos y médicos, que escribían más por necesidad expresiva que por necesidad ontológica, que lograban grandes alturas en las letras pero no parecían consagrados a la profesión de escritor, de ahí que en alguna ocasión advirtiera a Alfonso: “en la familia no hay poetas de oficio”. Alfonso se supo siempre en la razón y le pesó toda la vida no haber podido evitar el desastre, aunque supo también que sólo su padre podía ser el protagonista de su propia desgracia y que si Rodolfo actuaba como un catalizador, tampoco era del todo culpable sino de su propio y

⁷ Alfonso Reyes, “Doña Aurelita”, en *Parentalia*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1990), tomo XXIV, 367.

⁷ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 26.

peculiar infortunio. En *Parentalia*, Reyes, décadas después, meditaría sobre ese desencuentro amargo:

Yo bien hubiera querido — y mi ternura se atrevió a sugerírselo — verlo consagrado a escribir sus memorias cuando regresó de Europa, en vez de verlo intervenir a destiempo en los últimos acontecimientos que lo condujeron a un fin trágico. Pero era difícil que prevaleciera el deseo de un muchacho sin experiencia (para colmo, “picado de la araña” y que vivía siempre en las nubes) sobre las incitaciones de otras personas mayores, que después se han arrepentido al punto de negar su responsabilidad en aquella funesta ocasión, y sobre el peso de tantos deberes y tantos intereses nacionales coligados por la fatalidad. Mi brújula no se equivocaba, y tengo derecho a lamentarlo.⁹

Es cierto que por regla general los hombres amamos y admiramos a nuestros padres, que solemos verlos como gigantes y que al cabo del tiempo los vemos disminuirse en la vejez, para nuestro pasmo y dolor; sin embargo, hay en la reverencia de Alfonso Reyes por su padre mucho más que esa liga de admiración filial, casi diríamos de fascinación teológica: lo que el escritor verá en el general será el recuerdo fiel de un tiempo dorado que no volverá, lo absurdo de la muerte de un hombre que lo tenía todo para pasar impoluto a la historia, el poder echado por tierra en diez días de frenética irreflexión; en fin, un mundo que Alfonso sí comprendía e incluso contribuyó a labrar frente al viejo padre, venido de un siglo que quedaba no a diez años de distancia, sino a siglos de reflexión y de sucesos. Como resulta lógico, Alfonso sólo escribe sobre su padre desde el exilio, es decir, para las letras el padre es siempre tiempo pasado, ayer extinto y posibilidad truncada; nunca podremos saber qué habría pasado si la historia hubiera sido otra, si en lugar de sangre y destrucción hubiera ocurrido un tránsito ordenado a una “nueva normalidad” —oh expresión ridícula acuñada en nuestros tiempos

⁹ Alfonso Reyes, “Charlas de la siesta”, en *Parentalia*, tomo XXIV, 399 y 400.

desesperados — del orden democrático: ¿qué si el general Reyes no hubiera tenido su primer exilio europeo y hubiera sucedido al dictador como un paso transitorio a un país de elecciones y ciudadanos?, ¿qué clase de escritor habría sido el hijo del primer mandatario de la Nación?, ¿qué clase de letras habría dado a la imprenta el vástago del prócer y no del pros crito?, ¿cuántos viajes, cuántas decepciones en el Prado de los Jerónimos de Madrid, cuántos suspiros en la playa de Ipanema, cuántos momentos en los cafés bonaerenses se hubieran perdido?, ¿cómo serían las letras si no se hubiera escrito este poema de Borges?:

El vago azar o las precisas leyes
Que rigen este sueño, el universo,
Me permitieron compartir un verso
Trecho del curso con Alfonso Reyes.

Supo bien aquel arte que ninguno
Supo del todo, ni Simbad ni Ulises,
Que es pasar de un país a otros países
Y estar íntegramente en cada uno.¹⁰

Porque, como todos, como cada uno de nosotros, el autor de *Visión de Anáhuac* es hijo de su tiempo y de su circunstancia, pues la naturaleza manda que no pueda ser de otra manera, que en el mundo cada tiempo engendra carbones y diamantes, frutos y venenos, pero todos comparten ser productos de su momento y de su espacio; vaya, para cumplir la regla reyesiana en torno al ensayo, todavía hay que andarse un poco más por las ramas y no ir directamente al grano y contentarnos con lo que el propio Borges dice en *Otras inquisiciones*:

Lo anterior nos conduce a un problema estético no planteado hasta ahora: ¿Puede un autor crear personajes superiores a él? Yo

¹⁰ Jorge Luis Borges, “In Memoriam A.R.”, en *El hacedor*, en *Obras completas* (Buenos Aires: Emecé, 1997), tomo II, 207.

respondería que no y en esa negación abarcaría lo intelectual y lo moral. Pienso que de nosotros no saldrán criaturas más lúcidas o más nobles que nuestros mejores momentos.¹¹

Para ser Alfonso su propio personaje, para que exista una explicación de la tarea que se planteó de construirse a sí mismo en el exilio, desde cero, habiendo perdido todo, debe entenderse a sí mismo como producto de un enorme cataclismo, de un estallido de proporciones enormes, que justifique la necesidad no de partir fuera del país y de abandonar cuanto le rodeaba, sino más que eso: de convertirse en escritor de oficio, aquello que su padre no creía que fuera posible. Éste es el retrato íntimo de ese momento, del big-bang en el que comienza a crearse el escritor o, en términos de Gracián, el criticón, el héroe:

De repente sobrevino la tremenda sacudida nerviosa, tanto mayor cuanto que la muerte de mi padre, fue un accidente, un choque contra un obstáculo físico, una violenta intromisión de la metralla en la vida y no el término previsible y paulatinamente aceptado de un acabamiento biológico. Esto dio a su muerte no sé qué aire de grosería cosmogónica, de afrenta material contra las intenciones de la creación. Mi natural dolor se hizo todavía más horrible por haber sobrevenido aquella muerte en medio de circunstancias singularmente patéticas y sangrientas, que no sólo interesaban a una familia, sino a todo un pueblo. Su muerte era la culminación del cuadro de horror que ofrecía entonces toda la ciudad.¹²

Es cierto que la asonada contra Madero resulta la piedra de toque que termina con lo que podríamos llamar la revolución sufragista, democratizada —ya se sabe, Sufragio Efectivo, No Reección—, para dar paso a la guerra civil, a la lucha de facciones que no cesará hasta la administración de Cárdenas, en que se instaure el proceso social revolucionario que

¹¹ Jorge Luis Borges, "Nota sobre (hacia) Bernard Shaw", en *Obras inquisiciones*, en *Obras completas* (Buenos Aires: Emecé, 1997), tomo II, 126.

¹² Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 27.

terminará por convertirse en la hegemonía de la revolución institucionalizada —desatino en términos y portento surrealista—; pero Reyes sobredimensiona el momento, lo exagera sin otra intención que comprender el daño sobrehumano que le ha causado el suceso, dice el escritor: "Por las heridas de su cuerpo, parece que empezó a desangrarse para muchos años, toda la patria".¹³ Siendo francos, don Bernardo era un distractor, un elemento en el juego macabro en el que sólo Huerta resulta el maestro de la injuria y también de la traición, los demás, como la memoria histórica ha juzgado con su resonancia, Félix Díaz y Manuel Mondragón, no son sino las esferas de las jugadas a tres y cuatro bandas del tirano; pero Alfonso ve morir a su padre, Cristo militar, lo llama, y con su muerte ve el término de la magnificencia de su tiempo. El joven abogado ni tiene tiempo siquiera de llorar a su padre, debe salir de inmediato para no perecer en el mismo torbellino; sus reflexiones no son del momento y la *Oración*, de hecho, es un largo decantamiento de sensaciones, odios y rencores domados y en apariencia sometidos, sentimientos y rebeldías, sumisiones y resignaciones, es decir, todos aquellos elementos con que dota el duelo a quien ha padecido una pérdida de tales magnitudes. Además, se trata de un texto construido desde la entraña del exilio, desde lo más profundo de un alma que se ha vuelto peregrina sin quererlo ni desearlo, el alma de un hombre que anhelaba ver mundo, pero no a la fuerza ni expulsado, sino como alegre viajero de las letras, en el mullido sillón de la inteligencia. Por eso Reyes ve en la caída del padre la de un mundo que no puede volver, de un mundo extinto —en el que toda las riquezas y dulzuras tenían su asiento—, donde la historia había logrado una cumbre que, ya se veía, había sido tan frágil, como brutal y desbocada la agresión que la echó abajo. Al lamentar y llorar al padre, Alfonso se duele de todo lo que se había perdido, para

¹³ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 27.

él y para un país que, en la mentalidad del escritor, podía haber transitado al crecimiento y la civilización sin tener que pagar el peaje de la barbarie. Y ésa es la tarea que toma para sí: reconstruir la inteligencia donde habían sonado las armas, dar vida a través de la creación donde se había enseñoreado el asesinato, vivir donde la costumbre había sido la muerte.

Lloro por la injusticia con que se anuló a sí propia aquella noble vida; sufro porque presiento al considerar la historia de mi padre, una oscura equivocación en la relojería moral de nuestro mundo; me desespera, ante el hecho consumado que es toda tumba, el pensar que el saldo generoso de una existencia rica y plena no basta a compensar y a llenar el vacío de un solo segundo. Mis lágrimas son para la torre de hombre que se vino abajo; para la preciosa arquitectura —lograda con la acumulación y el labrado de materiales exquisitos, a lo largo de muchos siglos de herencia severa y escrupulosa— que una sola sacudida del azar pudo deshacer; para el vino de siete cónsules que tanto tiempo concentró sus azúcares y sus espíritus, y que una mano aventurera llegó de repente a volcar.¹⁴

III. Allez...

De cierta forma las circunstancias ayudan al joven Alfonso; todo ha sucedido demasiado rápido, se ha derrumbado su mundo, se ha casado y le ha nacido un hijo; muerto su padre ha tenido que salir a toda prisa para evitar un desencuentro fatal con el usurpador Huerta; antes de llenarse de amargura, de aprender a odiar a la humanidad, tendrá que aprender a hacerse hombre, a vivir de lo que sabe hacer y que está consciente que hace bien: escribir. Aprende a vivir sin la potencia del padre, sin su protección y, desde luego, sin su patrimonio y prestigio; de un día para otro tendrá que aprender a ser él mismo y sólo él. Lo hace a marchas forzadas y lo expresa con una dulzura desesperada en la *Oración*:

¹⁴ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 30.

Después me fui rehaciendo como pude, como se rehacen para andar y correr esos pobres perros de la calle a los que un vehículo destroza una pata; como aprenden a trincar con una sola mano los mancos; como aprenden los monjes a vivir sin el mundo, a comer sin sal los enfermos.¹⁵

Mutilado se llama a sí mismo y no exagera ni se condeule, conoce su condición y recurre a la mejor arma que tiene en su menguado arsenal, a su talento imaginativo, a su ánimo discursivo; y sabe que si ya antes había tenido que vivir sin la proximidad física del gigante, en el fondo aquello era la continuidad definitiva y perpetua de lo que había sido el ritmo de su infancia y adolescencia; pero entonces, contrario a lo que ocurría en los primeros días, la evocación se convierte en construcción del tótem, en la manufactura del talismán que permanece con él siempre, en la creación de un otro yo protector en el que se externa el padre y en el que hace inmanente la trascendencia del general. A cada paso que da lo trae consigo; en las decisiones lo consulta y con él monta auténtico debate, se auxilia de sus palabras, y del mismo modo en que el ajedrecista planea la jugada combatiendo contra un contrincante imaginario que está dotado de conocimiento y voluntad, rehace para sí mismo al padre. Y es que el proceso no es extraordinario, es su más habitual mecanismo de defensa y sobrevivencia; lo presenciamos en el "Romance viejo": "Después, pasé el mar, a cuestras con mi fortuna, y con una estrella (la mía) en este bolsillo del chaleco",¹⁶ y también en el "Sol de Monterrey":

Cuando salí de mi casa
con mi bastón y mi hato,
le dije a mi corazón:
—Ya llevas sol para rato!—

¹⁵ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 27.

¹⁶ Alfonso Reyes, "Romance viejo", en *Calendario*, tomo II, 359.

Es tesoro —y no se acaba:
no se me acaba —y lo gasto.
Traigo tanto sol adentro
que ya tanto sol me cansa.—
Yo no conocí en mi infancia
sombra, sino resolana.¹⁷

Y repite el mecanismo, como una plegaria, en efecto, en esa extraordinaria síntesis poética de la *Oración* que es el poema "† 9 de febrero de 1913":

Desde entonces mi noche tiene voces,
huésped mi soledad, gusto mi llanto.
Y si seguí viviendo desde entonces

es porque en mí te llevo, en mí te salvo,
y me hago adelantar como a empujones,
en el afán de poseerte tanto.¹⁸

El hombre, el escritor, tiene que domar el recuerdo del padre, hacer habitable la memoria para que el rencor no lo domine, para que el dolor no lo someta; para ello, construye un diálogo continuo con la memoria del que se ha ido. Al principio confronta su opinión con lo que hubiera podido decir o pensar don Bernardo, entra en debate con él, un diálogo que incluso en vida no hubiera sido tan terso si es que acaso hubiera sido posible, y conforme Alfonso va madurando, envejeciendo, el diálogo va cambiando de tono y es él quien tiene que enmendar el antiguo pensamiento del general de las guerras decimonónicas, siente que así corrige un pasado que tal vez pudo haber sido de otra manera; pero sobre todo, como buen alquimista del espíritu, mantiene siempre la balanza en equilibrio, sumando en su personalidad lo que la

¹⁷ Alfonso Reyes, "Sol de Monterrey", en *Repaso poético*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1996), tomo X, 146.

¹⁸ Alfonso Reyes, "† 9 de febrero de 1913", en *Repaso poético*, tomo X, 147.

lejanía de la muerte va apagando y lo que con los años, en cada instante, se le presenta siempre como un sentimiento de injusta orfandad. Desde luego, él no quiere ser su padre, se siente bien en su propia piel, pero cuánto le habría gustado llegar a más acuerdos con el Titán antes de su muerte, y es en su imaginación y en su conciencia donde cree lograrlo. Desde este punto de vista, y eso explica por qué Reyes nunca quiso dar a la imprenta el libro: este prolongadísimo psicoanálisis y terapia continua no pueden saldarse nunca, y es en la *Oración* donde Alfonso deja constancia de la manera en que ha organizado el peculiar mecanismo de relojería; lo hace para dejar memoria de su forma de sentir y pensar y también para afirmarse como hombre libre e independiente, no sólo del poder del padre sino también del poder de su tótem y su memoria. Hay un canto de gratitud continua, un sentimiento que nunca acaba, que no se extingue, y que sin embargo tiene que adquirir distintos formatos a lo largo de la existencia. Reyes lo explica así:

Aprendí a preguntarle y a recibir sus respuestas. A consultarle todo. Poco a poco, tímidamente, lo enseñé a aceptar mis objeciones —aquellas que nunca han salido de mis labios pero que algunos de mis amigos han descubierto por el conocimiento que tienen de mí mismo. Entre mi padre y yo, ciertas diferencias nunca formuladas, pero adivinadas por ambos como una temerosa y tierna inquietud, fueron derivando hacia el acuerdo más liso y llano. El proceso duró varios años, y me acompañó por viajes y climas extranjeros. Al fin llegamos los dos a una compenetración suficiente. Yo no me arriesgo a creer que esta compenetración sea ya perfecta porque sé que tanto gozo me mataría, y presiento que de esta comunión absoluta sólo he de alcanzar el sabor a la hora de mi muerte.¹⁹

Después de narrar los hechos que llevaron a Bernardo Reyes de la gloria a la ignominia, podríamos decir que en realidad

¹⁹ Alfonso Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 27 y 28.

la *Oración* ha terminado. En adelante, una selección de entradas en su diario quedarán incluidas, como para dar forma al cuento o dejar constancia de las circunstancias. Pero en realidad se podría prescindir de ese campo probatorio, de esa serie de evidencias porque ésa es otra historia y es arte editorial. La *Oración* termina en paz entre el hijo y la memoria venerada del padre, pero, sobre todo, cierra con la inmortalidad del recuerdo que Alfonso sabe llevará consigo hasta el último minuto y, quién sabe, tal vez también después.

Oración del 9 de febrero. Devolver la memoria desde el exilio

Beatriz Saavedra Gastélum

Es difícil bajar a la zona más temblorosa
de nuestros pudores y respetos.

Alfonso Reyes

1. La memoria

Alfonso Reyes tenía 24 años cuando su padre murió trágicamente. Este acontecimiento lo marcó e influyó notablemente en el discernimiento de su vida a partir de ese día. Por eso afirmó: "Aquí morí yo y volví a nacer, y el que quiera saber quién soy que lo pregunte a los hados de Febrero. Todo lo que salga de mí, en bien o en mal, será imputable a ese amargo día".¹ Optó por alejarse del país para poner distancia entre él y el suceso violento, así como todo lo que implicaba este suceso trágico en su existencia. Abandonó México para viajar a París, donde iba a desempeñar el cargo de segundo secretario de la Legación mexicana. Viajó con su esposa Manuela Mota —quien fue compañera de ideas durante toda su vida— y con su hijo. Su estancia en la capital francesa fue un tiempo de incertidumbre, ya que Venustiano Carranza cuando llegó al poder en 1914 cesó a todo el cuerpo diplomático que había estado bajo el servicio de Victoriano Huerta.

¹ Alfonso Reyes, *Oración del 9 de febrero* (México: Ediciones Eta, 1963), 23.

El 9 de febrero de 1913 fue la fecha fatídica en la vida de Alfonso Reyes. El general Bernardo Reyes perdió la vida en una acometida a Palacio Nacional bajo acciones revolucionarias, produciendo en Alfonso Reyes una transformación total en el curso del destino y una herida que lo acompañaría estrechamente toda la vida. Reyes trascendió siendo el perfecto diplomático, mexicano universalista indagador de equilibrio y entereza clásica, mediador y propagador cultural; ya a la distancia, la recurrencia al recuerdo y a la memoria permiten la recuperación de un contexto histórico, que ya forma parte del pasado, sobre otro contexto real del tiempo, lo cual hace posible la supervivencia, en la contemporaneidad, de la originalidad de un mundo contextual, mediante la palabra literaria y la expresión poética. En la *Oración del 9 de febrero* Alfonso Reyes despliega no sólo las expresiones textuales y poéticas del suceder en la historia, sino también las libertades y los encantamientos que caracterizan el mundo familiar y esencial del que se tiene nostalgia y añoranza.

La memoria literaria de Alfonso Reyes es producto de la realidad vivida, pero también es un medio para edificar mundos imaginarios sometiendo lo vivido a una especie de exorcismo.

—Tu casa es la escuela de la Naturaleza —solía decirme mi padre años más tarde, cuando yo volvía de vacaciones a mi tierra. Porque temía que me hubieran sofisticado del todo la vida de México y el excesivo trato de libros.

Y yo, desde niño, aprendí en aquella casa luminosa y radiante, en aquellos ojos de incomparable atracción; aprendí a descubrir en aquella voz clara y alegre, en aquella mezcla del Zeus olímpico y del caballero romántico, la imagen misma de la Naturaleza: una divinidad henchida de poder y bondad que no podría nunca equivocarse.²

² Alfonso Reyes, "El equilibrio efímero", en *Crónica de Monterrey I. Albores*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1990), tomo XXIV, 544.

Esta imagen dual del guerrero enérgico y del hombre romántico acompañó siempre a Alfonso Reyes en la evocación del padre. Después concluye:

Tal era él, tal sería el ambiente que creaba en mi casa. Habían llegado a madurez todos los principios de la moral positivista y burguesa. Los pilares parecían inmovibles. Ni siquiera hacía falta la levadura del espíritu religioso. La moral fluía sola, fuente conquistada: la moral sin obligación ni sanción.³

Esta visión del padre, acorde con el pensamiento liberal del siglo XIX, expone a un mismo tiempo los principios que regulaban la noción social y moral del padre, y el rigor en la conducta impuesto a los miembros de la familia por este personaje educado dentro de un orden militar. Posteriormente aparece la noción de patria; no puede ser de otra forma, pues lo nacional se pensaba como el espacio original en el que se desempeñaban las acciones propias y colectivas. El padre, guerrero incansable, proporcionaba el resguardo a la patria y al mismo tiempo confería lo obligatorio en el soporte de la familia:

Lo más próspero en la República —me hacían creer— el Estado de Nuevo León. Y como Gobernador del Estado, emanación del orden olímpico, mi padre; mi padre que así llegaba hasta mi ternura y mi respeto, no sólo adornado con las virtudes más adorables y exquisitas (aquel férreo Campeador tenía dulzuras y arrullos increíbles), sino también ungido con las bendiciones sobrenaturales de la fuerza.⁴

Este procedimiento en él desarrolla la actuación de la poética de la memoria; persigue no el bien particular, sino el bien general, el bien fundado en la historia y el saber. Igualmente, se deriva en ello el compromiso en la relación literatura/historia que da vigencia y validez a la poética de Alfonso Reyes

³ Reyes, "El equilibrio efímero", tomo XXIV, 544.

⁴ Reyes, "El equilibrio efímero", tomo XXIV, 545.

en el tiempo; "Nunca vi otro caso de mayor frecuentación, de mayor penetración entre la poesía y la vida".⁵ Escribe permitiendo que sus postulados literarios, conceptos poéticos y fundamentos teóricos logren sobrevivir a lo largo de la historia de la literatura hasta nuestros días sin que se liberen por completo de disertaciones, juicios y diatribas que desembocan en la creación de nuevos horizontes históricos en la visión literaria inicial del teórico, cuando abre su espíritu para revelar el transcurrir auténtico y certero de nuestro país.

La memoria, que es necesidad del ser humano para arraigarse a sí mismo, le atierra el vacío y lo desconocido al hombre y al escritor, que se afianza al recuerdo para comprender sus orígenes, y así nos lo deja saber Alfonso Reyes:

¡Calla blasfemo! ¡Eso nunca! ¡Los que no han vivido las palabras no saben lo que las palabras traen dentro!

Entonces entendí que él había vivido las palabras, que había ejercido su poesía con la vida, que era todo él como un poema en movimiento, un poema romántico de que hubiera sido a la vez autor y actor.⁶

Para Reyes, la memoria y todo lo que envuelve —es decir la nostalgia, la imaginación— redime un mensaje muy importante en el exilio. El hecho de que gran parte de su obra gire en torno a la evocación ratifica visiblemente ese postulado, porque para Reyes la memoria era indispensable, poder guardar en su mente, ánimo y espíritu la certeza de una tradición "bajo hilos de historia íntima"⁷ y poder advertir a la distancia la realidad de un país del cual se encontraba a distancia.

⁵ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, 21.

⁶ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, 21.

⁷ Pedro Henríquez Ureña, "Alfonso Reyes", en *Obra crítica*, edición, bibliografía e índice onomástico de Emma Susana Speratti Piñero, prólogo de Jorge Luis Borges (México: Fondo de Cultura Económica, 1960), 294.

II. El exilio

María Zambrano se cuestiona si el exilio político revela una manera de vivencia y arroja su visión. Los racionalistas desechan o rechazan este planteamiento, confinándolo a lo específicamente místico, a una teología en simbiosis con una filosofía inconsistente; el desagravio educa, en palabras de Sigmund Freud: quien sufre observa aquello que lo hiere para que su ser se abra y salga de su oscuridad hasta recoger la luz que hirió sus ojos. La revelación exige a cada ser humano perfeccionarse, irse puliendo, ser firme y consistente en las esperanzas cifradas en sus ideales. "La visión se borra y viene otra", dice Reyes. Un exiliado es el creyente a quien los pragmáticos acusan de místico, sin que el aludido esté capacitado para argumentar en contra.

[...] los silencios de la casa y el rumor, ese zumbido de abejas que van y vienen, purifican y acompañan [...] Así es la Patria. Mar que recoge el río de la muchedumbre [...] en la que uno va sin mancharse, sin perderse, el Pueblo, andando al mismo paso con los vivos, con los muertos.⁸

Esto fue para Reyes ese andar frecuentando la historia en piel viva, con el ansia de estar en tierra buena, porque a la distancia los ruidos de la ciudad propia no son los mismos; el exilio fue para Reyes una forma literaria, una forma imaginada y una forma de la memoria. Esa idea del exilio como asunto de ficción, es evidente, en Reyes parte de una realidad, pero de inmediato corta su relación con lo real y pasa a ser asunto de literatura y de historia. "Y entonces de mi mutilación saqué fuerzas. Mis hábitos de imaginación vinieron en mi auxilio. Discurrí que estaba ausente mi padre [...]"¹⁰

⁸ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, 20.

⁹ María Zambrano, *La tumba de Anígona* (Madrid: Mondadori, 1983), 92.

¹⁰ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, 5.

La única manera de sobrevivir para el exiliado es hacer uso y práctica de los procesos mentales internos; esto es lo que Reyes hace desde el exilio, a la distancia. Por medio de la memoria y del sueño el hombre puede contemplar el paraíso de inmortalidad, el exilio histórico decretado por hombres contra hombres, de orden temporal. Ese exilio lo obliga a alejarse de su ámbito geográfico propio y abandonar todo su entorno familiar; le condena a comenzar una nueva vida en otra tierra y a recorrer lo ya recorrido. Igualmente, reescribe la historia a través de la memoria y recae en la experiencia. El pasado facilita de algún modo el recomienzo.

En el exilio se presentan tres procesos mentales imprescindibles que van a determinar la calidad de exiliado: el imaginativo, el recreativo y el memorativo; para Reyes el exilio es memorativo, desde la distancia:

Cuando la ametralladora acabó de vaciar su entraña, entre el montón de hombres y caballos, a media plaza y frente a la puerta de Palacio, en una mañana de domingo, el mayor romántico mexicano había muerto.¹¹

Para Reyes existió también un exilio interior, ya que decidió no hablar o escribir de este hecho hasta tiempo después; por razones espirituales o diplomáticas impuestas, mantuvo la emoción dentro de sus divagaciones, como escritor y como hombre. En Reyes existe este exilio interior para no perderse por completo. Reyes ya en el exilio no para de escrutar su memoria, asegurando así de alguna manera su continuidad, recuperando su estima y deteniendo el ámbito desaparecido. Reyes siente además el deber de transmitir su memoria para que no caiga en el olvido: "Quien relata, conserva razón por la cual Reyes tiene la obligación vital de escribir acerca del suceso para el trascendental del 9 de febrero".

¹¹ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, 23.

III. La Revolución

Durante la época revolucionaria existe una dispersión de los intelectuales, en tanto que representaban la esperanza de la praxis crítica y la teoría literaria, "Cuando la Revolución va a nacer, ¿qué sucede en la inteligencia, en la educación y en la cultura, en las masas universitarias, en el mundo de nuestras letras?"¹² Existe la desintegración del concepto generacional que hasta entonces sostenían. Alfonso Reyes elige el exilio para seguir con su vocación literaria y, sobre todo, para apartarse de la realidad histórica mexicana y poder visualizarla desde la cordura de su estética. Según escribe Anthony Stanton:

Para Reyes, la palabra clave de estética, su ética y su filosofía de la vida es la palabra "mesura". Frente a una afirmación como ésta, la única respuesta posible de Reyes era el silencio, "un silencio dictado tanto por su auténtica y bondadosa generosidad como por su carencia de espíritu polémico".¹³

Estas contradicciones que operan en el nivel espiritual repercuten no sólo en la configuración de la lírica y su perdurabilidad en el tiempo con esperanza y paciencia, sino también en la elaboración de una conducta literaria y una educación poética que permiten el tránsito constante, en rumbos cruzados y dialécticos, entre lo real y lo irreal como telón de fondo a través del cual se entreteje la urdimbre de la historia. "Logré traerlo junto a mí a modo de atmósfera, de aura".¹⁴ Estas palabras de Alfonso Reyes trazan el problema de la literatura cuando se plantea la dimensión literaria en términos de disponibilidad de un procedimiento metodológico y artístico,

¹² Alfonso Reyes, "Pasado inmediato", en *Pasado inmediato*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1960) tomo XII, 186.

¹³ Anthony Stanton, *Correspondencia: Alfonso Reyes/Octavio Paz, (1939-1959)* (México: Fondo de Cultura Económica, 1998), 39.

¹⁴ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, 5.

cuyas herramientas de análisis permiten el desciframiento de lo estético en la obra literaria.

Alfonso Reyes percibía de cerca las ideas literarias, las manifestaciones artísticas y los pensamientos que circulaban en el entorno real y material en que se encontraba; pero sin dejarse llevar por ninguna tendencia, decidió recuperar sus raíces, las que brotan de la ficción y se ramifican en la realidad. Es necesario tener presente esta visión que Alfonso Reyes nos procura de la historia y de la presencia protectora del padre para comprender su actitud de equilibrio y su visión generosa de la existencia, transmitidas a su realización literaria. Esta conjunción de disciplina y ternura conformaron su visión del mundo y estas actitudes fundamentales ayudan a entender la proyección literaria de su vida, tarea en la que, como afirmó en una de sus confesiones sobre su compromiso como escritor: "soy fiel a un ideal estético y ético a la vez, hecho de bien y de belleza".¹⁵

En efecto, la *Oración del 9 de febrero* ocupa un sitio especial dentro de su obra, pues dicho texto tuvo el valor de redimir a su autor de la carga emocional procedente de la muerte de su padre, el significado de la liberación de la tragedia del padre, como guerrero o romántico, se desprende de la memoria perfeccionada bajo la pluma de Reyes; él mismo se aleja de la tragedia familiar y queda libre para regresar a México. El significado final es que se libera a sí mismo del peso de la tragedia de perder a su padre. Los sentidos y la memoria son los elementos significantes para él, el personaje del padre y su autor son la liberación para Reyes.

¹⁵ Alfonso Reyes, "Respuestas", en *Reloj de sol*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1995), tomo iv, 451.

Bibliografía

- Henríquez Ureña, Pedro. *Obra crítica*, edición, bibliografía e índice onomástico de Emma Susana Speratti Piñero, prólogo de Jorge Luis Borges. México: Fondo de Cultura Económica, 1960.
- Reyes, Alfonso. "Pasado inmediato", en *Pasado inmediato*. Tomo xii, *Obras completas de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1960.
- Reyes, Alfonso. "Comentario a la *Ifigenia cruel*". En *Ifigenia cruel*. Tomo x, *Obras completas de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1959.
- Reyes, Alfonso. *Páginas adicionales*. Tomo iv, *Obras completas de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1956.
- Reyes, Alfonso. *Oración del 9 de febrero*. México: Ediciones Era, 1963.
- Reyes, Alfonso. "Respuestas". En *Reloj de sol*. Tomo iv, *Obras completas de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1995.
- Reyes, Alfonso. "El equilibrio efímero". En *Crónica de Monterrey I. Albores*. Tomo xxiv, *Obras completas de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1990.
- Stanton, Anthony. *Correspondencia: Alfonso Reyes/Octavio Paz, (1939-1959)*. México: Fondo de Cultura Económica, 1998.
- Zambrano, María. *La tumba de Antígona*. Madrid: Mondadori, 1983.

La imagen romántica de Bernardo Reyes en la *Oración del 9 de febrero*

Arcelia Lara Covarrubias

1. Alfonso Reyes y el Romanticismo

“¿Quién que es no es romántico?”, se preguntaba Rubén Darío. El poeta nicaragüense no era romántico sino modernista. Bien se ve, entonces, que su pregunta no enfoca la corriente literaria sino un sentir, un modo de habitar el mundo. Con semejante sentido Alfonso Reyes usa el término para caracterizar a su padre en la *Oración del 9 de febrero*, como un hombre que “se había formado en el romanticismo tardío de nuestra América”.¹ El uso del adjetivo *romántico* provoca cierta perplejidad sobre sus sentimientos respecto de su padre, pues en diferentes páginas de varias obras ha marcado su disenso hacia la sensibilidad dieciochesca.

En la demora con la que llegó el Romanticismo a América algo se perdió en el camino. Con casi un siglo de distancia respecto del europeo, esta corriente artística se fue decantando por una de sus vertientes, la sentimental, que se identificaba por la expresión de emociones intensas, particularmente amorosas, cuya expresión literaria privilegió, al inicio, la poesía lírica; aunque, posteriormente, en una curiosa síntesis con su contrario, el realismo, se escribieron crónicas y cuadros

¹ Alfonso Reyes, *Oración del 9 de febrero*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1990), tomo xxiv, 25.

de costumbres en los que se destacaba el color local como una forma de idealización de lo autóctono. Por otro lado, la libertad como fuente de originalidad proclamada por los escritores románticos europeos, al llegar al continente americano, se fue convirtiendo en descuido de la forma poética; la principal apuesta literaria consistía en presentar situaciones líricas, narrativas o dramáticas que tocaran el corazón de los lectores, sin parar mientes en cómo se decía. Proliferaron, entonces, obras que caían en excesos sentimentales expresados con cierta ampulosidad en fórmulas facilonas y gastadas.

Muy temprano —desde *Cuestiones estéticas*— Alfonso Reyes reaccionó contra los descuellos románticos, porque en la literatura que enfatiza los estados del corazón, más que destacar el subjetivismo lírico, lo que se aprecia es el mal gusto propiciado por la “confusión lamentable entre la sensibilidad y el sentimentalismo”.² En los relatos reunidos en *El plano oblicuo*, Reyes usa copiosamente el adjetivo romántico; se nota, empero, el tono irónico, de manera tal que además de hacer una indicación del carácter de un personaje o de una situación, incluye una media sonrisa que delata la afectación de aquello de lo que habla.

Una de las constantes alarmas que activa Reyes en cuanto a la expresión va a parar justamente en este punto. Lo declamatorio puede encontrarse en excesos sentimentaloides en poesía lírica, en la defensa de personajes y argumentaciones o explicaciones teóricas o ideológicas en narrativa, y expresiones rayanas en lo excéntrico en la novela o en el teatro. Es natural que el arte sea vehículo de estados anímicos, pues en su génesis misma se encuentra el arrebató como primer paso de la producción artística; no obstante, la sola presencia emotiva no garantiza la calidad literaria. Dice Reyes:

Difícilmente, y sólo por coincidencia, el mero desahogo o explosión de carga supernumeraria asume un valor de arte. El lamento ante el cadáver sólo asciende a la categoría de arte folklórico cuando es el oficio de la plañidera: oficio, sistema de reglas, carrera de obstáculos. La naturaleza sin arte puede producir efectos artísticos al contemplador, pero no es arte en sí misma, como el paisaje no es arte, sino provocación de emociones artísticas, lo que es muy distinto. Repitamos: lamentable, siempre lamentable la confusión entre la emoción poética y la poesía, aunque ésta no valga sin aquélla. Porque aquélla, para la literatura, tampoco podría valer sin ésta.³

Para que la emotividad pueda entrar en la obra, es necesario que se forme en un proceso de depuración del estilo; si una de las funciones de la literatura es la posibilidad de generar experiencias vicarias en los lectores, no es ésta la única, y su particular manera de comunicar estados interiores conlleva un trabajo de elaboración poética.

En las recomendaciones que Reyes hace a Jorge Luis Borges para pulir sus obras, le sugiere dejar de lado toda estridencia manierista en favor de una expresión más natural. La prosa alfonsina es un ejemplo de evolución de las formas expresivas demasiado visibles a unas más discretas que llegan a alcanzar cierta neutralidad. Ya tiendan al sentimentalismo, ya al ánimo suasorio, los tonos impostados del romanticismo van en demérito de la calidad literaria.

2. Lo romántico como fuente de simpatías y diferencias

En el retrato que Alfonso Reyes hizo de su padre no eligió los tonos suaves del romanticismo sentimental y lloroso; nada más lejano que eso —en *Parentalia* nos cuenta que su padre no lloraba— sino que nos lo presenta con los trazos definidos de un Delacroix, como un héroe semejante a los que en Europa encabezaron las revoluciones liberales. El “apolíneo

² Alfonso Reyes, *Cuestiones estéticas*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1955), tomo I, 57.

³ Alfonso Reyes, *El destino. Prolegómenos a la teoría literaria*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1980), tomo XV, 204-206.

y jupiterino" Bernardo Reyes encarna "la Idea del héroe; del Guerrero, del Romántico, del Caballero Andante, del Poeta de Caballería".⁴

Bernardo, con ese "su modo de ser tan definido y hasta su aspecto físico tan preciso y bien dibujado —su manera de belleza",⁵ aparece en las palabras del hijo como un hombre de temple enérgico, cuya luz apolínea ilumina y da calor, cuyo tacto decidido imanta lo que se cruza por su camino; en suma, "era la suya una de esas naturalezas cuya vecindad lo penetra y lo invade y lo sacia todo. Junto a él no se deseaba más que estar a su lado".⁶ Pero el suyo no era un espíritu dado a la rebeldía anárquica como el de los héroes románticos subyugados por sus propios caprichos, sino el del hijo del esfuerzo que no cede ante los reveses que le presenta la fortuna.

En sus diferentes encargos castrenses en Tamaulipas, San Luis Potosí, Zacatecas, y en los combates en los que participó como el de La Mojonera en Zapopan (1873), la Batalla de Santiago Ixcuintla (1875) y la de Villa Unión, Sinaloa (1880), Bernardo Reyes supo batirse con arrojo sin dejarse amilanar por las bajas sufridas en su escuadrón y sacando toda su habilidad de estratega. Lo que animaba al entonces joven militar, más que el ascenso en la carrera castrense o el reconocimiento, era un verdadero ardor patrio, el *Volksgeist* de los románticos. Que su padre, el coronel Domingo Reyes Rovira, fuese nicaragüense, no obstaba para que Bernardo cultivara los ideales nacionalistas que lo inspiraron a defender a México durante la Segunda Intervención Francesa. El suyo no era el romanticismo de los poetas atormentados y suspirantes; sino el del héroe decidido; más Quijote que Werther, su furor provenía de una emotividad briosa.

⁴ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 39.

⁵ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 25.

⁶ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 25.

Del héroe del Bajío y del Norte, su hijo Alfonso sólo tendría noticias por los conocidos y la familia, pues para cuando él nació, su padre ya era gobernador de Nuevo León. La *Oración*, sin embargo, da testimonio de los recuerdos que le quedaron en el cuerpo y en el carácter. Vemos un Bernardo Reyes que, por una herida de batalla, pierde la movilidad del brazo derecho y aprende a escribir y a trincar con la mano izquierda. No menos admirable fue que, pasados los cincuenta años, se sometiera a los rigores intelectuales de aprender metódicamente una lengua extranjera. Así era él, decidido y capaz de hacerse a sí mismo, de forjarse a golpe de mazo con el fuego jupiterino de su rayo; así eran sus faenas: "Toda empresa había de ser titánica para contentarlo y entretenerlo".⁷

Como gobernador, Bernardo Reyes mostró ser un estadista sistemático, con olfato para sacar adelante un pueblo, con generosidad para olvidarse de sí mismo y darse entero a sus labores. No nos engañe el tono chusco de su hijo cuando nos cuenta que su padre no tenía tiempo ni para contestar las cartas personales, como lo hizo notar una conocida suya —la señora Lancaster Jones— cuando, comprendiendo que el gobernador no le contestaría, allana con humor el camino y se dirige directamente a Zúñiga, su secretario personal. La actitud de Bernardo no era descuido o desidia para atender amistades; al contrario, fue solícito con quienes se acercaban a pedir su apoyo; sólo así se explica el mecenazgo que ejerció sobre artistas e intelectuales, entre los que se encontraban Salvador Díaz Mirón, Manuel José Othón, Rubén Darío, Ricardo Arenales, Max Henríquez Ureña, Celedonio Junco de la Vega, Carlos González Peña, Jesús Urueta, Juventino Rosas, Julián Carrillo, Guadalupe Montenegro y Manuel Cambre. Sin embargo, su gestión política y administrativa exigía no sólo atención e inteligencia, sino total entrega. En un poco más de las dos décadas que duró su gobierno, Nuevo León

⁷ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 32.

experimentó un destacado desarrollo industrial, económico y social; de ahí que, cuando su popularidad llegó hasta Porfirio Díaz, éste quiso cerciorarse con sus propios ojos y fue a constatar el milagro del que todo mundo hablaba. Tan complacido quedó con lo que Reyes estaba haciendo que lo nombró Ministro de Guerra, encargo en el que también desplegaría su ingenio y denodado esfuerzo, como puede inferirse de las palabras de su hijo:

el instaurar un servicio militar voluntario, el arrancar al pueblo a los vicios domingueros para volcarlo, por espontáneo entusiasmo, en los campos de maniobras; el preparar una disciplina colectiva que hubiera sido el camino natural de la democracia; el conciliar al ejército con las más altas aspiraciones sociales de aquel tiempo; el sembrar confianza en el país cuando era la moda el escepticismo; el abrir las puertas a la esperanza de una era mejor. Al calor de este amor se fue templando el nuevo espíritu. Todos lo saben, y los que lo niegan saben que engañan. Aquel amor llenaba un pueblo como si todo un campo se cubriera con una lujuriosa cosecha de claveles rojos.⁸

Este gesto nos lo presenta, más que como el estadista que cumple su misión con pulcritud y firmeza, como un héroe que lleva su tarea militar a los órdenes éticos en los que su bandera es la mejora del hombre. En la actitud del general apreciamos el rasgo sobresaliente del *ethos* romántico.

Si tomamos en cuenta, con Bolívar Echeverría, que todo movimiento cultural de la modernidad encuentra su determinación en el modo de asumir las relaciones entre la vida y el capitalismo, encontraremos diferentes maneras de reaccionar que indican conductas orientadas al sistema de producción. Más que épocas de la historia de la cultura, un *ethos* corresponde a formas de ser moderno, asegura un comportamiento específico frente a la manera de valorar el mundo de la existencia humana frente al mundo capitalista. Las posibilidades

⁸ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 33.

que abre la modernidad determinan cuatro *ethos* diferenciados: realista, romántico, clásico y barroco. El romántico acepta como inevitable y natural el desarrollo del capitalismo y aún va más allá, es militante; sin embargo, lo que pudiera tener de bueno el capitalismo es como una perversión: el valor de uso de las cosas es sustituido por el valor de la vida, que se aprecia en "la tendencia de la política moderna a tratar las formas concretas de la socialidad humana en calidad de materia maleable por la iniciativa de los grandes actos de la voluntad, individuales o colectivos".⁹

Bernardo Reyes asume que la modernidad del México decimonónico se afirma en la defensa de la nación y en seguir el impulso civilizatorio. El progreso económico que se incitó en sus años de gobernador no era un valor en sí mismo, sino el acceso para que el pueblo consiguiera una vida más digna. Bajo esta luz, resulta lógico que promoviera la carrera militar entre los hijos del pueblo; comprendía que la manera de arrancarse de la pobreza y sus infortunios era seguir el camino de las armas de manera voluntaria, el acceso más seguro para quien no tiene medios de procurarse una educación.

Este Bernardo Reyes, gobernador y posteriormente secretario de Guerra y Marina, fue el que trató Alfonso de niño. En 1905 abandonó el Colegio Civil de Monterrey para continuar su bachillerato en la Escuela Nacional Preparatoria en la capital; a partir de entonces, sólo lo vería en vacaciones cuando visitaba Monterrey. Algunos de los recuerdos de su infancia quedaron en *Parentalia*. Aunque la relación con su padre estuvo marcada por la ausencia o la lejanía, las instantáneas que nos muestra entrañan cariño y reconocimiento.

Alfonso Reyes nos presenta una escena en la que su padre se muestra rico en gestos de refulgente histrionismo. Luego

⁹ Bolívar Echeverría, *La modernidad de lo barroco* (México: Ediciones Era, Universidad Nacional Autónoma de México, 1998), 40.

de algunos meses en Estados Unidos, Bernardo Reyes insurrecto contra Madero, cruza la frontera con unos cuantos militares que lo apoyaban. En el río de Conchos libra una modesta batalla en la que queda prácticamente solo. Cansado, con las ropas desgarradas, en un paraje yermo, donde "toda melancolía tiene su asiento"¹⁰ viaja al cuartel de Linares y se encuentra con un militar que tendría que aprehenderlo; pero reconoce en aquella figura estragada a su antiguo patrón de Monterrey y le recomienda que huya y salve la vida. Evidentemente el general desoye la recomendación de su antiguo picador de caballos porque le parece afrentosa cualquier actitud que no indique su deber patriótico. Entonces

ofrece su vida otra vez más. ¿Qué mejor cosa puede hacer el romántico con su vida? ¿Tírala por la borda, echarla por la ventana! "¡Pellizcos a la mar!", dice el romántico. Y arroja a las olas su corazón.¹¹

Esta es una de las pocas páginas alfonsinas en que se exalta la heroicidad del padre hasta otorgarle la estatura del mártir abnegado.

En una rápida revista de la participación revolucionaria de Bernardo Reyes, luego de su exilio en Europa, tendrían que tomarse en cuenta los siguientes hechos: 12 de junio, Madero ofrece a Bernardo la Secretaría de Guerra; 28 de septiembre, el general Reyes viaja a Estados Unidos; 13 de diciembre, Bernardo regresa, viaja de San Antonio, Texas, a México con el fin de iniciar una rebelión contra Madero; 25 de diciembre, desilusionado por el poco éxito de su empresa, se entrega en Linares, Nuevo León; inicio de 1912, lo trasladan a Tlaltelolco donde, junto con Félix Díaz, prepara un golpe contra Madero; y 9 de febrero, lo sacan de prisión y, frente al Palacio Nacional, lo mata la defensa del gobierno.

En los años a los que se remontan los hechos anteriores, Alfonso Reyes ya vivía en la ciudad de México, un poco al margen de los avatares políticos de la nación. En 1908 se suscita un hecho que indica su condición de intelectual: en el festejo que organizó la Escuela Nacional Preparatoria en honor a Gabino Barreda, uno de los positivistas que merecieron profundo respeto a la Generación del Centenario, le pidió a Alfonso que participara con algún poema, petición a la que se negó, aunque asistió entusiasmado. En *Pasado inmediato* se presenta el sumario del evento:

Hubo una sesión en la Preparatoria; se organizó un acto teatral, una serie de discursos, y los discursos resultaron —aun sin habérnoslo propuesto—, algo como la expresión de un nuevo sentimiento político. Fue la primera señal patente de una conciencia pública emancipada del régimen. Los maestros positivistas, que esperaban una fiesta en su honor, quedaron tan atónitos como la gallina que crió los patos, y decidimos devolverles el dinero con que habían contribuido al alquiler de la sala. El periódico del régimen no pudo ocultar su sorpresa ante aquellos nietos descarriados del positivismo que, sin embargo, confesaban su solidaridad con la obra liberal de Barreda. Los oradores de aquel verdadero mitin filosófico —entre los cuales se contaban hombres de generaciones anteriores como Diódoro Batalla y Rodolfo Reyes— se percataron de que habían contraído ante la opinión un serio compromiso. En el orden teórico, no es inexacto decir que allí amanecía la Revolución. Algún historiador político, Luis Manuel Rojas, lo reconoce así. De entonces parte lo que Vicente Lombardo Toledano ha llamado: "El sentimiento humanista de la Revolución Mexicana".¹²

En este acto destaca la participación activa de Rodolfo, su hermano, mientras que él prefirió no sobresalir. Alfonso Reyes tuvo que borrar la sombra que la actividad política de su padre y su hermano le hacían; con justa pertinencia anota Javier Garcíadiego Dantán: "Para Alfonso fue muy difícil

¹⁰ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 35.

¹¹ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 35.

¹² Alfonso Reyes, *Pasado inmediato*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1997), tomo XII, 208 y 209.

convencer a condiscípulos, profesores y autoridades de que podía haber un miembro de la familia que no fuera político. Acaso lo logró con el contraste de las actitudes de ambos en el homenaje a Barreda, de marzo de 1908".¹³ El hecho fue significativo para Reyes puesto que en él se asoma el perfil, no totalmente definido aún, del Ateneo de la Juventud, porque lo que para Rodolfo significaba un ataque contra los científicos, enemigos políticos del general, para Alfonso fue una pugna contra los positivistas, adversarios intelectuales del Ateneo. ¿Cuáles eran las filiaciones políticas de este grupo de intelectuales al que pertenecía Alfonso Reyes? He aquí el resumen que presenta Garcíadiego Dantán:

Por su parte, en un primer momento Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña y otros de sus íntimos, como Jesús T. Acevedo, se negaron a actuar políticamente; es más, uno de ellos sugirió incluso "emigrar". Otros miembros del nuevo grupo de jóvenes intelectuales asumieron la actitud contraria: por ejemplo, Julio Torri y Mariano Silva y Aceves —también tenidos como arquetipos del escritor puro, apolítico— militaron en el reyismo; Luis Castillo Ledón, antes limantourista "platónico", se hizo partidario de Reyes; asimismo, Martín Luis Guzmán decidió no participar en la campaña reeleccionista, y rechazó la invitación del grupo corralista para que formara parte de la comitiva de oradores. Muy probablemente el reyismo de estos jóvenes tenía que ver con su amistad con Alfonso, aunque, en rigor, no todo el grupo procedió de manera homogénea: Antonio Caso, uno de los más estimados por Alfonso, fue un corralista vergonzante.¹⁴

No fue la uniformidad política lo que caracteriza a esta generación; lejos de un programa revolucionario, el grupo más bien se distinguió por su apoliticidad, que es también otra

¹³ Javier Garcíadiego, "Alfonso Reyes: la definición de su vocación y los avatares políticos de su familia", en *Voces para un retrato. Ensayos sobre Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1990), 91.

¹⁴ Garcíadiego, "Alfonso Reyes: la definición de su vocación y los avatares políticos de su familia", 92 y 93.

manera de posicionarse ante el momento histórico. Más que una manifestación armada, el Ateneo de la Juventud fomenta el alcance y uso de la razón; ésta es su arma para proponer una forma de la modernidad. Los ateneístas construyen un plan de renovación social que comienza por dar batalla en el terreno del pensamiento. La abstinencia en la participación política es un rasgo conservador que acepta pasivamente los movimientos revolucionarios; en el plano cultural, sin embargo, vuelve a aparecer la revolución, pero re-formada en su vertiente intelectual.

Antes de la muerte de su padre, Alfonso Reyes había visto con buenos ojos el cambio presidencial. A mediados de 1911 Francisco I. Madero está a punto de tomar posesión como presidente de la República. El 6 de junio Alfonso le envía una carta a Pedro Henríquez Ureña en la que, de manera escueta, lo informa de las principales noticias, y agrega: "Nos espera una época agradabilísima y de civismo serio".¹⁵ Podemos concluir, entonces, que la actitud alfonsina dista mucho de simpatizar con la causa de su padre: en primer lugar, el general vive la política con el propósito de sacar al pueblo del atraso; en cambio, el hijo piensa que el país se ha desangrado en luchas intestinas y que el verdadero avance se logra desde la cultura y la educación. En segundo lugar, la vía que Bernardo elige para dar consecución a sus ideales es la ruta de las armas; Alfonso, como es natural, orienta sus actitudes hacia los oficios de la pluma. Finalmente, en tercer lugar, el padre quiere restituir el orden y la tranquilidad porfirista, aunque modernizando las viejas estructuras sociales enquistadas; el hijo, por su parte, mira hacia el futuro y cree que la nación tiene que estar al día del archivo cultural de las naciones más avanzadas; este proyecto cosmopolita ve con esperanza la figura de Madero.

¹⁵ Alfonso Reyes, *Diario (1911-1927)*, ed. Alfonso Rangel Guerra, (México: Fondo de Cultura Económica, 2010), tomo 1, 32.

Si en el momento de efervescencia revolucionaria y mientras vivía el general Alfonso Reyes había decidido quedarse al margen, con la muerte de Bernardo se acentúa el desapego hacia la política mexicana. Por esto, cuando Huerta lo invita a ser su secretario personal, Reyes no sólo se niega, sino que intenta poner tierra —o más bien mar— de por medio y viaja a Europa, donde se inicia su carrera diplomática, que habría de durar hasta 1939. La síntesis personal de esos hechos y su valoración última no fueron expresados de manera directa en ninguno de sus escritos, pero podemos inferirla de algunos pasajes de su *Ifigenia cruel*; por ejemplo, tras la voz de la protagonista que se rehúsa a recordar su pasado, se escucha el eco de la voz de Reyes, que quisiera olvidar la historia bañada en sangre que arrancara la vida a su padre:

Amigas, huyo: ¡esto es el recuerdo!
Huyo, porque me siento
cogida por cien crímenes al suelo.
Huyo de mi recuerdo y de mi historia,
como yegua que intenta salirse de su sombra.¹⁶

3. El Romanticismo como el acceso de una vocación

Alfonso Reyes encontró el acceso a la literatura en su misma casa; la biblioteca familiar estaba ricamente nutrida. Sin embargo, no hubiera sido suficiente contar con el respetable acervo bibliográfico para tomar la decisión de dedicarse a las letras; se necesitaba el empuje de un ser querido que lo guiara con su entusiasmo; esa persona fue su padre.

Bernardo Reyes abandonó la carrera de Derecho en el Liceo de Varones en Guadalajara y se sumó a las filas del ejército. Los diferentes combates en los que participó en defensa de la nación contra la invasión francesa le impidieron retomar sus estudios; no obstante, siempre tuvo el prurito

¹⁶ Alfonso Reyes, *Ifigenia cruel*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1959), tomo X, 341.

de completar su formación, ya no en la ruta iniciada en su juventud, sino en el anchuroso camino de las letras y las humanidades. Luego de sus oficios en el norte, cuando regresó a gobernar Nuevo León, se dio a la tarea de leer la *Historia de la Humanidad* de César Cantú. Según Alfonso, “se informaba con inteligente curiosidad de los libros nuevos”.¹⁷ Siempre buscó el contacto con la cultura; fue amigo de intelectuales del momento, de los cuales, algunos recibieron su protección. Una de las amistades mayormente cultivadas fue la del poeta Manuel José Othón, al que Alfonso y sus hermanos veían como tío y a quien le estaba reservada una habitación en la casa.

Bernardo fue gran lector de obras de historia y de poesía; “entre los poetas privaban los románticos: era la época mental en que el espíritu del héroe se había formado”.¹⁸ En “Charlas de la siesta”, que se encuentra en *Parentalia*, Alfonso cuenta cómo su padre, después de comer, descansaba para atenuar el malestar de cierta atonía digestiva; no se dormía, pero sí se aligeraba de ropa y se acostaba a reposar. Muchas tardes, siendo aún niño, Alfonso le daba un poco de tertulia; Bernardo entonces le contaba anécdotas de temas muy variados, desde sus andanzas militares, hasta travesuras de infancia. Pero, sobre todo, leían, con el énfasis exigido para el caso, los versos de Espronceda, “¡aquel Espronceda que fue tan suyo y que él mismo me enseñó a recitar!”.¹⁹

Además de lector, Bernardo Reyes tenía ciertas intenciones de creación literaria:

“En sus contados ocios, no desdénaba escribir, aparte de las monografías y los discursos publicados —tal su historia militar de

¹⁷ Alfonso Reyes, *Parentalia*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1990), tomo XXIV, 401.

¹⁸ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 32.

¹⁹ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 36.

México, tal su biografía de Díaz recién desenterrada—, páginas de mera literatura en prosa y en verso”.²⁰

En 1871 y 1875 Joaquín Meade dio a conocer composiciones del general Reyes que se publicaron en San Luis Potosí. Aunque sólo como diletante, Bernardo debió mostrar alguna destreza con la pluma, pues el mismo “Othon admitía gusto que le corrigiera algún pasaje”.²¹ Alfonso recuerda con particular cariño el poema “Gloriosas”, que no se publicó y que su padre le regalara en su décimo quinto aniversario. Si tuvo este gesto de amor paternal a la vez que de complicidad de un gusto compartido se debe a que, como apunta en *Parentalia*, “para mi padre, yo era como el paje del violín (¡su violín de Ingres!), y él reservaba para mí todo el tesoro de su vida literaria secreta”.²²

En este ambiente rodeado de libros, en que la convivencia con intelectuales, escritores y artistas era moneda de uso corriente, pero, ante todo, con el ejemplo del padre, era natural que la vocación de Alfonso Reyes se decantara por el oficio de las letras. Bernardo Reyes alentaba la inclinación literaria de su hijo como parte de la formación reglamentaria de la clase ilustrada; no simpatizaba, sin embargo, con la idea de que Alfonso se dedicara a ellas profesionalmente. Un gesto que ilumina este aspecto del general se encuentra en una anécdota contada por Alfonso Reyes en *Historia documental de mis libros*: en 1905, aún en Monterrey, aparecieron el poema “Nuevo estribillo” en *Los Sucesos* y los tres sonetos que llamó “La duda” en *El Espectador*; un día, un amigo de la familia, haciendo alusión a estas primeras publicaciones, preguntó al general:

²⁰ Reyes, *Parentalia*, tomo XXIV, 401.

²¹ Reyes, *Parentalia*, tomo XXIV, 401 y 402.

²² Reyes, *Parentalia*, tomo XXIV, 402.

—¿Qué dice el poeta?— me saludó cierto amigo de la familia.

—¡No! —le atajó mi padre—. Entre nosotros no se es poeta de profesión.

Y a renglón seguido del diálogo anterior, explica Alfonso Reyes: “Pues si, por una parte, aplaudía y estimulaba mis aficiones, por otra temía que ellas me desviasen de las ‘actividades prácticas’ a que se está obligado en las sociedades poco evolucionadas”.²³ No deja de ser extraño que aquel hombre que entre combate y combate le había reservado un espacio a la literatura y que con tanta pasión dedicaba sus horas de siesta, en compañía de su hijo, a recordar los versos de los románticos, reaccionara con tanta acrimonia ante la posibilidad de que su vástago hiciera de la literatura su ocupación central. En la *Oración del 9 de febrero* hay un pasaje que revela ampliamente la pugna entre la vida práctica y la de las letras:

Un día me pidió que le recitara unos versos de Navidad. Aquella fue su última Navidad y el aniversario de la noche triste de Linares. Al llegar a la frase: *Que a golpes de dolor te has hecho malo*, me tapó la boca con las manos y me gritó:

—¡Calla blasfemo! ¡Eso, nunca! Los que no han vivido las palabras no saben lo que las palabras traen adentro!

Entonces entendí que él había vivido las palabras, que había ejercido su poesía con la vida, que era todo él como un poema en movimiento, un poema romántico de que hubiera sido a la vez autor y actor. Nunca vi otro caso de mayor frecuentación, de mayor penetración entre la poesía y la vida. Naturalmente, él se tenía por hombre de acción, porque aquello de sólo dedicarse a soñar se le figuraba una forma abominable del egoísmo. Hubiera maldecido a Julien Benda y su teoría de los clérigos. Pero no veía diferencia entre la imaginación y el acto: tan plástico era para el sueño. De otro modo no se entiende que él tan respetuoso de los clásicos, arrojara un día su Quevedo, exclamando con aquella su preciosa vehemencia: “¡Miente! ¡Miente!”, porque tropezó con el siguiente pasaje en *La hora de todos y la fortuna con seso*:

²³ Alfonso Reyes, *Historia documental de mis libros*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1990), tomo XXIV, 151.

"Quien llamó hermanas las letras y las armas poco sabía de sus abalorios, pues no hay más diferentes linajes que hacer y decir". ¡Miente, miente! Y el poeta a caballo entraba por la humanidad repartiendo actos que no eran más que otros tantos sueños. Y aún tienen del sueño y del acto puro, el haber sido desinteresados: actos ofrecidos a los demás, actos propiciatorios, actos para el bien de todos, en que se quemaba el combustible de aquella vitalidad desbordada.²⁴

Este pasaje nos invita a que lo leamos a la luz de la personalidad del hombre romántico en quien conviven como fuerzas antagónicas la voluntad del individuo y la de la realidad. El sujeto del romanticismo entiende el mundo como un sitio degradado, caído. El afán por el orden en una sociedad caduca se sustenta en reglas que se han entumecido; el racionalismo mecanicista inmoviliza la creatividad de los individuos; de ahí que el mundo sea incapaz de determinar su vida interior. De esta pugna con el mundo, surge una nostalgia del pasado, como un momento de conexión orgánica del todo con las partes. La intensidad con la que el sujeto vive su propia interioridad enfrentado el prosaísmo mundanal entra en crisis; la vida se vuelve insatisfactoria y, por ello, dolorosa. El hombre romántico experimenta una angustia metafísica; su necesidad de conectarse con lo absoluto no puede colmar-se con ese mundo infausto ni con los oficios de una razón monótona que ahoga el impulso vital. De ahí que la idea de infinito produzca un vehemente anhelo de libertad, de romper con las normas que rigen y crean una inercia deshumanizadora.

Ante esta situación, al romántico no le quedan sino dos rutas, a las que podríamos llamar con fines de distinción, el genio y el héroe. El primero se rebela ante el mundo y exalta su personalidad; supera el desequilibrio inicial de la pugna entre el exterior y el interior instalando en el centro de la

experiencia al hombre, de ahí que una de las características de su modo de ser consista en el fuerte individualismo. Se pone a sí mismo como fundamento de la existencia y se aparta del mundo; a partir de entonces vive de la fuerza de su yo, de la que emana la agitación de su vida espiritual. Arrastrado por sus imágenes interiores, apuesta a lo sobrenatural, a lo que escapa de toda razón. En el aislamiento, se entrega al arte, medio ideal para expresar sus pasiones exaltadas. Consciente de que la imaginación y el instinto son superiores a la razón, orienta su ímpetu de libertad hacia la fantasía, a la que le abre la puerta para que fluya sin trabas. La superioridad del sujeto frente al mundo le otorga la condición de genio, y, como tal, se desentiende de los preceptos que el academicismo propone como técnicas de creación; por esto no sigue preceptos, sino que él se instala como la regla.

Por su parte, el romántico heroico reconoce la fragmentación del mundo natural del humano; suspira por tiempos mejores ya idos. Poblado de ideales como la Patria, la Humanidad, el Pueblo, que adquieren el peso de los símbolos, el sujeto se ve insuflado por un fuerte nacionalismo. Desde su perspectiva, la nación es una entidad espiritual que cobija a la comunidad que comparte lengua, historia y cultura; no se trata de que el sujeto se disuelva en la sociedad: el héroe romántico no es menos individualista que el genio, el enfoque, sin embargo, es diferente. Si la patria es un yo colectivo que lo mismo que el sujeto camina hacia su autodeterminación, entonces no se trata de una suma de voluntades que buscan la civilidad en las normas, sino de un concepto supraindividual en el que hay una magnificación del yo, diferente a la suma de los sujetos. El héroe no se conforma con el mundo y en las luchas nacionales encuentra su propia proyección; de modo que resulta lógico que tenga aspiraciones prometeicas. Su espíritu sublime lo orienta hacia la grandeza, hacia lo que mide al hombre mostrándole sus límites y empujándole a realizar

²⁴ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 38 y 39.

proezas que cimbren su ser; así, es natural su inclinación por las hazañas épicas. El vitalismo romántico ha de traducirse en acciones, en la intervención del sujeto romántico en el mundo para restituir la unidad perdida.

No es difícil suponer que el romántico Bernardo Reyes responde mejor a la psicología del héroe que a la del genio, aunque a ratos haya transitado por este tipo. Su gusto por la poesía provino, seguramente, de que le brindaba personajes en los que se cristalizaría su afán de lucha y el ardor nacionalista; pero, ante todo, por una confianza en que la palabra puede llegar a ser el motor de la acción; o, en las expresiones de Alfonso dirigidas a su padre, “había vivido las palabras”, porque era “como un poema en movimiento”. Los sueños del héroe toman su cuerpo en la literatura, pero no pueden quedar ahí; la poesía en sí misma no basta para rehabilitar el mundo, es preciso que ejerza como impulso de las acciones. Notamos que no hay una detracción hacia las letras; antes bien se las reconoce como la chispa que necesita el espíritu para volverse acto. Por esto el general, cuando oyó las líneas en que Quevedo separa las armas de las letras “porque no hay más diferentes linajes”, exclamó “¡Miente, miente!”; porque si la poesía sin acción se vuelve inútil, encerrada en sí misma; la acción sin poesía queda en inercia automatizada. Sin los libros de caballería, Alonso Quijano no se habría convertido en don Quijote de la Mancha.

En la ilustración de *Parentalia* que nos habla de aquellas pláticas entre padre e hijo y de sus lecturas de poemas románticos, Alfonso Reyes apunta: “América, como solía decir Rubén Darío, es tierra de poetas y generales”,²⁵ a propósito de que entre el hombre de armas y el de letras no hay propiamente una distancia insalvable, sino un tránsito natural. A renglón seguido, cita una frase tomada de la carta que envió a Cipriano Rivas Cherif en mayo de 1921: “Y algunos, que

sólo quisiéramos ser poetas, acaso nos pasamos la vida tratando de traducir en impulso lírico lo que fue, por ejemplo, para nuestros padres, la emoción de una hermosa carga de caballería, a pecho descubierto y atacando sobre la metralla”. Aquí notamos que el escritor, aunque decidió tomar otro camino, no se siente lejano del hombre de armas que fue su padre.

4. La reconstrucción de la imagen del padre

Desde el inicio mismo de la *Oración del 9 de febrero*, Alfonso Reyes nos apercibe de que el texto se escribió con 17 años de distancia respecto de los hechos, y nos preguntamos, ¿a qué se debe la demora? Sabemos por el contenido y el tono que no fue falta de sensibilidad hacia la muerte de su padre; por el contrario, las sentidas palabras que le dedica al general se traslucen en cada una de las anécdotas, en los trazos de su personalidad y en cada giro de la lengua. A la dilación en el registro habrá que sumarle la rémora de su publicación, pues no fue sino hasta diez años después de la muerte del autor que su viuda decidió sacarlo a la luz pública. Si Alfonso Reyes no publicó en vida este texto se debe a que, como apunta, “es difícil bajar a la zona más temblorosa de nuestros pudores y respetos”,²⁶ que Adolfo Castañón interpreta como un gesto que “habla de su pudor y de su recato, de su probidad y de su reticencia a aprovechar y, por así decir, hacer rentable su propio duelo”,²⁷ y aquí apreciamos la recomendación anotada al inicio de estas páginas respecto de que la literatura no ha de caer en excesos sentimentales.

Cabe suponer que la imagen de Bernardo Reyes que se presenta en la *Oración* corresponde al epítome de la experiencia, que suele ser más porosa de lo que el texto delata. Desde

²⁵ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 27.

²⁶ Adolfo Castañón, “Una suerte de dinastía que cae: la *Oración del 9 de febrero* de Alfonso Reyes”, *La Santa Crítica*, 8 de febrero de 2021, <http://lasantacritica.com/general/una-suerte-de-dinastia-que-cae-la-oracion-del-9-de-febrero-de-alfonso-reyes/>

²⁵ Reyes, *Parentalia*, tomo XXIV, 402.

muy joven Alfonso había considerado la idea de perder a su padre; luego, dejó Monterrey para estudiar la preparatoria, de tal manera que los recuerdos de convivencia más prolíficos, aunque intermitentes, se remontan a su infancia. Por la agitada actividad de Bernardo, el hijo siempre tuvo conciencia de que podría perderlo; fue por entonces cuando, con los oficios de la imaginación, aprendió a "recorrerlo de lejos".²⁸ Ya en la Ciudad de México contaba con un sofisticado mecanismo que alternaba memoria e invención para sustituir la presencia paterna y que se movilizaba con las asechanzas de la vida; en esos casos le hablaba su voz interior: "Acuérdate que, después de todo, allá en Monterrey, te queda algo sólido y definitivo: Tu casa, tu familia, tu padre".²⁹

Esta agucia de la fantasía de la que Alfonso Reyes echó mano para consolarse de la lejanía dio como fruto la construcción de un Bernardo que tenía más de personaje literario que de protagonista de su historia. El recurso resultó muy efectivo porque, como elaboración imaginativa, entre el padre y el hijo se limaban asperezas, como inferimos de las siguientes palabras: "Entre mi padre y yo, ciertas diferencias nunca formuladas, pero adivinadas por ambos como una temerosa y tierna inquietud, fueron derivando hacia el acuerdo más liso y llano".³⁰ A la distancia, la incomodidad por las contrariedades de antaño palidece y la añoranza le abre paso a la revaloración.

A la imagen del padre elaborada en el caldero de la imaginación alfonsina que, apunta, "tenía la virtud de vivificarme y consolarme",³¹ se le superpone otra, emergente del "Febrero de Caín y de metralla", como lo denomina en su soneto

²⁸ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 26.

²⁹ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 26.

³⁰ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 26.

³¹ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 26.

"† 9 de febrero de 1913".³² La muerte, como un hecho contundente, rompe aquella ideación en la que Bernardo Reyes aparecía como "el varón de siete llagas", sus trofeos ganados en los combates en defensa de la nación. La contumacia de la orfandad se impone y la figura del heroico referente se debilita:

"Y la idea de que ya había yo dispuesto de todos mis recursos, de que ya había agotado la última apelación ante el último y más alto tribunal, me produjo tal desconcierto, tan paradójica emoción de desamparo que tuve que contenerme para no llorar".³³

El desgarramiento de Alfonso Reyes es tal que, haciéndose violencia a sí mismo, se priva de las ternezas de la paternidad y se obliga a educar a su hijo con cierta distancia para que, cuando le falte, no sufra tanto.

Una nueva imagen —la del general caído, "Cristo militar"— alterna con la del defensor de la soberanía nacional. En la reconfiguración de Bernardo Reyes tras su muerte, la estampa se tiñe de piedad; precisamente el texto inicia diciendo "Hace 17 años murió mi pobre padre", en que la compunción expresada en el "pobre" nos señala que se ha gestado un cambio. Así, en ciertos pasajes vemos al padre sensiblemente pintado en sombras: prisionero en la cárcel de Santiago se encuentra febril, padeciendo las reminiscencias de un viejo paludismo, con los nervios desgastados, "vivía en una pesadilla intermitente",³⁴ y todo esto como resultado de cierta ingenua probidad, porque "le daban la revolución ya hecha, casi sin sangre, ¡y no la quiso!".³⁵

³² Alfonso Reyes, "† 9 de febrero de 1913", en *Repaso poético*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1959), tomo X, 146.

³³ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 26.

³⁴ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 36.

³⁵ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 33.

Alfonso Reyes parece decirnos que el rebelde que se alza contra Madero no es el héroe intrépido y seguro de sí mismo, sino un hombre que, aunque no era viejo, tenía menoscabada la salud, cargaba la afrenta de la atropellada viudez de su hija y había permitido que los conspiradores exaltaran su ánimo con sus "palabras sobresaturadas de sentido".³⁶ En las sentidas expresiones de Reyes no hay justificación para la insurgencia de su padre, sino un intento de explicación del estado en el que se encontraba. Vista bajo esta lente, la muerte de Bernardo Reyes resulta una transgresión al orden de las cosas, como podemos leer a continuación:

De repente sobrevino la tremenda sacudida nerviosa, tanto mayor cuanto que la muerte de mi padre, fue un accidente, un choque contra un obstáculo físico, una violenta intromisión de la metralla en la vida y no el término previsible y paulatinamente aceptado de un acabamiento biológico. Esto dio a su muerte no sé qué aire de grosería cosmogónica, de afrenta material contra las intenciones de la creación.³⁷

En las palabras anteriores intuimos un reclamo: la forma en que la historia rompe con el discurrir del tiempo fundamental, esa "violenta intromisión de la metralla en la vida" rasga un orden que trasciende lo meramente biológico. La muerte de Bernardo Reyes tiene un "no sé qué aire de grosería cosmogónica" porque resulta abstrusa en términos existenciales. Lo que Alfonso Reyes resiente no es la imposibilidad de la presencia real de su padre, sino haber suprimido de manera radical ese referente que para él siempre significó un retorno al origen.

A partir de esa fecha terrible, Reyes experimenta una orfandad absoluta, por esto reconoce que "aquí morí yo y volví a nacer, y el que quiera saber quién soy que lo pregunte a los

³⁶ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 37.

³⁷ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 27.

hados de Febrero".³⁸ El antes y el después está mediado por este texto que, aunque por la fecha de escritura es muy posterior a ese día aciago, conserva el tono de duelo. El título nos indica que es una oración; no se aclara, sin embargo, en cuál de sus sentidos. Si revisamos su origen y evolución, encontramos que del sustantivo latino *os, oris* (boca) se forma por derivación el verbo *orare* (decir); el significado sería *discurso*, esto es, se trata de un "producto del habla". La Roma clásica especializó el término en dos sentidos diferentes, aunque concomitantes; desde la gramática, *oración* sería "frase lingüística con significado pleno", y desde la retórica vendría a significar *disertación*, y se delata su parentesco con el término *oratoria*. La *Oración del 9 de febrero* guarda cierta distancia con las piezas de elocuencia preparadas por los oradores romanos, no tiene propósito suasorio, no busca convencer a nadie de nada.

En su lectura no se percibe el ánimo de repartir culpas como si se tratara de hacer un juicio de la Historia. Los datos biográficos que remiten a la actuación política de Bernardo Reyes están en calidad de construcción de un personaje, tal como lo hace la literatura, e ilustran su carácter, su psicología. El aire de familia que conserva esta *Oración* con los ejercicios retóricos se encuentra en el cuidado expresivo, en el ritmo que desarrolla un *tempo* de emotividad. Recordemos que los ancestros del ensayo se remontan al clasicismo grecolatino, uno de los archivos más recurrentes en Alfonso Reyes y que dejan su impronta en su dilatada ensayística. Finalmente, el carácter privado y hasta íntimo del texto alfonsino se opone al público de la oratoria.

Un último examen sobre la palabra *oración* nos remite al terreno religioso, que alude al acto mediante el cual el creyente se comunica con Dios. Reyes nos aclara que no tenía "el

³⁸ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 39.

camino hecho de las religiones";³⁹ pero con la muerte de su padre siente la necesidad de creer en la eternidad del alma y, todavía más allá, en la posibilidad de que una persona viva se impregne de cierta esencia del que muere. Esta idea cierra el soneto que habla del mismo asunto:

Desde entonces mi noche tiene voces,
huésped mi soledad, gusto mi llanto.
Y si seguí viviendo desde entonces

es porque en mí te llevo, en mí te salvo,
y me hago adelantar como a empujones
en el afán de poseerte tanto.⁴⁰

Estos versos ilustran cómo Alfonso Reyes no deja que el padre muera del todo —y captamos la resonancia del *non omnis moriar* de Horacio, luego retomado por Manuel Gutiérrez Nájera y por Rodolfo Tallón, cada uno por su lado— prolongando su vida en el recuerdo que queda en sus textos. La comunicación del hijo con el padre logra su mayor profundidad en la comunión, unidad que otorgó la palabra; de ahí la hondura del sentimiento expresado en el soneto, pues, como dice el evangelista: “de la abundancia del corazón habla la boca” (Mt., 12:34).

Aunque paralelos en asunto y escritos con sólo dos años de diferencia, en la *Oración* Alfonso Reyes no se entrega del todo al impulso sentimental, que deja para su obra lírica. En una de las contribuciones al *Diccionario de etimologías* de Chile se lee que Isidoro de Sevilla une al significado de hablar (*orare*), el de razón (*ratio, rationis*) y el de creer o pensar (*reor, reris, veri*). De acuerdo con esto, Reyes estaría haciendo un discurso en el que une razón con creencia, y pese a que no era propiamente un hombre de fe, podemos percibir el aroma de

³⁹ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 28.

⁴⁰ Reyes, “† 9 de febrero de 1913”, tomo X, 147.

religiosidad, por lo menos en la actitud de recogimiento y cierto tono de diálogo interior. Dentro de los límites que su pudor le impone, Alfonso transita por una especie de ensayo en el que presenta ciertas razones con las que intenta entender a su padre, bien que el resultado no lo deja conforme, pues sigue sintiendo que su muerte no responde a una lógica de los hechos, sino que es un mero accidente.

Esa “grosería cosmogónica” da a su orfandad una hondura metafísica; el fundamento vital de su existencia ha desaparecido. Ahora tendrá que hacerse cargo de la imagen de su padre, con los recursos con los que cuenta. Alfonso Reyes, recordando lo bien que narraba el gobernador sus hazañas bélicas y sus anécdotas personales en aquellas pláticas que seguían a la comida, deseó que su padre se hubiera dedicado a escribir; entonces, la historia habría sido otra:

Yo bien hubiera querido —y mi ternura se atrevió a sugerírselo— verlo consagrado a escribir sus memorias cuando regresó de Europa, en vez de verlo intervenir a destiempo en los últimos acontecimientos que lo condujeron a un fin trágico. Pero era difícil que prevaleciera el deseo de un muchacho sin experiencia (para colmo, “picado de la araña” y que vivía siempre en las nubes) sobre las incitaciones de otras personas mayores, que después se han arrepentido al punto de negar su responsabilidad en aquella funesta ocasión, y sobre el peso de tantos deberes y tantos intereses nacionales coligados por la fatalidad. Mi brújula no se equivocaba, y tengo derecho a lamentarlo.⁴¹

No Alfonso, sino Rodolfo, su hermano, se dio a la empresa de escribir sobre el papel político e histórico de su padre; memorias en las que, en el capítulo final, contribuyó la pluma de Martín Luis Guzmán. En la *Oración del 9 de febrero* se nos presenta un reducido número de fotografías sueltas del general que ayudan a reconstruirlo literariamente. Pero si la imagen corresponde a la de un hombre del Romanticismo

⁴¹ Reyes, *Parentalia*, tomo XXIV, 399 y 400.

mexicano, el resultado textual, con ser muy sentido, no es romántico. En este texto Reyes se reconcilia con el recuerdo de su padre real, con el que tenía discrepancias respecto al quehacer literario, y que termina mostrándonos en una fibra entrañable, cual un Cervantes que deja a su Quijote en el lecho de muerte para luego callar.

Bibliografía

Castañón, Adolfo. "Una suerte de dinastía que cae: la *Oración del 9 de febrero* de Alfonso Reyes". *La Santa Crítica*, 8 de febrero de 2021. <http://lasantacritica.com/general/una-suerte-de-dinastia-que-cae-la-oracion-del-9-de-febrero-de-alfonso-reyes/>

Diccionario Etimológico Castellano en Línea. Consultado el 10 de febrero de 2021. <http://etimologias.dechile.net/>

Echeverría, Bolívar. *La modernidad de lo barroco*. México: Ediciones Era, Universidad Nacional Autónoma de México, 1998.

Garciadiego, Javier. "Alfonso Reyes: la definición de su vocación y los avatares políticos familiares". En *Voces para un retrato. Ensayos sobre Alfonso Reyes*. México: Casa Abierta al Tiempo, Fondo de Cultura Económica, 1990.

Reyes, Alfonso. *Repaso poético*. Tomo x, *Obras completas de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1959.

Reyes, Alfonso. *Cuestiones estéticas*. Tomo 1, *Obras completas de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1955.

Reyes, Alfonso. *Diario (1911-1927)*. Tomo 1. Edición de Alfonso Rangel Guerra. México: Fondo de Cultura Económica, 2010.

Reyes, Alfonso. *El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria*, Tomo xv. *Obras completas de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1980.

Reyes, Alfonso. *Oración del 9 de febrero*. Tomo xxiv, *Obras completas de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1990.

Reyes, Alfonso. *Historia documental de mis libros*. Tomo xxiv, *Obras completas de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1990.

Reyes, Alfonso. *Parentalia*. Tomo xxv, *Obras completas de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1990.

Reyes, Alfonso. *Pasado inmediato*. Tomo xii, *Obras completas de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1997.

**La espiga solitaria o el duelo como escritura en la
*Oración del 9 de febrero***

Víctor Barrera Enderle

Desde entonces mi noche tiene voces,
huésped mi soledad, gusto mi llanto.

Alfonso Reyes

Alfonso Reyes comenzó su personal y peculiar *Oración del 9 de febrero* marcando, desde el título y las primeras líneas, una fecha tácita y sumamente simbólica: el día que iniciaba su escritura se cumplían 17 años de la muerte del padre. La dolorosa efeméride detonaba la redacción; sin embargo, la gestación venía de mucho antes: desde el sonido de la metralla que terminó con la vida de Bernardo Reyes el domingo 9 de febrero de 1913. La violenta muerte del general, ocurrida a las puertas del Palacio Nacional, desencadenó, como sabemos, la llamada Decena Trágica: esos días que marcaron el fin de la presidencia de Francisco I. Madero y el inicio de la dictadura de Victoriano Huerta. Ésos son los datos duros, los hechos registrados por la prensa y los historiadores. En una primera lectura, y con los antecedentes que acabo de mencionar, la atención parecería ir hacia atrás, retrocediendo en el tiempo. Pero no es así, o no lo es completamente. La *Oración del 9 de febrero* indaga en el universo de la subjetividad, tantea lo que hubiera podido pasar, y cuenta lo que, en cierta medida, no pasó, pero igual pasó tras ese trauma crucial en la vida de

Alfonso Reyes y del México moderno. Tras la muerte del padre, el camino se bifurcó para el hijo, quien decidió tomar el sendero de la vocación literaria y sellar su destino. Eso lo sabemos bien. Sin embargo, al comenzar a esbozar su *Oración*, en Buenos Aires, esa mañana de febrero de 1930, en pleno verano austral, Reyes recorrió simbólicamente el otro camino, el clausurado. Sería un ejercicio peligroso y lleno de dolor: "Es difícil bajar a la zona más temblorosa de nuestros pudores y respetos".¹ Ese descenso dantesco hacia sí mismo, ¿representa una forma de cierre, de trabajo de duelo, por decirlo así?, o, por el contrario, ¿es la exploración de la transformación profunda del propio yo, un camino sin retorno posible? ¿Para quién escribió Reyes esa peculiar obra? ¿Para el público mexicano de su tiempo, para él mismo?

¿Qué le pasaba al autor regiomontano en ese momento? Era el inicio de la década del treinta, él se encontraba, como recién apunté, en Buenos Aires, cumpliendo con sus últimos deberes como embajador, antes de dejar el cargo y trasladarse a Río de Janeiro para asumir la representación mexicana en Brasil. En lo literario, podría decirse que era un "escritor consagrado", un autor que, en poco menos de veinte años de carrera, había logrado hacerse un nombre. Individualizarse a través de su propia creación. En ese lapso había recorrido, con éxito, las principales capitales de la geografía literaria hispánica: México, Madrid y Buenos Aires.

En México, no hacía mucho había tomado posesión como presidente Pascual Ortiz Rubio (por cierto, el mismo día que asumió el cargo fue objeto de un atentado por parte de un seguidor de José Vasconcelos).² Estamos en plena consolidación

¹ Alfonso Reyes, *Oración del 9 de febrero*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1990), tomo XXIV, 27.

² En su *Diario*, entrada del 5 de febrero de 1930, Reyes apuntó escuetamente: "Tomó posesión en México el presidente Ortiz Rubio. En la tarde, atentado contra él de que resulta herido en la mandíbula. Me llega noticia en la noche". Alfonso Reyes, *Diario (1927-1930)*, ed. Adolfo Castañón (México: Fondo de Cultura Económica, 2010), tomo II, 169.

del período conocido como el Maximato, esto es, la prolongación del poder presidencial de Plutarco Elías Calles a través de políticos vicarios, como el propio Ortiz Rubio. Tras dos décadas de procesos revolucionarios, el país no se había estabilizado todavía. La muerte del padre representaba, simbólicamente, un acontecimiento histórico presente, un hecho que la historiografía oficial quería dejar atrás y condenar al olvido.

Reyes precisaba, pues, cerrar el duelo (o transformarlo en otra cosa) y entrar en una fase de aceptación (o adecuación); necesitaba elaborar narrativamente la pérdida y confrontarla con su propia condición de sujeto. En su *Diario* de aquellos días casi no hay referencias al proceso de creación de la *Oración*, salvo una nota reveladora y un episodio entre curioso y algo perturbador. Me ocuparé primero de la nota. En la entrada del 16 de abril de 1929, el escritor regiomontano daba cuenta de la recepción del libro de memorias que su hermano Rodolfo acababa de publicar en España. Rodolfo fue quien acompañó (y alentó) al general en su desventurada y postrera revuelta militar. Apuntaba en esas páginas íntimas:

De repente tuve grata sorpresa [de] recibir libro de mi hermano Rodolfo, desde Madrid: *De mi vida (memorias políticas)* que llega hasta la muerte de mi padre y forma tomo I. Esto haré bien moralmente por ser principio de su catarsis, e históricamente, sin duda. Como el tomo más bien está dedicado a mi padre y su política³, déjame

³ Rodolfo señala ahí que sus memorias eran, en rigor, las vivencias que tuvo junto a su padre los últimos 14 años de vida del general: "Él fue, a la par que mi padre, mi maestro, mi amigo, mi jefe y no debe, por ende, resultar extraño que estos apuntes, al narrar el período en el que él vivió, sean más la historia de su participación en la vida pública que otra cosa", así que "téngase ello humanamente en cuenta y acéptese mi obra tal como sinceramente se presenta, como las memorias políticas de un hijo amante sobre la vida de su padre y la propia suya, en cuanto afectaron a intereses nacionales". Rodolfo Reyes, *De mi vida. Memorias políticas (1899-1913)* (Madrid: Biblioteca Nueva, 1929), tomo I, 9.

abierto y limpio el camino para mi *Crónica de Monterrey*, en que daré silueta humana a mi padre.⁴

Ahora el episodio. En marzo de ese año, es decir, a más de un mes de haber comenzado la escritura de su texto, Reyes asistió a la casa de la aristócrata argentina Nieves Gonnet de Rinaldini a una sesión espiritista (entonces se decía de psicometría) con la médium italiana Irma Maggi. Llevaba consigo una prenda: la gorra de cazador que el general se había calzado el día de su trágica muerte. Sin advertir el origen ni el dueño de la pieza, Reyes la colocó ante la vista de la médium. He aquí sus palabras:

Anoche, en casa de Nieves, sesión de psicometría, de la vidente Irma Maggi, citada por Richet en su *Tratado de metapsíquica*. Lo más notable fue mi prueba, de todos absolutamente ignorada, salvo de mi mujer a quien previene el mayor secreto. Le llevé, bajo sobre (y dentro del mismo sobre se limitó ella a palparla) la gorra cazadora con que murió mi padre⁵. El resultado admirable (y más si se tiene en cuenta lo absurdo que parecería ponerse a escribir de sangre y visiones épicas en medio de una reunión social y amable como aquella)⁶

⁴ Reyes, *Diario (1927-1930)*, tomo II, 122. La *Crónica de Monterrey* no vería la luz sino hasta 1960, cuando Reyes ya había muerto; su redacción definitiva se dio en el año de 1959 y es más un escrito sobre el mundo que lo envolvió en su juventud (principalmente Monterrey), que una biografía del padre. Sólo en *Parentalia*, escrito entre 1949 y 1957, se hace cargo de la historia del general Reyes (en la tercera parte, titulada "Enseña de Occidente"). El único texto donde sí logra su propósito de humanizar discursivamente al padre es la *Oración del 9 de febrero*.

⁵ En las ya referidas memorias de Rodolfo Reyes se describe la indumentaria que vistió el general ese funesto día: "Serían las siete de la mañana cuando mi padre, con traje negro sport, botas militares, pequeño sombrero de fieltro gris verde y abrigado con un capote de general español (obsequio de S. M. el rey de España), montó frente al cuartel anexo a Santiago un caballo de gran alzada, colorado oscuro, llamado *Lucero*": Rodolfo Reyes, *De mi vida*, tomo I, 229.

⁶ Reyes, *Diario (1927-1930)*, tomo II, 175.

El mensaje que le fue dictado a la médium partía de las impresiones que ese objeto misterioso le provocaba al tacto (mediado, recordemos, por el sobre). Primero: una "extraña indefinida sensación", que hacía flotar algo "trágico" en el ambiente, "como si se hubiese derramado la sangre". Después: una ristra de impresiones aleatorias: alarma, confusión, intriga, repercusión. "Te veo distinto al que eres ahora", le espetó la vidente al escritor regiomontano, y prosiguió: "siento hordas de fanáticos que corren al rescate", además de "algo trágico y espectral", algo grave, remarcaba y finalizaba con esta frase lapidaria: "veo guerreros y veo también una suerte de dinastía que cae".⁷

Estas dos referencias nos pueden sugerir muchas cosas. Me quedo con dos: primero, la intención de dotar de humanidad a la figura paterna, y, segundo, la posesión de ese objeto o fetiche, la gorra del padre, que nos indica un fuerte apego emocional. No es mi intención entrar en los terrenos de la psicología, ni mucho menos aventurar ningún tipo de diagnóstico clínico. Pero sí debo señalar lo que entiendo aquí por duelo y la peculiar función que éste cumple en la redacción de la *Oración del 9 de febrero*. Sin duda, el ensayo más emblemático sobre el tema es "Duelo y melancolía", escrito por Freud en 1915 y publicado un par de años después. En un interesante juego de oposiciones y acercamientos, Freud contrasta el duelo con la melancolía. Considera al primero como un "afecto normal"⁸, y a la segunda, en su incapacidad para superar el trauma, como una "disposición enfermiza". Si bien la terminología médica ha terminado por trocar el concepto de melancolía por el de depresión, me quedaré con el primero y apelaré a su raíz etimológica: esa *bilis negra*, que

⁷ Reyes, *Diario (1927-1930)*, tomo II, 212.

⁸ Sigmund Freud, "Duelo y melancolía", en *Obras completas*, ordenamiento, comentarios y notas de James Strachey, traducción de José L. Etcheverry (Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2006), tomo XIV, 241.

denunciaban los griegos, y que se transformaba en una tristeza vaga, indefinida, en quienes la padecían, obsesionándolos finalmente por ciertas monomanías.

El duelo, en palabras del doctor Freud, sería "por regla general, la reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción que haga sus veces, como la patria, la libertad, un ideal, etc."; en oposición, la melancolía "se singulariza en lo anímico por una desazón profundamente dolida, una cancelación del interés por el mundo exterior, la pérdida de la capacidad de amar, la inhibición de toda productividad y una rebaja en el sentimiento de sí...".⁹

La reacción provocada por el duelo (que, por cierto, presenta muchas de las características de la melancolía) sería necesariamente pasajera. Después del desequilibrio ante la pérdida, se volvería al yo *normal*. El melancólico presentaría los síntomas de un ser descentrado, ajeno de sí mismo. Quien padece el duelo no pierde, o no del todo, su conexión con la realidad: "en el duelo —sostiene Freud—, el mundo se ha hecho pobre y vacío; en la melancolía, eso le ocurre al yo mismo".¹⁰

Sin embargo, hay en la melancolía una forma, una manera oblicua de capturar la "verdad de la vida" (¿su sin sentido?): "En el melancólico podría casi destacarse el rasgo opuesto, el de una acuciante franqueza que se complace en el desnudamiento de sí mismo".¹¹ Subsiste en ella el rebasamiento del objeto de la pérdida, digamos que éste se compenetra en el melancólico. El consuelo de permanecer con vida, en contraste con el objeto amado, no basta para sobrellevar la pena y regresar al ámbito de la *normalidad*. Algo inquietante permanece.

⁹ Freud, "Duelo y melancolía", tomo XIV, 242.

¹⁰ Freud, "Duelo y melancolía", tomo XIV, 242.

¹¹ Freud, "Duelo y melancolía", tomo XIV, 245.

Y ése es precisamente el punto a donde me gustaría llegar. El duelo en la escritura de Reyes no es una forma de superación, sino de asimilación: es la expresión elocuente de un melancólico:

Yo siento que, desde el día de su partida, mi padre ha empezado a entrar en mi alma y a hospedarse en ella a sus anchas. Ahora creo haber logrado ya la absorción completa y —si la palabra no fuera tan odiosa— la digestión completa.¹²

El duelo físico, por decirlo así, lo llevó de inmediato, casi desde el instante que supo la trágica noticia:

Después me fui rehaciendo como pude, como se rehacen para andar y correr esos pobres perros de la calle a los que un vehículo destroza una pata; como aprenden a trincar con una sola mano los mancos; como aprenden los monjes a vivir sin el mundo, a comer sin sal los enfermos.¹³

El dolor daba entrada al inevitable aprendizaje: "Y entonces, de mi mutilación saqué fuerzas. Mis hábitos de imaginación vinieron en mi auxilio".¹⁴ A fuerza de empeño, dejó todo y comenzó de nuevo. Vivió entre la burocracia diplomática y las faenas de la escritura periodística. Pero ni la vida ni la literatura fueron ya las mismas que antes para él: el impacto afectó la forma de su escritura y el ensayo cobró dimensiones sensoriales insospechadas; en cada página redactada trató de desmenuzar su alma y su cerebro.

Evocar al padre implicaba también cuestionarse como hijo. ¿En qué medida era él la prolongación del padre? ¿Y en qué medida no lo era? La escritura, que es en sí una forma de ordenar el tiempo y de darle sentido al pasado, sería la vía

¹² Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 28.

¹³ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 27.

¹⁴ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 27.

para procesar el duelo o para hacer productiva la melancolía. Al igual que Kafka en la estremecedora *Carta al Padre*¹⁵, Reyes recurría a la escritura para conjurar las distancias, para tratar de abrir nuevos canales de comunicación. Pero, sobre todo, ambos, el escritor checo y el autor regiomontano, tenían como destinatario final a ellos mismos. Los padres, uno muerto y el otro indiferente ante la vocación del hijo, jamás se darían por enterados.

Alfonso Reyes redactó la *Oración* entre febrero y agosto de ese año. Partió de la fecha de la muerte y terminó el día del cumpleaños del general. Recorrió el camino inverso: de la muerte a la vida, del olvido a la memoria. La oración como género de escritura, como obra de elocuencia y persuasión, está cercana a la plegaria: busca la conmoción de la audiencia; pero la oración alfonsina no es una alabanza al padre ni tampoco la defensa desaforada de sus acciones, o no completamente: es, sobre todo, una interpretación de la ausencia, un conjuro contra el dolor. Una lectura que confronta y complementa las diferencias entre el padre y el hijo. Hace tiempo, en un ensayo sobre la amistad literaria entre Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña,¹⁶ trabajé brevemente este aspecto. Entonces me interesaba destacar que, dentro de las

¹⁵ Basta citar el primer párrafo de la *Carta* para darnos una idea de este esfuerzo comunicativo (destinado de antemano al fracaso): "Me preguntaste hace poco por qué afirmo que te temo. Como de costumbre no supe qué contestarte, en parte precisamente por el miedo que te tengo, en parte porque el razonamiento de este miedo requiere demasiados detalles como para que al hablar pudiera coordinarlos a medias. Y si ahora intento contestarte por escrito, aún así no resultara sino muy incompleto, porque el miedo y sus consecuencias me bloquean ante ti también al escribir y porque la magnitud del tema supera en mucho mi memoria y mi entendimiento". En: Franz Kafka, *Carta al padre*, traducción de Daniela Pérez y Effinger (Praga: Vitalis, 2002), 7.

¹⁶ Véase mi libro *De la amistad literaria. Ensayo sobre la genealogía de una amistad: Alfonso Reyes/Pedro Henríquez Ureña, 1906-1914* (Monterrey: UANL, 2006).

amplias funciones que se crean dentro de una amistad de esa naturaleza, Henríquez Ureña jamás cumplió, como afirmaban algunos, el rol simbólico de padre de Alfonso Reyes. No. La figura paterna opera en la escritura alfonsina como oposición y como proyección. Bernardo Reyes es la figura de otro tiempo, o mejor, de otra temporalidad, representa un género literario superado: el romanticismo literario hispanoamericano. El hijo lo describía así:

Él vivía en Monterrey, ciudad de provincia. Yo vivía en México, la capital. Él me llevaba más de cuarenta años, y se había formado en el romanticismo tardío de nuestra América. Él era soldado y gobernante. Yo iba para literato.¹⁷

La *Oración del 9 de febrero* es un tipo de escritura que cubre, al mismo tiempo y con gran maestría, varios registros: el biográfico, por supuesto, pero también el histórico y el literario. Además de que compone una tópica personal: la geografía de la formación literaria de Alfonso Reyes. En esa cartografía letrada, un espacio concentra toda la carga simbólica: Monterrey. Reyes elaboró una poderosa condensación que terminó por fusionar al padre con el suelo nativo. El legado político y material del general fue leído como un texto escrito sobre la superficie del territorio regiomontano. Si la historia nacional reciente era dolorosa, tan dolorosa para él que lo obligaría a guardar su *Oración* durante el resto de sus días sobre la tierra, Monterrey, en contraste, representaba lo "definitivo", al menos ésa era la lectura que el autor de *Visión de Anáhuac* hacía desde la doble distancia: temporal y espacial.

La dimensión histórica parte del hecho desgarrador, a saber: que el padre *no supo leer* su propia circunstancia, no se enteró que su tiempo y su género literario ya habían pasado. Era un romántico exiliado del romanticismo, que vivía ahora en una era donde los intereses materiales (y monetarios)

¹⁷ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 25.

se imponían sobre los viejos ideales nacionalistas. Reyes interpretó este acontecimiento como un acto de consecuencia, como una manera de hacer vida (o muerte) de las palabras:

Entonces entendí que él había vivido las palabras, que había ejercido su poesía con la vida, que era todo él como un poema en movimiento, un poema romántico de que hubiera sido a la vez autor y actor. Nunca vi otro caso de mayor frecuentación, de mayor penetración entre la poesía y la vida.¹⁸

Con este desplazamiento, la *Oración* ingresa al reino de la dimensión literaria, y con ella logra una justificación de los actos. La distancia en el plano de los discursos (de cualquiera índole) y el heterogéneo ámbito de la realidad suele ser en América Latina muy grande; y quien lleva sus lecturas a lo cotidiano suele ser juzgado como un loco, como un Quijote. Reyes, en su lectura sobre el padre, cambió al político por el personaje, pero no ocultó las acciones del hombre público, sólo las colocó en una perspectiva más amplia, más allá de lo contingente o lo inmediato.

Bernardo Reyes pertenecía, desde esta mirada, a la generación que podríamos llamar como la de los liberales literarios. La élite ilustrada que, desde la mitad del siglo XIX, proyectó en la escritura la imagen de los modernos estados nacionales que habrían de consolidar a los nuevos países hispanoamericanos, con la salvedad de que el general Reyes literalmente peleó por esa apuesta y, de hecho, la llevó a cabo en ese lugar definitivo para Reyes que era el suelo nativo: "Naturalmente, él se tenía por hombre de acción, porque aquello de sólo dedicarse a soñar se le figuraba una forma abominable del egoísmo". El padre no comprendía la distancia entre la ficción y la realidad, entre la historia y la subjetividad (¡todos los actos eran públicos!): "no veía la diferencia entre la imaginación y el acto",¹⁹ rememoraba el vástago 17 años después de la tragedia.

¹⁸ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 38.

¹⁹ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 38.

De manera súbita, la *Oración* comenzaba a formular tácticamente una serie de preguntas: ¿Qué hubiera pasado si el general Reyes hubiese triunfado en su intentona de golpe militar, si hubiera llegado a la Presidencia? Es probable, y así lo sospechaba Reyes, que el desenlace no hubiera sido muy distinto del acontecimiento real, porque, como bien había apuntado, su tiempo histórico ya había pasado. Pero ésa no es la pregunta principal. Con el poder de la evocación y de la recreación literaria, Reyes iba más atrás en el tiempo y exploraba otro universo de posibilidades. ¿Qué hubiera sucedido si Bernardo Reyes hubiese llegado a la Presidencia en el momento justo, en el cénit de su carrera política? Otro sería el destino del país, sugería el hijo escritor y presentaba como argumento irrefutable el legado concreto: el suelo nativo. Ahí estaban la vitalidad y el crecimiento de Monterrey, el desarrollo de todo el estado de Nuevo León. La fuerza vigorosa de la ciudad natal era la proyección a escala de lo que hubiera sucedido si los hados de la Historia se hubiesen comportado de manera diferente.

A mí me gustaría, sin embargo, aventurar otra hipótesis. La muerte del padre, tal como aconteció, fue uno de los factores determinantes en la concreción del Reyes escritor. Y, por supuesto, no soy el único en sostener esto. En un artículo publicado en el periódico *Excelsior* el 7 de febrero de 1968, el periodista nuevoleonés José Alvarado se cuestionó por el mismo destino heteróclito y alternativo. Pongamos por caso que Bernardo Reyes hubiera tenido éxito en su empresa guerrera; una vez adentrados en el terreno especulativo, el periodista se pregunta: "¿Cuál hubiese sido el destino de algunos hombres si Bernardo Reyes, en vez de caer muerto, consiguiera apoderarse del Palacio Nacional y llega a convertirse en el caudillo de la insurrección victoriosa y el amo de México?".²⁰

²⁰ José Alvarado, *Visiones mexicanas* (México: SEP, Col. "Lecturas mexicanas", núm. 68, 1985), 53.

La primera respuesta es demoledora: se hubiera convertido, a la postre, en un traidor a la patria, y habría caído sobre él el funesto destino que finalmente le correspondió a Huerta, pues habría tenido que asesinar al presidente Madero y al vicepresidente Pino Suárez.²¹ Sin embargo, ésa no hubiese sido la tragedia principal. Alvarado expone una posibilidad más peligrosa aún:

Alfonso Reyes cargó toda su vida el luto por la muerte de su padre y ese luto se advierte en la parte más importante de su obra, constituye el aliento de sus mejores páginas y el aceite de su lámpara. Mas, ¿cómo hubiera sido el Alfonso Reyes, errante por el mundo y oculto en un rincón, con el apellido de un usurpador? No habría escrito, de fijo, la *Ifigenia cruel* y el soplo ateniense, acaso le hubiera servido para un patético y quizá mudo acto de constricción. Otra habría sido la obra de Alfonso Reyes, otra la escena de la cultura mexicana y quizá fuera bueno decidir si, a pesar de todo, no fue mejor lo sucedido.²²

La muerte del padre fue la confirmación del hijo como escritor. El tránsito más difícil hacia la definición de sujeto: un sujeto cruzado por la pérdida, por la urgencia de recurrir al mundo de la ficción para completar su propio universo.

Esos territorios de la especulación, donde los verbos se conjugan en subjuntivo, pertenecen al terreno de la dimensión literaria, y el ensayista lo sabía muy bien. La pérdida física del progenitor es irreparable; la construcción discursiva de la figura paterna sí es posible. Al recrear al padre, Reyes se completaba a sí mismo como sujeto: "Mis hábitos de imaginación vinieron en mi auxilio", confiesa, como vimos más arriba, al hablar de los procesos particulares de su duelo. A través de la imaginación creadora, el padre se convirtió en interlocutor del hijo (lo que no había sido en vida): "Aprendí a preguntarle y

a recibir sus respuestas. A consultarle todo. Poco a poco, tímidamente, lo enseñé a aceptar mis objeciones [...]".²³ Compennetración a través de la evocación. Parte de este proceso tenía que ver con el espacio que representaba el padre. Monterrey se convirtió en la zona segura dentro de una era incierta. Una cápsula fuera del mapa y del calendario.

Porque él, el vástago, estaba en el devenir del tiempo. Él se quedó y tuvo que hacer de la desgracia el parto crucial de su definición como individuo. Apenas abatido el general surgió la disyuntiva: ¿Qué hacer? ¿Ser la proyección del padre o ser él mismo? La decisión, como sabemos, fue radical: "Lo ignoré todo, huí de los que se decían testigos presenciales, e impuse silencio a los que querían pronunciar delante de mí el nombre del que hizo fuego".²⁴ De manera literal, se arrancó de sí la sed de venganza y ambición.

Irse, dejar atrás el presente incierto y el país ensangrentado: ambos quedarían para él clausurados por mucho tiempo. Alfonso Reyes se exilió, se marchó físicamente de México; pero regresó, de manera literaria, a la casa familiar en Monterrey. Desde los días de estudiante en la ciudad de México, había comenzado la elaboración de esta simbólica zona de resguardo. En los momentos difíciles, de cualquiera índole, se decía: "Consuélate [...] Acuérdate que, después de todo, allá en Monterrey, te queda algo sólido y definitivo: Tu casa, tu familia, tu padre".²⁵ Y, como él mismo confesó más adelante, no eran, en sí, ni el espacio real ni la persona física del padre quienes provocaban su calma, sino la elaboración imaginaria que hacía de ambos. El dolor ante la pérdida tenía más que ver, en sus palabras, con el cruel designio de la fortuna histórica.

²¹ Para una lectura desde la perspectiva militar de los acontecimientos de la Decena Trágica, recomiendo el estupendo ensayo de Adolfo Gilly: *Cada quien morirá por su lado. Una historia militar de la Decena Trágica* (México: Ediciones Era, 2013).

²² Alvarado, *Visiones mexicanas*, 53.

²³ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 27.

²⁴ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 29.

²⁵ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 26.

No lloro por la falta de su compañía terrestre, porque yo me la he sustituido con un sortilegio o si preferís, con un milagro. Lloro por la injusticia con que se anuló a sí propia aquella noble vida; sufro porque presiento, al considerar la historia de mi padre, una oscura equivocación en la relojería moral de nuestro mundo [...]²⁶

Para contrarrestar ese tenebroso decreto del destino, Reyes elaboró su oración y recurrió por igual a los vastos campos de la historia como a los inciertos terrenos de la literatura. Hizo del duelo una forma de creación (y de reflexión). El punto de cruce entre estos dos espacios fue la biografía, la vida, narrada por el hijo-biógrafo, del padre. Un relato que iba de lo biológico a lo político, de lo corporal a lo ideológico. A través del recuerdo del cuerpo, de las heridas que sufrió a lo largo de su carrera militar, de las sucesivas firmas que tuvo que elaborar, a través, digo, de todos estos elementos, en apariencia nimios, el hijo regresaba, volvía a ingresar, como solía hacerlo en las vacaciones escolares, en el ámbito de la biblioteca paterna. Sus ojos se asombraban ahora (era la mirada de un adulto, de alguien que ahora podría ser contemporáneo del padre) de los títulos y las lecturas que éstos sugerían: Espronceda, Heredia, Othón (de quien era amigo), la *Historia de la humanidad* de Cesare Cantù, y ¡los *Cantos de vida y esperanza*! de Darío. El general leía a Darío: un autor consagrado por su propia generación y el modelo más emblemático de la modernidad literaria hispanoamericana. Entrar a la biblioteca significaba dejar afuera, por un instante, la contingencia histórica. Alfonso Reyes no deseaba caer en la simple apología y resaltar la labor material del otrora gobernador del estado de Nuevo León, aunque de paso señalaba que eso “Todos lo saben, y los que lo niegan saben que se engañan”.²⁷

No deseaba tampoco hablar de lo evidente: que la historia oficial, a través de los malos oficios de la politiquería, se había

²⁶ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 30.

²⁷ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 33.

empeñado en silenciar este capítulo de la vida moderna mexicana, aunque toda la *Oración* se dirige en ese camino. Pero por ahora eso no era lo importante. No. Para él, la casa y la biblioteca, con sus inquilinos, pertenecían ya a otro universo. Y es ese personaje entrañable, el que se ha formado en la lectura de los clásicos hispanoamericanos del siglo XIX y en los libros consagrados de la historia universal, el que vemos caer de nueva cuenta, esta vez gracias a la pluma del hijo, víctima de un destino caprichoso y no desprovisto de tintes de tragedia clásica. La narración de la rendición del general en Linares y la descripción de los últimos momentos de su vida son un magno esfuerzo por corregir y humanizar la historia oficial del México moderno. El viacrucis de un político de otro tiempo.²⁸

Reyes finalizó la *Oración* evocando una elocuente imagen tomada de los *Cuadros de viaje*, de Henrich Heine: la espiga solitaria que ha escapado a la acción aniquiladora del segador. El cuerpo fue segado por la desquiciante circunstancia política, pero en el rostro sin vida del general quedó, como esa espiga rebelde, una sonrisa: Reyes la recogió y con ella construyó la imagen del progenitor que perdurará a través de su escritura. El punto final de este duelo escritural conmemora la fecha de nacimiento del progenitor: el texto es también una forma de parto. Podríamos, de hecho, verlo así: la *Oración del 9 de febrero*

²⁸ Incluso el testimonio de su hermano Rodolfo, cómplice, como ya apunté, de la última empresa militar del general, así lo confirma. Bernardo Reyes sabía, al dirigirse al Palacio Nacional esa mañana de domingo 9 de febrero de 1913, que iba a morir y deseaba morir a su manera, por cuenta propia: ser consecuente con su propia visión de la historia y de la patria. Confiesa el hermano, recordando esos momentos en los que adelantaba su caballo para alcanzar al padre y disuadirlo de su alocada obsesión: “Para mí, mi padre estaba resuelto a morir en caso de fracaso, y al medir la situación pensó que, de no imponerse con su sola presencia, ese fracaso era seguro, y él, me lo dijo cien veces, no le quería sobrevivir. Su acción no fue, pues, un impulso ciego, sino una resolución suprema. Cuando contestó a mi última palabra, comprendí ya que hacían fuego, y aceptó el sacrificio; lo buscó como la única solución para su propia personalidad”. En: Rodolfo Reyes, *De mi vida*, tomo I, 240.

como una corrección a la historia oficial, el capítulo que faltaba a la gestación del México actual; y también mirarla de este otro modo: la *Oración* como un texto heterodoxo de la narrativa sobre la Revolución mexicana. En las dos lecturas el proceso es similar: contrarrestar con el factor trascendental de lo local, de lo personal, el peso y el artificio de lo nacional u oficial. Es un escrito de naturaleza herética que contradice la verticalidad de la cultura oficial mexicana, y a su manera afirma que no hay una sola manera de ser mexicano, o de ser escritor. Confirma igualmente que la memoria debe formar parte de la historia, y que la ficción es parte de la biografía y de la autobiografía.

La *Oración del 9 de febrero* es, junto con la "Respuesta a sor Filotea de la Cruz", de Sor Juana Inés de la Cruz, y las *Memorias*, de fray Servando Teresa de Mier, una obra de índole única en la literatura mexicana: un sol negro con su propia órbita. Su genealogía proviene de Jorge Manrique (tal vez más allá, desde el *Cid*), pero también parte de Kafka y se proyecta en Jaime Sabines y en Philip Roth. Es una tradición marcada por el anhelo que alguna vez expresó Elías Canetti: escribir para vencer a la muerte es también una batalla perdida. Por eso se lleva a cabo con todos los sentidos.

La escritura ha hecho las veces de duelo. Aceptar la muerte del padre ha implicado para él aceptar su propia mortalidad. Reyes comenzó su *Oración del 9 de febrero* implorando el significado trascendental de una fecha y la terminó recitando mentalmente esta frase de Heine para sobreponerse al irremediable arribo de la partida definitiva: "Pero al fin llegará el día, y se extinguirá el fuego en mis venas, el invierno habitará en mi pecho, sus blancos copos revolotearán acá y allá en torno a mi cabellera, y sus nieblas velarán mis ojos. Descansarán mis amigos en sus tumbas, ya cubiertas de verdura; yo solo sobreviviré como espiga solitaria olvidada por el segador".²⁹

²⁹ Heinrich Heine, *Cuadros de viaje*, introducción, traducción y notas de Isabel García Adán (Madrid: Gredos, 2003), 211.

Bibliografía

- Alvarado, José. *Visiones mexicanas*. México: SEP, Col. "Lecturas mexicanas", núm. 68, 1985.
- Arenas Monreal, Rogelio. *Alfonso Reyes y los hados de febrero*. México: UNAM, Universidad Autónoma de Baja California, 2004.
- Barrera Enderle, Víctor. *De la amistad literaria. Ensayo sobre la genealogía de una amistad: Alfonso Reyes/Pedro Henríquez Ureña, 1906-1914*. Monterrey: UANL, 2006.
- Barrera Enderle, Víctor. *El centauro ante el espejo. Charlas y apuntes sobre el ensayo*. Monterrey: Universidad Autónoma de Nuevo León, 2017.
- Barrera Enderle, Víctor. *La conquista de la vocación. Vida de Alfonso Reyes en tres ensayos*. Guanajuato: Universidad de Guanajuato, 2018.
- Barrera Enderle, Víctor. *La mudanza incesante. Teoría y crítica literarias en Alfonso Reyes*. Monterrey: UANL, 2002.
- Freud, Sigmund. "Duelo y melancolía", Tomo xiv, *Obras completas*, ordenamiento, comentarios y notas de James Strachey, traducción de José L. Etcheverry. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2006.
- Gilly, Adolfo. *Cada quien morirá por su lado. Una historia militar de la Decena Trágica*. México: Ediciones Era, 2013.
- Heine, Heinrich. *Cuadros de viaje*, introducción, traducción y notas de Isabel García Adán, Madrid: Gredos, 2003.
- Kafka, Franz. *Carta al padre*, traducción de Daniela Pérez y Effinger. Praga: Vitalis, 2002.

Reyes, Alfonso. *Diario (1927-1930)*. Tomo II. Edición crítica de Adolfo Castañón., México: Fondo de Cultura Económica, 2010.

Reyes, Alfonso. *Oración del 9 de febrero*. Tomo XXIV, *Obras completas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1990.

Reyes, Rodolfo. Tomo 1, *De mi vida. Memorias políticas (1899-1913)*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1929.

Reyes, Rodolfo. *Memorias mexicanas (1899-1914)*, edición de Fernando Curiel. México: Colofón, 2015.

Restituir la memoria pública desde el dolor privado. *La Oración del 9 de febrero* de Alfonso Reyes

Juan Carlos Abril

Prosa oratio, discurso directo

No podríamos comenzar nuestra lectura de la *Oración del 9 de febrero* más que con este soneto —por lo demás, bastante conocido— del propio Alfonso Reyes, fechado en Río de Janeiro el 24 de diciembre de 1932, como una constante temática melancólica, y en cierto modo obsesiva, que servía de refugio al escritor para plasmar como una suerte de consolación, no de la filosofía como postuló Boecio sino de la escritura, esta prosa poética que expresa su dolor por la ausencia del padre, engastada asimismo en los *planh* medievales. Prosa o prosas en la estela de aquellas *Prosas profanas* del Padre del Modernismo, que tan bien conocían tanto Alfonso Reyes como Bernardo Reyes, a quien por cierto se nos muestra “leyendo con entusiasmo los *Cantos de vida y esperanza*, de Rubén Darío, que acababan de aparecer”.¹ Y recordemos que las prosas venían, en misa, después de la liturgia, tras el aleluya y el tracto, cantándose una secuencia denominada “prosa”, y que derivaba etimológicamente de la expresión latina *prosa oratio*, es decir, discurso directo (sin los ornamentos del verso). Por tanto, queremos ligar desde el inicio el

¹ Alfonso Reyes, *Oración del 9 de febrero* (México: Ediciones Era, 1963), 2.

concepto de prosa poética al de oración o plegaria, ya que no en vano ese ritmo medido marcará el tono *sottovoce* del texto que nos ocupa... Y aunque la muerte nos tiene que llegar a todos sin excepción, en esta ocasión se trata de una muerte muy especial —por el quién, por el cómo— y Alfonso Reyes no dejó de repetirse en múltiples ocasiones —retomando el tema paternofilial, como veremos más adelante— por qué le había tenido que llegar a su padre de aquella manera.

† 9 DE FEBRERO DE 1913

¿En qué rincón del tiempo nos aguardas,
desde qué pliegue de la luz nos miras?
¿Adónde estás, varón de siete llagas,
sangre manando en la mitad del día?

Febrero de Caín y de metralla:
humean los cadáveres en pila.
Los estribos y riendas olvidabas
y, Cristo militar, te nos morías...

Desde entonces mi noche tiene voces,
huésped mi soledad, gusto mi llanto.
Y si seguí viviendo desde entonces

es porque en mí te llevo, en mí te salvo,
y me hago adelantar como a empellones,
en el afán de poseerte tanto.²

General preocupado por la literatura, conjuntando el discurso —tan cervantino, tan del gusto de su hijo y de la tradición hispánica— de las armas y las letras, poeta quizá secreto, escritor e historiador, esta dualidad podría enfocarse en los propios padre/hijo como binomio efectivo: el padre representante de las armas y el hijo como escritor, intercam-

² Alfonso Reyes, "† 9 de febrero de 1913", en *Repaso poético*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1996), tomo x, 146 y 147.

biándose los roles dialógicamente. Una identidad dialógica que llegó a entenderse desde sus extremos. "Entre mi padre y yo, ciertas diferencias nunca formuladas, pero adivinadas por ambos como una temerosa y tierna inquietud, fueron derivando hacia el acuerdo más liso y llano".³ El padre que comprende el talento del hijo por su propia vocación hacia las letras, y el hijo que discierne la figura del padre por el conocimiento de la historia y el temperamento paterno. La talla y las inclinaciones de ambos se intersectan y, en diversos puntos, se incluyen mutuamente.

Resulta complicado, pues, si no imposible, separar lo privado y lo público cuando el general Bernardo Reyes es el padre de uno, y se funden sendos aspectos de la vida en una ambigua identidad binómica capaz de atribuir cualidades privadas a funciones públicas, o virtudes públicas a talentos privados. "Es difícil bajar a la zona más temblorosa de nuestros pudores y respetos",⁴ confiesa el propio autor, refiriéndose a esto. Porque se trata en cualquier caso de un héroe de guerra. Alfonso Reyes ciertamente no lo tenía fácil. Y más teniendo en cuenta que la asonada protagonizada por el general, en la que a la postre perdió la vida, pretendía instaurar un régimen ultraconservador que podía retrotraer a México a los tiempos del Porfiriato, del que como sabemos había formado parte activa durante varias décadas.

Bernardo Reyes, vida y obra

Es bien conocida la lealtad —"obediencia absoluta", en palabras de Soto⁵— que el general Reyes le profesaba a Porfirio Díaz, la cual le empujó a ganar ascensos militares y ci-

³ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, 5.

⁴ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, 4.

⁵ Miguel E. Soto, "Precisiones sobre el reyismo. La oportunidad de Porfirio Díaz para dejar el poder", en *Historia moderna y contemporánea de México* (México: UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1979), tomo 7, 111.

mentó una estrecha relación con los medios administrativos de todo México. No obstante, hace falta recordar algunos detalles sobresalientes del contexto de su vida, por la repercusión de la imagen que se proyectará en el hijo, y luego de éste en su obra.

Bernardo Reyes llegó a Monterrey en octubre de 1885, designado como jefe de Operaciones Militares.⁶ La política, como en cualquier otro momento histórico, no era el mejor terreno, pero menos en aquel entonces, con levantamientos e insurrecciones en diversos municipios, y sobre todo dada la influencia de —entre otros— el general Jerónimo Treviño, con quien nuestro héroe mantuvo un ten con ten durante cierto tiempo, “reyismo contra treviñismo” lo califica el historiador Óscar Flores.⁷ Nuevo León era un estado conflictivo y allí llegó nuestro general para apaciguar las insurrecciones permanentes contra el gobierno central, y para frenar el contrabando con Estados Unidos en toda la frontera norte. No era la primera empresa que el general Reyes asumía para poner orden, ya que en los años setenta y principios de los ochenta se había desempeñado con valor inusual en batallas a lo largo y ancho del país, siempre con éxito, por lo que Porfirio Díaz aprovechó su experiencia.

A finales de 1885, concretamente el 12 de diciembre, fue designado como gobernador provisional, hasta el 4 octubre de 1887, cuando le sucede Lázaro Garza Ayala, permaneciendo Reyes como jefe de la Tercera Zona Militar, esto es, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas. En 1889 regresó a Nuevo León para presentarse como candidato a gobernador, cargo que fi-

⁶ E.V. Niemeyer Jr., *El general Bernardo Reyes*, pról. de Alfonso Rangel Guerra, trad. de Juan Antonio Ayala, rev. de Joaquín A. Mora (Monterrey: Gobierno del Estado de Nuevo León, Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad de Nuevo León, 1966), 33 y ss.

⁷ Óscar Flores, *Monterrey en la Revolución (1909-1923)* (Monterrey: Centro de Estudios Históricos-Universidad de Monterrey, 2010), 21 y ss.

nalmente consiguió, manteniéndose en elecciones sucesivas hasta octubre de 1909, haciendo un total de veinte años, si bien entre 1900 y 1903 se desempeñó como secretario de Guerra y Marina, donde desarrolló la creación de la Segunda Reserva del Ejército, en un intento por modernizar esta institución mexicana. De esta época data el retrato al óleo de cuerpo entero realizado por el pintor español —natural de Cantabria, Torrelavega— radicado en México, José Escudero y Espronceda, en 1900, cuando ocupaba la Secretaría.

La mexicanidad del general Bernardo Reyes se encuentra fuera de toda duda, incluso si su frustrado golpe de Estado pudiera ser censurable. Bernardo Reyes era un hijo de su tiempo, *un héroe de nuestro tiempo*, recordando la conocida novela romántica del ruso Mijaíl Lérmontov, militar asimismo que conjuntaba armas y letras.

No: no es su presencia real lo que más me falta, con ser tan cálida, tan magnética, tan dulce y tan tierna para mí, tan rica en estímulos para mi admiración y mi fantasía, tan satisfactoria para mi sentido de los estilos humanos, tan halagadora para mi orgullo de hijo, tan provechosa para mi sincero afán de aprendiz de hombre y de aprendiz de mexicano (¡porque he conocido tan pocos hombres y entre éstos, tan pocos mexicanos!) [...] ⁸

Ejemplo inspirador para generaciones futuras, modelo de entusiasmo y tenacidad, sus gestas épicas en las diferentes batallas que libró lo fueron ascendiendo grado tras grado hasta convertirse en un famoso general, que incluso estuvo coqueteando con la idea de postularse a vicepresidente, y si no lo hizo en su momento, fue más bien porque de sobra es conocida la táctica de Porfirio Díaz con todos sus posibles sucesores, incluso sus consejeros *científicos*, de no animarlos a que le sucedieran para no incubar en su propio seno la traición, manteniéndolos enemistados entre ellos y sin capacidad de

⁸ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, 8.

acción; igual tratamiento aplicó a Bernardo Reyes, que nunca formó parte de los científicos pero sí participó del espíritu —positivista o no— de la época, alimentado por las ideas del progreso, mejora social, justicia y confianza en la tecnología. El pensamiento comtiano no sólo pertenecía a los llamados científicos, sino que era un ambiente que flotaba en el aire, podría decirse que intrínseco al Porfiriato. En ese sentido, la entrega del general Reyes al pueblo mexicano fue total, y quedan perlas como ésta en la historiografía regiomontana, que lo sitúan en un lugar preeminente como prócer altruista entregado a las causas nobles:

A fines del mismo mes de agosto de 1909, buena parte de la ciudad de Monterrey era devastada por la catástrofe natural más trágica jamás registrada: el desbordamiento del río Santa Catarina arrasó la parte sur de la ciudad para cobrar cerca de cinco mil muertos. El 2 de septiembre, estupefacto ante la noticia, «el atrincherado de Galeana» —nombre con que se le llamó a Bernardo Reyes por creer que su estancia en el municipio de Galeana era con el objetivo de organizar una insurrección— emprendió por la serranía el regreso a caballo hacia la capital.⁹

La mexicanidad del general, es decir, su firme intención de la mejora del país, sus reformas, su saneamiento y su prosperidad en pro del bien popular y movido por la razón de Estado, es una de sus primordiales características. De hecho, son notorias todavía hoy día sus actuaciones y ejecuciones cuando ocupó la gubernatura de Nuevo León, en sus dos etapas. En su primera administración (1885-1887), Reyes desplegó una intensa actividad para nivelar la hacienda pública, y organizó la junta de mejoras materiales con la cual se iniciaron los trabajos de construcción de la Penitenciaría del Estado, que se concluyó ocho años más tarde. Además, se remozó la plaza Zaragoza y se reconstruyó el mercado Co-

lón; se sofocó el bandolerismo, particularmente la rebelión de Catarino Garza; se reabrió la Escuela Normal y se impulsó el Colegio Civil, entre otras cosas.¹⁰ En su segunda administración (1889-1909) se auspició la industria especialmente. Reyes añadió exenciones a nuevas empresas y a quienes indujesen servicios públicos, y otorgó concesiones a inversionistas extranjeros que acudieron no sólo por esas facilidades, sino por la situación adversa en los Estados Unidos. A partir de 1890 se observó el avance de la gran industria: fundiciones, vidrio, cemento, cerveza (la Cervecería Cuauhtémoc se fundó en 1890), etcétera. Legisló sobre educación introduciendo en 1891 reformas innovadoras en la enseñanza. Abrió la Normal para Señoritas, pero clausuró la Escuela de Medicina en 1898. Dictó algunas medidas de salubridad, en particular durante la fiebre amarilla. Inició en 1895 la construcción del Palacio de Gobierno, el cual se terminó en 1908, y se concluyó el Palacio Municipal. Abrió varias avenidas en 1892, ejes hoy principales de Monterrey.¹¹

El último romántico

Alfonso Reyes plantea en su texto, por lo demás muy breve pero altamente intenso, líricamente intenso, la estirpe ideológica de su padre, a quien en el fondo y en la forma sitúa al margen de su tiempo, de ese principio de siglo xx: adalid de un romanticismo que a todas luces ya ha pasado de moda y, con él, lo que ello representó. “Procónsul del Noreste”, “Canana”, “Atrincherado de Galeana” (ya citado), “Héroe del 2 de abril de 1903”, “General de ópera bufa” son algunos de los apelativos con los que pasó a la fama el general, todos signo de otra época... “No poco del antiguo régimen había muerto,

⁹ Flores, *Monterrey en la Revolución (1909-1923)*, 28 y 29.

¹⁰ Soto, “Precisiones sobre el reyismo”, 107 y 108.

¹¹ Soto, “Precisiones sobre el reyismo”, 108 y ss.

‘en la mitad del día’, con Bernardo Reyes”.¹² Si el romanticismo era un género literario ya superado, propio del siglo anterior, el XIX, en cierto modo podría decirse que la gente que lo encabezó también se había quedado obsoleta, incluso en el plano de las ideas.

La figura paterna opera en la escritura alfonsina como oposición y como proyección. Bernardo Reyes es la figura de otro tiempo, o mejor, de otra temporalidad, representa un género literario superado [...] La dimensión histórica parte del hecho desgarrador, a saber, que el padre *no supo leer* su propia circunstancia, no se enteró que su tiempo y su género literario ya habían pasado. Era un romántico exiliado del romanticismo, que vivía ahora en una era donde los intereses materiales (y monetarios) se imponían sobre los viejos ideales nacionalistas.¹³

Estamos ante una familia liberal, y cuando nos referimos al liberalismo hablamos de una peculiar y anticlerical manera de ver el mundo (Rawls), de concebir los negocios y las relaciones. *Laissez faire et laissez passer, le monde va de lui même* (“Dejen hacer y dejen pasar, el mundo va solo”), enunció Vincent de Gournay, fisiócrata del siglo XVIII, contra el intervencionismo del gobierno en la economía y a favor de la agricultura y los recursos naturales —que se pretendían inagotables— para la generación de riqueza, en contra del mercantilismo. En palabras de José Emilio Pacheco, Alfonso Reyes fue un “escritor laico y liberal por excelencia en una tradición tan católica como la nuestra”.¹⁴ A la sazón, Bernardo Reyes provenía de una familia importante que formaba

¹² Gastón García Cantú, “Breve noticia de los sucesos del 9 de febrero de 1913”, en Alfonso Reyes, *Oración del 9 de febrero*, (México: Ediciones Era, 1963), IV.

¹³ Víctor Barrera Enderle, “La espiga solitaria. El duelo como escritura en la *Oración del 9 de febrero*, de Alfonso Reyes”, *Revista Valenciana*, 16 (julio-diciembre 2015): 167, <https://doi.org/10.15174/rv.v0i16.114>.

¹⁴ José Emilio Pacheco, “Inventario: para acercarse a Alfonso Reyes”, *Proceso* (Ciudad de México, 22 de mayo), 46-47 (1989), consultado en <http://www.alfonsoreyes.org/PachecoIn.htm>.

parte del partido liberal.¹⁵ Y no olvidemos el enfrentamiento entre liberales y científicos, que como hemos anticipado, fue promovido por el propio Porfirio Díaz para impedir su sucesión. En palabras de Enrique Krauze: “¿Cuál fue el ‘hubiera’ crucial de Porfirio Díaz? No me cabe duda: la negación de abrir paso al general Bernardo Reyes”.¹⁶ Por esto mismo Francisco I. Madero tituló un libro en 1909 como *La sucesión presidencial en 1910*, creando subsecuentemente el Partido Nacional Antirreeleccionista. La Revolución mexicana estaba incubándose.

Para los liberales, los científicos representaban la reacción; para los católicos, como los periodistas más visibles de la agrupación eran positivistas, el grupo científico representaba el ateísmo; para los amigos del general Díaz, los científicos eran los enemigos encubiertos del gobierno; para el público en general, eran los favoritos de la administración. Para los militares, los científicos que tenían por principales enemigos al general Reyes y al brigadier Félix Díaz, representaban el antimilitarismo; para el pueblo eran los sostenedores de la dictadura.¹⁷

Alfonso Reyes nos habla del romanticismo de su padre en múltiples pasajes y, debido a la brevedad del texto que nos ocupa, es de notar esa repetición. No se trata de ensalzar los hechos heroicos del progenitor, sino de morigerar el dolor de su pérdida, como un sortilegio, en el recuerdo íntimo de algunos momentos que afloran a la memoria, y que 17 años

¹⁵ A. Benavides Hinojosa, *El general Bernardo Reyes, vida de un liberal porfirista* (Monterrey: Ediciones Castillo, 1998). Véase también “Bernardo Reyes: un liberal porfirista”, filmado el 23 de febrero de 2010 por el Tec de Monterrey, Cátedra Alfonso Reyes, video, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes 2014, consultado el 28 de febrero de 2021, <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmchb100>.

¹⁶ Enrique Krauze, “La hipótesis de Bernardo Reyes”, *Lemas Libres*, 20 de julio de 2015, <https://www.lettraslibres.com/mexico-espana/historia/la-hipotesis-bernardo-reyes>.

¹⁷ Niemeyer, en *El general Bernardo Reyes*, 96, cita a Ramón Prida, *De la dictadura a la anarquía* (El Paso, Texas: Imprenta El Paso del Norte, 1941), 105 y 106.

después aún persisten. De hecho, persistirán siempre. Y que el texto se mantuviera inédito explica con más rigor su carácter privado.

La Oración del 9 de febrero, compuesta en Buenos Aires en 1930, "el día en que habría de cumplir sus ochenta años", y diecisiete años después de los acontecimientos de 1913, nunca será publicada por Alfonso Reyes. Se dará a conocer, póstuma, en México, 1963, por Ediciones Era, con reproducción del manuscrito en facsímil y prólogo de Gastón García Cantú. Acaso don Alfonso la guardaba como si fuera una invocación y un lamento privados. En ella no volverá a narrar la fama del soldado y gobernante y nunca quiso detenerse en las circunstancias de la muerte de su padre; su único tema es la persistencia del desgarramiento y los recursos que ha encontrado su autor para sobrellevar la pérdida y mantenerlo presente en su ánimo.¹⁸

Los hechos son bien palmarios y nuestro autor no se molesta en contárnoslos, no abunda en ellos. Después de romper relaciones con Madero, Bernardo Reyes se refugió en San Antonio, Texas, e intentó organizar desde allá un levantamiento. El 16 de septiembre de 1911 proclamó el Plan de la Soledad, que no consiguió apoyo en Estados Unidos, ni en México. Al ver que su intentona resultó fallida, regresó derrotado a México y se entregó voluntariamente el 25 de diciembre de 1911 en Linares, Nuevo León, desde donde fue trasladado a la cárcel militar de Santiago de Tlatelolco. Lo que sigue es narrado por Adolfo Castañón:

La madrugada del domingo 9 de febrero de 1913, el general Bernardo Reyes es puesto en libertad a la fuerza por un grupo de militares y civiles inspirados por Rodolfo Reyes, Félix Díaz y el general Mondragón. Saldrá de ahí para tomar por asalto Palacio Nacional y caer fulminado por la metralla ante las puertas del Palacio Nacional. Va vestido con un traje oscuro civil; lleva un clavel

¹⁸ José Luis Martínez, "Introducción", en Alfonso Reyes, *Obras completas de Alfonso Reyes*, 7-21. (México: Fondo de Cultura Económica, 1990), tomo XXIV, 9.

rojo en la solapa y en la cabeza una gorra cazadora que luego su hijo Alfonso paseará por todo el mundo como un recuerdo doloroso y entrañable.¹⁹

Alfonso Reyes no podrá justificar el pretendido y abortado cuartelazo del padre, a todas luces una involución democrática que, si no se pudo llevar a cabo entonces, lo lograría pocos días después Victoriano Huerta, ordenando asesinar a Francisco I. Madero y José María Pino Suárez el 22 de febrero de 1913.

Y poco antes, el 9 de febrero de 1913, en un tiempo "de Caín y de metralla", el general Bernardo Reyes cae acribillado frente al Palacio Nacional. Aquella muerte será una herida siempre abierta para su hijo Alfonso. Confundido, no encuentra otro camino que salir del país. Rehúsa la secretaría particular que le ofrece Huerta, ya presidente, y el 10 de agosto siguiente deja México, rumbo a Veracruz para embarcarse a París donde será segundo secretario de la Legación de México. Llevaba ya consigo mujer e hijo, pues se había casado en 1912 con Manuela Mota. Tenía veinticuatro años.²⁰

Hay que subrayar este paso, pues Alfonso Reyes, tras la muerte de su padre, podría haber ocupado un lugar preeminente en el gobierno de Huerta, pero renuncia, finalizando rápidamente su licenciatura para recibirse como abogado, alejándose de su país y ocupando un modesto lugar político-administrativo en París.²¹ Poco después, por cierto, tras la caída de Huerta, emprende su exilio, y es cuando debe pedir

¹⁹ Adolfo Castañón, "Bernardo Reyes y el libro de honor mexicano, seguido de un texto poco conocido de Rubén Darío sobre Bernardo Reyes", *Literatura Mexicana* 17, núm. 1 (2006), <https://revistas-filologicas.unam.mx/literatura-mexicana/index.php/Im/article/view/529/528>.

²⁰ José Luis Martínez, "1911-1913", en Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia 1, 1907-1914*, ed. José Luis Martínez (México: Fondo de Cultura Económica, 1986), 191.

²¹ Alfonso Reyes, *Oración del 9 de febrero*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1990), 46 y ss.

ayuda a su hermano Rodolfo, a la sazón ya refugiado en España, y comienza la andadura del Regiomontano Universal en España, tan fructífera y feliz en lo literario y lo humano, como es bien sabido.

La relojería moral de nuestro mundo

Gastón García Cantú comenta en el prólogo a la primera edición de nuestra obra, tal y como ya hemos adelantado:

Al margen de la tragedia pública, Alfonso Reyes escribió la tragedia íntima de Bernardo Reyes, su padre —hay extremos que sufren papel—, sin consolarse jamás ante aquella muerte inútil.²²

Alfonso, dadas sus condiciones polígrafas, enarbola las letras igual que su padre las armas. Podría decirse que el ardor de guerrero del padre, la incontinenencia para enfrentarse al enemigo e incluso morir en la empresa, se acaba trasladando al hijo, en su impulsiva escritura durante décadas. Vital, apasionada, al estilo de los románticos.

Tronaron otra vez los cañones. Y resucitado el instinto de la soldadesca, la guardia misma rompió la prisión. ¿Qué haría el Romántico? ¿Qué haría, oh, cielos, pase lo que pase y caiga quien caiga (¿y qué mexicano verdadero dejaría de entenderlo!) sino saltar sobre el caballo otra vez y ponerse al frente de la aventura, único sitio del Poeta? Aquí morí yo y volví a nacer, y el que quiera saber quién soy que lo pregunte a los hados de Febrero. Todo lo que salga de mí, en bien o en mal, será imputable a ese amargo día.²³

Como vemos, se ha mezclado todo: el general es un Poeta, y el escritor nace de la batalla en la que su padre pierde la vida. Justo antes, Reyes nos habla de las diferencias y similitudes entre las armas y las letras, y cómo se marca una radical distancia

²² García Cantú, "Breve noticia de los sucesos del 9 de febrero de 1913", v.

²³ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, 23.

entre "hacer y el decir".²⁴ En Bernardo Reyes se funden "poesía y acción en dosis explosivas"²⁵ para acrisolarse en una sola voluntad, la "idea del héroe, del Guerrero, del Romántico, del Caballero Andante, del Poeta de Caballería".²⁶ En realidad, esa fusión final es poesía, es "poema en movimiento".²⁷ Su padre se habrá *textualizado* con el paso del tiempo, siendo matriz temática, motor generador, y de ahí algunas otras calas sobre él. Y no será el primer texto que escriba sobre su padre:

"Villa de Unión", "De mi padre", "† 9 de febrero de 1913", la *Oración del 9 de febrero* y el poema dramático *Ifigenia cruel*, escritos íntimos y personales de Alfonso Reyes, constituyen un conjunto de poemas, una sola sinfonía, donde la imagen y la vida de su padre se hacen poesía, donde el discurso literario asume el dolor y la tragedia del padre. En ese sentido, en una lectura unitaria, concibo la *Oración del 9 de febrero* como el texto más integrador que apuntala la continuidad de *Ifigenia cruel* y la unidad con los otros poemas y con los libros de memorias *Parentalia* y *Albores*.²⁸

Vamos a finalizar, no sin antes remarcar de manera muy precisa que se trata de una mezcla adrede, porque no olvidemos que la *Oración del 9 de febrero* no se escribe para ser publicada, o no al menos para ser publicada en vida de su autor, sino que funciona más bien como un exorcismo privado frente a la ausencia trágica e inexplicable del padre, y el recuerdo de ese dolor. Alfonso Reyes escribe esta oración de un modo privado, desde la intimidad filial, para rehabilitar la memoria

²⁴ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, 22.

²⁵ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, 22.

²⁶ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, 23.

²⁷ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, 21.

²⁸ Rogelio Arenas, "Alfonso Reyes íntimo: *Oración del 9 de febrero*. Materialidad verbal discursiva, biografía y autobiografía", en Pol Popovic Karic y Fidel Chávez Pérez coords., *Alfonso Reyes: Perspectivas críticas. Ensayos inéditos* (Monterrey: Tecnológico de Monterrey, 2004), 97.

pública de su padre, ensalzar sus hazañas heroicas, su lucha y amor por la patria, su dejarse literalmente la piel, y que no se vea su imagen empañada en la Historia por ese triste, trágico y errático final. Desde ese *continuum* de la propia obra apuntado, imbricado en un camino no pensado pero en el que las necesidades expresivas se imponen, desde esta suerte de conjuro para espantar los recuerdos de los días más funestos del escritor, que le marcaron de por vida, habría que tener en cuenta las palabras de Adolfo Castañón para encarar la anfibiaología escrito/oral de nuestro texto, que juega a su vez con su dimensión público/privada, y cómo esa dualidad intrínsecamente ambigua se convertirá en una de sus características principales, acaso la más auténtica:

Oración del 9 de febrero. El lema que da título al texto suscita una o varias preguntas. ¿Se trata de una plegaria por o a Bernardo Reyes? Esa ambigüedad impregnará todo el texto, hasta el punto de que en algún momento podría pensarse que esa “oración” la pronunciaría el propio Bernardo Reyes a través de la interpósita voz de su hijo Alfonso para dirigírsela a sí mismo, a su propia familia, a su dinastía y la genealogía que arborecerá en el futuro... Una oración es necesariamente un discurso oral. Y la oralidad es una de las claves del texto que está “escrito” desde el orden de lo hablado. De hecho, la voz “oración” podría decirse que es una de las guías de Reyes para escribir y componer “oraciones” que sean dueñas del carácter incontrovertiblemente presencial de lo escrito... Toda una teoría literaria se encierra en este título.²⁹

Paradójica y contradictoriamente, por un lado nos encontramos ante una prosa escrita eminentemente para ser leída, y por otro lado, emparentada con la liturgia a través del sentido de plegaria —el propio Reyes lo escribe así—³⁰ o ensalmo.

²⁹ Adolfo Castañón, “Una suerte de dinastía que cae: la *Oración del 9 de febrero* de Alfonso Reyes”, *La Santa Crítica*, 8 de febrero de 2021, <http://lasantacritica.com/general/una-suerte-de-dinastia-que-cae-la-oracion-del-9-de-febrero-de-alfonso-reyes/>.

³⁰ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, 6.

Liturgia de un escritor laico, frases murmuradas entre lo privado y lo público. En resumidas cuentas, y según Christopher Domínguez Michael: “La *Oración del 9 de febrero* (1930) de Alfonso Reyes, es una de las piezas más perfectas y conmovedoras en la historia de la prosa hispanoamericana”.³¹ Por lo que este opúsculo, que no quiere hacerse público, al menos en vida de su autor, y que se concibe como desahogo privado, atravesado por el dolor, trata de restituir la memoria pública del general, comprender la remembranza pública del personaje, que es padre a su vez, humanizarlo a través del hijo, a través de la visión filial, del amor de su vástago. Y estas dialécticas escriturales se hallan aquí fuertemente enraizadas.

No lloro por la falta de su compañía terrestre, porque yo me la he sustituido con un sortilegio o si preferís, con un milagro. Lloro por la injusticia con que se anuló a sí propia aquella noble vida; sufro porque presiento al considerar la historia de mi padre, una oscura equivocación en la relojería moral de nuestro mundo; me desespera, ante el hecho consumado que es toda tumba, el pensar que el saldo generoso de una existencia rica y plena no basta a compensar y a llenar el vacío de un solo segundo.³²

Con esto concluimos.

Bibliografía citada

Arenas, Rogelio. “Alfonso Reyes íntimo: *Oración del 9 de febrero*. Materialidad verbal discursiva, biografía y autobiografía”. En *Alfonso Reyes: Perspectivas críticas. Ensayos inéditos*, coordinado por Pol Popovic Karic y Fidel Chávez Pérez. Monterrey: Tecnológico de Monterrey, 2004.

³¹ Christopher Domínguez Michael, “Relectura de la *Oración del 9 de febrero*”, *Letras Libres*, 24 de septiembre de 2013, <https://www.lettraslibres.com/mexico-espana/relectura-la-oracion-del-9-febrero>.

³² Reyes, *Oración del 9 de febrero*, 8 y 9.

Barrera Enderle, Víctor. "La espiga solitaria. El duelo como escritura en la *Oración del 9 de febrero*, de Alfonso Reyes". *Revista Valenciana*, 16 (julio 2015):159-176. <https://doi.org/10.15174/rv.v0i16.114>.

Benavides Hinojosa, A. *El general Bernardo Reyes, vida de un liberal porfirista*. Monterrey: Ediciones Castillo, 1998.

Benavides Hinojosa, A. (2014). "Bernardo Reyes: un liberal porfirista". Filmado el 23 de febrero por el Tec de Monterrey, Cátedra Alfonso Reyes. Video. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2014. Consultado el 28 de febrero de 2021. <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmchb100>.

Castañón, Adolfo. "Bernardo Reyes y el libro de honor mexicano, seguido de un texto poco conocido de Rubén Darío sobre Bernardo Reyes". *Literatura Mexicana* 17, 1. (2006): 235-250. Consultado el 28 de febrero de 2021. <https://bit.ly/3rqY7h1>.

Castañón, Adolfo. "Una suerte de dinastía que cae: la *Oración del 9 de febrero* de Alfonso Reyes", *La Santa Crítica*, 8 de febrero de 2021. <http://lasantacritica.com/general/una-suerte-de-dinastia-que-cae-la-oracion-del-9-de-febrero-de-alfonso-reyes/>.

Domínguez Michael, Christopher. "Relectura de la *Oración del 9 de febrero*". *Letras Libres*, 24 de septiembre de 2013. <https://www.letraslibres.com/mexico-espana/relectura-la-oracion-del-9-febrero>.

Flores, Óscar. *Monterrey en la Revolución (1909-1923)*. Monterrey: Centro de Estudios Históricos-Universidad Monterrey, 2010.

García Cantú, Gastón. "Breve noticia de los sucesos del 9 de febrero de 1913". En Reyes, Alfonso, *Oración del 9 de febrero*, 1-v. México: Ediciones Era, 1963.

Krauze, Enrique. "La hipótesis de Bernardo Reyes". *Letras Libres*, 20 de julio de 2015. <https://www.letraslibres.com/mexico-espana/historia/la-hipotesis-bernardo-reyes>.

Pacheco, J.E. "Inventario: para acercarse a Alfonso Reyes". *Proceso*, 22 de mayo de 1989: 46-47. Consultado en <http://www.alfonsoreyes.org/PachecoIn.htm>.

Popovic Karic, Pol y Chávez Pérez, Fidel, coords. *Alfonso Reyes: Perspectivas críticas. Ensayos inéditos*. Monterrey: Tecnológico de Monterrey, 2004.

Martínez, José Luis. "1911-1913", en Reyes, Alfonso y Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia I, 1907-1914*, edición de José Luis Martínez, 190-192. México: Fondo de Cultura Económica, 1986.

Martínez, José Luis. "Introducción", en Alfonso Reyes, *Obras completas de Alfonso Reyes*, 7-21. México: Fondo de Cultura Económica, tomo XXIV, 1990.

Niemeyer, Jr., E.V. *El general Bernardo Reyes*, prólogo de Alfonso Rangel Guerra, traducción de Juan Antonio Ayala, revisión de Joaquín A. Mora. Monterrey: Gobierno del Estado de Nuevo León, Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad de Nuevo León, 1966.

Rawls, John. *El liberalismo político*, traducción de Antoni Domènech. Barcelona: Crítica, 2013.

Reyes, Alfonso. *Oración del 9 de febrero*. México: Ediciones Era, 1963.

Reyes, Alfonso. *Oración del 9 de febrero*. Tomo XXIV, *Obras completas de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1990.

Reyes, Alfonso. "† 9 de febrero de 1913". En *Repaso poético*. Tomo x, *Obras completas de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.

Reyes, Alfonso y Pedro Henríquez Ureña. *Correspondencia I, 1907-1914*, edición de José Luis Martínez. México: Fondo de Cultura Económica, 1986.

Soto, Miguel E. "Precisiones sobre el reyismo. La oportunidad de Porfirio Díaz para dejar el poder". Tomo 7, *Historia Moderna y Contemporánea de México*, 105-133. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1979.

Entre la pluma y la espada

Paola Velasco

¡Alto al fuego! ¡No se tira
sobre un hombre que nos habla!
Alfonso Reyes, "Villa de unión"

Durante abril y mayo de 1911 los revolucionarios mexicanos dieron fuertes estocadas al régimen porfirista. El general Bernardo Reyes —estacionado forzosamente en Cuba— se vio imposibilitado para encabezar cualquier tentativa contra los rebeldes, pero una vez que Porfirio Díaz abordó el *Ypiranga* no había autoridad que le impidiera volver a México. Bernardo Reyes debió saber con claridad meridiana que no encontraría ya un lugar en el gabinete, y probablemente su decisión de mantenerse en Cuba esperando la orden que le mandara volver —misma que finalmente le dio el gobierno interino— se debió a que buscaba darse el tiempo para sopesar los acontecimientos antes de actuar. Nunca se acercó al *Ypiranga*, en su paso por la Isla rumbo a Europa, para saludar a Díaz. En su larga y tortuosa relación con el presidente, debía dolerle que —junto con Limantour— Díaz, temeroso de que la revuelta le viniera del general Reyes, lo atara de manos para volver y ayudar a sofocar los alzamientos revolucionarios. Como escribió Alfonso Reyes: "No cabían dos centros

en un círculo". En México algunos tenían la confianza de que su regreso apaciguaría al país. Un vistazo a la prensa del momento deja ver tanto llorosos párrafos sobre la partida de Díaz, como elucubraciones sobre el regreso de Bernardo Reyes, considerado lo mismo desterrado político que nueva esperanza de pacificación o elemento de equilibrio en la lucha electoral.

Los primeros días de junio el malecón del puerto de Veracruz hirvió de gente dando la bienvenida al general Bernardo Reyes, quien regresó finalmente al país en el *Bismarck*, un vapor alemán. Desde uno de los balcones del Hotel Diligencias se le oyó una arenga: volvió para "entregar su corazón a la patria", para ponerse al servicio del nuevo gobierno. Con una serie de vivas a su persona y a Madero, lo aclamaron.

Los temores de que el General Bernardo Reyes levante una nueva revolución aparecen pueriles —se lee en el diario *La Iberia*—, puesto que en su larga vida militar ha dado siempre pruebas de fidelidad al Gobierno legítimamente constituido, y si sus tendencias hubieran sido revolucionarias, oportunidad sobrada tuvo para rebelarse en tiempos no remotos.

Y, sin embargo, en diciembre de 1911, Bernardo Reyes —el que nunca se opuso, aun cuando no le faltaron ocasiones ("Le daban la revolución ya hecha, casi sin sangre, ¡y no la quiso!", diría su hijo Alfonso)— se levantó en armas contra Madero. ¿Qué ocurrió en tan pocos meses? "¡Ay, nunca segundas partes fueron buenas! —habla en otra parte Alfonso Reyes—. Ya no lo querían: lo dejaron solo. Iba camino de la desesperación, de agravio en agravio". El Congreso le negó una razonable petición: aplazar las elecciones hasta lograr un escenario de paz. El general veía que sin partidos establecidos ni garantías sobre el limpio conteo de los votos ningún intento de elección podría llegar a buen término. Como respuesta, decidió no postularse a la Presidencia y partió a San

Antonio, Texas, donde se agrupó con reyesistas y antimaderistas para organizar la rebelión. A causa de ello, fue arrestado por las autoridades norteamericanas. Libró la cárcel tras pagar una fianza, y volvió a México para levantarse con una fuerza proyectada de 600 hombres, que nunca llegó. En su *Defensa* leemos:

Al mirar que esa anarquía paseaba ya tremenda sus pendones de crimen en nuestro ensangrentado territorio, intenté la rebelión, porque juzgué patriótico (aunque esto se crea error de mi parte) derrocar a un gobierno [...] cuyo exaltado espíritu revolucionario, según mis sinceras creencias, había despertado feroces pasiones e instintos adormidos en nuestras masas populares.

Pero al cruzar la frontera apenas una veintena de hombres lo acompañaba. Tampoco hizo eco el respaldo popular que sólo en los diarios, en las cantinas o los cafés, lo alababa como futuro pacificador, como "una de las pocas voluntades capaces, en aquel instante, de conjurar los destinos".

Y al fin lo hallamos cruzando simbólicamente el río Bravo, acompañado de media docena de amigos e internándose por las haciendas del norte donde le habían ofrecido hombres y ayuda y sólo encontraba traición y delaciones.

Don Bernardo mantuvo un fracasado combate de tan sólo 11 días. En su *Oración del 9 de febrero* Alfonso Reyes describe con dramatismo, casi como escena de película, la condición deplorable de su padre al entregarse en "la noche triste de Linares", la Nochebuena de 1912, a un pobre oficial de guardia que había sido amansador de caballos en su casa en Monterrey. Jerónimo Treviño era entonces comandante de la Tercera Zona Militar en Nuevo León. Díaz había levantado entre él y Bernardo Reyes una mutua animadversión —estrategia de la que echó mano más de una vez para anular a sus propios hombres, para quitarse de encima el peligro de que le

hicieran sombra, dejándolos entretenidos en hacérsela entre ellos mismos—, y fue Treviño el oficial superior a quien se entregó Bernardo Reyes:

Para efectuar la contra-revolución, llamé a los revolucionarios descontentos, al ejército y al pueblo; [...] ni un sólo hombre ha acudido a mi alrededor. Esta demostración patente del general sentir de la Nación, me obliga a inclinarme a ese sentir, y declarando la imposibilidad de hacer la guerra he venido a esta ciudad la madrugada de hoy a ponerme a disposición de Ud.

Honor de guerra al fin, Treviño se comportó —en palabras de Rodolfo, hermano de Alfonso Reyes— “como un soldado de los de espada, no de pistola”, al tomarlo como prisionero con su palabra de honor por única cadena. Más tarde lo remitirían a la ciudad de México para que fuera encerrado en la prisión militar de Santiago Tlatelolco, donde pasó los siguientes 13 meses, hasta el trágico 9 de febrero de 1913.

En su *Oración del 9 de febrero* Alfonso Reyes canta la belleza de su padre; la belleza del recuerdo de su padre: temperamento fogoso, guerrero. Las imágenes que elabora para describirlo son ardientes, fuego en constante crepitar, a su lado todo es calor y está al rojo vivo. Incluso cuando a él —melancólico y húmedo— se le apaga la llama del ánimo, le basta recordarlo para encenderse. Es curioso que aspirara a que su padre muriera de causas biológicas. No parece ser el destino de un hijo de Marte que, como Alfonso Reyes sabía, “siempre vivió en peligros”. Pero su *Oración*, además de oda inscrita en la tradición de Jorge Manrique, es un “quedamos en paz”, pues, a diferencia de don Rodrigo con su hijo, la memoria de don Bernardo no dejó harto consuelo en Alfonso Reyes. En la *Oración del 9 de febrero* dos hombres tan distintos, el de armas y el de letras, son conciliados, reconciliados, por y en Alfonso Reyes puliendo las diferencias con el fantasma de su padre: “Los salvajes creían ganar las virtudes

de los enemigos que mataban. Con más razón imagino que ganamos las virtudes de los muertos que sabemos amar”.¹ El acto de fagocitación que describe resuena como un proceso psicológico de aceptación de las ideas y acciones del padre para sobrevivir, para descansar del dolor de su ausencia y, me atrevo a pensar, de la incompreensión que le causaba saber que esa vida valiosa —para el país, para su familia y principalmente para él— se perdió en la estúpida ofuscación de la metralla.

Lloro por la injusticia con que se anuló a sí propia aquella noble vida; sufro porque presiento al considerar la historia de mi padre, una oscura equivocación en la relojería moral de nuestro mundo; me desespera, ante el hecho consumado que es toda tumba, el pensar que el saldo generoso de una existencia rica y plena no basta a compensar y a llenar el vacío de un solo segundo. Mis lágrimas son para la torre de hombre que se vino abajo; para la preciosa arquitectura —lograda con la acumulación y el labrado de materiales exquisitos, a lo largo de muchos siglos de herencia severa y escrupulosa— que una sola sacudida del azar pudo deshacer; para el vino de siete cónsules que tanto tiempo concentró sus azúcares y sus espíritus, y que una mano aventurera llegó de repente a volcar.²

La reacción de Alfonso Reyes fue la de cercenarse voluntariamente la memoria, el amor, incluso su derecho legítimo al grito, a mesarse los cabellos con furia, rabia, dolor. Sólo le permitió, es posible, tener a Ifigenia ese desahogo. Decidió, por ejemplo, tomar el absurdo camino de arrancarse la ternura y no mostrársela al hijo para evitarle el dolor futuro que le va a significar, en algún momento, perder a su padre; se alejó físicamente de México y no quiso oír ni saber nada de lo ocurrido. Alzó en torno a sí mismo una fortaleza. Y, por otro lado, resolvió la posible disociación entre el hombre de armas

¹ Alfonso Reyes, *Oración del 9 de febrero*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1990), tomo XXIV, 28.

² Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 30.

y letras de su padre convirtiéndolo en un poeta de la vida, en el héroe romántico que hizo de su existencia un poema en movimiento. La amada, aunque distante, inflexible y ausente figura paterna de la que el joven Reyes deja testimonio en las cartas que dirigió a Pedro Henríquez Ureña es transfigurada, sublimada, en la *Oración*. Aquí no es más “el señor general don Bernardo Reyes [que] resuelve todo con mandatos militares”, que “ha adquirido el vicio de maltratar autores que no ha leído” o a quien “desde que estoy aquí no he visto que una sola vez acepte una opinión que se le manifieste, así se trate de asuntos intelectuales como de detalles triviales”, y se convierte en un compañero con quien Alfonso Reyes comparte la curiosidad literaria. Convertirlo en héroe romántico, poema en movimiento es el movimiento ulterior de la psique de don Alfonso para quedarse en paz con el hecho de que su padre, como guerrero cabal, se lanzó con el pecho abierto al sin sentido de las balas cuando probablemente él hubiera querido que fuesen sus palabras las que vencieran. La imagen del “poeta a caballo” está bañada por la propia mirada romántica de Alfonso Reyes, porque otra distinta nos da la historia. En *Parentalia* Reyes nos lo deja ver mejor cuando relata lo mucho que habría preferido verle cambiar el sable por la pluma:

Yo bien hubiera querido —y mi ternura se atrevió a sugerírselo— verlo consagrado a escribir sus memorias cuando regresó de Europa, en vez de verlo intervenir a destiempo en los últimos acontecimientos que lo condujeron a un fin trágico.³

En contraparte, resaltan las palabras de Bernardo Reyes afirmando que llevaba escritos en el cuerpo sus servicios a la patria, “con las desgarraduras de las armas enemigas”. Es evidente que, aun cuando no tuvo otro camino más que entregarse

³ Alfonso Reyes, *Parentalia*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1990), tomo xxiv, 399.

en Linares y que, a la luz de la distancia histórica muchos de nosotros estamos convencidos del supremo heroísmo y, sobre todo, de la alta responsabilidad que Bernardo Reyes mostró al hacerlo para que sus escasas fuerzas no se convirtieran en abono de la guerrilla y bandoleros (idea contraria a la que expresan frases irresponsables como “Ya soltaron la yeguada. ¡A ver ahora quién la encierra!” o “A ver quién va a amarrar al tigre”), al general le pesaban las acusaciones de “soldado cobarde” que le lanzaban “porque no busqué, dicen, sucumbir en los campos de batalla; y a ese respecto —continúa— ¿qué batalla podría dar quien no contaba más que con su caballo y su espada?”. Al final, esa triada de hombre, caballo y espada, sería la que dio la batalla última.

El domingo 9 de febrero en la madrugada, Rafael Zayas liberó, junto con el general Mondragón, a Bernardo Reyes. Su hijo Rodolfo relata que su padre montó un caballo colorado oscuro, llamado Lucero, vestía “un traje negro sport, botas militares, pequeño sombrero de fieltro gris verde y abrigo con un capote de general español”, pidió un clarín y ordenó que se tocara “marcha a la izquierda” y se dirigió a la penitenciaría a liberar a Félix Díaz.

Contra lo planeado, Lauro Villar no había sido sometido y la Plaza de la Constitución estaba presta a la defensa. El general Reyes decidió avanzar a pesar de que su hijo Rodolfo le rogó esperar. “Que se detenga la columna; yo no. ¡Que sea lo que ha de ser, pero de una vez!”. Dicho esto se levantó sobre los estribos y, con voz de mando, anunció: “¡Señores, va a comenzar el fuego; que se aparten inmediatamente los no combatientes!”. Picó espuelas y se encaminó a Palacio Nacional. Su hijo trató de alcanzarlo y aún a la altura de la Puerta Mariana sujetó la brida del caballo para suplicarle que se detuviera. Bernardo Reyes le ordenó nuevamente: “No me detengo, tú sí; ve inmediatamente a que tiren en una imprenta el manifiesto”, y espoleando a su Lucero se lanzó hacia Villar

para exigirle que se rindiera. Éste le devolvió la petición. Don Bernardo lo rodeó con el movimiento de su caballo y ordenó abrir fuego. Gritaron "¡Te matan!" al mismo tiempo que el general lanzó su caballo contra una ametralladora. Según el relato de Rodolfo Reyes, su padre volvió la cara al oír el grito que le advertía del peligro para contestar: "Pero no por la espalda", y una bala lo alcanzó, entró por detrás de la cabeza y salió por el pómulo izquierdo.

Tiraron el cuerpo de mi padre hacia la acera y yo, en estado inconsciente, sin saber de mí, hui, recobrando el juicio cuando sentado tras del recinto de piedra del zócalo o quiosco de la música en el jardín, durando aun el fuego nutrido, cayeron sobre mí varios heridos y moribundos de lo alto de dicho quiosco.

Para mí, mi padre estaba resuelto a morir en caso de fracaso, y al medir la situación pensó que, de no imponerse con su sola presencia, ese fracaso era seguro, y él, me lo dijo cien veces, no le quería sobrevivir. Su acción no fue, pues, un impulso ciego, sino una resolución suprema. Cuando contestó a mi última palabra comprendía ya que harían fuego, y aceptó el sacrificio; lo buscó como la única solución para su propia personalidad.

Alfonso Reyes se integró al servicio diplomático en 1913 en una suerte de exilio voluntario que si bien lo mantuvo fuera de su patria inicialmente durante diez años, representó uno de los momentos de mayor intercambio cultural con los países a los que llegó. "Nunca me sentí profundamente extranjero en pueblo alguno, aunque siempre algo náufrago en el mundo", escribió, y algo intuimos sobre la causa de esa percepción de naufragio. Dedicado siempre a las letras y nunca a las armas, la muerte de su padre, las condiciones en que ocurrió, lo llevaron a reforzar su dedicación humanista, a propiciar el conocimiento de México y a contribuir en no pocas ocasiones a la solución de conflictos internacionales. "Por las heridas de su cuerpo, parece que empezó a desangrarse para muchos años, toda la patria".

Siempre que repaso los pasajes del largo y convulso —en distintos forma y grado— período que antecede y desemboca en la Revolución armada de 1910 y los años que le siguieron, me pregunto qué habría ocurrido si Díaz hubiera aceptado la conveniencia —no para sí, sino para el país— de hacer de Bernardo Reyes su candidato a la Vicepresidencia. ¿Algo de ese lento desangrar se habría evitado? Puedo imaginar distintos escenarios, pero en casi ninguno de ellos Bernardo Reyes deja de ser un hombre de guerra, no lo miro encerrado en su biblioteca convertido en un hombre dedicado a la lectura y a la escritura.

El 9 de febrero de 1913, ese amargo día, Alfonso Reyes murió, sí, pero volvió a nacer. Nació reforzado en su determinación de dedicar, él sí, sus horas a la lectura, a la escritura y no a la guerra. Nació, también, decidido a poner a su padre en el lugar destacado que merece y que la versión oficial de la historia le ha negado.

En busca del padre-libro: la *Oración del 9 de febrero* de Alfonso Reyes

Carolina Moreno Echeverry

I

Alfonso Reyes compone la *Oración del 9 de febrero* en 1930 indicando, desde el título y las primeras líneas, una fecha profundamente simbólica: se cumplían 17 años del fallecimiento de su padre, Bernardo Reyes. Esta obra la comienza a escribir el 9 de febrero en Buenos Aires. Desde 1927 se había desempeñado como embajador de México en Argentina, y luego de tres años, la Secretaría de Relaciones Exteriores le informa que será trasladado a Brasil en reemplazo de Pascual Ortiz Rubio, quien había asumido la Presidencia de la República desde el 5 de febrero.¹ Culmina la *Oración* el 20 de agosto en Río de Janeiro, día en que su padre cumpliría ochenta años; y se da a conocer póstumamente en 1963 por Ediciones Era, con reproducción del manuscrito en facsímil y prólogo de Gastón García Cantú, a instancias de su viuda Manuela Mota.

Aunque Reyes no escribió una autobiografía, varios relatos de su existencia se encuentran dispersos en los 26 volúmenes que conforman sus *Obras completas*. Las páginas que

¹ Alfonso Reyes, *Diario (1927-1930)*, edición crítica, introducción, notas, fichas bibliográficas e índice de Adolfo Castañón (México: Fondo de Cultura Económica, 2010), tomo II, 169.

dan cuenta de su vida las fue escribiendo en el transcurso de los años. Bien sea para agasajar a algún amigo, para cumplir con algún deseo de sus seres queridos, para rectificar algún suceso que le concernía o para manifestar algún dolor profundo. La materia de la literatura es la vida. A propósito de la persistencia de los recuerdos personales en su obra menciona: "Quiero que la literatura sea una cabal *explicitación*, y, por mi parte, no distingo entre mi vida y mis letras. ¿No dijo Goethe: *Todas mis obras son fragmentos de una confesión general*?"² Al igual que Michel de Montaigne, siempre fue un estudioso de sí mismo; constantemente escribía sobre sus debilidades y placeres, no tanto para enaltecerse, dice José Luis Martínez, "sino porque este examen honesto y desapasionado resulta ser el campo más propicio para intentar el conocimiento del hombre y de sus pasiones".³

Las páginas autobiográficas que el escritor regiomontano compuso permiten comprender los momentos decisivos que marcaron su vida y obra: en ocasiones fueron producto de la vivencia, del instante, de la emoción; en otros momentos, tal como lo establece Alberto Enríquez Perea, "dejó pasar el tiempo, porque así se lo aconsejaba la prudencia, para después, en varias cuartillas, decir todo lo que le dictaba su conciencia".⁴ Tal es el caso de la *Oración*, texto que expresa el dolor por la trágica muerte del padre; acontecimiento que sin duda es el más traumático de la vida de Alfonso Reyes, dadas las circunstancias históricas y políticas que le rodean.

Desde el inicio de la *Oración*, Reyes expone un contraste bastante significativo: la presencia/ausencia del padre. Desde

² Alfonso Reyes, "Justificación", en *Romances sordos*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1981), tomo x, 463.

³ José Luis Martínez, "Introducción", en Alfonso Reyes, *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1990), tomo xxiv, 8.

⁴ Alberto Enríquez Perea, "¿Quién soy yo?" en Alfonso Reyes, *Autobiografía* (México: Fondo de Cultura Económica, 2014), 9.

temprana edad, se había acostumbrado a verlo muy poco; razón por la cual comienza a imaginarlo, lo recorre de lejos así "como se hojea con la mente un libro que se conoce de memoria".⁵ Al evocar este padre-libro, se deja atrapar y seducir por los diversos sucesos y circunstancias según sea los requerimientos de la memoria; permite que se manifiesten el llanto, la desesperación, la melancolía, el consuelo:

Me bastaba saber que en alguna parte de la tierra latía aquel corazón en que mi pobreza moral —mejor dicho, mi melancolía— se respaldaba y se confortaba. Siempre el evocarlo había sido para mí un alivio. A la hora de las mayores desesperaciones, en lo más combatido y arduo de las primeras pasiones, que me han tocado, mi instinto acudía de tiempo en tiempo al recuerdo de mi padre, y aquel recuerdo tenía la virtud de vivificarme y consolarme.⁶

El escritor regiomontano consulta el padre-libro de diversas formas. Reconstruye la figura simbólica de Bernardo Reyes a partir de la descripción grandilocuente. Rememora también al hombre público: militar, gobernador de Nuevo León, ministro de Guerra, candidato a la Vicepresidencia y Presidencia de la República. Además, al examinar la figura del padre, se evalúa a sí mismo. El tema más relevante de la *Oración* es la manera como Alfonso Reyes sobrelleva la pérdida de su padre en el tiempo; muerte que, de acuerdo con Luis Cardoza y Aragón, "lo asoló con incesante recuerdo".⁷

11

Al final de su vida, Alfonso Reyes rememora la trayectoria de su padre, sobre todo en "Enseña de Occidente" de *Parentalia*.

⁵ Alfonso Reyes, *Oración del 9 de febrero*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1990), tomo xxiv, 26.

⁶ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo xxiv, 26.

⁷ Luis Cardoza y Aragón, "Alfonso Reyes", en *El río. Novelas de caballería* (México: Fondo de Cultura Económica, 1986), 238.

Primer libro de recuerdos (1957), en algunos capítulos de *Albores*. *Segundo libro de recuerdos* (1959), y en ciertos poemas de *Homero en Cuernavaca* (1948-1951). *Parentalia*, título que hace referencia al festival romano en honor a los ancestros, manifiesta su intención en el epígrafe de Ausonio: "El deber más santo de los que sobreviven es honrar la memoria de los desaparecidos".⁸ Sin embargo, para 1930 Alfonso ya daba cuenta de algunos de los rasgos más sobresalientes de su progenitor en la *Oración del 9 de febrero*.

De su aspecto físico sugiere la belleza: la barba rubia, los ojos zarcos, el ceño poderoso, las cejas pobladas de "hidalgo viejo", la mirada de "certero aguilucho que cobra sus piezas en el aire", la risa de "conciencia sin tacha" y la carcajada "sin miedo".⁹ De su espíritu, alude la actividad constante:

todo el día agitaba las cuestiones más amenas y más apasionadoras; y todas sus ideas salían candentes, nuevas y recién forjadas, al rojo vivo de una sensibilidad como no la he vuelto a encontrar en mi ya accidentada experiencia de los hombres.¹⁰

El temperamento de Bernardo Reyes era de "alegría solar"; su compañía: una fiesta; su trato: un lujo. "Junto a él no se deseaba más que estar a su lado. Lejos de él, casi bastaba recordar para sentir el calor de su presencia".¹¹

De su estampa, Alfonso menciona la calidez, el magnetismo, la dulzura, la ternura; estímulo digno de admiración y fantasía; figura provechosa tanto para el "aprendiz de hombre" como para el "aprendiz de mexicano" que era el hijo.¹²

⁸ Ausonio, en Alfonso Reyes, *Parentalia*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México, Fondo de Cultura Económica, 1990), tomo XXIV, 354.

⁹ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 39.

¹⁰ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 25.

¹¹ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 25.

¹² Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 29 y 30.

A propósito de la doctrina del obrar humano, evoca en el capítulo "Equilibrio efímero", que hace parte de *Albores*, los sustentos morales heredados de su progenitor; rememora el escritor regiomontano:

Mi padre, primer director de mi conciencia, creía en todas las mayúsculas de entonces —el Progreso, la Civilización, la Perfectibilidad Moral del Hombre— a la manera heroica de los liberales de su tiempo.

Esta visión, acorde con la ideología liberal del siglo XIX, explica a un mismo tiempo los principios reguladores de la concepción moral y social de la época, además del rigor en la conducta impuesto por el militar. Otra de las categorías morales inculcadas por Bernardo Reyes es el patriotismo: "México, al que un instinto sencillo, mucho más que una pedagogía intencionada [...] hacía poner en el primer sitio". El patriotismo, en su más agudo concepto de heroísmo y bravura, debe emular "la afrenta hecha a Cuauhtémoc", el "Grito de Independencia" que lanzó el cura Hidalgo. El respeto a la patria debe ir acompañado del amor al propio país, a la confianza en sus futuros destinos; debe impulsar al hombre a mejorar su nación, aun en aquellas circunstancias en que no se lo demanden las leyes.¹³

A partir de este tipo de descripciones, Reyes convierte a su padre en sujeto de culto: lo convierte en un "supremo recurso, como esa arma vigilante que el hombre de campo cuelga a su cabecera aunque prefiera no usarla nunca".¹⁴ Al transformar a Bernardo Reyes en una figura excepcional, busca asimilar sus triunfos y sus características más preciadas. No en vano en su soneto "A mi padre", que hace parte de su

¹³ Alfonso Reyes, *Crónica de Monterrey I. Albores*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1990), tomo XXIV, 544 y 545.

¹⁴ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 27.

poemario *Homero en Cuernavaca*, lo compara con héroes y guerreros de gran relevancia histórica:

De Alejandro y de César y de otros capitanes
ilustres por las armas y, a veces, la prudencia,
yo encontraba en mi padre como una vaga herencia,
aliento desprendido de aquellos huracanes.

Un tiempo al Mío Cid consagré mis afanes
para volcar en prosa sus versos y su esencia:
la sombra de mi padre, rondadora presencia,
era Rodrigo en bulto, palabras y ademanes.

Navegando la *Iliada*, hoy otra vez lo veo:
de cóleras y audacias —Aquiles y Odiseo—
imperativamente su forma se apodera.

Por él viví muy cerca del ruido del combate,
y, al evocar hazañas, es fuerza que retrate
mi mente las imágenes de su virtud guerrera.¹⁵

III

Esta descripción grandilocuente del padre contrasta con la evocación de Bernardo Reyes en la historia de México, dada su participación en el inicio de la Decena Trágica; intento de golpe de Estado que comenzó la madrugada del 9 de febrero de 1913, en la que mueren los principales rivales implicados: Francisco I. Madero, presidente de la República, el 22 del mismo mes; y Bernardo Reyes, general porfirista, la mañana misma del cuartelazo. Estos acontecimientos marcaron el principio de la dictadura de Victoriano Huerta y su correspondiente baño de sangre.

Más allá del golpe fallido, el general Reyes tuvo una carrera política-militar destacable. Hasta 1885 efectuó diversas labores de pacificación en el país. Inició la trayectoria de armas

¹⁵ Alfonso Reyes, "De mi padre", en *Homero en Cuernavaca*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1981), tomo X, 418.

en la guerra de Intervención Francesa: participó en acciones militares en Zacatecas, Zamora, San Lorenzo, Querétaro y Jalisco. Durante la presidencia de Benito Juárez intervino en campañas en Sinaloa, Zacatecas y Tamaulipas. Con Sebastián Lerdo de Tejada en el poder prestó servicios regulares para el ejército en Jalisco y Nayarit. En cuanto al gobierno de Porfirio Díaz, realizó funciones militares en la Huasteca potosina, Sinaloa, Sonora y Baja California.¹⁶

Las gestas en el campo de batalla propiciaron que el general Bernardo Reyes fuera enviado a Nuevo León por el presidente Díaz con la directriz de someter a este estado del norte al proceso de pacificación nacional. Primero como jefe de operaciones militares, y posteriormente como gobernador por más de dos décadas, fomentó el progreso económico del estado e impulsó la industrialización de Monterrey; una "ola de fábricas" se asentó en la capital: cementos, cervecerías, cigarrillos, fundidoras, jabones, ladrillos, molinos de harinas, muebles, refinerías, textiles, vidrieras, entre otras.¹⁷ De las heridas de guerra de su padre, la que más recuerda Alfonso Reyes es la de su mano derecha, "que quedó algo torpe, y solía doler en el invierno".¹⁸ En "El arte de ver" menciona que al recibir un balazo en el combate de Villa de Unión en 1880, la bala atravesó la mano. Como no le era posible aplazar el ejercicio de la espada, dado que para aquella época el combate cuerpo a cuerpo era un requisito, tuvo que aprender a manejar el arma, a trinchar la comida y a escribir con la mano izquierda, para después recuperar paulatinamente la movilidad de la mano derecha:

¹⁶ Reyes, *Parentalia*, tomo XXIV, 483-487.

¹⁷ Gloria M. Delgado de Cantú, *Historia de México. Legado histórico y pasado reciente* (México: Pearson, 2015), 164.

¹⁸ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 30.

como el escribir directamente era cosa que podía esperar, se puso con toda paciencia a hacer ejercicios caligráficos, se obligaba a tomar sus apuntes de memorándum dibujando cuidadosamente las letras, y logró adquirir de nuevo, con el tiempo, una escritura muy clara y regular.¹⁹

A partir de estas referencias a la extremidad del antebrazo, el escritor regiomontano describe las cuatro etapas de la firma del general Bernardo Reyes al hojear los libros de la biblioteca.

La primera, "llena de turgencias y redondeces", la encuentra en un tomo de las *Obras poéticas* de José de Espronceda en 1867 y en una *Cartilla moral militar* del Conde de la Cortina de 1869; la segunda, "enredada en curvas y corazones", aparece en un ejemplar de los poemas de Heredia en 1876; la tercera, "ambiciosa", la aprecia en las cartas dirigidas a Manuel José Othón en 1889; la cuarta, "escueta, despojada y mecánica", la descubre en los documentos oficiales de su gobierno.²⁰ En este análisis grafológico se advierte, por un lado, la admiración de las afinidades librescas del padre: en la biblioteca de don Bernardo abundaban los volúmenes de poesía e historia; por otro, se evidencia el rechazo al hombre público; negación que se manifiesta desde el inicio de la *Oración* cuando la voz narrativa afirma: "[...] como era hombre tan ocupado, pocas veces esperaba yo de él otra cosa que no fuera una carta convencional, concebida en el estilo de su secretaría".²¹

Las proezas administrativas del general Reyes en Nuevo León hicieron que se convirtiera en el gobernador más destacado del Porfiriato y que se fuera consolidando paulatinamente como una de las figuras más importantes del régimen. Era inevitable que su fama rebasara las fronteras de su Estado

¹⁹ Alfonso Reyes, "El arte de ver", en *Los trabajos y los días*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1996), tomo IX, 334 y 335.

²⁰ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 30.

²¹ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 25.

y que alcanzara un reconocimiento nacional. Para 1898, Porfirio Díaz acepta visitar Nuevo León para conocer los adelantos alcanzados en este territorio. En el brindis de bienvenida, con vehemencia declara: "General Reyes, así se gobierna: así se corresponde al soberano mandato del pueblo".²² Con ello, el presidente Díaz alienta las aspiraciones políticas del gobernador del norte y, al día siguiente de dicha declaración, la élite empresarial y política, así como la prensa regiomontana, empiezan a considerar a don Bernardo como presidenciable; de esta forma, menciona Alfonso Reyes, "la popularidad del héroe cundía".²³

Al iniciar el sexto período de gobierno de Porfirio Díaz en 1900, aumenta la preocupación de la opinión pública ante el carácter personalista del presidente de la República y su rechazo a preparar un sucesor. Por ello, don Porfirio manifiesta su apoyo a José Yves Limantour, secretario de Hacienda y miembro del grupo de los *científicos*, pero deja abierta la oportunidad al general Bernardo Reyes, a quien nombra como ministro de Guerra. Con esta decisión acalla, aunque temporalmente, los rumores sobre la sucesión presidencial, al mismo tiempo que propicia la competencia entre los dos favoritos del régimen.

Entre 1900 y 1902, don Bernardo tuvo un notorio aunque conflictivo paso por el gabinete de Porfirio Díaz como ministro de Guerra, cargo que lo proyectó como destacado político en el ámbito nacional. Durante su gestión se llevó a cabo una serie de reformas que Alfonso Reyes califica como "milagros"; cambios que hicieron que los servicios militares se transformaran:

²² Eberhardt Victor Niemeyer, *El general Bernardo Reyes* (Monterrey: Gobierno del Estado de Nuevo León, Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad de Nuevo León, 1966), 99.

²³ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 33.

[...] el instaurar un servicio militar voluntario, el arrancar al pueblo a los vicios domingueros para volcarlo, por espontáneo entusiasmo, en los campos de maniobras; el preparar una disciplina colectiva que hubiera sido el camino natural de la democracia; el conciliar al ejército con las más altas aspiraciones sociales de aquel tiempo; el sembrar confianza en el país cuando era la moda el escepticismo; el abrir las puertas a la esperanza de una era mejor. Al calor de este amor se fue templando el nuevo espíritu. Todos lo saben, y los que lo niegan saben que engañan. Aquel amor llenaba un pueblo como si todo un campo se cubriera con una lujuriosa cosecha de claveles rojos.²⁴

Las medidas que el general Bernardo Reyes aplica en el ejército lo fortalecen políticamente, al grado de que su popularidad alarma al presidente Porfirio Díaz y su círculo más cercano. Este reconocimiento motivó los celos de los científicos, por lo que Limantour disminuyó el presupuesto del ministerio de Guerra y persuadió al presidente Díaz de que el general Reyes sería un pésimo sucesor en la ansiada perpetuación del régimen. El secretario de Hacienda, afirma Javier Garciadiego, provocó en don Porfirio la desconfianza y la suspicacia:

argumentó que Reyes había organizado la Segunda Reserva para introducirse en ese amplio sector de la sociedad civil como parte de su estrategia sucesoria, más que buscando dar educación militar a los jóvenes.²⁵

Las preferencias de Díaz por los científicos hicieron que don Bernardo renunciara al gabinete y retornara a la gubernatura de Nuevo León.

Consciente de haber perdido el respaldo del presidente Díaz, el general Reyes busca llevar a cabo un programa político diferente en el estado del norte. En el último período

²⁴ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 33.

²⁵ Javier Garciadiego, *Textos de la Revolución Mexicana* (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 2010), xxvi.

como gobernador, impulsa la ley sobre accidentes de trabajo; ley que establece al Estado como protector del obrero. Asimismo, participa como presidente honorario de las organizaciones obreras, revisando y corrigiendo los estatutos laborales.²⁶ El prestigio de don Bernardo aumenta al mismo tiempo que los científicos eran fuertemente cuestionados por la crisis económica de 1907 y 1908, y por los hechos de corrupción reportados en la Secretaría de Hacienda.

Para 1908 se dio a conocer la entrevista de Porfirio Díaz con James Creelman, periodista de la revista *Pearson's Magazine*, en la que el presidente asegura que no aceptará su postulación para un próximo período, pues ya está cansado del quehacer político y ha decidido retirarse; además, asegura que ve con beneplácito el surgimiento de partidos políticos de oposición. Estas declaraciones sirven para que los numerosos partidarios del general Bernardo Reyes comiencen a organizarse y movilizarse, con el objeto de presionar a don Porfirio para que lo elija como vicepresidente para las elecciones de 1910.

Las manifestaciones de este deseo se expresarían en 1909; así pues, surgen clubes reyistas por todo el país, simbolizando su adhesión con un clavel rojo en la solapa; entre los más relevantes se encuentran: Club Soberanía Popular, Gran Partido Nacional Obrero, Club Reyista Jóvenes Mexicanos, Club Reyista Estudiantil de México, Liga de Estudiantes de Guadalajara, Clubes Constitución y Reforma, Partido Independiente, Partido Democrático Jalisciense, Club Reyista Guaymense.²⁷ Sin embargo, el presidente Díaz favorece a Ramón Corral como su compañero de fórmula.

²⁶ Miguel E. Soto, "Precisiones sobre el reyismo. La oportunidad de Porfirio Díaz para dejar el poder", en *Estudios de historia moderna y contemporánea de México* 7 (1979).

²⁷ Soto, "Precisiones sobre el reyismo. La oportunidad de Porfirio Díaz para dejar el poder".

Leal e incondicional, don Bernardo no se opone a tal decisión y rechaza su candidatura a la Vicepresidencia de la República por no considerarla viable y sí eminentemente peligrosa para la paz pública. Desde el pequeño pueblo de Galeana, al sur de Nuevo León, declara que le es necesario sacrificar las ambiciones personales y contrariar los intereses de sus propios partidarios. Teme que una guerra civil se abra a sangre y fuego:

Yo, en conciencia, nada juzgo peor en estos instantes, que promover dificultades, causar alarmas, suscitar perturbaciones, exacerbar morbosidades de herencia en nuestra raza. Creo antipatriótico, en la solemnidad del momento, revolucionar estérilmente y con grave peligro y real perjuicio, el espíritu público, contra los empeños del poder, y del merecidamente prestigiado hasta haberse mostrado glorioso, general Porfirio Díaz; y es por eso, y por cuanto he manifestado antes, que repito debemos identificarnos con sus propósitos. Y él, que patriota y brillante se ha presentado hasta aquí, tiene que continuar hasta concluir cual le corresponde, en los últimos años de su conspicua vida ante la Historia.²⁸

En contraste con Porfirio Díaz en la entrevista con Creelman, el general Bernardo Reyes afirma que el país no está preparado para la democracia. No hay educación o conocimiento del sufragio. El intento de transición en tales circunstancias sólo podía amenazar, restringir o acabar con la dignidad de México. El gobernador de Nuevo León no desea llevar al pueblo hasta el borde de una revolución, ni convertirse en la causa de la ruina de su patria. En consecuencia, solicita a sus partidarios que no sigan con la campaña a su favor, sino que orienten sus esfuerzos para trabajar por una verdadera democracia en el futuro. En defensa de la postura asumida por el padre, Alfonso Reyes menciona:

²⁸ Soto, "Precisiones sobre el reyismo. La oportunidad de Porfirio Díaz para dejar el poder", 130 y 131.

Otro hubiera aprovechado la ocasión tan propicia. ¡Oh, qué mal astuto, oh qué gran romántico! Le daban la revolución ya hecha, casi sin sangre, ¡y no la quiso! Abajo, pueblos y ejércitos a la espera, y todo el país anhelante, aguardando para obedecerlo, el más leve flaqueo del héroe. Arriba, en Galeana, en el aire estoico de las cumbres, un hombre solo.²⁹

Además de retirar al general Bernardo Reyes de la contienda electoral, el presidente Díaz decide enviarlo a Europa con el pretexto de estudiar los sistemas de reclutamiento militar; designa a Jerónimo Treviño —cacique del norte a quien el general Reyes había combatido en 1885— para dirigir la Tercera Zona Militar; y ordena que el general José María Mier sea nombrado como Gobernador interino de Nuevo León.³⁰

Un gran número de reyistas, decepcionados, se inclinan a favor de un movimiento que apenas nacía, contrario a la reelección, liderado por Francisco I. Madero. Al escindirse, debilitan al régimen a partir de la campaña de desprestigio emprendida en contra de los científicos, grupo elegido como sucesor al poder por Porfirio Díaz; y del fortalecimiento del movimiento antirreeleccionista, al incluir entre sus seguidores a dirigentes con prestigio y experiencia burocrática, política y militar. De acuerdo con Javier Garcíadiego, "[...] de todos los movimientos que antecedieron a la Revolución mexicana, el reyista fue, seguramente, el que más elementos le aportó".³¹ Comienza entonces la etapa de destierro del general Bernardo Reyes; al respecto su hijo afirma:

No cabían dos centros en un círculo. O tenía que acontecer lo que acontece en la célula viva cuando empiezan a formarse los núcleos, ¿poner al país en el trance de recomenzar su historia? Era mejor cortar amarras.³²

²⁹ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 33.

³⁰ Niemeyer, *El general Bernardo Reyes*, 177.

³¹ Garcíadiego, *Textos de la Revolución Mexicana*, xxvii.

³² Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 33.

Mientras que don Bernardo se encuentra en Europa, la Revolución inicia. Madero y sus partidarios antirreeleccionistas efectúan una enérgica campaña en 1910 a favor de la libertad política. Sin embargo, en las elecciones presidenciales Porfirio Díaz es reelecto. El fraude era evidente, principalmente porque se acalló a la oposición por la fuerza. Tal acción dio fundamento a Madero para tomar el camino revolucionario; desde San Antonio, Texas, lanza el Plan de San Luis Potosí en el que se declaran nulas las elecciones presidenciales, se desconoce el gobierno de Díaz, se declara como ley suprema de la República el principio de "No reelección" de presidente y vicepresidente, se convoca nuevamente a elecciones generales extraordinarias y se aclama que para el 20 de noviembre los ciudadanos tomen las armas para "arrojar del poder a las autoridades que actualmente gobiernan".³³

El general Bernardo Reyes regresa a México a mediados de 1911, después de una ausencia de un año y siete meses. Aunque en un principio manifiesta su interés en unirse al movimiento revolucionario e incluso negocia con Francisco I. Madero su participación como ministro de Guerra, lanza su candidatura a la Presidencia. Al abandonar Porfirio Díaz la escena política, el general Reyes se considera su legítimo sucesor; no reconoce las capacidades ni méritos de Madero, a quien juzga joven e inexperto. Ante el incremento de la violencia en el país, siente el llamado a gobernar y restaurar el orden. Empero, no se da cuenta de que su popularidad era una sombra de lo que había sido en 1909.

En relación a esta ceguera política, Alfonso Reyes evoca, a partir de la metáfora, cómo su padre fue perdiendo gradualmente la vista: durante unas maniobras militares que había presenciado en Francia, al sentir un picor en el ojo izquierdo, utiliza un parche y continúa estudiando las evoluciones de

la tropa. Al volver del campo y hasta su muerte, disimuló que había perdido la mitad de la visión. Esta ceguera le impidió a su vez percibir cómo su reputación política se había diezmado por haber aceptado una comisión del gobierno de Díaz, en lugar de haber encabezado la candidatura a la Vicepresidencia:

Mal repuesto todavía de aquella borrachera de popularidad y del sobrehumano esfuerzo con que se la había sacudido, perturbada ya su visión de la realidad por un cambio tan brusco de nuestra atmósfera que, para los hombres de su época, equivalía a la amputación del criterio, vino, sin quererlo ni desearlo, a convertirse en la última esperanza de los que ya no marchaban a compás con la vida. ¡Ay, nunca segundas partes fueron buenas! Ya no lo querían: lo dejaron solo. Iba camino de la desesperación, de agravio en agravio. Algo se le había roto adentro. No quiso colgar el escudo en la atarazana. ¡Cuánto mejor no hubiera sido! ¿Dónde se vio al emérito volver a mezclarse entre las legiones? Los años y los dolores habían hecho ya su labor.³⁴

Aunque el general Bernardo Reyes intenta vencer electoralmente a Francisco I. Madero, al prever su derrota por la pérdida de prestigio y de seguidores, viaja a Texas a preparar una segunda alternativa para tomar el poder: una rebelión armada. Desde San Antonio gesta el Plan de la Soledad, plan político que surge como reformulación del Plan de San Luis. Los problemas y errores del general Reyes fueron definitivos para que fracasara: la mayoría de sus partidarios se habían hecho maderistas; al iniciar una lucha militar en la frontera noreste se veía obligado a realizar una larga campaña, puesto que la ciudad de México se encontraba muy distante; desde su enfrentamiento con Porfirio Díaz y los científicos, su control sobre el Ejército Federal se había debilitado; no contaba con el apoyo de las bases campesinas, fundamentales para triunfar en un país que para inicios del siglo xx era rural;

³³ Delgado de Cantú, *Historia de México. Legado histórico y pasado reciente*, 189.

³⁴ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo xxiv, 34.

además, comenzar una lucha en la frontera sin el apoyo estadounidense era una labor suicida.³⁵

El general Reyes es arrestado por violaciones a la ley de neutralidad en Estados Unidos; hecho que motiva a que apresure la revuelta. Al cruzar la frontera, sus simpatizantes lo dejan solo; al no encontrar respaldo, tuvo que deponer las armas y rendirse a las autoridades en Linares a finales de 1911. Alfonso Reyes describe cómo ocurre la entrega, a la que califica de sacrificio:

Era víspera de Navidad. El campo estaba frío y desolado. Ante todo, picar espuelas y ponerse en seguro para poder meditar un poco. Y por entre abrojos y espinares, desgarrada toda la ropa y lleno de rasguños el cuerpo, el guía lo condujo a un sitio solitario, propicio a las meditaciones. Allí toda melancolía tiene su asiento. No se mira más vegetación que aquellos inhospitalarios breñales. El jinete echó pie a tierra, juntó ánimos, y otra vez en su corazón, se encendió la luz del sacrificio.

—¿Dónde está el cuartel más cercano?

—En Linares.

—Vámonos a Linares.

—Nos matarán.

—Cuando estemos a vista de la ciudad, podrás escapar y dejarme solo.

Es ya de noche, es Nochebuena. El embozado se acerca al cabo de guardia.

—Quiero hablar con el jefe.

Pasa un instante, sale el jefe a la puerta. El embozado se descubre, y he aquí que el jefe casi cae de rodillas.

—¡Huya, huya, mi general! ¿No ve que mi deber es prenderlo?

—¿Eres tú, mi buen amigo, mi antiguo picador de caballos? Pues no te queda más recurso que darme tus fuerzas o aceptarme como prisionero.

—¡Señor, somos muy pocos!

—Entonces voy a levantar la voz para que todos lo oigan: Aquí vengo a entregarme preso, y que me fusilen en el cuartel.

Entre los vecinos lo han vestido, ¡tan desgarrado viene! Nadie disimula su piedad, su respeto. Todos han adivinado que con ese hombre se rinde toda una época del sentir humano. Ofrece su vida otra vez más. ¿Qué mejor cosa puede hacer el romántico con su vida? ¡Tírala por la borda, echarla por la ventana! “¡Pelillos a la mar!”, dice el romántico. Y arroja a las olas su corazón.³⁶

El general Bernardo Reyes había convocado a los revolucionarios insatisfechos, al ejército y al pueblo para que se unieran a su movimiento contrarrevolucionario; empero, ni un solo hombre había acudido a su derredor. Al reconocer la inutilidad de una acción más violenta, y previendo que su nombre podía ser un pretexto para el bandidaje, se rindió. La tarde del 28 de diciembre de 1911 ingresa a la prisión militar de Santiago de Tlatelolco en la ciudad de México.

IV

Otra de las maneras que tiene Alfonso Reyes para acercarse al padre-libro es a partir de la narración de sus propias experiencias. Al examinar la figura de su progenitor, se evalúa a sí mismo: “Yo no he hurtado mis aficiones. En mí, simplemente, habría de desarrollarse una de las posibilidades del ser paterno”.³⁷ Las principales aficiones que hereda son la lectura y escritura: “mi curiosidad literaria encontraba pasto en la compañía de mi padre”.³⁸

El general Bernardo Reyes estaba al tanto de las inquietudes poéticas de su tiempo, desde el Romanticismo al Modernismo, al punto que recitaba verso a verso “El estudiante de Salamanca” y “El diablo mundo” de José de Espronceda. Célebres son las amistades con Manuel José Othón, quien “admitía gustoso que le corrigiera algún pasaje”; además de

³⁵ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 35.

³⁷ Reyes, *Parentalia*, tomo XXIV, 402.

³⁸ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 35.

³⁵ Garcíadiego, *Textos de la Revolución Mexicana*, XLIII.

Rubén Darío, a quien conoció en París en 1911 y quien, cuando el general Reyes muere, le consagra una expresiva página en *La Nación* de Buenos Aires, comparándolo con los capitanes romanos de Shakespeare.³⁹

A propósito de *Cantos de vida y esperanza* de Rubén Darío, el escritor regiomontano evoca un grato recuerdo. Mientras estudia en la Escuela Nacional Preparatoria en México, va de vacaciones a Monterrey; su padre lo recibe recitando de memoria la "Salutación del optimista" y "Yo soy aquel que ayer no más decía", hecho que lo conmueve profundamente; al respecto afirma: "mi padre no era 'intelectual' [...] Le guiaba su genio y su instinto".⁴⁰ Alfonso Reyes menciona que conservó, con anotaciones de su puño y letra, el ejemplar de los *Cantos* que de su padre hereda, ya que representa el entendimiento cordial entre dos generaciones a cuarenta años de distancia.

Sin embargo, la lectura de poemas no siempre se da en circunstancias afables. Desde la estrechez de su celda en la prisión de Santiago Tlatelolco, el general Bernardo Reyes inicia el año de 1912 con el ánimo oprimido, exhausto física y mentalmente. De acuerdo con Alfonso, todo el fragor de "El diablo mundo" de Espronceda se manifiesta en la patética celda: la mesa de pino, el melancólico quinqué, la frente en la mano, además de la confusa rumia de meditaciones y recuerdos:

Sobre una mesa de pintado pino
melancólica luz lanza un quinqué,
y un cuarto ni lujoso ni mezquino
a su reflejo pálido se ve.
Suenan las doce en el reloj vecino
y el libro cierra que anhelante lé

un hombre ya caduco, y cuenta atento
de cansado reloj el golpe lento.
Carga después sobre la diestra mano
la ya rugosa y abrumada frente,
y un pensamiento fúnebre, tirano,
fija y domina, al parecer, su mente.
Borrarlo intenta en su ansiedad en vano;
vuelve a leer, y en tanto, que obediente
se somete su vista a su porfía
lánzase a otra región su fantasía.
"¡Todo es mentira y vanidad, locura!"⁴¹

Al acercarse el primer aniversario de su entrega en Linares, el general Bernardo Reyes solicita a su hijo le recite unos versos de Navidad. Al llegar a la frase: "Que a golpes de dolor te has hecho malo", le tapa la boca con las manos y le grita: "¡Calla blasfemo! ¡Eso, nunca! ¡Los que no han vivido las palabras no saben lo que las palabras traen adentro!"⁴² Alfonso percibe en su padre la idea del héroe romántico: es un hombre de acción que vive intensamente las palabras; es a la vez autor y actor. Lo que interesa a este tipo de temperamentos es la victoria o la derrota; la mediocridad apacible les es intolerable. Al igual que los héroes antiguos, consideran que el solo hecho de vivir es "una portentosa heroicidad"; sus actos les parecen dignos de la Historia, de ahí su lealtad a la espada: "Suprema aspiración romántica es la proeza: la nota extrema de la voz y el máximo rendimiento humano. El héroe romántico fácilmente es guerrero".⁴³

El general Reyes no percibe la diferencia entre imaginación y acción; de ahí que arroje la sátira *La hora de todos y la*

³⁹ Reyes, *Parentalia*, tomo XXIV, 401.

⁴⁰ Alfonso Reyes, "Sobre los *Cantos de vida y esperanza*", en *Las burlas veras. Primer ciento*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1989), tomo XXII, 559.

⁴¹ José de Espronceda, "El diablo mundo", Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, consultado el 21 de febrero de 2021, http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/el-diablo-mundo--0/html/dca7be6c-2dc6-11e2-b417-000475f5bda5_4.html#l_4_.

⁴² Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 40.

⁴³ Reyes, *Parentalia*, tomo XXIV, 409.

fortuna con seso de Francisco de Quevedo —obra en la que Júpiter, rodeado de las demás deidades del Olimpo, llama a su presencia a la Fortuna y le pide cuentas sobre las injusticias que se cometen diariamente en el mundo— y exclame con vehemencia: “¡Miente! ¡Miente!”, porque lee el siguiente pasaje: “Quien llamó hermanas las letras y las armas poco sabía de sus abalorios, pues no hay más diferentes linajes que hacer y decir”. Al respecto, el escritor regiomontano comenta:

el poeta a caballo entraba por la humanidad repartiendo actos que no eran más que otros tantos sueños. Y aún tienen del sueño y del acto puro, el haber sido desinteresados: actos ofrecidos a los demás, actos propiciatorios, actos para el bien de todos, en que se quemaba el combustible de aquella vitalidad desbordada.⁴⁴

v

Para 1912, el excandidato presidencial es acusado de sedición. Aunque había dejado la dirección de su representación a sus abogados, escribe su *Defensa que por sí mismo produce el C. General Bernardo Reyes*, documento que pretende sirva de justificación a sus acciones. Este texto es una síntesis de los hechos ocurridos desde 1908 a 1911. La acusación de rebelión, afirma el general, no había afectado su honor. Su reputación como hombre, patriota y militar era lo que le interesaba defender; reputación que representaba su verdadera gloria. Había actuado en búsqueda de los mejores intereses de la patria:

quien ha expuesto su vida combatiendo por la Patria y el orden, y lleva sobre su cuerpo escritos sus servicios con las desgarraduras de las armas enemigas, y se ha entregado expuesto a todo peligro, consumando al hacerlo un acto de holocausto en aras del bien público, no se amilana cuando nada puede envilecerlo, ni entra en discusiones para aminorar sentencias o escatimar sacrificios.⁴⁵

⁴⁴ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo xxiv, 38.

⁴⁵ Bernardo Reyes, *Defensa que por sí mismo produce el C. General de División Bernar-*

La estancia en prisión es intolerable para un hombre de acción como don Bernardo. Aborrece la vida sórdida que llevan los reclusos. Escucha sus gritos desesperanzados y observa cómo las mujeres que tienen acceso al patio se convierten en objetos sexuales de intercambio. Lo que percibe le enferma, anhelando salir de tan deprimente atmósfera: “Tortura propiamente diabólica presenciar estas vergüenzas el mismo que fue como ninguno, organizador de ejércitos lucidos y dignificador de la clase guerrera a los ojos de la nación”.⁴⁶ Alfonso urge a su padre para que se dedique a escribir sus memorias, pero el general está demasiado turbado por sus fracasos, la vida decadente en la cárcel y los informes del gobierno de Francisco I. Madero.

Aunque el general Reyes permanece incomunicado los primeros días luego de su arresto, pronto se le permite recibir visitas. Con su hijo Rodolfo, decide conspirar en contra de Madero; conspiración a la que se le suman otros militares y civiles. En octubre de 1912, el general Félix Díaz, sobrino del dictador derrocado, se levanta en armas. La lucha se reduce a Veracruz, permaneciendo en calma el resto del país, lo que posibilita que se le combata con rapidez; al igual que el general Reyes, es encarcelado y sigue dispuesto a intentar el golpe militar. De acuerdo con Martín Luis Guzmán, dos hechos eran evidentes para enero de 1913: el desprestigio de Madero entre las clases conservadoras que no cesaban de atacarlo, y el descontento con que sus partidarios lo veían obstinarse en una política tolerante y conciliadora. En el ambiente del antimaderismo se pronostica la inminencia del levantamiento militar que derrocaría al gobierno.⁴⁷

do Reyes acusado del delito de rebelión (México: Tipografía G. A. Serralde, 1912), 2. Consultado en: https://mexicana.cultura.gob.mx/es/repositorio/detalle?id=_suri:D-GB:TransObject:5bce59887a8a0222ef15e28d.

⁴⁶ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo xxiv, 36.

⁴⁷ Enríquez Perea, “¿Quién soy yo?”, 85 y 86.

Si bien los generales Bernardo Reyes y Félix Díaz conjuraron que juntos y en la propia sede de los poderes federales podrían llevar a cabo un movimiento contrarrevolucionario triunfante, de nuevo el Ejército Federal les niega su apoyo, siendo esta la causa de su trágico fracaso. La violenta muerte de don Bernardo ante el Palacio Nacional el 9 de febrero de 1913 tenía todos los indicios de un suicidio; reiteradamente le había dicho a su hijo Rodolfo que estaba dispuesto a morir en caso de que no triunfara. De acuerdo con E.V. Niemeyer, este acto fue, por lo tanto, premeditado.⁴⁸ Aceptó el riesgo, y al fracasar en su objetivo, como buen héroe romántico que era, al decir de Alfonso Reyes, avanzó hacia la muerte; fallecimiento que puso a la conspiración en una situación distinta, puesto que un nuevo caudillo militar, Victoriano Huerta, asume el liderazgo del movimiento cuando Madero es fatalmente derrocado.

Después de este sangriento episodio, sobreviene una época adversa para la familia Reyes, y para Alfonso, los acuerdos que harían posible una salida del país. Muerto Francisco I. Madero y con el general Victoriano Huerta ya en la Presidencia, es designado segundo secretario de la Legación de México en Francia, luego de rechazar la secretaría particular que el propio Huerta le ofreciera; además acelera los trámites de su titulación como abogado. Al viajar a Europa, quiere dar la espalda a cualquier idea de venganza; sin embargo, las Erinias —su angustia por la destrucción de la vida militar y política del general Bernardo Reyes; la rivalidad con su hermano Rodolfo, quien una vez muerto el padre acepta la Secretaría de Justicia con Huerta— no le darán tregua:

Lloro por la injusticia con que se anuló a sí propia aquella noble vida; sufro porque presiento al considerar la historia de mi padre, una oscura equivocación en la relojería moral de nuestro mundo;

⁴⁸ Niemeyer, *El general Bernardo Reyes*, 239.

me desespera, ante el hecho consumado que es toda tumba, el pensar que el saldo generoso de una existencia rica y plena no basta a compensar y a llenar el vacío de un solo segundo. Mis lágrimas son para la torre de hombre que se vino abajo; para la preciosa arquitectura —lograda con la acumulación y el labrado de materiales exquisitos, a lo largo de muchos siglos de herencia severa y escrupulosa— que una sola sacudida del azar pudo deshacer; para el vino de siete cónsules que tanto tiempo concentró sus azúcares y sus espíritus, y que una mano aventurera llegó de repente a volcar.⁴⁹

La muerte del general Bernardo Reyes escinde la vida de Alfonso; afecta simbólicamente su cuerpo, lo mancilla, lo debilita; sin embargo, se reconstruye como puede, “como se rehacen para andar y correr esos pobres perros de la calle a los que un vehículo destroza una pata; como aprenden a trincar con una sola mano los mancos”.⁵⁰ Aprende a franquear esta mutilación al reconocer al padre-libro en sí mismo, el cual puede hojear y consultar en cualquier momento:

Aprendí a preguntarle y a recibir sus respuestas. A consultarle todo. Poco a poco, tímidamente, lo enseñé a aceptar mis objeciones —aquellas que nunca han salido de mis labios pero que algunos de mis amigos han descubierto por el conocimiento que tienen de mí mismo. Entre mi padre y yo, ciertas diferencias nunca formuladas, pero adivinadas por ambos como una temerosa y tierna inquietud, fueron derivando hacia el acuerdo más liso y llano.⁵¹

Fallecido el padre, Alfonso Reyes se convence de que su vocación literaria es la que debe orientar su vida. Si bien el imperativo de la escritura estuvo presente desde que era un niño, don Bernardo consideró que la literatura podía desviarlo de las “actividades prácticas”. En los trágicos acontecimientos

⁴⁹ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXV, 30.

⁵⁰ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 27.

⁵¹ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 27 y 28.

del 9 de febrero de 1913, Alfonso encuentra una justificación para no seguir con la tradición política de la familia y construir su libertad, cercenando voluntariamente una parte de sí mismo: "como el que, picado de víbora, se corta el dedo de un machetazo".⁵² Una vez consumada esta amputación mental, decide consolidarse en el oficio de escritor, teniendo siempre como referencia a su padre-libro, lo mismo en el poema que en el cuento, en el ensayo y en el artículo, en la creación y en la investigación.

Bibliografía

Cardoza y Aragón, Luis. "Alfonso Reyes". En *El río. Novelas de caballería*. México: Fondo de Cultura Económica, 1986.

Delgado de Cantú, Gloria M. *Historia de México. Legado histórico y pasado reciente*. México: Pearson, 2015.

Enríquez Perea, Alberto. "¿Quién soy yo?", en Alfonso Reyes, *Autobiografía*. México: Fondo de Cultura Económica, 2014.

Espronceda, José de. "El diablo mundo". *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*. Consultado el 21 de febrero de 2021, http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/el-diablo-mundo-0/html/dca7be6c-2dc6-11e2-b417-000475f5bda5_4.html#I_4_.

Garciadiego, Javier. *Textos de la Revolución Mexicana*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 2010.

Guzmán, Martín Luis. *Muertes históricas. Febrero de 1913*. México: Planeta, 2014.

Niemeyer, Eberhardt Victor. *El general Bernardo Reyes*. Monterrey: Gobierno del Estado de Nuevo León, Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad de Nuevo León, 1966.

Reyes, Alfonso. "El arte de ver". En *Los trabajos y los días*. Tomo ix, *Obras completas de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.

Reyes, Alfonso. "De mi padre". En *Homero en Cuernavaca*. Tomo x, *Obras completas de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1981.

Reyes, Alfonso. "Justificación". En *Romances sordos*. Tomo x, *Obras completas de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1981.

Reyes, Alfonso. "Sobre los Cantos de vida y esperanza". En *Las burlas veras. Primer ciento*. Tomo xxii, *Obras completas de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1989.

Reyes, Alfonso. *Crónica de Monterrey I. Albores*. Tomo xxiv, *Obras completas de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1990.

Reyes, Alfonso. *Oración del 9 de febrero*. Tomo xxiv, *Obras completas de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1990.

Reyes, Alfonso. *Parentalia*. Tomo xxiv, *Obras completas de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1990.

Reyes, Alfonso. *Diario (1927-1930)*. Tomo ii. Edición de Adolfo Castañón. México: Fondo de Cultura Económica, 2010.

Reyes, Bernardo. *Defensa que por sí mismo produce el C. General de División Bernardo Reyes acusado del delito de rebelión*. México: Tipografía G.A. Serralde, 1912. Consultado en: https://mexicana.cultura.gob.mx/es/repositorio/detalle?id=_suri:DG-B:TransObject:5bce59887a8a0222ef15e28d.

Soto, Miguel E. "Precisiones sobre el reyismo. La oportunidad de Porfirio Díaz para dejar el poder". *Estudios de historia moderna y contemporánea* 7 (1979): 105-133.

⁵² Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo xxiv, 29.

La política no es exclusiva de los vivos: la imagen
post mortem del general Bernardo Reyes en
la *Oración del 9 de febrero*

Sebastián Pineda Buitrago

Fotografiar, etimológicamente, significa *escribir con luz*. Más exactamente, significa capturar la luz visible del espectro electromagnético. No sólo una fotografía: una imagen viaja por el tiempo, parece alejarse y ser pasado, pero sigue siendo presente en la singularidad de la memoria y del universo. Aunque Louis Daguerre popularizó el daguerrotipo o la fijación de imágenes en una cámara oscura mediante procedimientos químicos hacia 1839, un hecho histórico ocurrido en 1519 bien puede ser susceptible de fotografiarse o visualizarse. La imagen verbal dibujada por Alfonso Reyes en la *Oración del 9 de febrero* (un texto escrito en 1930, pero publicado póstumamente en 1963) es cuando menos impactante:

el que, desde cierta estrella, contemplara nuestro mundo con un anteojo poderoso, vería a estas horas —porque el hecho anda todavía vivo, revoloteando como fantasma de luz entre las distancias siderales— a Hernán Cortés y a sus soldados asomándose por primera vez al valle de Anáhuac”.¹

¹ Alfonso Reyes, *Oración del 9 de febrero*, en *Visión de México* (México: Academia Mexicana de la Lengua, 2016), tomo II, 265.

Tal imagen verbal es impactante porque despierta la *memoria histórica*. El concepto de memoria histórica contrarresta, en parte, una historia universal de corte hegeliano, germano protestante, confiada en una finalidad o teleología. Entre las 19 tesis que Walter Benjamin dejó inéditas en *Sobre el concepto de historia*, la tesis 9 parece dialogar con la impactante imagen de Reyes. En la tesis 9 de Benjamin, en efecto, aparece el *Angelus novus*, el cuadro de Paul Klee.² Es un ángel de ojos desorbitados y de alas sacudidas por un huracán, cuyas ráfagas lo han dejado con la boca abierta y con la cara vuelta hacia el pasado. El ángel ha visto una catástrofe única.

La imagen de Cortés y sus soldados asomándose por primera vez al valle de Anáhuac en 1519 es, para Reyes y para México y para la memoria histórica de Occidente, esa catástrofe única, esa ráfaga que desordena el presente y amenaza cualquier futuro y cualquier utopía. Ninguna tragedia —ninguna muerte— está saldada en la historia mística del judaísmo en tanto el verdadero Mesías, el hijo de Dios, aún no se ha manifestado. Reyes no era judío y rara vez mostró algún interés por la mística hebraica. Tampoco era un católico practicante. Pero entendía dos cosas de ambas tradiciones: 1) Que los muertos no tienen reparación posible, que nadie los puede regresar; y 2) Que la esperanza en la resurrección de los muertos es la expresión de una justicia universal que será impartida por el poder de Dios que, según la visión apocalíptica, tampoco pierde de vista el pasado.³ Ahora bien, lejos de inclinarnos por una abrupta pendiente teológica, en este comentario nos deslizaremos por la suave colina de la arqueología de los medios.

La ráfaga de metralla que cegó la vida del padre de Alfonso Reyes el 9 de febrero de 1913, además de constituir un

² Reyes Mate, *Medianoche en la historia. Comentarios a las tesis de Walter Benjamin. "Sobre el concepto de historia"* (Madrid: Ediciones Trotta, 2009), 18.

³ Metz y Ratzinger citados por Reyes Mate, en *Medianoche en la historia*, p. 27.

golpe emocional susceptible de resucitarse y repetirse cada vez en su memoria, tuvo —tiene— un registro fotográfico. La fotografía, que también cautivó la imaginación intelectual de Benjamin, no es una imitación o una interpretación de un recuerdo, sino una verdadera huella de éste.⁴ Ninguna pintura o dibujo, por muy naturalista que sea, obedece a un recuerdo de la misma manera en que lo hace la fotografía. La fotografía es la referencia absoluta de que algo existió o existe; la referencia que impide negar que tal ser o cosa ha estado o ha sido.

La fotografía del cadáver ametrallado del general Bernardo Reyes, capturada al parecer por el fotorreportero Agustín Víctor Casasola en la Comandancia Militar la tarde del 9 de febrero de 1913, se publicó originalmente en la página 13 de la edición del 16 de febrero del semanario *El Mundo Ilustrado*. En la fotografía *post mortem* del general Reyes, éste no aparece con su uniforme militar ni con la frente y la sien destrozadas por la ráfaga de metralla. Aparece tendido en lo que parece ser la camilla de una morgue, cubierto por una sábana blanca, maquillado, arreglado. Casasola no es ya un



"Cadaver del Gral Reyes, en la Comandancia Militar", Fot. de Casasola. <https://medioteca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/fotografia:266439bernardo.reyes.png>

⁴ John Berger, *Modos de ver* (Barcelona: Editorial Gustavo Gili, 2007).

repórter sensacionalista, sino un perito forense. La lente de su cámara capta de perfil el rostro aguileño del general Reyes, cuyos ojos cerrados y su larga piocha conceden la imagen de un profeta bíblico.

La fotografía *post mortem* del general Bernardo Reyes invita al estudio de los medios o, para ser más exactos, a la arqueología de los medios. No sólo porque los fotorreportajes publicados en los diarios, semanarios y revistas gráficas de la época anteceden —o anunciaban— la pantalla de la televisión, sino porque el cambio de percepción (*estética es percepción* en griego) en virtud de la fotografía y el cinematógrafo es un correlato de la historia militar. Las técnicas fotográficas y cinematográficas siempre han mantenido extrañas correspondencias con las tecnologías bélicas, pero raramente han sido analizadas. Fotografar y disparar implican mucha concentración visual: puntería.

A partir de la invención de la metralleta, patentada el 9 de mayo de 1862 por el angloamericano Richard Jordan Gatling, el francés Étienne-Jules Marey se inspiró para inventar en 1882 el *fusil* fotográfico o cronofotógrafo, capaz de disparar 12 imágenes por segundo.⁵ Si el cine consiste en una serie de fotografías en movimiento, y en la arqueología de los medios no dista mucho del fotorreportaje, la fotografía es en realidad una tecnología bélica que permite el control de la percepción. El fotorreportaje como técnica de guerra no está interesado en *reportar* victorias materiales, sino en apropiarse de la *inmaterialidad* de los campos de percepción. La Decena Trágica, los diez días de terrorismo que padeció la Ciudad de México entre el 9 y 19 de febrero de 1913, fue el hecho más fotografiado de la Revolución mexicana.⁶ La mayoría de los

⁵ Paul Virilio, *Guerre et cinéma. Logistique de la perception* (Paris: Cahiers du Cinéma, 1991), 8.

⁶ John Mraz, *Fotografiar la Revolución Mexicana: compromisos e iconos* (México: INAH, 2010).

estudios fotográficos se encontraban en pleno corazón de la ciudad, y los fotógrafos atestiguaron directamente, sin desplazarse de su lugar de trabajo, semejante violencia.⁷ Fotógrafos y francotiradores se apostaron en los altos de los edificios de gobierno y en las torres de la Catedral. La representación visual de la muerte, la violencia como goce estético de primer orden (Benjamin), hacía su entrada triunfal en la cultura mexicana de masas.



Gustavo Adolfo Bécquer en su lecho de muerte (1870),
de Vicente Palmaroli.

Desde el siglo XVIII, desde los sótanos nauseabundos en donde encerraron al Marqués de Sade, hay una conexión entre la muerte y la visualización. La palabra *morgue* es un neologismo que viene del francés y que, según el *Répertoire de jurisprudence* de 1768, deriva del verbo *morguer*, ya utilizado desde el siglo XVI para indicar el acto de “mirar fijamente, como se hace con un cadáver al que no se puede reconocer”

⁷ Samuel Villela Flores, “El fotoperiodismo en la Revolución mexicana”, en *L'Ordinaire des Amériques* (2015), 219, <http://journals.openedition.org/orda/2325>; DOI <https://doi.org/10.4000/orda.2325>

("regarder fixement, comme l'on fait à l'égard du cadavre que l'on ne peut reconnaître"). Es decir: esta forma específica de enfocar la mirada sobre un rostro era una habilidad particular desarrollada por vigilantes y carceleros, "como un método para fijar en la memoria la fisonomía de los muertos".⁸ En momentos en que los fotógrafos también tenían formación en artes plásticas, el fotorreportero Casasola captó el cadáver del general Reyes a la manera del retrato *post mortem* que el pintor Vicente Palmaroli hizo del poeta Gustavo Adolfo Bécquer en 1870.

A pesar de cierta posición mortuoria similar, la expresión de los cadáveres dista bastante una de otra. Acaso el parecido sólo esté en el romanticismo, movimiento en el cual tanto el militar mexicano como el poeta español vivieron enrolados, y tal como lo sugirió el propio Alfonso Reyes en los dos últimos párrafos de la *Oración del 9 de febrero*:

Quando la ametralladora acabó de vaciar su entraña, entre el montón de hombres y de caballos, a media plaza y frente a la puerta de Palacio, en una mañana de domingo, el mayor romántico mexicano había muerto.

Una ancha, generosa sonrisa se le había quedado viva en el rostro: la última yerba que no pisó el caballo de Atila; la espiga solitaria, oh Heine que se le olvidó al segador.⁹

La imagen del montón de hombres y de caballos, a media plaza y frente a la puerta del Palacio presidencial, en la mañana del domingo 9 de febrero de 1913, la tomó el fotógrafo Samuel Ramos, quien formaba parte del *staff* de *El Mundo Ilustrado*, con lo cual la descripción de Reyes esconde una ékfrasis.

⁸ Diego Fernando Guerra, *In articulo mortis: el retrato fotográfico de difuntos y los inicios de la prensa ilustrada en la Argentina, 1898-1913* (tesis doctoral, Université de Rennes: 2, 2016), 197.

⁹ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, 39.



Foto de Samuel Ramos, 9 de febrero de 1913.

La descripción de Reyes coincide también con la de Carlos Toro en *La caída de Madero por la revolución felicista* (marzo, 1913), salvo porque la de Toro menciona con nombre y apellido al responsable de aquella masacre: "los fuegos de ráfaga del intendente Adolfo Bassó barrieron la Plaza de la Constitución sembrando de cadáveres el asfalto y los prados del jardín del Zócalo".¹⁰ Hay una variación en la descripción en la crónica novelada del poeta colombiano Porfirio Barba Jacob, *La decena roja. El combate de la Ciudadela narrado por un extranjero* (marzo, 1913), sin perder el tono de catástrofe:

De improvviso aparecen por la esquina de las calles de Seminario y antiguo de la Moneda, el general Reyes y su pequeña escolta, en medio de estruendosos vivas al ejército. El general Reyes avanzó con los suyos hasta llegar frente a la Puerta Central; pero en los momentos en que penetraba, el general Villar mandó a hacer fuego. Se escuchó una uniforme y terrible descarga de fusilería, cuyas ráfagas hirieron mortalmente a tres de los aspirantes. Poco después, el general Reyes caía herido. En ese momento, un hombre que vestía traje de paisano se acercó al ex gobernador de Nuevo

¹⁰ Carlos Toro, *La caída de Madero por la revolución felicista* (México: Editor F. García y Alva, 1913), 423.

León y le hizo varios disparos con una pistola, con los cuales le dio muerte.¹¹

La violencia de la Decena Trágica se recrudeció en virtud de la reproducción técnica, es decir, de los fotorreportajes. El número de *La Semana Ilustrada* del 18 de febrero 1913, con varias fotografías de la Decena Trágica, tuvo una tirada de cuarenta mil ejemplares.¹² Dos días antes, el 16 de febrero, la portada de *El Mundo Ilustrado* fue la de los generales Manuel Mondragón y Félix Díaz calculando los tiros y el parque de municiones desde la Ciudadela, para así dar la impresión —la percepción— de erigirse en vencedores contra las tropas maderistas. Aunque en las páginas interiores otras fotografías daban cuenta de los destrozos causados por las ametralladoras y fusiles Rexer y los cañones Hotchkiss contra varios edificios de gobierno, lo que resaltaba *El Mundo Ilustrado* era la imagen de los militares triunfantes. Era evidentemente una forma de congratularse con el militarismo que, por lo menos hasta el sexenio de Lázaro Cárdenas, siguió dominando la política mexicana. Pero era también una forma de ocultar cierta frivolidad y superficialidad.

Es de notar que la portada anterior de *El Mundo Ilustrado*, la del domingo 9 de febrero, había sido la de un campeonato de tenis que se celebraba en la capital mexicana. Las páginas con contenido deportivo y frívolo continuaron en el número del 16 de febrero acompañadas con noticias sobre el exterior que indicaban un ambiente nada pacífico. Los editores de *El Mundo Ilustrado* reportaban uno de los primeros bombardeos aéreos de la historia:

¹¹ Porfirio Barba Jacob, *La decena roja. El combate de la Ciudadela narrado por un extranjero* (México: Editorial Carátide, Ediciones del Lirio, 2017), 28.

¹² Marion Gautreau, (2009). “¿Violencia versus frivolidad? La irrupción de las fotografías de la revolución en la prensa ilustrada mexicana”, en Marie-Claude Chaput y Manuelle Peloille coords., *Sucesos, guerras, atentados: La escritura de la violencia y sus representaciones* (España: Pilar, 2009), 103.

Por primera vez en los combates se ha hecho uso de la aviación en la guerra turco búlgara, en la que se ha presenciando semejante espectáculo. El famoso aviador griego capitán Maraitmas realizó un maravilloso vuelo en hidroplano sobre el Estrecho de los Dardanelos, arrojando varias bombas sobre el arsenal de Maides y sobre algunos barcos turcos en el canal.¹³

La frivolidad de la nota resulta evidente en el uso de expresiones como “espectáculo” para referirse al bombardeo y de “maravilloso” para referirse al avión. Conviene contextualizar. Los fotorreportajes, crónicas, novelas y testimonios de la Decena Trágica, de los diez días de terrorismo que sufrió la Ciudad de México entre el 9 y el 19 de febrero de 1913, coinciden con los primeros manifiestos futuristas de Marinetti. Pues Marinetti precisamente buscó inspiración poética en la primera guerra balcánica (1912-1913), a la que asistió en calidad de corresponsal para el diario *L'Intransigeant*. En 1914 publicó el poemario sonoro *Zang tumb tuuum: Adrianopoli ottobre 1912: parole in libertà*, en el que el impacto visual de la bomba aérea que los búlgaros arrojaron desde aeroplanos para causar pánico entre los soldados turcos, en efecto, es perceptible en el tipo de letra y en la yuxtaposición de texto-imagen. El futurismo no sólo es coetáneo del auge de la reproducción técnica de la fotografía, el cine y la radio, sino también una expresión artística o poética del industrialismo bélico.

No hay que olvidar que Alfonso Reyes tiene un pequeño poema en prosa, “Guynemer”, publicado en *Calendario* (1924). Se trata de un homenaje al piloto francés Georges Guynemer (1894-1917), que murió luchando contra la fuerza aérea alemana en la Primera Guerra Mundial. Fiel a la herencia militar de su padre y al pragmatismo de la acción, Reyes celebró que Guynemer hubiera conquistado el verdadero cielo, no el “cielo metafórico” de los poetas pasivos:

¹³ *El Mundo Ilustrado*, 16 de febrero de 1913, 16.

Partía en persecución del enemigo, ebrio de trepidación y retumbos, mirando estallar aquí y allá las estrellas momentáneas de la granada; se lanzaba como gavilán sobre la presa, que casi chocaba contra ella; el humo lo envolvía un instante, y las baterías lo cercaban en collares de truenos; el latido de su motor se injertaba en la palpitación de su sangre. Y súbitamente, el contrario se desgajaba entre llamas, en fantástica caída vertical de aspas y ruedas, por el camino de Luzbel. [...] ¡Oh capitán, oh héroe! De los labios de un pueblo tu nombre sube como un resuello de triunfo. Palpita tu corazón, claro astro, en el fondo de las noches de Francia.¹⁴

La imagen del piloto fusionado con su aeronave (“el latido de su motor se injertaba en la palpitación de su sangre”) recuerda la estética futurista del hombre fusionado con la máquina. Al exaltar a Guynemer, Reyes exaltaba a su padre militar. Se oponía contra la mentalidad burguesa, tan fatalista y desdenosa de la vitalidad, tan pasiva y frívola frente a la violencia. En 1915, durante la Primera Guerra Mundial, Reyes llegó a decir en un artículo para el semanario *España*: “los gases asfixiantes de las trincheras son menos dañinos que los de la chimenea doméstica”.¹⁵ A los ojos de Dios, decía, merece más el asalto del soldado que la devoción del ermitaño; quien permanece en el confort del cuarto, termina por ejercer otra manera del mal; echarse a la calle es más santo que encerrarse en casa, puesto que no hay otra manera de ser útil y activo. Así, como quien no quiere la cosa, Reyes justificaba la acción de su padre.

Para concluir, el autor de la *Oración del 9 de febrero* se enfrenta a la historia oficial de la Revolución mexicana con un gesto filosófico radical. Lo que para el resto de los historiadores es secundario —el asesinato del general Bernardo Reyes en contraste con el de Madero y Pino Suárez—, para su hijo constituye un hecho tan asombroso (del *asombro* nace

¹⁴ Alfonso Reyes, “Guynemer”, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1995), tomo II, 304 y 306.

¹⁵ Alfonso Reyes, *El suicida*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1995), tomo III, 278.

la filosofía) como la primera visión que Cortés tiene en 1519 del valle de México. Pues el asombro y la visión no son fenómenos pasivos, sino activos y asociados con el pensamiento teórico, es decir, con aquel que antecede la acción. Dicho de otra manera, si el título *Visión de Anáhuac* remite a un sueño o *visión* de otro mundo,¹⁶ la *Oración* (orar es hablar en voz alta) equivale a la certidumbre de que la política no es cosa exclusiva de los vivos.

Bibliografía

Barba Jacob, Porfirio. *La decena roja. El combate de la Ciudadela narrado por un extranjero*. México: Editorial Cariátide, Ediciones del Lirio, 2017.

Berger, John. *Modos de ver*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili, 2007.

Castañón, Adolfo. “Nota preliminar”. En Alfonso Reyes, *Visión de México*. Tomo II. México: Academia Mexicana de la Lengua, 2016.

Gautreau, Marion. “¿Violencia versus frivolidad? La irrupción de las fotografías de la revolución en la prensa ilustrada mexicana”. En Marie-Claude Chaput y Manuelle Peloille coord., *Sucesos, guerras, atentados: La escritura de la violencia y sus representaciones*, 99-114. España: Pilar, 2009.

Guerra, Diego Fernando. *In articulo mortis: el retrato fotográfico de difuntos y los inicios de la prensa ilustrada en la Argentina, 1898-1913*. Tesis doctoral, Université de Rennes: 2, 2016.

¹⁶ Adolfo Castañón, “Nota preliminar”, en Alfonso Reyes, *Visión de México* (México: Academia Mexicana de la Lengua, 2016), tomo II, 17.

Marinetti, Filippo Tommaso. *Futurisme. Manifestes. Documents. Proclamations*, edición de Giovanni Lista. Lausana: L'Age D'Homme, 1973.

Mate, Reyes. *Medianoche en la historia. Comentarios a las tesis de Walter Benjamin "Sobre el concepto de historia"*. Madrid: Ediciones Trotta, 2009.

Mraz, John. *Fotografiar la Revolución mexicana: Compromisos e iconos*. México: INAH, 2010.

Reyes, Alfonso. "Guynemer", en *Calendario*. Tomo II, *Obras completas de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1995.

Reyes, Alfonso. *El suicida*. Tomo III, *Obras completas de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1995.

Reyes, Alfonso. *Oración del 9 de febrero*. Tomo II, *Visión de México*. México: Academia Mexicana de la Lengua, 2016.

Villela Flores, Samuel. "El fotoperiodismo en la Revolución Mexicana". *L'Ordinaire des Amériques*, 219. <https://doi.org/10.4000/orda.2325>

Virilio, Paul. *Guerre et cinéma. Logistique de la perception*. Paris: Cahiers du Cinéma, 1991.

Virilio, Paul. "Futurismo y facismo". *Los Cuadernos del Norte: Revista Cultural de la Caja de Ahorros de Asturias* 7, núm 39 (1989): 4-9.

De Agamemnón Reyes a Alfonso Cid: la tragedia clásica de un romántico mexicano

Marcos Daniel Aguilar

Había dos días en la vida de Alfonso Reyes, de cuyas fechas no quería acordarse. Una es el 25 de diciembre, el día de la Navidad de 1911, cuando su padre fue capturado en Linares, Nuevo León, tras la intentona de revuelta contra Francisco I. Madero y cuyo destino lo llevaría preso a Santiago Tlatelolco —otra vez Tlatelolco—. La segunda fecha que prefiere omitir en sus textos es la del 9 de febrero, el día del comienzo de la conspiración para derrocar al presidente, el inicio de la Decena Roja —como le llamó Porfirio Barba Jacob en su novela-crónica *El combate de la Ciudadela narrado por un extranjero*—, y que Reyes recuerda en su *Diario*, con dolor y sangre, de esta manera:

Cuando vi caer a aquel Atlas, creí que se derrumbaría el mundo. Hay desde entonces una ruina en mi corazón. ¿Podía soportar tanta sangre y tantos errores? Mi dolor fue tan despiadado que ni siquiera quiso ofuscar me.¹

Muchos años después, frente al recuerdo de esta carnicería a punta de metralla ocurrida en el centro de la capital mexicana —otra vez el centro de Tenochtitlan—, en aquella Decena

¹ Alfonso Reyes, *Diario 1911-1930* (México: Universidad de Guanajuato, 1969), 31.

Trágica donde comenzó “la Primera Guerra Mundial... un año antes” del asesinato del archiduque Franz Ferdinand, el 28 de junio de 1914 (la Gran Guerra “había estallado durante los días de terror que sufrió la Ciudad de México entre el 9 y el 19 de febrero de 1913”),² Alfonso visualiza al general Bernardo Reyes cayendo del lomo de su caballo para convertirse así en uno de los primeros asesinados de la conflagración bélica mundial que ocurrió justo frente a las puertas del Palacio Nacional. En ese instante de arrobamiento y meditación, en febrero de 1930, Alfonso Reyes comenzaría a escribir por primera vez, con su puño y letra, con nombres, apellidos y referencias geográficas, una breve recapitulación de recuerdos en torno a este hecho que lo marcaría de por vida.

Y más que recuerdos, este texto está plagado de emociones e ideas sueltas hechas palabras con las que el autor nueveleónés hace un ajuste de cuentas consigo mismo, con su padre y, de paso, con la historia de México, para plasmar lo que por tantos años había callado: un desahogo por todos los frentes, un “puente único por donde se puede ir y venir entre los vivos y los muertos, sin más aduana ni peaje que el de adoptar esa actitud del ánimo que, para abreviar, llamamos plegaria”,³ un texto que Alfonso prefirió dejar inédito y guardarlo en el cajón, pues para él este diálogo con sus fantasmas era eso, una plegaria para traer de nueva cuenta al padre y reinventar su historia: la *Oración del 9 de febrero*, que comenzó a escribir en Buenos Aires el mismo día aquel pero de 1930 y que concluyó en Río de Janeiro, el 20 de agosto del mismo año, fecha en que el general Bernardo hubiera cumplido los 80.⁴

² Sebastián Pineda Buitrago, “Prólogo. La Primera Guerra Mundial estalló en México”, en Porfirio Barba Jacob, *La decena roja. El combate de la Ciudadela narrado por un extranjero* (México: Editorial Carriátide, Del Lirio, 2017), viii.

³ Alfonso Reyes, *Oración del 9 de febrero* (México: Ediciones Era, El Colegio Nacional, Universidad Autónoma de Nuevo León, 2013), 6.

⁴ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, 23.

Y es que la muerte de Bernardo Reyes, desde entonces, representó para Alfonso, y para la nación mexicana, no sólo la muerte de un brillante militar y gobernante, sino el fin de toda una época: su caída junto a su caballo simbolizó la trinchera entre el porfiriato y el México moderno, así como el fin del romanticismo social proveniente del siglo XIX; también representó la cruda entrada a la modernidad en el ámbito internacional, y es que la Decena Trágica, pero sobre todo la Primera Guerra Mundial (1914-1918) ya no fue una lucha por las libertades, por la defensa patria ni en contra de las tiranías, sino una batalla “muy intensa, nueva en muchos aspectos, de elementos militares, políticos, económicos y tecnológicos [...] una guerra de aeroplanos, submarinos, tanques y gases tóxicos”.⁵

Una guerra parecida a la Decena Trágica, en aquel febrero de 1913, que acabó con la vida y con la época entera del general Bernardo Reyes, cuya muerte significó el triunfo de la metralla sobre la caballería, el poder de la tecnología sobre el líder estratégico y lleno de ideales, como lo dice el mismo autor de *Visión de Anáhuac*:

Quando la ametralladora acabó de vaciar su entraña, entre el montón de hombres y caballos, a media plaza y frente a la puerta de Palacio, en una mañana de domingo, el mayor romántico mexicano había muerto”.⁶

Pues cuando cayó esa torre moral que era Bernardo, dice su hijo en la *Oración*, “todos han adivinado que con ese hombre se rinde toda una época del sentir humano.”⁷

Alfonso habla del fin del romanticismo desde todas sus perspectivas, de esa escuela de pensamiento, de estética y de acción que tanto había estudiado desde la historia y la lite-

⁵ Juan Brom, *Esbozo de historia universal* (México: Grijalbo, 2013), 234 y 235.

⁶ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, 22.

⁷ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, 17.

ratura, y que era el único punto de conexión con su padre, quien desde sus inicios en la carrera militar se había forjado en el romanticismo social y poético a través de la milicia, los ideales políticos, pero también por las lecturas de los poetas y escritores liberales de América y de Europa. Por ello, Alfonso Reyes, cuando lo piensa, establece esta conexión con Bernardo vía la literatura y los libros: "Él me llevaba más de cuarenta años, y se había formado en el romanticismo tardío de nuestra América. Él era soldado y gobernante". De la misma manera y en un camino de libreros, de biblioteca y de palabras que los unían, el hijo manifiesta que en las pocas ocasiones en que podía charlar con el que fuera gobernador del estado de Nuevo León era cuando hablaban sobre poetas, sobre la poesía y en especial sobre los románticos como José de Espronceda, "¡aquel Espronceda que fue tan suyo y que él mismo me enseñó a recitar!".⁸

Y es que el romanticismo tiene la gracia y la virtud de presentarse por todos los frentes de la vida humana, como Espronceda, que canta las glorias y tragedias en torno a un hecho real: la guerra de independencia española, la guerra de liberación contra los franceses a comienzos del siglo XIX. Realidad y poesía en un solo espacio metafísico, así es el romanticismo, que como hecho pragmático y estético "no se define, se siente";⁹ es un sentimiento nacido de los ideales a favor de las libertades humanas, colectivas e individuales que se fueron cocinando a lo largo del siglo XVIII y que dieron sus mejores frutos una centuria después, y mucho más allá en el tiempo, ya que "la riqueza del romanticismo" radica en su "inagotable contenido y su aptitud para abrir perspectivas que siguen atrayéndonos".¹⁰

⁸ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, 2 y 17.

⁹ Roger Picard, *El romanticismo social* (México: Fondo de Cultura Económica, 2005), 15.

¹⁰ Picard, *El romanticismo social*, 17.

Como si fueran una sola moneda, con sus dos caras, la otra cara del romanticismo es el liberalismo social y político, pues el "romanticismo, a menudo mal definido, no es en el fondo, y esta es su verdadera definición, más que el liberalismo en la literatura [...] La libertad en el arte, la libertad en la sociedad", por lo que ambos personajes, tanto el pensador social (Bernardo) como el pensador poético (Alfonso) se preguntan si "ya hemos salido de la vieja fórmula social, ¿por qué no hemos de salir de la vieja fórmula poética?".¹¹

En este punto, idealistas políticos e idealistas estéticos convergen en casi toda Europa, también en la América del siglo XIX, en el instante de liberarse de viejas ataduras en todos los términos a base "de esperanza, de generosidad, de poder", pero sobre todo con el objetivo de "encontrar su empleo para construir el porvenir".¹² Es por este motivo que Alfonso Reyes toma como eje central de su *Oración del 9 de febrero* el tema del romanticismo como columna vertebral de su reconstrucción histórica y como única y más efectiva manera de acercarse y poder platicar de tú a tú con el padre ausente; al final de cuentas Bernardo era un político liberal y Alfonso un escritor romántico, es decir, la misma moneda echada al aire.

Ese romanticismo que en Europa y en América Latina acogieron políticos, militares, intelectuales y poetas para procurar más y mejores derechos civiles, tener una nación más unificada y organizada, con una soberanía e instituciones fuertes y en contra de cualquier absolutismo en el poder, era el mismo que en la literatura rechazó las obras y modelos clásicos que intelectuales persistían en "imitar [...] sin renovarlos", ideas y literatura "abstracta y didáctica, seca y monótona en su forma", por lo que románticos liberales prefirieron salir del molde y entregarse "al sentimiento, a la historia, y a las tra-

¹¹ Picard, *El romanticismo social*, 18.

¹² Picard, *El romanticismo social*, 20.

diciones nacionales [...] al exotismo o a lo fantástico, temas y efectos nuevos, tratados con entera libertad de medios”.¹³

Por ello, el romanticismo de esa primera mitad del siglo XIX, a diferencia de los ilustrados de finales del XVIII, prefirió regresar a la historia local, a las tradiciones, para ya no imitar a los clásicos grecolatinos y mejor construir una nueva unidad colectiva y nacional, porque el romanticismo

quería animarles a extraer su inspiración en las tradiciones nacionales, vivas y todavía fecundas, a las que los románticos habían de añadir las inspiraciones nacidas de las visiones del porvenir y de sus llamamientos al alma humana.¹⁴

Y eso era el general Bernardo Reyes para su hijo Alfonso, un militar con ideales libertarios que, justo en la segunda mitad del siglo XIX mexicano, buscó la integración y el bien común para su pueblo, pues Bernardo “después de pacificar el Norte [de México] y poner coto a los contrabandos de la frontera [...] vinieron los años de paz”.¹⁵ Fue un administrador, un pacificador social y, como buen romántico, un “visionario del porvenir”, que como ministro de la Guerra de Porfirio Díaz, en el arranque del siglo XX:

tuvo ocasión de llevar a cabo otros milagros: el instaurar un servicio militar voluntario, el arrancar al pueblo a los vicios dominicanos para volcarlo, por espontáneo entusiasmo, en los campos de maniobras; el preparar una disciplina colectiva que hubiera sido el camino natural de la democracia.¹⁶

Espíritu de libertades y progreso que también como gobernador del estado de Nuevo León, en donde fue el jefe político y militar

¹³ Picard, *El romanticismo social*, 6 y 22.

¹⁴ Picard, *El romanticismo social*, 21.

¹⁵ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, 12.

¹⁶ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, 13.

de 1889 a 1909, imprimió para llevar mejoras en la economía, en la infraestructura del estado, en el sistema de salubridad y en la educación, ya que el general Reyes “ha hecho cuanto es dable por la instrucción pública, ha cambiado sistemas y métodos; ha formado maestros; ha aumentado a costa de grandes gastos el número de escuelas”.¹⁷ Todo un liberal, o como dice su hijo, todo un “romántico tardío”, cuya vida alcanzó la vecindad de la segunda década del siglo XX, pero que seguía persiguiendo con el alma y la inteligencia los objetivos de los liberales mexicanos —quienes lucharon por la Independencia de México, por la instauración de la Constitución liberal y laica de 1857, y hasta la Restauración de la República y el derrocamiento del Segundo Imperio en 1867— en el afán de conseguir “la descolonización del país”, porque la labor de estos liberales, como Bernardo, dejó “libertades y sus instituciones, nos enseñaron, y por ello no es menor su mérito, cómo conseguirlas y defenderlas”.¹⁸

Románticos que no sólo fueron mexicanos sino latinoamericanos y es curioso leer que otras biografías caminan en paralelo a la de Bernardo Reyes, como la del político y militar Domingo Sarmiento, quien llegó a ser presidente de Argentina, y que en la década de 1840 escribió el libro *Facundo. Civilización y barbarie*, que es “una especie de empeño profético de avizorar el futuro de la organización nacional argentina, civilizada y democrática”. En este libro los personajes de *Facundo*, como si fuera la vida misma de Bernardo Reyes, se enfrentan a “las realidades de la Historia y la Naturaleza”¹⁹, en

¹⁷ Eberhardt Victor Niemeyer, *El general Bernardo Reyes* (Monterrey: Gobierno del Estado de Nuevo León, Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad de Nuevo León, 1966), 61.

¹⁸ Gastón García Cantú, “El Nigromante”, en *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2005), tomo III, 205.

¹⁹ Raimundo Lazo, “Sarmiento, su mundo y su obra”, en Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo. Civilización y barbarie* (México: Porrúa, 2000), xxvii.

donde se mezclan los hechos históricos de sus pueblos para entender el presente caótico y poder trabajar así en un futuro lleno de "libertad para organizar y efectivamente conseguir una vida mejor".²⁰

Lo que Sarmiento hace en *Facundo*, que termina siendo un "ensayo político sobre la organización nacional [...] con los procedimientos románticos —de colorido y peripecias—",²¹ es lo que para Alfonso Reyes fue en vida su padre, Bernardo Reyes, hombre de acción, como si fuera un personaje de novela caballeresca:

era todo él como un poema en movimiento, un poema romántico de que hubiera sido a la vez autor y actor. Nunca vi otro caso de mayor frecuentación, de mayor penetración entre la poesía y la vida. Naturalmente, él se tenía por hombre de acción, porque aquello de sólo dedicarse a soñar se le figuraba una forma abominable del egoísmo.²²

A diferencia de Sarmiento, quien fue liberal en la política y romántico en la escritura, y viceversa, para Alfonso el general Bernardo Reyes conjugó en vida ambas caras, ya que no necesitó escribir su propia novela de caballería, como *Facundo*, con los libertarios ideales a cuestas, pues según la *Oración del 9 de febrero*, las aventuras, las peripecias y la propia organización social las forjó en vida como si fuera "un poema en movimiento".

No deja de ser importante que a lo largo de la *Oración*, el también autor de *Cuestiones estéticas* intenta incansablemente —hace una plegaria— transformar la vida del padre asesinado en la del protagonista de un romance medieval con final heroico, para no tener que enfrentar nuevamente la realidad: que la vida del general nacido en Jalisco en 1950 acabó como

²⁰ Lazo, "Sarmiento, su mundo y su obra", xxxi.

²¹ Lazo, "Sarmiento, su mundo y su obra", xxviii.

²² Reyes, *Oración del 9 de febrero*, 21.

la de un personaje de tragedia griega y no como la de un héroe al estilo de Roldán o del *Amadís de Gaula*:

Hace 17 años murió mi pobre padre [...] Lloro por la injusticia con que se anuló a sí propia aquella noble vida; sufro porque presiento al considerar la historia de mi padre, una oscura equivocación en la relojería moral de nuestro mundo [...] ²³

Alfonso Reyes, en esta su *Oración del 9 de febrero*, arroja a Bernardo del otro lado de la tragedia y lo pone a protagonizar paisajes novelescos para colocarlo en el pedestal de héroe y no en el abismo del caído, pues una de las inspiraciones de los románticos del xix fue la recuperación de lo local, de la tradición oral y escrita, por medio de la lectura y la reinterpretación del "pasado recordado por sus ruinas y el misterio de la naturaleza; se refiere a todo lo que tiene relación con el género trovadoresco y con lo fantástico [...] que deriva en cierto modo de las tradiciones caballerescas".²⁴ Es por este motivo que en la *Oración*, el hijo intenta redimir al padre, quien no murió como el héroe que él y muchos creían que era, sino que el pacificador del norte, el enemigo de conservadores y franceses, el civilizador y educador de los pueblos de la frontera no murió de manera gloriosa, siendo joven al frente de batalla o como viejo sabio, sino que Bernardo Reyes decidió tirar esa gloria construida a lo largo de las décadas "por la borda, echarla por la ventana",²⁵ durante una causa "patética" que estaba perdida desde el inicio.

Y no basta que los deseos de aquel Alfonso, quien ya era embajador de México en Brasil en ese 1930, lo llevarán a comparar la odisea militar y política del que fuera ministro de la Guerra en el gobierno de Díaz con las campañas de Hernán Cortés, cuando afirma que:

²³ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, 8 y 9.

²⁴ Pícatd, *El romanticismo social*, 16 y 21.

²⁵ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, 17.

El suceso [la mañana del 9 de febrero] viaja por el tiempo, parece alejarse y ser pasado, pero hay algún sitio del ánimo donde sigue siendo presente. No de otro modo el que, desde cierta estrella, contemplara nuestro mundo con un anteojo poderoso, vería, a estas horas [...] a Hernán Cortés y a sus soldados asomándose por primera vez al valle del Anáhuac.²⁶

No basta que el hijo evoque a Bernardo como si fuera el Cid: “Imaginad la cólera del Campeador ante las afrentas sufridas por sus hijas”; y no... no basta que lo compare con el Quijote al momento de encontrarse con Pancho Villa en la prisión de Santiago Tlatelolco, en la antesala de su trágico destino,²⁷ pues hay una inmensa herida, combinación de reproche y culpa en la mente y en los sentimientos de Alfonso Reyes al reconocer en esta *Oración* que la muerte del héroe, que perdió su camino rumbo al Olimpo en el último segundo de existencia, fue la misma muerte que le abrió la puerta al derramamiento de sangre que terminó siendo la Revolución mexicana.

La *Oración del 9 de febrero* es la contraparte de la *Ifigenia cruel*, de 1924, aquella tragedia griega mexicanizada, el *mea culpa* de Alfonso, en donde no intenta reivindicar a Bernardo Reyes, sino que se sincera consigo mismo, sin decir nombres ni apellidos reales, y acepta justamente su destino en el exilio, y el del padre, quien no se convirtió en el héroe de la historia de México, pues “Agamemnon cayó a mansalva, / vencido entre los brazos de su casa”,²⁸ asesinado por los suyos. Y es que el mismo Alfonso reconoce el error trágico del general Agamemnon Reyes: el haber actuado a destiempo, no irse al exilio cuando Francisco I. Madero se lo propuso, no renunciar a una revolución que ya no era suya; no, el ge-

²⁶ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, 7.

²⁷ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, 87 y 20.

²⁸ Alfonso Reyes, *Ifigenia cruel*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1959), tomo x, 338.

neral Reyes echó la suerte y se fue hacia adelante, “no quiso colgar el escudo en la atarazana. ¡Cuánto mejor no hubiera sido! ¿Dónde se vio al emérito volver a mezclarse entre las legiones?” Error o destino, porque en su momento (año de 1909) “le daban la revolución ya hecha, casi sin sangre ¡y no la quiso!”.²⁹

La *Oración* es la historia que el escritor mexicano hubiera querido para su padre, la otra historia de la Historia de México, en donde Bernardo es Atila, cuyo caballo cometió el error de no pisar la última yerba del camino.³⁰ Con la *Oración del 9 de febrero*, Alfonso Reyes deja en claro que el guerrero romántico terminó protagonizando una tragedia clásica, y que el amante de las letras clásicas, como lo es Alfonso, terminó escribiendo, e incluso protagonizando en su vida, una novela de caballería, como las que le contaba el general, ya que el destino trágico hizo que Bernardo Reyes terminara siendo conocido como el padre de Alfonso —y no al revés—, el Cid Campeador defensor de la cultura y de las letras en español, “uno de los más activos y elevados representantes de la cultura en América”,³¹ que contribuyó a refundar las letras mexicanas y que exigió al mundo entero voltear a ver y conocer la cultura, la historia y las civilizaciones de México y del resto de la América Latina.

Bibliografía

Brom, Juan. *Esbozo de historia universal*. México: Grijalbo, 2013.

García Cantú, Gastón. “El Nigromante”. Tomo III, *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2005.

²⁹ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, 15.

³⁰ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, 23.

³¹ Lazo, “Sarmiento, su mundo y su obra”, xxxi.

Lazo, Raimundo. "Sarmiento, su mundo y su obra", en Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo. Civilización y barbarie*. México: Editorial Porrúa, 2000.

Niemeyer, Eberhardt Victor. *El general Bernardo Reyes*. Monterrey: Gobierno del Estado de Nuevo León, Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad de Nuevo León, 1966.

Picard, Roger. *El romanticismo social*. México: Fondo de Cultura Económica, 2005.

Pineda Buitrago, Sebastián. "Prólogo. La Primera Guerra Mundial estalló en México", en *La decena roja. El combate de la Ciudadela narrado por un extranjero*. México: Editorial Cariatide, Ediciones del Lirio, 2017.

Reyes, Alfonso. *Diario 1911-1930*. México: Universidad de Guanajuato, 1969.

Reyes, Alfonso. *Ifigenia cruel*. Tomo x, *Obras completas de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1959.

Reyes, Alfonso. *Oración del 9 de febrero*. México: Ediciones Era, El Colegio Nacional, Universidad Autónoma de Nuevo León, 2013

La apología del héroe romántico

José Enrique Pérez Téllez

Las obras en las que los escritores hablan de su vida y sus motivos para la creación son muy valiosas, pues permiten conocer sus inquietudes y facilitan la aproximación al significado de algunos de sus recursos literarios. No todos los escritores poseen un diario o han dejado textos que sean útiles para conocer rasgos de su vida íntima, razón por la cual debe procurarse que obras de este tipo no caigan en el olvido.

En el caso de Alfonso Reyes se tiene la fortuna de contar con un breve texto titulado *Oración del 9 de febrero*, el cual no publicó en vida pero es un libro que debe leerse no sólo porque habla de la relación con su padre, sino porque nos permite conocer un poco su manera de pensar; sin embargo, lo más sobresaliente es la manera en que transforma un hecho histórico en una obra artística. Es fundamental señalar la cualidad artística de esta obra, ya que no se debe confundir un retrato ficcional con un retrato histórico.

En el primer apartado, Alfonso Reyes habla de las virtudes de su padre como figura de autoridad; nos comparte un poco acerca de su personalidad y lo considera un ejemplo a seguir por la manera como les mostraba afecto a sus hijos. Confiesa sentirse inferior a él en muchos aspectos, lo cual

sirve como pretexto para enaltecer la figura de su padre desde un punto de vista moral:

Lejos de él, casi bastaba recordar para sentir el calor de su presencia. Y como su espíritu estaba en actividad constante, todo el día agitaba las cuestiones más amenas y más apasionadoras; y todas sus ideas salían candentes, nuevas y recién forjadas, al rojo vivo de una sensibilidad como no la he vuelto a encontrar.¹

El efecto que tiene la *Oración del 9 de febrero* se logra por medio de los artificios literarios que utiliza Alfonso Reyes, la excelencia de su trabajo nos convence de las cualidades morales de Bernardo Reyes. En el texto *La historia en Alfonso Reyes*, de Juan Roberto Zavala, se puede apreciar cómo existe una confusión en la forma en que es leído el texto, pues se considera que la *Oración del 9 de febrero* es un relato objetivo e histórico: "El trazo biográfico y sobre todo humano de su padre es tan exacto, que llegamos a sentirlo caminando a nuestro lado; comprendiéndolo como humanista y reconociendo en él las virtudes del político que ama al pueblo".²

El retrato que hace Alfonso Reyes es muy subjetivo, es evidente que no se expresa como un historiador, quizá tampoco lo haga como un escritor, sus palabras parecen más bien las de un hijo que lamenta la pérdida de su padre y utiliza la literatura como una forma de desahogo. Sin embargo, este texto no es una simple confesión o un escrito con finalidad catártica, posee una intención, la cual se puede intuir por el énfasis que se hace en tres tópicos: la firma de su padre, la biblioteca y el romanticismo.

El apartado en que se habla de la firma de Bernardo Reyes no es un capricho, pues habla de ella como un símbolo de

¹ Alfonso Reyes, *Oración del 9 de febrero*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1990), tomo XXIV, 25.

² Juan Roberto Zavala, *La historia en Alfonso Reyes* (México: Universidad Autónoma de Nuevo León, 1978), 801.

compromiso y de la herencia a las futuras generaciones: todo aquello que escribimos y firmamos es un compromiso con la posteridad. La palabra hablada y las acciones dependen de quién las recuerde, sin embargo, es por medio de la escritura que en verdad nos hacemos responsables de nuestras palabras. Alfonso Reyes va más allá y nos recuerda que el acto de la escritura nunca es cobarde si se firma, ya que de esa forma nos comprometemos con lo que decimos y aceptamos sus consecuencias.

El poder de la firma va ligado al uso de la mano como símbolo de poder y autoridad, para Alfonso Reyes esta relación es de suma importancia, al grado de convertirla en un motivo para el cuento "La mano del comandante Aranda". La mano también es utilizada como símbolo de justicia; una de las cualidades que se resaltan en el texto es la capacidad que tuvo Bernardo Reyes para gobernar de buena forma, es decir, no se trata sólo de obtener poder y autoridad, sino de encauzarlos hacia el bien común:

Al fin el dueño de la política vino en persona a presenciar el milagro: "Así se gobierna", fue su dictamen. Y poco después, el gobernador se encargaba del Ministerio de la Guerra, donde todavía tuvo ocasión de llevar a cabo otros milagros.³

Otro punto que se debe considerar es la relación de la mano con su uso durante la guerra, ya que sólo aquel que en verdad está comprometido con sus ideales los defiende por la vía legal, con su firma, pero también con sus propias manos durante el combate. De ahí que sea pertinente hablar de las heridas que sufrió su padre y que sirven para hacer énfasis en la importancia simbólica de la mano:

De todas sus heridas, la única aparente era la de su mano derecha, que quedó siempre algo torpe, y solía doler en el invierno. La iz-

³ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 33.

quierda tuvo que aprender de ella a escribir y trinchar y también a tirar el arma.⁴

Ahora bien, para Reyes es muy importante que su padre sea visto como un héroe y no como un caudillo, ya que las constantes descripciones y alusiones a los diversos combates nos hacen pensar en un guerrero servil que sólo busca conservar el poder. En este caso, el carácter heroico de su padre se encuentra ligado al humanismo; Bernardo Reyes es descrito como una persona con amplio bagaje cultural, entonces se vuelve necesario destacar la mención que se hace de la biblioteca y sobre todo de los libros de poesía, los cuales nos conectan de inmediato con el buen uso del lenguaje y la sensibilidad:

En aquella biblioteca donde había de todo, abundaban los volúmenes de poesía y los clásicos literarios. Entre los poetas privaban los románticos: era la época mental en que el espíritu del héroe se había formado.⁵

Incluir en el texto un apartado acerca de la biblioteca servirá para ligarlo a la sabiduría, a la espiritualidad romántica, y su gusto por la lectura se convertirá en un elemento clave para que no sea identificado como un caudillo. Su relación con los poetas románticos no es gratuita, puesto que busca que Bernardo Reyes sea relacionado también con los héroes trágicos del romanticismo. La pasión por las humanidades se convertirá en diferenciador y a la vez símbolo transgresor de las cualidades que esperamos en una persona al mando de un ejército. En lugar del rigor militar, tenemos una persona comprensiva y con un gusto por la poesía; en lugar de la frialdad del hombre de guerra, tenemos una persona sensible; y cuando esperamos encontrar un militar ansioso de poder, nos

⁴ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 30.

⁵ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 32.

presenta un héroe que sólo busca el bienestar del pueblo y la defensa de sus ideales.

El héroe romántico posee ciertas cualidades que lo transforman en un ser excepcional, por lo tanto, representa un modelo a seguir, aunque también, en palabras de Raquel Sánchez, puede identificarse como un problema:

Se considera, por tanto, un alma aristocrática. El héroe romántico expresa un problema existencial que puede plantearse en términos políticos (la lucha contra la opresión), artísticos (la ruptura con el canon), sociales (el rechazo a las convenciones) o puramente personales (inadaptación).⁶

Todo lo descrito por la autora encaja con las virtudes que describe Alfonso Reyes de su padre, de esta manera, se transforma en un detalle simbólico la constante alusión al romanticismo y nos guía en el proceso de lectura para desentrañar la intención del autor. La firma sirve para hacer énfasis en las cualidades morales y la biblioteca para hablar de la importancia del conocimiento y su función espiritual: “mientras la Razón científica (y tecnológica) concibe el conocimiento como poder, la Razón romántica concibe el conocimiento como sabiduría”.⁷ El último elemento de análisis es el romanticismo, que representa el hilo conductor de la obra y al mismo tiempo la forma de vincular la literatura con la política.

En la *Oración del 9 de febrero* Alfonso Reyes realiza una apología de su padre y, para lograrlo, utiliza las cualidades y virtudes del héroe trágico del romanticismo. Sin embargo, se debe señalar que el modelo que tomará como inspiración no es el propio del romanticismo en México, sino del que se desarrolló durante el siglo XIX en Europa. El carácter trágico del héroe se debe en primer lugar a su relación con el pasado,

⁶ Raquel Sánchez, “El héroe romántico y el mártir de la libertad”, en *La Albolafia: Revista de Humanidades y Cultura* 13. (2018): 48.

⁷ Rafael Argullol, *El Héroe y el Único* (Barcelona: Destinolibro, 1990), 336.

pues la historia y la literatura nos muestran el fatal destino de la mayoría de los personajes heroicos; este hecho será retomado y se unirá al carácter humanista y literario antes descrito, de ahí que Reyes se exprese de la siguiente manera:

Todo eso lo hemos hallado seguramente en la idea: en la Idea del héroe, del Guerrero, del Romántico, del Caballero Andante, del Poeta de Caballería. Porque todo en su aspecto y en sus maneras, parecía la encarnación de un dechado.⁸

Su padre es la encarnación de los ideales románticos y de la tradición de los caballeros andantes cuyo destino trágico parece haber heredado.

Por otra parte, el carácter trágico también es consecuencia de las virtudes del héroe romántico, ya que sus formas de ver y enfrentar al mundo representan un conflicto de índole social y cultural, pero también político:

El héroe romántico, como los héroes del pasado, tiene un carácter trágico pues, en la proyección de su subjetividad sobre el mundo, se topa con una realidad que no le entiende, le repudia o se burla de él. La reacción es, por tanto, el rechazo a ese mundo en el que sólo se puede vivir, o al margen de él, o sometándolo.⁹

En Bernardo Reyes hay primero un intento por someter al mundo, cree poder recuperar lo perdido e intenta por todos los medios hacerse de recursos para ir de nuevo a la guerra: "acompañado de media docena de amigos e internándose por las haciendas del norte donde le habían ofrecido hombres y ayuda y sólo encontraba traición y delaciones".¹⁰ Sin embargo, terminará al margen y se entregará porque su forma de pensar representa un peligro para los grupos de poder:

⁸ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 39.

⁹ Sánchez, "El héroe romántico y el mártir de la libertad", 48.

¹⁰ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 34.

"Todos han adivinado que con ese hombre se rinde toda una época del sentir humano. Ofrece su vida otra vez más. ¿Qué mejor cosa puede hacer el romántico con su vida?".¹¹ Este hecho nos muestra las convicciones del héroe, que irá hasta las últimas consecuencias sin doblegarse y, una vez que no encuentra ayuda, tendrá el valor de ser él mismo quien se entregue.

El héroe romántico es consciente de su trágico destino, sabe que en determinado momento llegará y lo acepta sin miramientos, pues se reconoce como un ser único. Esta cualidad será esencial para el romántico, ya que al no identificarse con el mundo, su existencia al margen se convierte en un problema que se soluciona con la muerte:

Todos los caminos románticos conducen a la autodestrucción. Ésta es evidentemente la consecuencia lógica de la espiral heroico-trágica por la que el romántico siente alternativamente, y cada vez en proporciones más desmesuradas, la proximidad y lejanía del Único.¹²

El relato que hace Reyes de los acontecimientos que propiciaron la captura y posterior asesinato de su padre, nos habla acerca de esa autodestrucción que menciona Argullol y también nos conduce a pensar que el texto posee una carga política, que intuimos porque el propio Reyes toma una postura ideológica a lo largo de todo el texto. Al enaltecer la figura de su padre y sus ideales, nos incita a identificarlo con la justicia, por lo tanto, tenemos una imagen negativa del gobierno; vemos cómo los grupos de poder utilizan todos sus recursos, desde los ideológicos hasta los represivos, para silenciar aquellas voces que representan valores contrarios a los del discurso oficial.

¹¹ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 35.

¹² Argullol, *El Héroe y el Único*, 420.

Es importante señalar que el Bernardo Reyes descrito no es real, tampoco se busca hacerlo coincidir con el personaje histórico: lo que leemos es un trabajo artístico muy semejante a lo que ocurre en, por ejemplo, *Apología de Sócrates*, en la que Platón nos presenta un relato novelado de un hecho real. Continuando la analogía, la muerte de Sócrates le sirve a Platón para realizar un texto filosófico, sin embargo, es imposible desligarlo de una postura política, pues el relato lleva implícito un reclamo ante la injusticia del hecho, lo cual enaltece la sabiduría y bondad de Sócrates. En la *Oración del 9 de febrero* ocurre algo semejante, pues las constantes alusiones al desempeño del general como padre, gobernante y persona, nos obligan a considerarlo un ejemplo a seguir y, al mismo tiempo, condenar las decisiones del gobierno en turno.

Las acciones de Bernardo Reyes nos parecen propias de un héroe, de un ser humano que se encuentra por encima de los demás en todos los sentidos, esta cualidad no guarda relación con su importancia como personaje histórico; para Raquel Sánchez

el héroe romántico se siente superior al resto de sus congéneres. No superior por su posición social ni por nacimiento, sino por opción personal, por no doblegarse, por su decisión de afrontar la adversidad.¹³

La tragedia es consecuencia de su enfrentamiento con el mundo, pues lo obliga a defenderse de aquello que le opone resistencia, aunque al final será inevitable su encuentro con el destino trágico, un destino que no merece, pero acepta como tal por ser coherente consigo mismo.

Lo que nos presenta Reyes no es una visión distorsionada de su padre, tampoco es su objetivo mostrarlo como un ser excepcional y perfecto; en este caso la apología es una

¹³ Sánchez, *El héroe romántico y el mártir de la libertad*, 48.

respuesta a lo injusta que fue su muerte. De nuevo es necesario hacer hincapié en el carácter literario de la obra; lo que leemos posee una intención y para ello se utilizan los recursos simbólicos que ya se han mencionado: la firma, la biblioteca y el romanticismo. El retrato que hace de su padre es la respuesta literaria de Reyes al juicio de la posteridad, es una mezcla de los recuerdos gratos que tiene como hijo y la imagen poética que busca que tengamos los lectores futuros:

En este conflicto irresoluble su amor al padre tiene que coexistir con su odio hacia el mundo que rodea al padre, hacia el mundo encarnado por éste. La única alternativa es encerrarse en un refugio interior con su propia imagen del padre, dada la inevitable pérdida real de éste en cualquier momento.¹⁴

Desde la óptica del Alfonso Reyes escritor, en la figura de Bernardo Reyes se verán encarnadas todas las cualidades del héroe romántico, pero también las del romanticismo. Es así que nos encontramos frente a un ser que cree en la libertad, defiende la exaltación del yo y posee valores espirituales; Stanton explica este tipo de héroe de la siguiente forma:

es identificado sucesivamente con la ciudad, la naturaleza, la patria y Dios mismo. Surge así una figura todopoderosa que tiene la misión de acabar con el mal e instaurar el reino de la justicia sobre la tierra. El padre, que era militar y político, aparece aquí como la perfecta encarnación de lo que Justo Sierra llamó "la religión cívica", una especie de iglesia laica en la cual la Patria tiene su propio panteón de héroes, santos, mártires y apóstoles.¹⁵

Cuando el texto se aproxima a la narración de la muerte de Bernardo Reyes, apreciamos una bella construcción por medio

¹⁴ Anthony Stanton, "Poesía y autobiografía en un momento de la obra de Alfonso Reyes (1908-1916)", *Nueva Revista de Filología Hispánica* 61, núm. 2 (2013): 528, <https://doi.org/10.24201/nrfh.v61i2.1105>.

¹⁵ Stanton, "Poesía y autobiografía en un momento de la obra de Alfonso Reyes", 531.

de imágenes poéticas, las cuales sirven para responder la pregunta acerca del título de la obra. La palabra *oración* posee un doble sentido, ya que por una parte se puede entender como unas breves palabras acerca de la muerte de su padre; sin embargo, también es un texto de carácter espiritual, de espiritualidad romántica, el cual debe repetirse una y otra vez con mucha devoción y dolor: "Por las heridas de su cuerpo, parece que empezó a desangrarse para muchos años, toda la patria".¹⁶ La muerte de su padre simboliza la caída de una nación entera, puesto que después de la Decena Trágica se vive en el país un ambiente de inestabilidad. Las traiciones y los problemas políticos servirán para reforzar la idea de Bernardo Reyes como un patriota y un hombre de una integridad moral intachable.

Con su muerte se perdían los ideales románticos de libertad y justicia, Reyes había perdido a su padre y México a uno de sus mejores hijos:

"Cuando la ametralladora acabó de vaciar su entraña, entre el montón de hombres y de caballos, a media plaza y frente a la puerta de Palacio, en una mañana de domingo, el mayor romántico mexicano había muerto".¹⁷

El destino trágico del héroe romántico nunca es en vano, servirá como ejemplo para las futuras generaciones, es por eso que la *Oración del 9 de febrero* debe repetirse religiosamente una y otra vez con el objetivo de recordar las hazañas de Bernardo Reyes, al mismo tiempo que muestra lo injusto que fue nuestro país al acabar con su vida, porque si bien no es culpa de todos, sí fueron las circunstancias políticas y sociales las que propiciaron el fatal desenlace:

sufro porque presiento al considerar la historia de mi padre, una oscura equivocación en la relojería moral de nuestro mundo; me

desespera, ante el hecho consumado que es toda tumba, el pensar que el saldo generoso de una existencia rica y plena no basta a compensar y a llenar el vacío de un solo segundo.¹⁸

Ante lo inevitable de la muerte de su padre, Reyes la explica por medio del destino del héroe trágico y recurre al romanticismo para hablarnos de esta relación entre la espiritualidad, el poder y la posteridad. Uno de los objetivos del texto es mostrar que una de las virtudes de la literatura consiste en lograr que un hecho pasado se convierta en presente; las palabras, como la firma de una persona, sirven para inmortalizar los sucesos históricos y así detener el tiempo: "El suceso viaja por el tiempo, parece alejarse y ser pasado, pero hay algún sitio del ánimo donde sigue siendo presente".¹⁹ Es por medio de la *Oración del 9 de febrero* que Reyes busca inmortalizar lo que le ocurrió a su padre, escribir acerca del suceso quizá tiene una función purificadora, pero también sirve para que nosotros como lectores recordemos lo ocurrido y tengamos en mente las circunstancias históricas que rodearon la muerte de un gran hombre.

El texto posee una fuerte carga política porque se habla de la muerte de un gran militar y gobernante, al parecer, ése era el objetivo de Alfonso Reyes con esta obra. Si se lee la *Oración del 9 de febrero* sin conocer la historia de México, el asesinato nos parece injusto y evidentemente nos invita a recordar todos los errores que ha cometido el gobierno. Por el contrario, si se poseen conocimientos históricos, la lectura es distinta, pues comprendemos que el retrato de Bernardo Reyes lo elabora su propio hijo, un gran escritor. Éste será el juego que nos presente Alfonso Reyes: un texto político, un reclamo a la historia disfrazado de literatura; o un texto literario que esconde una carga política justificada por el dolor.

¹⁶ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 27.

¹⁷ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 39.

¹⁸ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 30.

¹⁹ Reyes, *Oración del 9 de febrero*, tomo XXIV, 28.

Bibliografía

- Argullol, Rafael. *El Héroe y el Único*. Barcelona: Destino, 1990.
- Reyes, Alfonso. *Oración del 9 de febrero*. Tomo xxiv, *Obras completas de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1990.
- Sánchez, Raquel. "El héroe romántico y el mártir de la libertad". *La Albolafia: Revista de Humanidades y Cultura* 13 (2018): 45-66.
- Stanton, Anthony. "Poesía y autobiografía en un momento de la obra de Alfonso Reyes". *Nueva Revista de Filología Hispánica* 61, núm. 2 (2013): 521-556. <https://doi.org/10.24201/nrfh.v61i2.1105>.
- Zavala, Juan Roberto. *La historia en Alfonso Reyes*. Monterrey: Universidad Autónoma de Nuevo León, 1978.

En el afán de poseerte tanto¹

Javier Garciadiego

En recuerdo y homenaje de
Minerva Margarita Villarreal:
poeta, alfoncina y amiga

En mí te llevo, en mí te salvo

Tierno, filial y comprometido, pletórico de confianza, así es el primer verso del último terceto del soneto "† 9 de febrero de 1913", escrito por Alfonso Reyes el 24 de diciembre de 1932, cuando estaba de embajador en Brasil.² Dos años antes, todavía en Buenos Aires como embajador en Argentina, Reyes había iniciado la escritura de un texto que tituló "Oración del 9 de febrero".³ Cinco años antes había escrito

¹ El nombre de este ensayo, y de las partes que lo forman, proceden del poema de Reyes "† 9 de febrero de 1913", publicado en *La vega y el soto* (México: Editora Central, s. a., 1946), 123.

² Para muchos, este poema es la contraparte, en verso, de la *Oración del 9 de febrero*: mismo tema, misma perspectiva, mismos sentimientos, pero diferente género.

³ Reyes mantuvo este texto inédito, sin deseos de publicarlo en vida, pues ni siquiera dispuso que se mecanografiara. Tres o cuatro años después de muerto, su viuda —Manuela Mora— se lo entregó a Gastón García Cantú, quien lo editó y prologó, publicándolo en Ediciones Era en 1963. En 1990 fue integrado por José Luis Martínez al tomo xxiv de sus *Obras completas*. También ha aparecido en varias antologías de Reyes.

sus primeras reflexiones sobre la muerte de su padre, aunque desgraciadamente se perdieron los primeros 18 folios de un texto que sobrepasaba los cien.⁴ No hay duda: Alfonso Reyes escribió estos textos filiales, y muchos otros, tanto en prosa como en verso, pues a lo largo de su vida se dedicó a reconstruir literariamente la figura de su padre. Si para el común de los mexicanos Bernardo Reyes fue un general porfirista que ambicionó la Presidencia y que murió en el cuartelazo contra Madero, para Alfonso Reyes su padre fue un gran “soldado y gobernante”, sin duda el más grande de sus tiempos. Como tal quiso reivindicarlo: lo llevaba dentro de él, y con sus letras él lo redimiría de la condena y la incomprensión.⁵

En rigor, Reyes tuvo presente a su padre desde sus primeros hasta sus últimos escritos. En efecto, en un cuaderno escolar donde comenzó a registrar sus primeros poemas aparece uno dedicado por Reyes adolescente de 15 años: “A mi Padre —en mayúscula, como lo escribía por lo general— en su natalicio”. En este tempranísimo soneto lo trata ya como un “coloso” de “alma fuerte”,⁶ lo que confirma que el enaltecimiento de su padre comenzó mucho antes de su muerte. Su fidelidad literaria se prolongó toda su vida de escritor; o sea, más de cincuenta años: en su primer libro de recuerdos, *Parentalia*, fechado dos años antes de morir, le dedica la mayor parte del mismo —“Enseña de Occidente”—. Reyes es

⁴ El título que Reyes pensó ponerle era *Mi óbolo a Caronte*, y con éste fue espléndidamente editado por Fernando Curiel, reconocido reyista. Es claro que no fue escrito con objetivos literarios sino intentando justificar a ambos, a su padre y a él mismo, ante las autoridades del México posrevolucionario. Fue publicado en 2007 por el INEHRM.

⁵ Otro estudio imprescindible sobre el carácter reivindicativo y taumatúrgico de estos textos es el de Rogelio Arenas Montreal, *Alfonso Reyes y los hados de febrero* (México: Universidad Autónoma de Baja California, UNAM, 2004).

⁶ Alfonso Reyes, *Cuadernos*, 8 vols. (México: El Colegio Nacional, 2013). El soneto se titula “Bólido”, en tomo 0, 111 y 112.

muy claro al respecto: su evocación procede de los recuerdos que le contó su propio padre, por lo general después de su siesta, y se concentran en los “lances de su juventud militar”.⁷ Es más, poco antes de morir concluyó su “segundo libro de recuerdos”, titulado *Crónica de Monterrey. Albores*, que ya no pudo ver impreso. Sus temas: Monterrey a principios de siglo, su infancia, sus tres casas —la Bolívar, la Degollado y el Mirador—, la familia, algunos vecinos, los empleados y, claro está, su omnipresente padre, “primer director de mi conciencia”. La exaltación del general no tiene parangón: “mezcla de Zeus olímpico y del caballero romántico”.⁸

Obviamente, Reyes escribió otras páginas en las que la presencia del padre es avasalladora. En su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, en 1940, dedicado a la batalla de Maratón, Reyes aseguró que su padre se la narraba y explicaba, con croquis incluido, siendo él un niño. Poco faltó para decir que de su padre sacó el amor por los griegos.⁹ Sobre todo, en 1940 escribió el largo poema “Villa de la Unión”¹⁰, sobre la que sin duda fue la batalla más significativa en la biografía militar del padre. Por último, al traducir la *Iliada*, de Homero, al mediar el siglo, pensaba en su padre y lo asociaba con Aquiles, por su “cólera y audacias”.¹¹

⁷ Alfonso Reyes, *Parentalia*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1990), tomo XXIV, 399-480.

⁸ Alfonso Reyes, *Crónica de Monterrey I. Albores*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1990), tomo XXIV, 544.

⁹ Pero sí dijo que “a la sugestión” de aquel dibujo o esquema sobre la batalla de Maratón “fueron creciendo mis lecturas, mis notas”.

¹⁰ Primero apareció en una edición de tiraje mínimo —50 ejemplares— en la Editorial Fábula; seis años después la publicó en *La vega y el soto*, páginas 217-225.

¹¹ El poema “De mi padre” formó parte de su *Homero en Cuernavaca*. Además de Aquiles, menciona a Alejandro, a Julio César y al Mío Cid. Lamentablemente, de ninguno de éstos heredó su “prudencia”.

Lo primero que llama la atención es que Reyes escribiera muy tardíamente sus páginas memoriales, y que los dos textos en prosa sobre la muerte de su padre permanecieran inéditos; él, que desde muy joven aborrecía “enterrar manuscritos en sus cajones”. Llama igualmente la atención que ninguno de los dos mereció ser mencionado en su *Diario*,¹² cuando Reyes lo usó siempre como bitácora de trabajo. ¿Por qué, contra su costumbre, decidió no publicarlos? Es más, ni siquiera los transcribió en su máquina de escribir; los dejó manuscritos. ¿Por qué tanta discreción sobre ellos, al grado de no consignar en el *Diario* su proceso de elaboración? ¿Por qué tan inusual mutismo?

La respuesta al enigma se encuentra en otro miembro de su familia, su hermano Rodolfo, 11 años mayor, agresivo y soberbio. Obsesionado por la política desde joven, además de hijo fue seguidor y lugarteniente del general. Colaborador de su padre en sus fallidas aventuras políticas, fue el único de los hijos que conoció con precisión sus últimas actividades y ambiciones.¹³ Por lo mismo, estaba convencido de que era el único que podía escribir sobre su padre: sería su biógrafo, y sería el cronista de su movimiento. Así, en 1929 publicó en España, donde estaba exiliado desde el triunfo de los revolucionarios en México, unas *Memorias* dominadas por dos personajes: su padre —el general— y él, juntos, sólo ellos, sin mención alguna a los otros miembros de la familia.¹⁴

Me pregunto por los motivos que tuvo Rodolfo para escribir esas memorias políticas, de su padre y de él. Ciertamente hubo por entonces todo un género historiográfico que

buscaba o desprestigiar a la Revolución o exculpar al autor en turno de algún pasado cuestionable, en particular haber colaborado con el gobierno del usurpador Huerta.¹⁵ Sin embargo, con seguridad Rodolfo Reyes leyó el poema largo —o drama poético— que acababa de publicar su hermano Alfonso en España: *Ifigenia cruel*.¹⁶ Aunque es poco probable que fuera ducho en la mitología griega, obsesivo, desconfiado y envidioso como era, seguramente se puso a indagar quién había sido Ifigenia: joven virgen hija de Agamenón, jefe de los ejércitos griegos que atacarían Troya, varados en Áulide por la falta de vientos adecuados. El diagnóstico del adivino Calcas fue peor que cruel: tenía que sacrificar a su hija Ifigenia para que la diosa Artemisa enviara vientos favorables. Presionado por sus lugartenientes y soldados, que ambicionaban el soñado botín, Agamenón se dispuso a sacrificar a su hija. Momentos antes de la ejecución, la diosa la levantó de la mesa sacrificial y la sustituyó por una cierva. En lugar del Hades, su destino sería ser una vigilante sacerdotisa del templo de Artemisa, en Táuride. Su doble compromiso era mantenerse virgen y dar muerte a todo viajero que pasara por esos lares. Mientras tanto, Agamenón regresó triunfante a su palacio en Micenas, pero fue asesinado por su esposa Clitemnestra —con ayuda de su amante—, pues sólo sabía que había victimado a su hija. Poco después, Orestes, el hijo, asesinó a su madre para vengar a su padre. Luego, para expiar su horrendo crimen, fue en peregrinación al templo de Artemisa. A punto de ser muerto por su hermana, se reconocieron. Orestes invitó a Ifigenia a regresar a Grecia y reinar juntos en ausencia de sus padres. Ifigenia prefirió quedarse

¹² Alfonso Reyes llevó meticulosamente un *Diario*, a partir de 1924, que en ocasiones parece una agenda comentada de actividades públicas y de trabajo autoral.

¹³ De una relación extra —o pre— marital tuvo un hijo, León, que también fue militar.

¹⁴ Rodolfo Reyes, *De mi vida. Memorias políticas*, 2 vols. (Madrid: Biblioteca Nueva, 1929-1930).

¹⁵ Como ejemplos pueden revisarse las obras escritas por Manuel Calero, Toribio Esquivel Obregón, Federico Gamboa, Nemesio García Naranjo y Jorge Vera Estañol, entre otros.

¹⁶ *Ifigenia cruel* apareció en 1924 publicada en Madrid por la Biblioteca Calleja.

en Táuride para no compartir el sino familiar.¹⁷ No es que Bernardo Reyes hubiera asesinado a hija alguna, y luego fuera asesinado por su esposa, y ésta por su hijo. Lo que entendió Rodolfo Reyes fue que su hermano había escrito sobre una familia trágica y sangrienta, y que el casi sacrificado prefería permanecer lejos de casa antes que volver al seno de una familia como la suya. No hay duda de que en *Ifigenia cruel* estaban presentes la familia Reyes y el general, patriarca sin igual; también estaba presente quien le diera muerte. Pero era una presencia alegórica, poética. Alfonso Reyes luego buscaría un acercamiento más humano al tema, más íntimo.

Dolido por los libros de su hermano, Alfonso Reyes escribió la *Oración del 9 de febrero*. No era una refutación: ni siquiera menciona a Rodolfo. No le interesaba rehacer la historia política reciente del país; tampoco pretendía convencer a los hipotéticos lectores de que Porfirio Díaz se había equivocado en su elección sucesoria y de que su padre hubiera logrado que los mexicanos progresaran por una senda de paz, justicia y felicidad. Lo que Reyes quería era escribir un texto muy personal sobre su padre, recuperando su figura y sus motivaciones mayores. Claro está que había un deslinde tácito con su hermano. Mientras éste buscaba sobre todo exculparse, argumentando que su padre había sido asesinado por el deleznable grupo gobernante, Alfonso vio la muerte de su padre como una inescrutable fatalidad. Más que culpar al gobierno de Madero, Alfonso Reyes se lamentaría del ofuscamiento tardío de su padre. Cuando Alfonso recibió y leyó el libro de su hermano, en marzo de 1929,¹⁸ se dio cuenta que Rodolfo comenzaba su “catarsis”: “harále bien”, escribió

¹⁷ Carlos García Gual, “Ifigenia dice no”, en Alfonso Reyes, *Ifigenia cruel. Una lectura crítica* (Monterrey: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Autónoma de Nuevo León, 2017).

¹⁸ Alfonso Reyes, “16 abril 1929”, en *Diario (1927-1930)*, ed. Adolfo Castañón (México: Fondo de Cultura Económica, 2010), tomo II, 122.

Alfonso, pero los propósitos de éste eran otros: escribir la “silueta humana” del padre, no analizar su historia política. Serían acercamientos más distintos que paralelos. Sin embargo, en el soneto escrito dos años después en Río de Janeiro claramente culpa de la tragedia a su hermano, quien debió intentar apaciguar a su padre en lugar de azuzarlo para que se rebelara y tomara el poder, lo que redundaría en su propio beneficio político. Por eso identificó a su hermano con el mayor asesino familiar de la historia: “Febrero de Caín y de metralla”. Sí, Caín, nombre que no requería ni de adjetivos ni de explicaciones.¹⁹

La *Oración del 9 de febrero* es casi única en el corpus de la literatura mundial, en la que casi unánimemente se elogia a la madre y pocas veces al padre.²⁰ Aunque acostumbrado a no convivir mucho con él, y consciente desde niño de que podía morir violentamente en cualquier momento, por su doble oficio de gobernante y soldado, su muerte le resultó especialmente dolorosa porque sobrevino “en medio de circunstancias singularmente patéticas y sangrientas que sólo interesaban a la familia”. El país había perdido a un hombre público polémico, pero Reyes perdió a un padre “vivificante”. La “inmensa herida” seguía viva al momento de escribir la *Oración*, pero también su recuerdo, que desde entonces se había hospedado “a sus anchas” en la mente de Alfonso (“en mí te llevo...”). Absorber el dolor, procesarlo, le tomó varios años, y lo acompañó “por viajes y climas extranjeros”. Más parecido a Ifigenia que a Orestes, decidió no dar cabida en su corazón a ningún “impulso de rencor”, por legítimo que

¹⁹ Si Adán y Eva introdujeron la desobediencia, Caín introdujo el asesinato; peor aún, el fratricidio. Su castigo fue la errancia, en dirección “al este del Edén”. Caín quedó asociado para siempre a la envidia, la maldad y la ira.

²⁰ Algunos de los pocos casos serían Marco Aurelio, Jorge Manrique y Montaigne; en México, además de Reyes, tenemos a Jaime Sabines.

fuera o pareciera, para buscar la libertad antes que “la baja vendetta”. Prefirió la autoamputación que el deseo de venganza, porque éste habría “esclavizado” su vida “al rencor”.²¹

Casi al término de la *Oración* Alfonso Reyes reconoce que ese día, que ese instante, fue el parteaguas de su vida:

Aquí morí yo y volví a nacer, y el que quiera saber quién soy que lo pregunte a los hados de Febrero. Todo lo que salga de mí, en bien o en mal, será imputable a ese amargo día.²²

En otra ocasión lo dijo de manera distinta, pero el sentimiento era el mismo, aunque otra vez acude a la mitología griega: “Cuando vi caer a aquel Atlas, creí que se derrumbaría el mundo. Hay, desde entonces, una ruina en mi corazón”.²³ Sin embargo, escribir la *Oración* fue curativo; es un texto tautomárgico.²⁴

Febrero de Caín

La relación entre los dos hermanos Reyes siempre fue mala.²⁵ Alfonso, día por día, le reclamó su soberbia y prepotencia. Sobre todo, Alfonso lo acusó de haber azuzado a su padre para que se rebelara, en dos ocasiones, contra el

²¹ Carta de Alfonso Reyes a Martín Luis Guzmán, 17 mayo 1930. Nótese que redactó esta carta al mismo tiempo que escribía la *Oración*. Véase: Martín Luis Guzmán/Alfonso Reyes. *Medias palabras. Correspondencia 1913-1959*, ed. Fernando Curiel (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1991).

²² Alfonso Reyes, *Oración del 9 de febrero*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1990), tomo XXIV, 39.

²³ Alfonso Reyes, *Diario (1911-1927)*, ed. Alfonso Rangel Guerra (México: Fondo de Cultura Económica, 2010), tomo I, 3-8.

²⁴ Fernando Curiel, “Noticia”, en Alfonso Reyes, *Mi óbolo a Caronte. Evocación de Bernardo Reyes* (México: Instituto de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2007), 147.

²⁵ Véase mi ensayo *Política y Literatura. Las vidas paralelas de los jóvenes Rodolfo y Alfonso Reyes* (México: Centro de Estudios de Historia de México Conдумex, 1990).

presidente Madero, pues su obligación moral como hijo cercano era intentar apaciguarlo; a lo que Rodolfo respondió que nadie tenía tal tipo de influencia en su padre, que se rebeló contra Madero plenamente consciente de los riesgos que enfrentaría. Es más, Rodolfo llegó a decir que en ambas rebeliones su padre “buscaba la muerte, no queriendo sobrevivir a lo que consideró un fracaso”. En forma directa, acusó al pequeño Alfonso —11 años menor— de haber “mancillado” el nombre de la familia²⁶ por haber colaborado con el gobierno posrevolucionario, heredero del que mató a su padre y del que lo tenía como exiliado.

El reclamo de Alfonso era contra ambos, contra su padre y su hermano, pero dado que el primero ya había muerto, solo el segundo podía darse por aludido cuando Alfonso decía que su destino, contra el que decidió rebelarse, era pagar “culpas ajenas”. La primera responsabilidad que le adjudicó fue la muerte del padre. Después, por su trágica orfandad y en tanto que Rodolfo era parte sustantiva del gobierno del usurpador y dictador Victoriano Huerta, Alfonso tuvo que renunciar a la Secretaría de su amada Escuela de Altos Estudios²⁷ y luego aceptar un puesto menor en la Legación en París con tal de alejarse de México. A los pocos meses, el rompimiento de Rodolfo con Huerta dio lugar a que Alfonso padeciera groserías y desaires en la Legación en Francia. Lo empezaban a perseguir “las culpas ajenas”. Sin embargo, el propio Alfonso luego reconocería que aceptó el puesto en París en “un momento de debilidad”.²⁸ O sea, no todo eran “culpas ajenas”.

Durante los siguientes años la mala relación entre los hermanos se evidenció en varios asuntos y momentos. Cesado

²⁶ Rodolfo Reyes, *De mi vida* (Madrid: Biblioteca Nueva, 1929), tomo I, 240 y 241.

²⁷ Reyes, *Mi óbolo a Caronte. Evocación de Bernardo Reyes*, 175.

²⁸ En forma dramática y contundente dijo Reyes que aceptó ir a París “por asco del sesgo que en México tomaban las cosas”. Véase en: Reyes, *Mi óbolo a Caronte. Evocación de Bernardo Reyes*, 178 y 179.

de su empleo diplomático por el triunfo revolucionario en México, y con Francia amenazada por el inicio de la Primera Guerra Mundial, todo en el fatídico agosto de 1914, Alfonso Reyes, su esposa Manuela y su hijo Alfonsito tuvieron que huir rumbo a España. Allí se encontraba Rodolfo en San Sebastián, pues había tenido que huir de México repudiado por todos, por los huertistas y por los revolucionarios. Les dio posada a los peregrinos por unas semanas, pero Alfonso Reyes y los suyos se radicaron en Madrid, donde permanecerían diez años. Rodolfo se dedicaría a asesorar a inversionistas y comerciantes ultramarinos, así como a dar muy aplaudidos discursos con el sempiterno tema del hispanoamericanismo oficial. Alfonso dividiría su etapa madrileña en dos épocas: los primeros cinco años fue un escritor profesional, de todos los géneros y todas las horas. Los últimos cuatro vivió reincorporado al aparato diplomático mexicano.²⁹

En rigor, hubo un breve interludio, pues a finales de 1919 aceptó formar parte de la comisión encargada de buscar documentos útiles para la historia de México en los archivos españoles.³⁰ El problema fue que era una comisión auspiciada y financiada por el Gobierno, que era heredero del que había dado muerte a su padre y que era el mismo que mantenía a su hermano en el exilio y que a él lo había cesado. Para Reyes, sin embargo, era como un desagravio. Obviamente, Rodolfo lo vio como una traición a la familia, aunque lo cierto es que Reyes nunca había simpatizado con las ambiciones presidenciales, y menos con el huertismo inicial de su hermano. Si hasta entonces habían llevado vidas distantes en España, a partir de ahora las tendrían confrontadas, sobre todo desde que a mediados de 1920 Alfonso aceptó reintegrarse al

²⁹ Véase mi ensayo "Alfonso Reyes y España: exilio, diplomacia y literatura", en *Autores, editoriales, instituciones y libros. Estudios de historia intelectual* (México: El Colegio de México, 2015), 205-228.

³⁰ Esta Comisión la había creado don Francisco del Paso y Troncoso durante el Porfiriato. Fue revitalizada luego por Luis G. Urbina y Francisco de Icaza.

aparato diplomático mexicano. Rodolfo no lo pudo tolerar y el rompimiento se ahondó y se hizo definitivo. No era lo mismo ser empleado del Gobierno, hasta justificable por razones de sobrevivencia económica, que ser su representante oficial. Sin embargo, aunque Reyes repudiaba la violencia, es un hecho que coincidía con varios de los puntos justicieros y democratizadores del régimen revolucionario mexicano.

Alfonso Reyes permanecería en el servicio diplomático por casi veinte años más. El distanciamiento con su hermano fue físico, político y moral. Años después, estando de embajador en Argentina, estalló la Guerra Civil española. Alfonso Reyes defendió puntualmente la postura del gobierno de Lázaro Cárdenas, pero además le agregó una gran dosis de motivación personal, pues prácticamente todos sus amigos madrileños —comenzando por Manuel Azaña— simpatizaban o incluso colaboraban con el bando republicano.³¹ Rodolfo, en cambio, simpatizó con el franquismo.³² Además de ser un hermano muy incómodo, era la némesis de Alfonso.

Sin duda, lo más triste para Rodolfo no fue la postura de su hermano Alfonso, sino la decisión tomada por su primogénito, para colmo llamado Bernardo, como el general. Sucedió que el joven Bernardo quiso recuperar su naturaleza de mexicano, y hasta se enroló en el servicio diplomático, con ciertos apoyos de su tío Alfonso. Terrible tragedia para Rodolfo: para su primogénito pasó a ser más importante y provechoso ser sobrino de Alfonso Reyes que hijo de quien era. Sin haberse visto desde que éste dejó España, a finales de los años cuarenta, Rodolfo visitó México por un asunto testamentario. Más que una plática, tuvieron un encuentro con dos monólogos. El diagnóstico de Alfonso fue tremendo,

³¹ Véase la rica antología documental y el detallado prólogo de Alberto Enríquez Perea, en *Alfonso Reyes: el llanto por España en Buenos Aires, 1936-1937* (México: El Colegio de México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1998).

³² Rodolfo Reyes incluso publicó en 1948 en la católica y anticardenista editorial Jus, un tercer tomo de sus memorias titulado *La bi-revolución española*.

pues encontró a su hermano “ególatra, con mitomanía y sordera psicológica”.³³

Siete años después murió Rodolfo en Madrid. Propio de su carácter, Alfonso fue generoso, pero se permitió cierta severidad poética. En su *Diario* lo llamó “mi pobre hermano” y lo definió como un “desperdicio de una naturaleza admirablemente dotada que echaron a perder errores de vanidad y funestas circunstancias históricas”.³⁴ En un poema que escribió inmediatamente —“Octava en su muerte”— reconoció su inteligencia y tesón, pero lo imaginó ya luchando con la sombra:

y yo que te observé día por día
sé que la suerte retiró la mano
y hurtó el tesoro que te prometía.
Te lo dije al oído, pero en vano:
te cegaba tu propia bazaría.³⁵

Como fuera, la muerte de Rodolfo dio lugar a que Alfonso comenzara a escribir sobre la historia de la familia, incluyendo obviamente al padre. Su objetivo no fue corregir al hermano fallecido. Le interesaba recordar asuntos de la ciudad, de la casa y de la familia; así, a los pocos meses de muerto Rodolfo terminó *Parentalia* y dos o tres años después se puso a escribir la *Crónica de Monterrey*.³⁶ Sin embargo, sus dife-

rencias con Rodolfo no radicaban en los ancestros o en los sitios y espacios familiares: se debían a la trágica muerte del padre, y al papel que pudo tener en ésta su hermano. Otra interpretación, sin duda muy plausible y basada en un claro conocimiento del pensamiento de Reyes, es la que propone el notable reyista Adolfo Castañón: que Reyes dejó inéditos estos textos no para evitar una desagradable polémica con Rodolfo sino por el “pudor” y el “recato” que siempre lo caracterizaron, pues Alfonso Reyes nunca hubiera estado dispuesto “a hacer rentable su propio duelo”.³⁷

Los estribos y riendas olvidabas

Hay un registro testimonial que asegura que Bernardo Reyes se lanzó a tomar el Palacio Nacional sin tener bien puestos los arreos de su montura. Para su desgracia, el movimiento que encabezó contra Madero aquel 9 de febrero de 1913, domingo, por cierto, además de precipitado fue inoportuno y anacrónico. Remontémonos a los inicios del siglo xx: Bernardo Reyes había hecho una gran labor como gobernador de Nuevo León y Porfirio Díaz decidió que tuviera proyección nacional y no sólo regional. Para ello lo invitó a formar parte de su gabinete como secretario de Guerra y Marina.³⁸ El plan fue contraproducente, pues pronto comenzaron sus conflictos con el poderoso grupo de los científicos.

Cuando Díaz decidió preparar la estrategia sucesoria, optó por crear la Vicepresidencia y entregársela a uno de los científicos, al sonorenses Ramón Corral. Reyes quedó muy dolido, pero no habría de desatender la decisión de su jefe. Sin embargo, a principios de 1908 don Porfirio declaró a un periodista

³³ Alfonso Reyes, “2 diciembre 1947”, en *Diario (1945-1951)* ed. Víctor Díaz Arciniega (México: Fondo de Cultura Económica, 2010), tomo vi, 193.

³⁴ Alfonso Reyes, “4 junio 1954”, en *Diario (1951-1959)* eds. Fernando Curiel Defossé, Belem Clark de Lara y Luz América Viveros Anaya (México: Fondo de Cultura Económica, 2010), tomo vii, 244. En rigor, fue mucho más duro de lo normal, pues dijo que el destierro de su hermano había sido “inútil”, “anodino” y hasta “lastimero”. No era necesario pedir que se comparara con el suyo.

³⁵ Alfonso Reyes, *Repaso poético*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1959), tomo x, 238.

³⁶ Reyes, “4 junio 1954”, en *Diario (1951-1959)*, tomo vii, 635 y 669.

³⁷ Adolfo Castañón, “Una suerte de dinastía que cae: la Oración del 9 de febrero de Alfonso Reyes”, incluido en este volumen.

³⁸ Véase el ensayo de Fernando Curiel, “Mi general”, primer capítulo de “Los tres Reyes”, texto introductorio a Reyes, *Mi óbolo a Caronte. Evocación de Bernardo Reyes*, 21-54.

extranjero que se retiraría en 1910 y que alentaría y cuidaría que en ese año hubiera unas elecciones presidenciales sanas y competidas.³⁹ Considerando varios problemas recientes, como los conflictos obreros de Cananea y Río Blanco y la crisis económica de 1907, Reyes y sus seguidores creyeron que era una manera muy elegante de Díaz para, arrepentido de su decisión de 1904, poner a competir al general Reyes con los científicos. Inmediatamente cundió un amplio movimiento nacional en su favor: se organizaron muchos clubs y se planteó la construcción de un partido como lo recomendaba Díaz; se publicaron libros y periódicos; se agruparon muchas voluntades. En la *Oración* Alfonso Reyes se muestra convencido⁴⁰ de que en ausencia de don Porfirio su padre era “una de las voluntades capaces [...] de conjurar los destinos” de la patria.

El problema fue que Díaz decidió desmentir sus ofrecimientos, buscando otra vez la Presidencia, con el mismo científico —Ramón Corral— como segundo de a bordo. El enojo de los reyesistas fue monumental, y pasaron de la movilización optimista a la clara oposición. Bernardo Reyes, en cambio, titubeó: primero dudó en acaudillar un movimiento antiporfirista, aunque fuera pacífico, electoral, y luego terminó por plegarse a la estrategia de don Porfirio. Reyes saldría en una comisión militar a Europa en un tiempo perentorio. Una mitad de los reyesistas se desilusionó; la otra mitad se indignó. Como era previsible, Rodolfo fue de los más activos y radicales, al grado de haberle presentado a su padre “un plan completo para que lanzara su candidatura presidencial y llevara las cosas al último extremo.”⁴¹ Como

³⁹ Me refiero, obviamente, a la entrevista concedida a James Creelman. Véase mi ensayo *La entrevista Díaz-Creelman* (México: Academia Mexicana de la Historia, Secretaría de Educación Pública, 2019).

⁴⁰ Para que no fuera simplemente un elogio filial, Reyes alegó que lo reconocían sus seguidores y hasta sus adversarios.

⁴¹ Rodolfo Reyes, *De mi vida*, tomo 1, 92.

era también previsible, Alfonso Reyes prefirió que su padre aceptara las dos decisiones de Díaz y se fuera comisionado a Europa: reconoce que había pueblos enteros y buena parte del ejército “aguardando para obedecerlo”; sin embargo, con una metáfora geométrica entendió que “no cabían dos centros en un círculo”. Conocedor de la historia y de la política, entendió, como no lo hizo su hermano, que era grave “poner al país en el trance de recomenzar su historia”. Ahora con una metáfora marinera, pensando seguramente en el viaje que emprendió su padre, Alfonso entendió que “era mejor cortar amarras”. Más aún, Alfonso quería que su padre entendiera que más que una comisión implicaba el retiro, el final de su carrera política.

El general Reyes regresó a México poco después de que Díaz renunciara a la Presidencia, vencido por el maderismo. Aquí empezaron las grandes diferencias familiares: el general —y también Rodolfo— creía que ido don Porfirio sólo él podía resolver los problemas y retos del país. Alfonso, en cambio, estaba convencido de que los tiempos públicos de su padre habían terminado, y de que en el fondo había regresado “sin saber él mismo a qué venía”. Para su pesar, sus recomendaciones fueron rechazadas “de tajo”: deseaba que su padre reconociera la nueva situación, o sea a Madero, y que abandonara la política. La respuesta fue muy severa, y luego tendría dramáticas consecuencias: su padre le recomendó “abstenerse de forjar teorías políticas infantiles y de meterse en lo que no entendía”, pues sólo era un “soñador”, un “poeta”.⁴² Para Alfonso Reyes comenzaban sus “días aciagos”; el peligro era inevitable: pronto tendría que “pagar errores” cometidos por otros, las terribles “culpas ajenas”.⁴³

⁴² Reyes, *Mi óbolo a Caronte. Evocación de Bernardo Reyes*, 158-161.

⁴³ Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña, 6 mayo 1911, en *Correspondencia 1907-1914*, ed. José Luis Martínez (México: Fondo de Cultura Económica, 1986).

Incapaz de entender que su popularidad se había desplomado cuando en 1909 decidió no encabezar la oposición; incapaz también de aceptar que Madero era el hombre del momento, quiso competir electoralmente contra él en septiembre de 1911. Pronto descubrió que la mayoría de sus seguidores se habían pasado al maderismo. Decidió entonces cambiar de estrategia: se dirigió al sureste de Estados Unidos, para desde allí organizar una rebelión para cuando Madero asumiera la Presidencia. No hay duda: el general Reyes había perdido su lucidez política; se había convertido en un viejo —tendría poco más de 60 años— obtuso. Si sus antiguos seguidores no lo apoyaron en sus aspiraciones electorales, menos lo harían en una lucha armada llena de incertidumbre.

Reyes penetró al país el 13 de diciembre por la frontera noreste, que tan bien conocía. Ya no estaba en edad para luchar; su última campaña militar había sido hacia más de veinte años. Solo, sin acompañante alguno, el 25 de diciembre, menos de dos semanas después de iniciada la aventura, “abandonado y desengañado” se entregó ante el encargado del resguardo de la plaza de Linares.⁴⁴ El tamaño de su derrumbe lo ilustra una anécdota cabalmente significativa: el hombre al que se entregó había sido su caballerango. El desplome era total. Desde entonces, para Alfonso Reyes no hubo una Navidad feliz; para la familia se convirtió en una fecha triste. La *Oración del 9 de febrero* comenzó con una plegaria navideña.

Humean los cadáveres en pila

El cuartelazo de febrero de 1913, también conocido como la Decena Trágica, es parte de la conciencia histórica de los mexicanos. Es uno de sus muchos elementos vergonzantes.

⁴⁴ Reyes, *Mi óbolo a Caronte. Evocación de Bernardo Reyes*, 165-167. Rodolfo asegura que era contrario a la rebelión, pero que al ver a su padre tan resuelto, “creí debido acompañarlo”. Véase: Rodolfo Reyes, *De mi vida*, tomo 1, 175.

Para comprender el hecho debemos conocer el proceso. Bernardo Reyes pudo ser fusilado, pero el gobierno de Madero prefirió tenerlo encarcelado en la prisión militar de Santiago Tlatelolco. Su vida parecía ya no pertenecerle: le quedaba de ella sólo lo que “de piedad le habían dejado.”⁴⁵ Según su hijo Alfonso, el año —1912— que pasó en aquella prisión fue el peor de toda su existencia. Él, que había dedicado buena parte de su vida a mejorar al ejército mexicano, tuvo que ser testigo de “vergüenzas abyectas”; aquello fue una “tortura diabólica”. Como lo dijo Reyes a su amigo Martín Luis Guzmán, aquel año en la prisión le deformó a su padre el alma.⁴⁶

A finales de ese fatídico año llegó otro preso notorio: Félix Díaz. También se había rebelado contra Madero y también había fracasado. Aunque las relaciones entre ambos distaban de ser buenas, Rodolfo Reyes y los emisarios de Félix Díaz comenzaron a planear una rebelión conjunta contra Madero. Por circunstancias imprevistas, el alzamiento tuvo que ser adelantado para el 9 de febrero. El pronóstico del resultado, y Reyes lo intuía, era negativo. Sin embargo, a pesar de la situación de “postración” en que se encontraba el general Reyes, era imposible evitar que él se considerara como el hombre destinado a resolver los problemas de la patria, “la última esperanza” del país. El hijo poeta fue testigo de ello:

“No quiso colgar el escudo... ¿Dónde se vio al emérito⁴⁷ volver a mezclarse entre las legiones?”. Su visión de la realidad estaba ya “perturbada”. Otra vez volvió a ofrendar su destino: “¿Qué mejor cosa puede hacer el romántico con su vida?”. Su muerte era ineluctable, igual que la de muchos ajenos a sus ambiciones. Era domingo: muchos feligreses entraban o

⁴⁵ Reyes, *Mi óbolo a Caronte. Evocación de Bernardo Reyes*, 169.

⁴⁶ Carta de Alfonso Reyes a Martín Luis Guzmán, 17 mayo 1930.

⁴⁷ “Emérito” en la Roma antigua era un militar de alto rango que por su edad había cumplido su tiempo de servicio y disfrutaba de un descanso indefinido.

salían de misa en la Catedral cuando el general Reyes exigió que se le entregara el Palacio. Alfonso Reyes se lamenta diciendo que como toda respuesta lo abatió una “ametralladora irresponsable”.⁴⁸

Para mí, el irresponsable era el propio general, y su hijo Rodolfo que estaba a su lado. Fueron muchos los muertos ese día y a lo largo de *la decena*. Se perdió la capacidad de sepultarlos y se tuvo que incinerarlos en la calle. Hubo muertos *golpistas* y también inocentes. En efecto, “humeaban los cadáveres en pila”...

Alfonso Reyes subrayó que su padre murió “frente a la puerta de Palacio”. Sin duda hubiera preferido morir adentro, sentado en la silla presidencial, la silla que creyó que debió ser suya. El reclamo fue permanente: ¿Cómo una “existencia rica y plena” se disolvió en “el vacío de un solo segundo”, en el “desvío del último instante”? Esta pregunta se la formuló Alfonso Reyes toda la vida. Pocos años antes de morir creía que las causas últimas del derrumbe de su padre habían sido “las cóleras y las envidias olímpicas”.⁴⁹

Desde entonces mi noche tiene voces

Así dice el verso inicial del primer terceto del soneto “† 9 de febrero de 1913”, escrito la noche de Navidad de 1932, dominada como todos los años por el recuerdo paterno. Aquí Alfonso Reyes pretende engañarnos. Lo cierto es que desde muy pequeño sufría insomnios y tenía pesadillas, algunas causadas por la abominable nana Carmen.⁵⁰ Sin embargo, aquí se refiere a los insomnios y las pesadillas provocados por la muerte del padre: ¿Se las provocaba recordar su deterioro, su tardía pérdida de diagnóstico histórico-político? ¿Las

⁴⁸ Así se lo dijo a Martín Luis Guzmán, también hijo de militar, quien bien sabía que las irresponsables no son las armas.

⁴⁹ Reyes, *Parentalia*, tomo XXIV, 479.

⁵⁰ Reyes, *Crónica de Monterrey I. Albores*, tomo XXIV, 528 y 529.

causaban las ambiciones de Rodolfo? No. Se debían a que el propio Alfonso Reyes estuvo involucrado en la muerte de su padre. Más bien, en que pudo haberla evitado de haberse involucrado. Por eso me pregunto si la suya fue una *oración* expiatoria,⁵¹ además de curativa.

Sucedió que en 1912, durante el cautiverio de su padre, el presidente Madero le envió un ofrecimiento a través de Alberto J. Pani, quien era el subsecretario de Instrucción Pública y también era miembro del Ateneo de la Juventud, y por lo mismo compañero de Reyes.⁵² Martín Luis Guzmán, también maderista y también ateneísta, lo representó en la gestión. El ofrecimiento del presidente Madero consistía en “la libertad de mi padre a cambio de mi palabra sobre que él se alejaría de la vida pública”.⁵³ En lugar de informar del asunto inmediatamente a su padre, Alfonso Reyes se replegó, contestando que “él no podía asegurar nada”. Asumió tal postura porque recordaba el regaño que su padre le había dado cuando trató de aconsejarle, el año anterior, que abandonara la política luego del triunfo maderista.

El ofrecimiento de Madero solamente se le hizo a Alfonso “y no a otra persona de la familia”, en obvia alusión a Rodolfo,

⁵¹ Oración también significa “obra de elocuencia o razonamiento pronunciado en público, a fin de persuadir a los oyentes o mover su ánimo en favor de alguien fallecido”. Éstas son las *oraciones fúnebres*.

⁵² Alberto J. Pani era un exitoso ingeniero nacido en Aguascalientes que se hizo antirreeleccionista, y también tenía aficiones culturales. Con Madero fue subsecretario de Instrucción Pública. Fue dirigente de la Universidad Popular, creada en 1912 por el Ateneo.

⁵³ En otra ocasión Reyes dio una versión un poco más precisa: que Martín Luis Guzmán le dijo a nombre de Pani: “si usted personalmente asegura que su Padre —siempre con mayúsculas— no intervendrá más en la política, el Presidente Madero está dispuesto a dejarlo en libertad para que salga a vivir al extranjero”. Véase: Alfonso Reyes, *Mi óbolo a Caronte. Evocación de Bernardo Reyes*, 170.

pues Madero sabía que éste ansiaba que su padre lo derrocará. Sin embargo, Alfonso tuvo que contestar que

no era la influencia familiar dominante, sino que era tenido por un muchacho "picado de la araña", dado a la poesía, que vivía en las nubes y "no entendía de cosas prácticas"... y que no estaba en condiciones de obtener de mi padre semejante promesa, por lo mismo que ya lo había intentado varias veces antes y sólo había merecido reproches por meterme en lo que no entendía.⁵⁴

Por todo esto el mejor estudioso del tema, Fernando Curiel, asegura que la conducta "pasiva y fatalista" de Alfonso Reyes lo "atormentaría" desde que se negó a ser intermediario entre el general y el presidente hasta su muerte, casi cincuenta años después.

No hay duda, al margen del resultado "debió intentar"⁵⁵ disuadirlo de ese insensato afán último. Nunca pudo justificar su flaqueza:

así tuve la inmensa desgracia de perder lo que con un poco más de experiencia y más grosería de espíritu, hubiera podido salvar. En mi alma se produjo una verdadera deformación. Aquello fue mucho dolor, todavía siento espanto al recordarlo. Quedé mutilado.⁵⁶

Al final de su vida, más de cuarenta años después, seguía lamentando su impotencia e incriminando a su hermano:

Yo bien hubiera querido —y mi ternura se atrevió a sugerírselo— verlo consagrado a escribir sus memorias... en vez de verlo intervenir a destiempo en los últimos acontecimientos que lo condujeron a un fin trágico. Pero era difícil que prevaleciera el deseo de un

⁵⁴ Carta de Alfonso Reyes a Martín Luis Guzmán, 19 mayo 1953.

⁵⁵ Fernando Curiel, nota 131 en Reyes, *Mi óbolo a Caronte. Evocación de Bernardo Reyes*, 170 y 171.

⁵⁶ Esto lo escribió Reyes en 1930. Treinta años después, en la Navidad de 1959, tres días antes de morir, recordó —como todas las "Nochebuenas"— "la tragedia paterna".

muchacho sin experiencia sobre las incitaciones de otras personas mayores, que después se han arrepentido al punto de negar su responsabilidad en aquella funesta ocasión.⁵⁷

No hay duda: desde niño Alfonso Reyes se acostumbró a que su padre estuviera lejos; sobre todo, desde niño era consciente de que podía morir en cualquier momento, pues era un militar y un polémico político con grandes aspiraciones, confrontado al final con el caudillo de la nación, pero sobre todo confrontado con los cambios históricos. ¿Por qué lo añoró tanto a lo largo de casi medio siglo? Porque sabía que debió haber intentado ponerlo a resguardo ("En mí te llevo, en mí te salvo"), evitar que siguiera arriesgando su vida. Esto explica que durante casi cincuenta años haya vivido con el afán de poseer a su padre, de hacerlo suyo, no del otro hermano, como en realidad lo fue. Para el general Reyes, su hijo más cercano era Rodolfo, no siendo el primogénito;⁵⁸ en cambio a Alfonso siempre lo mantuvo distante, pues lo consideraba un joven "picado de la araña" que "vivía en las nubes".⁵⁹

Capilla Alfonsina/El Colegio Nacional

⁵⁷ Reyes, "Charlas de la siesta", en *Parentalia*, tomo XXIV, 399-403.

⁵⁸ El hijo mayor también se llamaba Bernardo, a quien se presionó para que fuera un ingeniero militar aunque tuviera vocación musical.

⁵⁹ Según Alfonso Reyes, "picado de la araña" significaba ser un soñador, un hombre poco práctico que no entendía "las cosas de la vida".

Autores

Coral Aguirre

Escritora y dramaturga. Ha obtenido los siguientes premios: Nuevo León de Literatura en 2003 y en 2007, Nacional de Ensayo Alfonso Reyes 2008 y el Premio a las Artes UANL 2009. Mención honorífica en 2015 en el Certamen Internacional de Literatura Sor Juana Inés de la Cruz. En 2011 publicó *Andar por la tierra*. Miembro Artístico del Sistema Nacional de Creadores de Arte. Profesora de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León.

José Roberto Mendirichaga

Doctor en Historia por la Universidad Iberoamericana. Ofrece cátedra en licenciatura y posgrado en la Universidad de Monterrey. Es autor de ensayos, ponencias y artículos periodísticos y académicos y de, entre otros libros, *La ideología en la obra de Ramón López Velarde*, *Aproximación a la crítica literaria*, y *La letra y la tinta*.

Lucía Mendirichaga Pérez Maldonado

Licenciada en Ciencias de la Información y Comunicación por la Universidad de Monterrey y licenciada en Educación Preescolar por la SEP, con maestría en Ciencias de la Educación por la Universidad CNCI. Tiene también un Diplomado en Teatro por la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL. Colaboró en TV Nuevo

León y en el suplemento *Sierra Madre Jr.* de *El Norte* y actualmente en la SEP Nuevo León.

Antonio Colinas

Poeta, narrador, ensayista y traductor. Ha recibido el Premio Nacional de la Crítica, el Premio Nacional de Literatura, el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana y, en Italia, el Premio Nacional de Traducción y el Internacional Carlo Betocchi, como traductor y estudioso de la cultura italiana. El conjunto de su poesía está recogido en *Obra poética completa*, editada para España por Siruela y por el Fondo de Cultura Económica para América (México, 2001).

Adolfo Castañón

Ensayista, traductor, editor y crítico literario. Premio Mazatlán de Literatura. Académico de número de la Academia Mexicana de la Lengua desde 2003 y miembro honorario desde 2005. Premio Xavier Villaurrutia. En 2009 recibió el Premio Nacional de Periodismo José Pagés Llergo. Y en el 2018 el Premio Internacional Alfonso Reyes. Entre sus numerosas publicaciones destacamos: *Alfonso Reyes Ochoa: caballero de la voz errante* (1991).

Braulio Hornedo Rocha

Doctor en Filosofía con mención honorífica por el Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos con la tesis *El mito del progreso*. Es miembro correspondiente en Cuernavaca del Seminario de Cultura Mexicana. Sus líneas de investigación comprenden las tradiciones del pensamiento humanista mexicano en los siglos XVIII al XX.

Alberto Enríquez Perea

Doctor en América Latina Contemporánea por el Instituto Universitario de Investigación Ortega y Gasset de la Universidad Complutense de Madrid y Doctor en Historia por el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás

de Hidalgo. Sus líneas de investigación comprenden el pensamiento político mexicano de los siglos XIX y XX, la diplomacia mexicana y el exilio español, y los grupos y debates parlamentarios.

José María Espinasa

Profesor, periodista, editor y poeta. Director de la Red de Museos de la Ciudad de México. Fue coordinador editorial de El Colegio de México y fundador de Ediciones Sin Nombre. Autor, entre otros libros, de *Hacia el otro*, *Cartografías*, *El tiempo escrito*, *El cine de Marguerite Duras*, *Roberto Gavaldón*. Director de cine, *Breve historia de la literatura mexicana del siglo XX y Piélagos*, que reúne su poesía de 1977 a 2007.

Gabriel Trujillo Muñoz

Miembro correspondiente de la Academia Mexicana de la Lengua. Creador emérito de Baja California. Ha publicado libros de poesía, ensayo, crónica, periodismo cultural y narrativa. Su obra ha sido traducida al inglés, japonés, francés, alemán e italiano. Entre sus libros más recientes están *Poemas civiles*, *Las sombras que la luz invoca*, *Utopías y quimeras*, *Luces encendidas* y *Periferia*.

José Javier Villarreal

Poeta, ensayista y traductor. Obtuvo el Premio Nacional de Poesía Aguascalientes, el Premio Nacional de Poesía Alfonso Reyes y el World Cultural Council Award. Desde 2006 ha sido Miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte. Sus libros más recientes de poesía son *Una señal del cielo* y *Un cielo muy azul con pocas nubes*. Es director de la Capilla Alfonsina Biblioteca Universitaria de la Universidad Autónoma de Nuevo León.

Ludivina Cantú Ortiz

Maestra y candidata a doctora por la Universidad Autónoma de Nuevo León. Ha publicado *Cruzada por una nación*. Edición crítica de la Memoria político-instructiva de fray Servando Teresa de Mier, *Poética y lenguaje en la obra de Minerva Margarita Villarreal*,

Fragmentos de una confesión general. Lecturas alfonsinas, Competencia comunicativa y Comunicación para ingenieros. Es directora de la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL.

Mónica Torres Torija G.

Doctora en Filosofía con Acentuación en Estudios de la Cultura por la Universidad Autónoma de Nuevo León. Catedrática en la Universidad Autónoma de Chihuahua. Ha publicado ensayos y artículos académicos en la línea de investigación de la violencia en la literatura del norte de México.

César Benedicto Callejas

Doctor en Derecho. Entre sus publicaciones destacan: *Fósforo va al cine, Alfonso Reyes y la crítica cinematográfica en castellano, La argumentación jurídica en la formación e interpretación del Talmud, Siete ensayos de interpretación sobre la utopía latinoamericana, Cisterna de sol: las vivencias de la literatura.* Miembro del Sistema Nacional de Investigadores.

Beatriz Saavedra

Poeta. Maestra por la Universidad de Barcelona en Estudios Avanzados en Literatura Española e Hispanoamericana. Forma parte del consejo directivo de la Editorial Floricanto. Actualmente coordina el Taller de creación literaria Alicia Reyes en la Capilla Alfonsina de la Ciudad de México. Autora de cinco libros de poesía. Fue finalista del Concurso Vivir Soñando España 2005 y obtuvo una mención en la Asociación de Poetas de Argentina. En 2015 fue distinguida con el Galardón Sinaloenses Ejemplares en el Mundo, en el ámbito cultural, otorgado por el Gobierno del Estado de Sinaloa.

Arcelia Lara Covarrubias

Licenciada en Lengua y Literatura Hispánicas y en Filosofía, Maestra en Literatura Española por la UNAM y Doctora en Humanidades por la UAM Iztapalapa. Hizo una estancia de actualización en la

Universidad Autónoma de Madrid. En 2006 recibió la Distinción Universidad Nacional para Jóvenes Académicos y en 2014 el reconocimiento Sor Juana Inés de la Cruz. Autora del libro de cuentos *Lucina nunca duerme*. Profesora en la Escuela Nacional Colegio de Ciencias y Humanidades, Plantel Naucalpan (UNAM).

Víctor Barrera Enderle

Doctor en Literatura Hispanoamericana por la Universidad de Chile. Ensayista y crítico literario. Ha sido Investigador Visitante en el Instituto Iberoamericano de Berlín. Ha obtenido los premios: Nacional de Ensayo Alfonso Reyes 2013, el Premio de Ensayo Ezequiel Martínez Estrada, el Premio a las Artes por la Universidad Autónoma de Nuevo León. Fue director de la revista *Armas y Letras* y Coordinador del Centro de Escritores de Nuevo León. Profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores.

Juan Carlos Abril

Poeta, traductor, crítico literario. Doctor en Literatura Española por la Universidad de Granada. Ha publicado los poemarios *Un intruso nos somete, El laberinto azul, Crisis y En busca de una pausa*. Su poesía reunida ha aparecido en México y Costa Rica. Para la colección El oro de los tigres tradujo *El instante después*, de Massimo Gezzi. Forma parte de antologías como *10 menos 30. La ruptura interior en la "poesía de la experiencia"* y *La inteligencia y el hacha (Un panorama de la Generación poética del 2000)*, ambas de Luis Antonio de Villena. Dirige la revista *Paraíso*.

Paola Velasco

Estudió Lengua y Literatura Hispánicas en la Universidad Veracruzana y la maestría en Letras Latinoamericanas en la Universidad Nacional Autónoma de México. Autora de *Las huellas del gato, Veredas para un centauro y Rotación del tiempo*. Coautora con Adolfo Castañón de *Nélida Piñon, Premio Juan Rulfo* y diversas

antologías como *Arqueologías del centauro. Ensayos sobre Alfonso Reyes y El hacha puesta en la raíz*. Becaria de la FLM (2003-2005) y del FONCA (2006-2007).

Carolina Moreno Echeverry

Doctora en Literatura por El Colegio de Morelos. Ha participado como ponente en diversos congresos académicos internacionales y nacionales. Entre sus publicaciones se encuentran: *En busca del poder mitopoético del agua*, *Intertextualidad: entre la imitación y la creación*, *París no se acaba nunca y la leyenda de Hemingway*. Sus líneas de investigación comprenden las humanidades digitales, las tradiciones del pensamiento y la crítica de la literatura hispanoamericana contemporánea.

Sebastián Pineda Buitrago

Doctor en Literatura Hispánica por El Colegio de México. Actualmente se desempeña como académico-investigador de la Universidad Iberoamericana en Puebla. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Ha escrito diversos estudios sobre Alfonso Reyes entre los que se cuentan *La musa crítica* y su antología *Comprensión de España en clave mexicana*, además de su tesis doctoral *El exilio creador: la obra literaria de Alfonso Reyes en España (1914-1924)*.

Marcos Daniel Aguilar

Ensayista y articulista. Egresado de la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Nacional Autónoma de México, donde es profesor. Colaborador de los suplementos *Laberinto*, del diario *Milenio*, y de *La Jornada Semanal*, del periódico *La Jornada*. Entre sus publicaciones destacan: *Una Suite Carioca*, *Alfonso Reyes e o Brasil*, *Un informante en el olvido*, *Un escritor en la tierra*, *Centenario de José Revueltas y La terquedad de la esperanza*.

José Enrique Pérez Téllez

Doctor en Artes y Humanidades por el Centro de Investigaciones en Ciencias, Artes y Humanidades de Monterrey. Miembro del

Sistema Nacional de Investigadores. Ha participado en congresos tanto nacionales como internacionales y cuenta con diversas publicaciones. Actualmente se desempeña como docente en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León.

Javier Garciadiego

Es historiador, investigador y académico. Doctor en Historia por el Colegio de México. Presidente de la Academia Mexicana de la Historia desde 2018 y miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua. Dirigió el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana y el Colegio de México. Desde 2017 dirige la Capilla Alfonsina del INBAL, en la Ciudad de México. Entre su vasto trabajo de investigación destaca *Alfonso Reyes. Breve biografía*.

Índice

Oración del 9 de febrero

I	9
II	17
III	19
IV	21
V	25
VI	29

Una lectura crítica

A corazón abierto	35
Coral Aguirre	
Imagen del padre en Alfonso Reyes	43
José Roberto Mendirichaga	
Lucía Mendirichaga Pérez Maldonado	
Administrar el rayo	61
Antonio Colinas	
Una suerte de dinastía que cae.	69
La Oración del 9 de febrero de Alfonso Reyes	
Adolfo Castañón	

Entre los pliegues de la luz y los rincones del tiempo (<i>Oración del 9 de febrero</i>) Braulio Hornedo Rocha	85
<i>Oración del 9 de febrero: para aquietar el dolor</i> Alberto Enríquez Perea	121
La llave secreta: <i>Oración del 9 de febrero</i> José María Espinasa	169
Alfonso Reyes: los que sepan de estos dolores me entenderán Gabriel Trujillo Muñoz	183
El jardín del señor embajador (Primera parte) José Javier Villarreal	213
Febrero de Caín: signo funesto Ludivina Cantú Ortiz	235
La escritura catártica en la <i>Oración del 9 de febrero</i> de Alfonso Reyes Mónica Torres Torija G.	247
Alfonso Reyes y su <i>Oración del 9 de febrero</i>. Esgrima con un fantasma César Benedicto Callejas	263
<i>Oración del 9 de febrero</i>. Devolver la memoria desde el exilio Beatriz Saavedra Gastélum	281
La imagen romántica de Bernardo Reyes en la <i>Oración del 9 de febrero</i> Arcelia Lara Covarrubias	291

La espiga solitaria o el duelo como escritura en la <i>Oración del 9 de febrero</i> Víctor Barrera Enderle	319
Restituir la memoria pública desde el dolor privado. La <i>Oración del 9 de febrero</i> de Alfonso Reyes Juan Carlos Abril	337
Entre la pluma y la espada Paola Velasco	355
En busca del padre-libro: la <i>Oración del 9 de febrero</i> de Alfonso Reyes Carolina Moreno Echeverry	365
La política no es exclusiva de los vivos: la imagen <i>post mortem</i> del general Bernardo Reyes en la <i>Oración del 9 de febrero</i> Sebastián Pineda Buitrago	391
De Agamemnon Reyes a Alfonso Cid: la tragedia clásica de un romántico mexicano Marcos Daniel Aguilar	403
La apología del héroe romántico Enrique Pérez Téllez	415
En el afán de poseerte tanto Javier Garcíadiego	427



ANIVERSARIOS

Alfonso Reyes

Visión de Anáhuac (1519)

Visiones y revisitaciones. Una lectura crítica
AA. VV.

Rubén Darío

(Antología poética)

Darío. La crónica de un adelantado

AA. VV.

Alfonso Reyes

Ifigenia cruel

Una lectura crítica
AA. VV.

Alfonso Reyes

El plano oblicuo

Tomo I

Alfonso Reyes

El plano oblicuo

Tomo II

Una lectura crítica

AA. VV.

Alfonso Reyes

Cartones de Madrid

Una lectura crítica

AA. VV.

Alfonso Reyes

Calendario

Una lectura crítica

AA. VV.



Oración del 9 de febrero. Una lectura crítica, de Alfonso Reyes, se terminó de imprimir durante el mes de mayo de 2021 (mismo mes, pero de 1265, en que nació en Florencia el poeta Dante Alighieri. A él le debemos el repetido fulgor del Infierno, la intensa emoción del Purgatorio y el ciego destello del Paraíso. Su música, en tercetos encadenados, nos sigue mostrando la danza de las estrellas que el amor mueve) en Serna Impresos S.A. de C.V. (Vallarta 345 Sur, Centro, C.P. 64000), en Monterrey, Nuevo León. Se tiraron 1000 ejemplares sobre papel cultural de 90 gramos. Para su composición se utilizaron las familias Adobe Garamond Pro, Minion Pro, Baskerville y Bellefair. La formación y el cuidado editorial estuvieron a cargo del Departamento de Ediciones de la Capilla Alfonsina Biblioteca Universitaria y la Secretaría de Producción Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras.